

Annie Besant

Cristianismo
Esotérico



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CRISTIANISMO ESOTÉRICO, O LOS MISTERIOS MENORES

ANNIE BESANT

PUBLICADO: 1901
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

INTRODUCCIÓN

Al proceder a la contemplación de los misterios del conocimiento, nos atenderemos a la célebre y venerable regla de la tradición, comenzando por el origen del universo, exponiendo aquellos puntos de contemplación física que es necesario premisar, y apartando cuanto pueda ser obstáculo en el camino; para que el oído esté preparado para recibir la tradición de la Gnosis, quedando el terreno limpio de malas hierbas y dispuesto para la plantación de la viña; porque hay un combate antes del combate, y misterios antes de los misterios.—*San Clemente de Alejandría*.

Baste la muestra a quienes tienen oídos. Pues no se requiere desplegar el misterio, sino solo indicar lo suficiente.—*Ibíd.*

El que tiene oídos para oír, oiga.—*San Mateo*.

PRÓLOGO

El objeto de este libro es sugerir ciertas líneas de pensamiento acerca de las verdades profundas que subyacen al cristianismo, verdades generalmente pasadas por alto, y demasiado a menudo negadas. El generoso deseo de compartir con todos lo que es precioso, de difundir ampliamente verdades sin precio, de no excluir a nadie de la iluminación del verdadero conocimiento, ha desembocado en un celo sin discreción que ha vulgarizado el cristianismo, y ha presentado sus enseñanzas de una forma que a menudo repele el corazón y aleja al intelecto. El mandato de «predicar el Evangelio a toda criatura»[1] —aunque de autenticidad reconocidamente dudosa— se ha interpretado como una prohibición de enseñar la Gnosis a unos pocos, y al parecer ha borrado el dicho menos popular del mismo Gran Maestro: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos».[2]

Este sentimentalismo espurio —que se niega a reconocer las evidentes desigualdades de inteligencia y moralidad, y que por ello rebaja la enseñanza de los más desarrollados al nivel alcanzable por los menos evolucionados, sacrificando lo superior a lo inferior de un modo que perjudica a ambos — no tenía cabida en el viril sentido común de los primeros cristianos. San Clemente de Alejandría dice con bastante franqueza, tras aludir a los Misterios: «Aún hoy temo, como se ha dicho, “echar las perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y, volviéndose, nos despedacen”. Pues es difícil exhibir las palabras verdaderamente puras y transparentes referentes a la verdadera Luz ante oyentes porcinos y sin instruir».[3]

Si el verdadero conocimiento, la Gnosis, ha de volver a formar parte de las enseñanzas cristianas, solo puede ser bajo las antiguas restricciones, y hay que renunciar definitivamente a la idea de nivelar por lo bajo hasta la

capacidad de los menos desarrollados. Solo enseñando por encima del alcance de los poco evolucionados puede abrirse camino a una restauración del conocimiento arcano, y el estudio de los Misterios Menores debe preceder al de los Mayores. Los Mayores nunca se publicarán por medio de la imprenta; solo pueden transmitirse de Maestro a discípulo, «de boca a oído». Pero los Misterios Menores, el desvelamiento parcial de las verdades profundas, pueden restaurarse incluso ahora, y un volumen como el presente pretende esbozarlos, y mostrar la *naturaleza* de las enseñanzas que han de dominarse. Allí donde solo se dan indicios, la meditación silenciosa sobre las verdades indicadas hará que sus contornos se vuelvan visibles, y la luz más clara obtenida mediante la meditación continuada los irá mostrando cada vez más plenamente. Pues la meditación aquieta la mente inferior, siempre ocupada en pensar en objetos externos, y solo cuando la mente inferior está tranquila puede ser iluminada por el Espíritu. El conocimiento de las verdades espirituales ha de obtenerse así, desde dentro y no desde fuera, del Espíritu divino cuyo templo somos,[4] y no de un Maestro externo. Estas cosas se «disciernen espiritualmente» por medio de ese Espíritu divino morador, esa «mente de Cristo» de que habla el Gran Apóstol,[5] y esa luz interior se derrama sobre la mente inferior.

Este es el camino de la Sabiduría Divina, la verdadera TEOSOFÍA. No es, como algunos piensan, una versión diluida del hinduismo, o del budismo, o del taoísmo, ni de ninguna religión particular. Es tan verdaderamente Cristianismo esotérico como Budismo esotérico, y pertenece por igual a todas las religiones, exclusivamente a ninguna. Esta es la fuente de las sugerencias que se hacen en este pequeño volumen, para ayuda de quienes buscan la Luz —esa «Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo»,[6] aunque la mayoría aún no ha abierto los ojos a ella—. No trae la Luz. Solo dice: «¡Contemplad la Luz!». Pues así lo hemos oído. Solo se dirige a los pocos que sienten hambre de algo más de lo que les dan las enseñanzas exotéricas. No está destinado a quienes están plenamente satisfechos con las enseñanzas exotéricas; pues ¿por qué imponer el pan a quienes no tienen hambre? Para quienes tienen hambre, ojalá resulte ser pan, y no piedra.

CAPÍTULO I. EL LADO OCULTO DE LAS RELIGIONES

Muchos, quizá la mayoría, de quienes vean el título de este libro lo rechazarán de inmediato, y negarán que haya nada de valor que pueda calificarse con propiedad de «Cristianismo esotérico». Existe una idea muy extendida, y además popular, según la cual no hay tal cosa como una enseñanza oculta relacionada con el cristianismo, y que «los Misterios», ya fueran Menores o Mayores, eran una institución puramente pagana. El mismo nombre de «los Misterios de Jesús», tan familiar en los oídos de los cristianos de los primeros siglos, produciría una sacudida de sorpresa en sus sucesores modernos, y, si se pronunciara como designando una institución especial y definida de la Iglesia primitiva, provocaría una sonrisa de incredulidad. Se ha llegado incluso a hacer alarde de que el cristianismo no tiene secretos, de que dice a todos cuanto tiene que decir, y enseña a todos cuanto tiene que enseñar. Se supone que sus verdades son tan sencillas que «el viajero, aunque sea necio, no errará en ellas», y el «Evangelio sencillo» se ha convertido en frase hecha.

Es necesario, por tanto, demostrar con claridad que, al menos en la Iglesia primitiva, el cristianismo no fue en absoluto inferior a las demás grandes religiones en poseer un lado oculto, y que guardaba, como tesoro sin precio, los secretos revelados solo a unos pocos elegidos en sus Misterios. Pero antes de hacerlo convendrá considerar toda la cuestión de este lado oculto de las religiones, y ver por qué ha de existir tal lado si una religión ha de ser fuerte y estable; pues así su existencia en el cristianismo aparecerá como una conclusión inevitable, y las referencias a él en los escritos de los Padres cristianos parecerán sencillas y naturales, en lugar de sorprendentes e inin-

teligibles. Como hecho histórico, la existencia de este esoterismo es demostrable; pero también puede mostrarse que, intelectualmente, es una necesidad.

La primera pregunta que hemos de responder es: ¿cuál es el objeto de las religiones? Son dadas al mundo por hombres más sabios que las masas de personas a quienes se otorgan, y están destinadas a acelerar la evolución humana. Para lograrlo con eficacia han de llegar a los individuos e influir en ellos. Ahora bien, no todos los hombres se hallan en el mismo nivel de evolución, sino que la evolución podría figurarse como una pendiente ascendente, con los hombres situados en ella en todos sus puntos. Los más evolucionados están muy por encima de los menos evolucionados, tanto en inteligencia como en carácter; la capacidad tanto de comprender como de actuar varía en cada grado. Es, por tanto, inútil dar a todos la misma enseñanza religiosa; lo que ayudaría al hombre intelectual resultaría del todo ininteligible para el necio, mientras que lo que arrebataría al santo en éxtasis dejaría intacto al criminal. Si, por el contrario, la enseñanza es adecuada para ayudar al poco inteligente, resulta intolerablemente burda e insulsa para el filósofo, mientras que lo que redime al criminal es del todo inútil para el santo. Y, sin embargo, todos los tipos necesitan religión, para que cada uno pueda elevarse hacia una vida superior a la que lleva, y ningún tipo o grado debe sacrificarse a ningún otro. La religión ha de ser tan graduada como la evolución, o de lo contrario fracasa en su objeto.

Viene a continuación la pregunta: ¿de qué modo procuran las religiones acelerar la evolución humana? Las religiones procuran hacer evolucionar las naturalezas moral e intelectual, y ayudar a la naturaleza espiritual a desplegarse. Considerando al hombre como un ser complejo, buscan alcanzarlo en cada punto de su constitución, y por ello aportar mensajes adecuados a cada uno, enseñanzas apropiadas a las necesidades humanas más diversas. Las enseñanzas han de adaptarse, pues, a cada mente y a cada corazón a los que se dirigen. Si una religión no llega a la inteligencia ni la domina, si no purifica ni inspira las emociones, ha fracasado en su objeto, por lo que respecta a la persona a quien se dirige.

No solo se dirige así a la inteligencia y a las emociones, sino que procura, como se ha dicho, estimular el despliegue de la naturaleza espiritual. Responde a ese impulso interior que existe en la humanidad, y que empuja siempre a la raza hacia delante. Pues en lo profundo del corazón de todos —

muchas veces cubierto por condiciones pasajeras, muchas veces sumergido bajo intereses y ansiedades apremiantes — existe una búsqueda continua de Dios. «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así brama»[7] la humanidad por Dios. La búsqueda a veces se detiene por un tiempo, y el anhelo parece desaparecer. Se repiten en la civilización y en el pensamiento fases en que este clamor del Espíritu humano por lo divino —que busca su fuente como el agua busca su nivel, por tomar un símil de Giordano Bruno —, este anhelo del Espíritu humano por aquello que le es afín en el universo, de la parte por el todo, parece acallarse, parece haberse desvanecido; y sin embargo, ese anhelo reaparece, y una vez más el mismo clamor resuena desde el Espíritu. Pisoteada por algún tiempo, aparentemente destruida, aunque sea esta la tendencia, se alza una y otra vez con persistencia inextinguible, se repite una y otra vez, por más veces que se la acalle; y así demuestra ser una tendencia inherente a la naturaleza humana, un elemento suyo inerradicable. Quienes declaran triunfalmente: «¡Mirad, ha muerto!», la encuentran de nuevo frente a ellos con vitalidad intacta. Quienes construyen sin tenerla en cuenta ven sus edificios, por bien levantados que estén, resquebrajados como por un terremoto. Quienes la consideran ya superada ven que las más desaforadas supersticiones suceden a su negación. Tan parte integral de la humanidad es, que el hombre *tendrá* alguna respuesta a sus interrogantes; antes una respuesta falsa que ninguna. Si no puede hallar la verdad religiosa, adoptará el error religioso antes que carecer de religión, y aceptará los ideales más burdos e incongruentes antes que admitir que el ideal no existe.

La religión, pues, satisface este anhelo, y, apoderándose del elemento de la naturaleza humana que le da origen, lo educa, lo fortalece, lo purifica y lo guía hacia su fin propio: la unión del Espíritu humano con el divino, «para que Dios sea todo en todos».[8]

La siguiente pregunta que se nos plantea en nuestra indagación es: ¿cuál es la fuente de las religiones? A esta pregunta se han dado en los tiempos modernos dos respuestas: la de los mitólogos comparados y la de los religionistas comparados. Ambas basan sus respuestas en un fondo común de hechos admitidos. La investigación ha probado de manera indiscutible que las religiones del mundo son notablemente semejantes en sus enseñanzas principales, en poseer Fundadores que muestran poderes sobrehumanos y una elevación moral extraordinaria, en sus preceptos éticos, en el empleo de

medios para entrar en contacto con mundos invisibles, y en los símbolos con que expresan sus creencias principales. Esta semejanza, que en muchos casos llega a la identidad, prueba —según ambas escuelas mencionadas— un origen común.

Pero sobre la naturaleza de este origen común las dos escuelas discrepan. Los mitólogos comparados sostienen que el origen común es la ignorancia común, y que las más elevadas doctrinas religiosas no son sino expresiones refinadas de las conjeturas toscas y bárbaras de los salvajes, de los hombres primitivos, acerca de sí mismos y de cuanto los rodeaba. El animismo, el fetichismo, el culto a la naturaleza, el culto al sol: estos son los elementos del fango primigenio del que ha brotado el espléndido lirio de la religión. Un Krishna, un Buda, un Lao-Tsé, un Jesús, son los descendientes directos, aunque altamente civilizados, del hechicero danzante del salvaje. Dios es una fotografía compuesta de los innumerables Dioses que son personificaciones de las fuerzas de la naturaleza. Y así sucesivamente. Todo se resume en la frase: las religiones son ramas de un tronco común, la ignorancia humana.

Los religionistas comparados consideran, por el contrario, que todas las religiones se originan en las enseñanzas de Hombres Divinos, que van dando a las diferentes naciones del mundo, de tiempo en tiempo, aquellas partes de las verdades fundamentales de la religión que el pueblo es capaz de recibir, enseñando siempre la misma moral, inculcando el uso de medios semejantes, empleando los mismos símbolos significativos. Las religiones salvajes —el animismo y las demás— son degeneraciones, resultado de la decadencia, descendientes distorsionados y raquíticos de verdaderas creencias religiosas. El culto al sol y las formas puras del culto a la naturaleza fueron, en su día, religiones nobles, muy alegóricas pero llenas de verdad y de conocimiento profundos. Los grandes Maestros —así lo afirman hindúes, budistas y algunos religionistas comparados, como los teósofos— forman una Hermandad perdurable de hombres que se han elevado por encima de la humanidad, que aparecen en ciertos períodos para iluminar al mundo, y que son los guardianes espirituales de la raza humana. Esta opinión puede resumirse en la frase: «las religiones son ramas de un tronco común: la Sabiduría Divina».

A esta Sabiduría Divina se la llama la Sabiduría, la Gnosis, la Theosophia, y algunos, en diferentes épocas del mundo, han deseado tanto subrayar

su fe en esta unidad de las religiones, que han preferido el nombre ecléctico de teósofos a cualquier designación más estrecha.

El valor relativo de las tesis de estas dos escuelas opuestas ha de juzgarse por la fuerza de las pruebas que cada una aporta. La apariencia de una forma degenerada de una idea noble puede asemejarse mucho a la de un producto refinado de una idea tosca, y el único método para decidir entre degeneración y evolución sería el examen, si fuera posible, de los antepasados intermedios y remotos. Las pruebas aducidas por los creyentes en la Sabiduría son de este tipo. Alegan: que los Fundadores de las religiones, a juzgar por los testimonios de sus enseñanzas, estaban muy por encima del nivel de la humanidad media; que las Escrituras de las religiones contienen preceptos morales, ideales sublimes, aspiraciones poéticas, afirmaciones filosóficas profundas, a las que ni siquiera se acercan en belleza y elevación los escritos posteriores de esas mismas religiones —es decir, que lo antiguo es más elevado que lo nuevo, en vez de ser lo nuevo más elevado que lo antiguo—; que no puede mostrarse ningún caso del proceso de refinamiento y mejora que se alega como origen de las religiones actuales, mientras que pueden aducirse numerosos casos de degeneración a partir de enseñanzas puras; que incluso entre los salvajes, si se estudian con atención sus religiones, pueden hallarse muchos rastros de ideas elevadas, ideas que evidentemente superan la capacidad de invención de los propios salvajes.

Esta última idea ha sido desarrollada por el señor Andrew Lang, quien —a juzgar por su libro *The Making of Religion*— debería clasificarse más como religionista comparado que como mitólogo comparado. Señala la existencia de una tradición común que, según él, no puede haber sido elaborada por los propios salvajes, siendo hombres cuyas creencias ordinarias son de la especie más tosca y cuyas mentes están poco desarrolladas. Muestra, bajo creencias toscas y concepciones degradadas, tradiciones elevadas de carácter sublime, referentes a la naturaleza del Ser Divino y a Sus relaciones con los hombres. Las divinidades a las que se rinde culto son, en su mayor parte, verdaderos demonios, pero detrás de todas ellas, más allá de todas ellas, hay una Presencia difusa pero gloriosa que todo lo cubre, rara vez o nunca nombrada, pero de la que se susurra como fuente de todo, como poder, amor y bondad, demasiado tierna para despertar terror, demasiado buena para requerir súplica. Tales ideas manifiestamente no pueden haber sido concebidas por los salvajes entre quienes se hallan, y permane-

cen como testigos elocuentes de las revelaciones hechas por algún gran Maestro —de quien suele también descubrirse una vaga tradición— que fue un Hijo de la Sabiduría, y que impartió parte de sus enseñanzas en una época remota y ya olvidada.

La razón, y en verdad la justificación, de la postura adoptada por los mitólogos comparados es patente. Hallaron en todas direcciones formas bajas de creencia religiosa existentes entre las tribus salvajes. Se observó que estas acompañaban a una general falta de civilización. Al considerar que los hombres civilizados evolucionan a partir de los no civilizados, ¿qué más natural que considerar que la religión civilizada evoluciona a partir de la no civilizada? Es la primera idea obvia. Solo un estudio posterior y más profundo puede mostrar que los salvajes de hoy no son nuestros tipos ancestrales, sino los vástagos degenerados de grandes estirpes civilizadas del pasado, y que el hombre, en su infancia, no fue dejado crecer sin instrucción, sino criado y educado por sus mayores, de quienes recibió su primera guía tanto en religión como en civilización. Esta opinión se está confirmando con hechos como los que expone Lang, y no tardará en suscitar la pregunta: «¿quiénes fueron esos mayores, de quienes se hallan tradiciones por doquier?».

Prosiguiendo nuestra indagación, llegamos a continuación a la pregunta: ¿a qué pueblo se dieron las religiones? Y aquí nos encontramos de inmediato con la dificultad que todo Fundador de una religión ha de afrontar, ya mencionada en relación con el objeto primordial de la religión misma, la aceleración de la evolución humana, con su corolario de que Él ha de tener en cuenta todos los grados de una humanidad en evolución. Los hombres se hallan en todos los estadios de la evolución, desde los más bárbaros hasta los más desarrollados; se encuentran hombres de elevada inteligencia, pero también de la mentalidad menos evolucionada; en un lugar hay una civilización muy desarrollada y compleja, en otro un régimen tosco y sencillo. Incluso dentro de una misma civilización hallamos los tipos más variados — los más ignorantes y los más instruidos, los más reflexivos y los más despreocupados, los más espirituales y los más brutales —; y sin embargo, es preciso llegar a cada uno de estos tipos, y cada uno ha de ser ayudado en el lugar donde se encuentra. Si la evolución es cierta, esta dificultad es inevitable, y ha de ser afrontada y superada por el Maestro divino, o de lo contrario Su obra será un fracaso. Si el hombre evoluciona como evoluciona todo

cuanto lo rodea, estas diferencias de desarrollo, estos variados grados de inteligencia, han de ser un rasgo de la humanidad en todas partes, y han de tenerse en cuenta en cada una de las religiones del mundo.

Nos vemos así llevados a la conclusión de que no podemos tener una única y misma enseñanza religiosa ni siquiera para una sola nación, y mucho menos para una sola civilización, o para el mundo entero. Si no hay más que una enseñanza, un gran número de aquellos a quienes se dirige escapará por completo a su influencia. Si se hace apta para quienes tienen la inteligencia limitada, la moralidad elemental, las percepciones obtusas, de modo que pueda ayudarlos y formarlos, y así permitirles evolucionar, será una religión del todo inadecuada para aquellos hombres que, viviendo en la misma nación, formando parte de la misma civilización, poseen percepciones morales agudas y delicadas, inteligencia viva y sutil, y una espiritualidad en evolución. Pero si, por el contrario, se ha de ayudar a esta última clase, si a la inteligencia se le ha de dar una filosofía que pueda considerar admirable, si las delicadas percepciones morales han de refinarse todavía más, si la naciente naturaleza espiritual ha de poder desarrollarse hasta el pleno día, entonces la religión será tan espiritual, tan intelectual y tan moral que, cuando se predique a la primera clase, no tocará sus mentes ni sus corazones, será para ellos una sarta de frases sin sentido, incapaz de despertar su inteligencia latente, o de darles motivo alguno de conducta que los ayude a crecer hacia una moralidad más pura.

Así pues, contemplando estos hechos relativos a la religión, considerando su objeto, sus medios, su origen, la naturaleza y las variadas necesidades del pueblo al que se dirige, reconociendo la evolución de las facultades espirituales, intelectuales y morales en el hombre, y la necesidad que cada hombre tiene de la formación adecuada al estadio de evolución en que se encuentra, llegamos a la absoluta necesidad de una enseñanza religiosa variada y graduada, capaz de satisfacer estas diferentes necesidades y de ayudar a cada hombre en el lugar que ocupa.

Existe todavía otra razón por la que resulta deseable la enseñanza esotérica respecto de cierta clase de verdades. En este caso se cumple eminentemente el hecho de que «el conocimiento es poder». La divulgación pública de una filosofía profundamente intelectual, suficiente para formar un intelecto ya muy desarrollado, y para atraer la adhesión de una mente elevada, no puede perjudicar a nadie. Puede predicarse sin vacilación, pues no atrae

a los ignorantes, que se apartan de ella por seca, rígida y poco interesante. Pero hay enseñanzas que tratan de la constitución de la naturaleza, explican leyes recónditas y arrojan luz sobre procesos ocultos, cuyo conocimiento otorga dominio sobre las energías naturales, y permite a quien lo posee dirigir esas energías hacia ciertos fines, como el químico trata la producción de compuestos químicos. Tal conocimiento puede ser muy útil a hombres muy desarrollados, y puede aumentar considerablemente su capacidad de servir a la raza. Pero si este conocimiento se publicara al mundo, podría ser, y sería, mal empleado, tal como en la Edad Media el conocimiento de venenos sutiles fue mal empleado por los Borgia y por otros. Pasaría a manos de personas de intelecto fuerte pero de deseos desregulados, hombres movidos por instintos separatistas, que buscan el provecho de su yo separado y no se preocupan del bien común. Se sentirían atraídos por la idea de adquirir poderes que los elevasen por encima del nivel general, y pusiesen a la humanidad ordinaria a su merced, y se apresurarían a adquirir el conocimiento que exalta a sus poseedores a un rango sobrehumano. Con su posesión se volverían aún más egoístas y se afirmarían más en su separatividad, se alimentaría su orgullo y se intensificaría su sentido de alejamiento, y así serían inevitablemente conducidos por el camino que lleva al diabolismo, el Sendero de la Mano Izquierda, cuya meta es el aislamiento y no la unión. Y no solo sufrirían ellos mismos en su naturaleza interior, sino que además se convertirían en una amenaza para la Sociedad, ya bastante sufrida a manos de hombres cuyo intelecto está más evolucionado que su conciencia. De ahí surge la necesidad de retener ciertas enseñanzas a quienes, moralmente, no están todavía capacitados para recibirlas; y esta necesidad pesa sobre todo Maestro capaz de impartir tal conocimiento. Este desea darlo a quienes usarán los poderes que confiere para el bien general, para acelerar la evolución humana; pero desea igualmente no ser cómplice de dárselo a quienes lo usarían para su propio engrandecimiento a costa de los demás.

Y esto no es solo cuestión de teoría, según los archivos ocultos, que dan los detalles de los sucesos aludidos en Génesis vi y ss. Este conocimiento se dio, en aquellos tiempos antiguos y en el continente de la Atlántida, sin ninguna condición rígida en cuanto a la elevación moral, la pureza y el desinterés de los candidatos. Se enseñaba a quienes estaban intelectualmente capacitados, tal como hoy se enseña a los hombres la ciencia ordinaria. Se dio entonces la publicidad que hoy se exige tan imperiosamente, con el resultado de que los hombres se hicieron gigantes en conocimiento, pero también

gigantes en maldad, hasta que la tierra gimió bajo sus opresores y el clamor de una humanidad pisoteada resonó por los mundos. Vino entonces la destrucción de la Atlántida, el hundimiento de aquel vasto continente bajo las aguas del océano, del que se dan algunos pormenores en las Escrituras hebreas en la historia del diluvio de Noé, y en las Escrituras hindúes del extremo Oriente en la historia de Vaivasvata Manu.

Desde aquella experiencia del peligro de permitir que manos no purificadas se apoderasen del conocimiento que es poder, los grandes Maestros han impuesto condiciones rígidas en cuanto a pureza, desinterés y dominio de sí a todos los candidatos a tal instrucción. Se niegan rotundamente a impartir un conocimiento de este género a quien no consienta someterse a una rígida disciplina, destinada a eliminar la separatividad de sentimiento e interés. Miden la fortaleza moral del candidato incluso más que su desarrollo intelectual, pues la enseñanza misma desarrollará el intelecto al tiempo que somete a prueba la naturaleza moral. Mucho mejor que los Grandes sean atacados por los ignorantes por su supuesto egoísmo al retener el conocimiento, que no que precipiten al mundo en otra catástrofe atlante.

Tanta teoría exponemos en lo que atañe a la necesidad de un lado oculto en todas las religiones. Cuando de la teoría pasamos a los hechos, preguntamos naturalmente: ¿ha existido en el pasado este lado oculto, formando parte de las religiones del mundo? La respuesta ha de ser afirmativa, inmediata y sin vacilación; toda gran religión ha afirmado poseer una enseñanza oculta, y ha declarado ser depositaria de un conocimiento místico teórico, y además de un conocimiento místico práctico, u oculto. La explicación mística de la enseñanza popular era pública, y exponía esta última como una alegoría, dando a afirmaciones e historias toscas e irracionales un sentido que el intelecto podía aceptar. Detrás de este misticismo teórico, como detrás del popular, existía además el misticismo práctico, una enseñanza espiritual oculta, que solo se impartía bajo condiciones definidas, condiciones conocidas y publicadas, que todo candidato debía cumplir. San Clemente de Alejandría menciona esta división de los Misterios. Tras la purificación, dice, «vienen los Misterios Menores, que tienen algún fundamento de instrucción y de preparación preliminar para lo que ha de venir después; y los Grandes Misterios, en los que nada queda por aprender del universo, sino solo contemplar y comprender la naturaleza y las cosas».[9]

Esta posición no puede rebatirse por lo que respecta a las religiones antiguas. Los Misterios de Egipto fueron la gloria de aquella tierra antigua, y los más nobles hijos de Grecia, como Platón, fueron a Sais y a Tebas para ser iniciados por los Maestros egipcios de la Sabiduría. Los Misterios mitraicos de los persas, los Misterios órficos y báquicos, y los posteriores semi-Misterios eleusinos de los griegos, los Misterios de Samotracia, Escitia, Caldea, son conocidos de nombre, al menos, como cosa familiar. Incluso en la forma sumamente diluida de los Misterios eleusinos, su valor es alabadísimo por los hombres más eminentes de Grecia, como Píndaro, Sófocles, Isócrates, Plutarco y Platón. Se los consideraba especialmente útiles con respecto a la existencia *post mortem*, pues el Iniciado aprendía lo que aseguraba su felicidad futura. Sopatro afirmaba además que la Iniciación establecía un parentesco del alma con la Naturaleza divina, y en el exotérico Himno a Deméter se hacen referencias veladas al niño sagrado, Yaco, y a su muerte y resurrección, tal como se trataban en los Misterios.[10]

De Jámblico, el gran teúrgo de los siglos III y IV d. C., puede aprenderse mucho acerca del objeto de los Misterios. La teurgia era magia, «la última parte de la ciencia sacerdotal»,[11] y se practicaba en los Misterios Mayores para evocar la aparición de Seres superiores. La teoría en que se basaban estos Misterios puede exponerse muy brevemente así: hay un UNO, anterior a todos los seres, inmóvil, permaneciendo en la soledad de su propia unidad. De AQUELLO surge el Dios Supremo, el Autoengendrado, el Bien, la Fuente de todas las cosas, la Raíz, el Dios de los dioses, la Causa Primera, que se despliega a Sí mismo en Luz.[12] De Él brota el Mundo Inteligible, o universo ideal, la Mente Universal, el *Nous*, y a este pertenecen los Dioses incorpóreos o inteligibles. De este surge el Alma del Mundo, a la que pertenecen las «formas intelectuales divinas presentes junto a los cuerpos visibles de los Dioses».[13] Vienen luego varias jerarquías de seres sobrehumanos: Arcángeles, Arcontes (Gobernantes) o Cosmócratores, Ángeles, Démones, etc. El hombre es un ser de orden inferior, afín a estos por naturaleza, y capaz de conocerlos; este conocimiento se alcanzaba en los Misterios, y conducía a la unión con Dios.[14] En los Misterios se exponían estas doctrinas, «la progresión de todas las cosas desde el Uno, y su regresión hacia el Uno, y el dominio total del Uno»,[15] y, además, se evocaba a estos diferentes Seres, y estos se manifestaban, a veces para enseñar, a veces, con su mera presencia, para elevar y purificar. «Los Dioses», dice Jámblico, «siendo benévolos y propicios, imparten su luz a los teúrgos con abundan-

cia sin envidia, llamando hacia sí a sus almas, procurándoles una unión consigo mismos, y acostumbrándolos, aun estando todavía en el cuerpo, a separarse de los cuerpos, y a ser conducidos en torno a su principio eterno e inteligible».[16] Pues, «teniendo el alma una vida doble, una en conjunción con el cuerpo, y la otra separada de todo cuerpo»,[17] es de suma necesidad aprender a separarla del cuerpo, para que así pueda unirse a los Dioses por su parte intelectual y divina, y aprender los verdaderos principios del conocimiento, y las verdades del mundo inteligible.[18] «La presencia de los Dioses, en efecto, nos imparte salud de cuerpo, virtud de alma, pureza de intelecto, y, en una palabra, eleva todo en nosotros a su naturaleza propia. Muestra aquello que no es cuerpo como cuerpo a los ojos del alma, a través de los del cuerpo».[19] Cuando los Dioses se manifiestan, el alma recibe «una liberación de las pasiones, una perfección trascendente, y una energía del todo más excelente, y participa de amor divino y de un gozo inmenso».[20] Por esto obtenemos una vida divina, y somos hechos realmente divinos.[21]

El punto culminante de los Misterios era aquel en que el Iniciado se convertía en Dios, ya fuese por unión con un Ser divino exterior a él, ya por la realización del Yo divino en su interior. Esto se llamaba éxtasis, y era un estado que el yogui hindú llamaría alto Samadhi, quedando el cuerpo denso en trance mientras el alma liberada efectuaba su propia unión con el Gran Uno. Este «éxtasis no es una facultad propiamente dicha, es un estado del alma, que la transforma de tal modo que entonces percibe lo que antes le estaba oculto. El estado no será permanente hasta que nuestra unión con Dios sea irrevocable; aquí, en la vida terrena, el éxtasis no es más que un destello... El hombre puede dejar de ser hombre, y hacerse Dios; pero el hombre no puede ser Dios y hombre a la vez».[22] Plotino afirma haber alcanzado este estado «solo tres veces hasta ahora».

Así también enseñaba Proclo que la única salvación del alma era volver a su forma intelectual, y escapar así del «círculo de la generación, de los abundantes extravíos», y alcanzar el verdadero Ser, «hacia la energía uniforme y simple del período de identidad, en lugar del movimiento abundantemente errante del período caracterizado por la diferencia». Esta es la vida buscada por quienes fueron iniciados por Orfeo en los Misterios de Baco y Proserpina, y este es el resultado de la práctica de las virtudes purificadoras, o catárticas.[23]

Estas virtudes eran necesarias para los Misterios Mayores, pues concernían a la purificación del cuerpo sutil, en el que operaba el alma cuando estaba fuera del cuerpo denso. Las virtudes políticas o prácticas pertenecían a la vida ordinaria del hombre, y se exigían en cierta medida antes de que pudiera ser candidato siquiera a una Escuela como la que se describe más adelante. Venían luego las virtudes catárticas, por las que se purificaba el cuerpo sutil, el de las emociones y la mente inferior; en tercer lugar las intelectuales, pertenecientes al Augoeides, o forma luminosa del intelecto; en cuarto lugar las contemplativas, o paradigmáticas, por las que se realizaba la unión con Dios. Porfirio escribe: «Quien actúa conforme a las virtudes prácticas es un hombre digno; pero quien actúa conforme a las virtudes purificadoras es un hombre angélico, o también un buen daimon. Quien actúa únicamente conforme a las virtudes intelectuales es un Dios; pero quien actúa conforme a las virtudes paradigmáticas es el Padre de los Dioses».[24]

Mucha instrucción se impartía también en los Misterios por las jerarquías arcangélicas y otras, y se dice que Pitágoras, el gran maestro que fue iniciado en la India, y que dio «el conocimiento de las cosas que son» a sus discípulos comprometidos, poseía tal conocimiento de la música que podía emplearla para dominar las pasiones más desenfrenadas de los hombres, y para iluminar sus mentes. De esto da ejemplos Jámblico en su *Vida de Pitágoras*. Parece probable que el título de Theodidaktos, dado a Amonio Saccas, el maestro de Plotino, se refiriera menos a la sublimidad de sus enseñanzas que a esta instrucción divina recibida por él en los Misterios.

Algunos de los símbolos empleados los explica Jámblico,[25] quien pide a Porfirio que aparte de su pensamiento la imagen de lo simbolizado y alcance su significado intelectual. Así, el «cieno» significaba todo lo corporal y material; el «Dios sentado sobre el loto» significaba que Dios trascendía tanto el cieno como el intelecto, simbolizado por el loto, y permanecía establecido en Sí mismo, por estar sentado. Si «navegaba en una nave», se representaba Su gobierno sobre el mundo. Y así sucesivamente.[26] Sobre este uso de los símbolos observa Proclo que «el método órfico se proponía revelar las cosas divinas por medio de símbolos, método común a todos los escritores de la sabiduría divina».[27]

La Escuela pitagórica de la Magna Grecia se cerró a fines del siglo VI a. C., a causa de la persecución del poder civil, pero existieron otras comunidades que mantuvieron viva la tradición sagrada.[28] Mead afirma que Pla-

tón la intelectualizó para protegerla de una profanación creciente, y que los ritos eleusinos conservaron algunas de sus formas, aunque habían perdido su sustancia. Los neoplatónicos heredaron de Pitágoras y de Platón, y sus obras deberían ser estudiadas por quienes deseen apreciar algo de la grandeza y la belleza que los Misterios conservaron para el mundo.

La propia Escuela pitagórica puede servir de modelo de la disciplina que se imponía. Sobre esto da Mead muchos detalles interesantes,[29] y observa: «Los autores de la Antigüedad coinciden en que esta disciplina había logrado producir los más altos ejemplos, no solo de la más pura castidad y sentimiento, sino también de una sencillez de costumbres, una delicadeza y un gusto por las ocupaciones serias que no tenían parangón. Esto lo admiten incluso los escritores cristianos». La Escuela tenía discípulos externos, que llevaban la vida familiar y social, y la cita anterior se refiere a estos. En la Escuela interior había tres grados: el primero, el de los Oyentes, que estudiaban durante dos años en silencio, esforzándose por dominar las enseñanzas; el segundo grado era el de los Matemáticos, en el que se enseñaba geometría y música, la naturaleza del número, la forma, el color y el sonido; el tercer grado era el de los Físicos, que dominaban la cosmogonía y la metafísica. Esto conducía a los verdaderos Misterios. Los candidatos a la Escuela debían ser «de reputación intachable y de carácter apacible».

La estrecha identidad entre los métodos y los fines perseguidos en estos diversos Misterios y los del Yoga en la India resulta patente hasta para el observador más superficial. No es necesario, sin embargo, suponer que las naciones de la Antigüedad tomaran esto de la India; todas por igual lo tomaron de una misma fuente, la Gran Logia de Asia Central, que enviaba a sus Iniciados a todas las tierras. Todas enseñaban las mismas doctrinas, y seguían los mismos métodos, que llevaban a los mismos fines. Pero hubo mucha comunicación entre los Iniciados de todas las naciones, y existía un lenguaje común y un simbolismo común. Así, Pitágoras viajó entre los indios, y recibió en la India una alta Iniciación, y Apolonio de Tiana siguió más tarde sus pasos. Bien indias, tanto en la frase como en el pensamiento, fueron las últimas palabras de Plotino: «Ahora procuro llevar de nuevo al Yo que hay en mí hacia el Yo universal».[30]

Entre los hindúes se insistía estrictamente en el deber de enseñar el conocimiento supremo solo a quienes fuesen dignos de él. «El más profundo misterio del fin del conocimiento... no ha de declararse a quien no sea hijo o

discípulo, ni a quien no tenga la mente serena».[31] Y así también, tras un bosquejo del Yoga, leemos: «¡Levantaos! ¡despertad! Habiendo hallado a los Grandes, escuchad. El camino es tan difícil de recorrer como el filo agudo de una navaja. Así dicen los sabios».[32] Se necesita al Maestro, pues la enseñanza escrita por sí sola no basta. El «fin del conocimiento» es conocer a Dios —no solo creer—; hacerse uno con Dios —no solo adorarlo desde lejos—. El hombre debe conocer la realidad de la Existencia divina, y luego saber —no solo creer y esperar vagamente— que su propio Yo más íntimo es uno con Dios, y que el fin de la vida es realizar esa unidad. A menos que la religión pueda guiar al hombre hacia esa realización, no es sino «como metal que resuena, o címbalo que retiñe».[33]

Así también se afirmaba que el hombre debía aprender a abandonar el cuerpo denso: «Que el hombre, con firmeza, la separe [el alma] de su propio cuerpo, como se separa el tallo de hierba de su vaina».[34] ¡Y estaba escrito! «En la vaina áurea y suprema mora el Brahman sin mancha, inmutable; Él es la Luz blanca y radiante de las luces, conocida por los conocedores del Yo».[35] «Cuando el vidente ve al Creador de color áureo, el Señor, el Espíritu, cuyo seno es Brahman, entonces, habiendo arrojado de sí el mérito y el demérito, sin mancha, el sabio alcanza la unión suprema».[36]

Tampoco carecieron los hebreos de su conocimiento secreto y de sus Escuelas de Iniciación. La compañía de profetas de Naiot, presidida por Samuel,[37] formaba una Escuela de este tipo, y por ellos se transmitía la enseñanza oral. Escuelas semejantes existieron en Betel y en Jericó,[38] y en la *Concordancia* de Cruden[39] se halla la siguiente nota interesante: «Las Escuelas o Colegios de los profetas son las primeras [escuelas] de las que tenemos noticia en las Escrituras; en ellas los hijos de los profetas, es decir, sus discípulos, llevaban una vida retirada y austera, dedicada al estudio, a la meditación y a la lectura de la ley de Dios... A estas Escuelas, o Sociedades, de los profetas sucedieron las Sinagogas». La *Cábala*, que contiene la enseñanza semipública, es, tal como hoy se presenta, una compilación moderna, parte de la cual es obra del rabino Moisés de León, que murió en el año 1305. Consta de cinco libros: Bahir, Zohar, Sepher Sephiroth, Sepher Yetzirah y Asch Metzareth, y se afirma que fue transmitida oralmente desde tiempos muy antiguos, tal como se cuenta la antigüedad históricamente. El doctor Wynn Westcott dice que «la tradición hebrea asigna las partes más antiguas del Zohar a una fecha anterior a la construcción del segundo Tem-

plo»; y se dice que el rabino Simeón ben Yojái puso por escrito parte de ella en el siglo I d. C. El Sepher Yetzirah es calificado por Saadia Gaón, que murió en el año 940, de «muy antiguo».[40] Algunas porciones de la antigua enseñanza oral se han incorporado a la *Cábala* tal como hoy se presenta, pero la verdadera sabiduría arcaica de los hebreos permanece bajo la custodia de unos pocos verdaderos hijos de Israel.

Por breve que sea este bosquejo, basta para mostrar la existencia de un lado oculto en las religiones del mundo fuera del cristianismo, y podemos ahora examinar la cuestión de si el cristianismo fue una excepción a esta regla universal.

CAPÍTULO II. EL LADO OCULTO DEL CRISTIANISMO

(a) EL TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS.

Habiendo visto que las religiones del pasado afirmaron unánimemente tener un lado oculto, ser custodias de «Misterios», y que esta afirmación fue corroborada por la búsqueda de la iniciación por parte de los hombres más grandes, debemos ahora determinar si el cristianismo queda fuera de este círculo de religiones, y si él solo carece de Gnosis, ofreciendo al mundo tan solo una fe sencilla y no un conocimiento profundo. Si así fuera, sería en verdad un hecho triste y lamentable, que probaría que el cristianismo estaba destinado únicamente a una clase, y no a todos los tipos de seres humanos. Pero que no es así lo podremos demostrar más allá de toda duda razonable.

Y esa demostración es precisamente lo que la Cristiandad necesita hoy con mayor urgencia, pues la flor misma de la Cristiandad parece por falta de conocimiento. Si la enseñanza esotérica pudiera restablecerse y ganar estudiantes pacientes y sinceros, no tardaría en restaurarse también lo oculto. Los discípulos de los Misterios Menores se convertirán en candidatos para los Mayores, y con la recuperación del conocimiento volverá también la autoridad de la enseñanza. Y en verdad la necesidad es grande. Pues, al observar el mundo que nos rodea, comprobamos que la religión en Occidente padece exactamente la dificultad que, en teoría, cabría esperar. El cristianismo, al haber perdido su enseñanza mística y esotérica, va perdiendo su ascendiente sobre un gran número de las personas más instruidas, y el resurgir parcial de los últimos años coincide con la reintroducción de cierta enseñanza mística. Resulta patente para todo el que estudie los cuarenta años finales del siglo pasado que muchedumbres de personas reflexivas y morales se han

apartado silenciosamente de las iglesias, porque las enseñanzas que allí recibían ofendían su inteligencia y herían su sentido moral. Es vano pretender que el agnosticismo tan extendido de esta época tuviera su raíz en la falta de moralidad o en una deliberada torcedura de la mente. Todo el que estudie con atención los fenómenos que se presentan admitirá que hombres de fuerte intelecto han sido expulsados del cristianismo por la crudeza de las ideas religiosas que se les proponían, por las contradicciones de las enseñanzas dotadas de autoridad, por las opiniones sobre Dios, el hombre y el universo que ninguna inteligencia formada podía admitir. Tampoco puede decirse que ninguna clase de degradación moral estuviera en la raíz de la rebelión contra los dogmas de la Iglesia. Los rebeldes no eran demasiado malos para su religión; al contrario, era la religión la que resultaba demasiado mala para ellos. La rebelión contra el cristianismo popular se debió al despertar y al crecimiento de la conciencia; fue la conciencia la que se rebeló, tanto como la inteligencia, contra enseñanzas deshonrosas por igual para Dios y para el hombre, que representaban a Dios como un tirano, y al hombre como esencialmente malo, alcanzando la salvación mediante una sumisión servil.

La razón de esta rebelión residía en el progresivo descenso de la enseñanza cristiana hacia una supuesta simplicidad, de modo que hasta el más ignorante pudiera comprenderla. Los religionistas protestantes afirmaban a voces que nada debía predicarse salvo lo que todos pudieran entender, que la gloria del Evangelio residía en su sencillez, y que el niño y el iletrado debían poder comprenderlo y aplicarlo a la vida. Ciertamente es esto, si con ello se quisiera decir que hay ciertas verdades religiosas que todos pueden captar, y que una religión fracasa si deja al más rudimentario, al más ignorante, al más torpe, fuera del alcance de su influencia elevadora. Pero es falso, absolutamente falso, si con ello se quisiera decir que la religión no tiene verdades que el ignorante no pueda entender, que es cosa tan pobre y limitada que no tiene nada que enseñar por encima del pensamiento del poco inteligente o por encima del horizonte moral del degradado. Falso, fatalmente falso, si tal fuera el sentido; pues a medida que esa opinión se extiende, ocupando los púlpitos y resonando en las iglesias, muchos hombres y mujeres nobles, con el corazón medio roto al cortar los lazos que los unían a su fe primera, se apartan de las iglesias, dejando sus puestos para que los ocupen los hipócritas y los ignorantes. Pasan, o bien a un estado de agnosticismo pasivo, o bien — si son jóvenes y entusiastas — a una condición de agre-

sión activa, sin creer que pueda ser lo más elevado aquello que ofende a un tiempo la inteligencia y la conciencia, y prefiriendo la honradez de la incredulidad declarada al aturdimiento del intelecto y de la conciencia por mandato de una autoridad en la que no reconocen nada divino.

Al estudiar así el pensamiento de nuestro tiempo vemos que la cuestión de una enseñanza oculta relacionada con el cristianismo cobra una importancia vital. ¿Ha de sobrevivir el cristianismo como *la* religión de Occidente? ¿Ha de perdurar a través de los siglos venideros, y seguir desempeñando un papel en la formación del pensamiento de las razas occidentales en evolución? Si ha de vivir, debe recuperar el conocimiento que ha perdido, y volver a poseer sus enseñanzas místicas y ocultas; debe volver a erguirse como maestro autorizado de las verdades espirituales, revestido de la única autoridad que vale algo, la autoridad del conocimiento. Si estas enseñanzas se recuperan, su influencia se dejará ver pronto en concepciones más amplias y profundas de la verdad; los dogmas, que hoy parecen meras cáscaras y grilletes, volverán a verse como presentaciones parciales de realidades fundamentales. En primer lugar, el cristianismo esotérico reaparecerá en el «Lugar Santo», en el Templo, de modo que todos los capaces de recibirlo puedan seguir sus líneas de pensamiento publicado; y en segundo lugar, el cristianismo oculto volverá a descender al Adytum, morando tras el Velo que guarda el «Lugar Santísimo», en el que solo el Iniciado puede entrar. Entonces la enseñanza oculta volverá a estar al alcance de quienes se capaciten para recibirla, conforme a las reglas antiguas, de quienes estén dispuestos, en los tiempos modernos, a satisfacer las antiguas exigencias impuestas a todos los que anhelaran conocer la realidad y la verdad de las cosas espirituales.

Volvamos una vez más los ojos hacia la historia, para ver si el cristianismo fue singular entre las religiones al carecer de enseñanza interior, o si se asemejó a todas las demás al poseer este tesoro oculto. Tal cuestión es materia de pruebas, no de teoría, y debe decidirse por la autoridad de los documentos existentes, y no por el mero *ipse dixit* de los cristianos modernos.

En efecto, tanto el «Nuevo Testamento» como los escritos de la Iglesia primitiva hacen las mismas declaraciones acerca de la posesión por parte de la Iglesia de tales enseñanzas, y de ellos aprendemos el hecho de la existencia de Misterios —llamados los Misterios de Jesús, o el Misterio del Reino—, las condiciones impuestas a los candidatos, algo de la naturaleza general

de las enseñanzas impartidas, y otros detalles. Ciertos pasajes del «Nuevo Testamento» permanecerían del todo oscuros de no ser por la luz que arrojan sobre ellos las afirmaciones precisas de los Padres y Obispos de la Iglesia, pero a esa luz se vuelven claros e inteligibles.

En verdad, habría sido extraño que fuese de otro modo, si consideramos las corrientes de pensamiento religioso que influyeron en el cristianismo primitivo. Emparentado con los hebreos, los persas y los griegos, teñido por las fes más antiguas de la India, hondamente coloreado por el pensamiento sirio y egipcio, esta rama más reciente del gran tronco religioso no podía sino reafirmar de nuevo las tradiciones antiguas, y poner al alcance de las razas occidentales el tesoro íntegro de la enseñanza antigua. «La fe una vez dada a los santos» habría quedado, en verdad, despojada de su valor principal si, al entregarse a Occidente, se hubiera retenido la perla de la enseñanza esotérica.

La primera prueba que hay que examinar es la del «Nuevo Testamento». A nuestros efectos podemos dejar de lado todas las cuestiones controvertidas sobre las distintas lecturas y los distintos autores, que solo los eruditos pueden decidir. La crítica erudita tiene mucho que decir sobre la antigüedad de los manuscritos, sobre la autenticidad de los documentos, y demás. Pero no necesitamos ocuparnos de ello. Podemos aceptar las Escrituras canónicas como muestra de lo que se creía en la Iglesia primitiva respecto a la enseñanza del Cristo y de sus seguidores inmediatos, y ver qué dicen acerca de la existencia de una enseñanza secreta impartida solo a unos pocos. Tras examinar las palabras puestas en boca del propio Jesús, y consideradas por la Iglesia de suprema autoridad, pasaremos a los escritos del gran apóstol san Pablo; luego consideraremos las afirmaciones hechas por quienes heredaron la tradición apostólica y guiaron a la Iglesia durante los primeros siglos de nuestra era. A lo largo de esta línea ininterrumpida de tradición y testimonio escrito puede establecerse la proposición de que el cristianismo tuvo un lado oculto. Hallaremos además que los Misterios Menores de interpretación mística pueden rastrearse a través de los siglos hasta comienzos del siglo XIX, y que, aunque no existieron Escuelas de Misticismo reconocidas como preparatorias para la Iniciación tras la desaparición de los Misterios, grandes Místicos alcanzaron, de tiempo en tiempo, los grados inferiores del éxtasis mediante sus propios esfuerzos sostenidos, ayudados sin duda por Maestros invisibles.

Las palabras del propio Maestro son claras y precisas, y fueron, como veremos, citadas por Orígenes como referidas a la enseñanza secreta conservada en la Iglesia. «Y cuando estuvo solo, los que le rodeaban con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y él les dijo: “A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, todas estas cosas se les dan por parábolas”». Y más adelante: «Con muchas parábolas semejantes les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. Y sin parábolas no les hablaba; mas a sus discípulos, aparte, les explicaba todo»[41]. Adviértanse las palabras significativas, «cuando estuvo solo», y la expresión «los que están fuera». Así también en la versión de san Mateo: «Jesús despidió a la multitud y entró en la casa; y sus discípulos vinieron a él». Se afirmaba que estas enseñanzas dadas «en la casa», los sentidos más íntimos de sus instrucciones, se transmitían de maestro a maestro. El Evangelio ofrece, cabe notarlo, la explicación mística alegórica, la que hemos llamado los Misterios Menores, pero se decía que el sentido más profundo se daba solo a los Iniciados.

Además, Jesús dice incluso a sus apóstoles: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar»[42]. Es probable que algunas de ellas se dijieran después de su muerte, cuando fue visto por sus discípulos, «hablando acerca de las cosas referentes al reino de Dios»[43]. Ninguna de ellas ha quedado consignada públicamente, pero ¿quién puede creer que fueron descuidadas u olvidadas, y que no se transmitieron como posesión inapreciable? Existía en la Iglesia una tradición según la cual él visitó a sus apóstoles durante un período considerable después de su muerte, con el fin de instruirlos —hecho al que se aludirá más adelante—, y en el célebre tratado gnóstico, la *Pistis Sophia*, leemos: «Y aconteció que, cuando Jesús hubo resucitado de entre los muertos, pasó once años hablando con sus discípulos e instruyéndolos»[44]. Está además la frase que muchos querían suavizar y explicar de otro modo: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos»[45]: precepto que tiene, en efecto, una aplicación general, pero que la Iglesia primitiva consideraba referido a las enseñanzas secretas. Conviene recordar que estas palabras no tenían en la Antigüedad la dureza de sonido que tienen hoy; pues la palabra «perros» —como «el vulgo», «los profanos»— era aplicada por quienes formaban parte de cierto círculo a todos los que quedaban fuera de él, ya se tratase de una sociedad o asociación, ya de una nación —como los judíos la aplicaban a todos los gentiles— [46]. A veces se empleaba para designar a

quienes quedaban fuera del círculo de los Iniciados, y la hallamos usada en ese sentido en la Iglesia primitiva; a quienes, no habiendo sido iniciados en los Misterios, se los consideraba fuera «del reino de Dios», o del «Israel espiritual», se les aplicaba este nombre.

Había varios nombres, además del término «el Misterio», o «los Misterios», usados para designar el círculo sagrado de los Iniciados o relacionados con la Iniciación: «el Reino», «el Reino de Dios», «el Reino de los Cielos», «el Sendero Estrecho», «la Puerta Angosta», «los Perfectos», «los Salvados», «la Vida Eterna», «la Vida», «el Segundo Nacimiento», «un Pequeñuelo», «un Niño Pequeño». El sentido queda de manifiesto por el uso de estas palabras en los escritos cristianos primitivos, y en algunos casos incluso fuera del ámbito cristiano. Así, el término «los Perfectos» era usado por los esenios, que tenían tres órdenes en sus comunidades: los neófitos, los hermanos y los perfectos —siendo estos últimos los Iniciados—; y se emplea generalmente en ese sentido en los escritos antiguos. «El Niño Pequeño» era el nombre corriente para un candidato recién iniciado, *es decir*, que acababa de recibir su «segundo nacimiento».

Conocido este uso, muchos pasajes oscuros y, por lo demás, duros, se vuelven inteligibles. «Y le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos por entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán»[47]. Si esto se aplica, al modo protestante corriente, a la salvación del fuego eterno del infierno, la afirmación resulta increíble, escandalosa. No puede suponerse que ningún Salvador del mundo afirme que muchos procurarán evitar el infierno y entrar en el cielo, y no podrán conseguirlo. Pero aplicado a la puerta estrecha de la Iniciación, y a la salvación del renacimiento, es perfectamente cierto y natural. Así también: «Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque angosta es la puerta, y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan»[48]. La advertencia que sigue inmediatamente contra los falsos profetas, los maestros de los Misterios oscuros, resulta sumamente pertinente en este contexto. Ningún estudioso puede dejar de reconocer el eco familiar de estas palabras, usadas en este mismo sentido en otros escritos. «El antiguo sendero estrecho» es conocido de todos; el camino «tan difícil de recorrer como el filo agudo de una navaja»[49], ya mencionado; el ir «de muerte en muerte» de quienes siguen el camino sem-

brado de flores de los deseos, y no conocen a Dios; pues solo se hacen inmortales y escapan de la ancha boca de la muerte, de la destrucción siempre repetida, quienes han abandonado todo deseo[50]. La alusión a la muerte es, por supuesto, a los repetidos nacimientos del alma en la existencia material grosera, considerada siempre como «muerte» en comparación con la «vida» de los mundos más elevados y sutiles.

Esta «Puerta Angosta» era la puerta de la Iniciación, y por ella entraba el candidato en «el Reino». Y siempre ha sido, y ha de ser, cierto que solo unos pocos pueden entrar por esa puerta, aunque miríadas —una «gran multitud, que nadie podía contar»[51], no unos pocos— entran en la felicidad del mundo celestial. Así habló también otro gran Maestro, casi tres mil años antes: «Entre miles de hombres, apenas uno se esfuerza por la perfección; y de los que lo consiguen, apenas uno me conoce en esencia»[52]. Pues los Iniciados son pocos en cada generación, la flor de la humanidad; pero esta afirmación no pronuncia ninguna sentencia sombría de aflicción eterna sobre la inmensa mayoría de la raza humana. Los salvados son, como enseñó Proclo[53], los que escapan del círculo de la generación, dentro del cual está atada la humanidad.

A este propósito podemos recordar la historia del joven que se acercó a Jesús y, llamándole «Maestro bueno», le preguntó cómo podría alcanzar la vida eterna —la liberación, bien reconocida, del renacimiento mediante el conocimiento de Dios[54]. Su primera respuesta fue el precepto exotérico habitual: «Guarda los mandamientos». Pero cuando el joven respondió: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud», entonces, a aquella conciencia libre de todo conocimiento de transgresión, llegó la respuesta del verdadero Maestro: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme». «Si quieres ser perfecto», ser miembro del Reino, hay que abrazar la pobreza y la obediencia. Y a continuación Jesús explica a sus propios discípulos que a un rico le resulta difícil entrar en el Reino de los Cielos, siendo tal entrada más difícil que para un camello pasar por el ojo de una aguja; que para los hombres tal cosa era imposible, mas para Dios todo era posible[55]. Solo Dios en el hombre puede franquear esa barrera.

Este texto se ha explicado de diversas maneras evasivas, siendo obviamente imposible tomarlo en su sentido superficial, a saber, que un rico no puede entrar en un estado de felicidad post mortem. En ese estado puede

entrar el rico lo mismo que el pobre, y la práctica universal de los cristianos demuestra que estos no creen ni por un momento que las riquezas pongan en peligro su felicidad después de la muerte. Pero si se toma el sentido verdadero del Reino de los Cielos, tenemos la expresión de un hecho sencillo y directo. Pues ese conocimiento de Dios que es la Vida Eterna[56] no puede alcanzarse hasta que se entrega todo lo terreno, no puede aprenderse hasta que todo se ha sacrificado. El hombre debe renunciar no solo a la riqueza terrena, que en adelante solo puede pasar por sus manos como administrador, sino que debe renunciar también a su riqueza interior, en la medida en que la retiene como propia frente al mundo; hasta que quede despojado por completo no puede franquear la puerta estrecha. Tal ha sido siempre una condición de la Iniciación, y «pobreza, obediencia, castidad» ha sido el voto del candidato.

El «segundo nacimiento» es otro término bien reconocido para la Iniciación; aún hoy en la India se llama «dos veces nacidas» a las castas superiores, y la ceremonia que las hace dos veces nacidas es una ceremonia de Iniciación —mera cáscara, ciertamente, en estos tiempos modernos, pero «el modelo de las cosas en los cielos»[57]. Cuando Jesús habla con Nicodemo, afirma que «el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios», y de este nacimiento se dice que es «de agua y del Espíritu»[58]; esta es la primera Iniciación; otra posterior es la «del Espíritu Santo y fuego»[59], el bautismo del Iniciado en su madurez, así como la primera es la del nacimiento, que lo acoge como «el Niño Pequeño» que entra en el Reino[60]. Cuán familiar era esta imaginería entre los místicos de los judíos lo demuestra la sorpresa que muestra Jesús cuando Nicodemo tropieza con su fraseología mística: «¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?»[61]

Otro precepto de Jesús que sigue siendo «palabra dura» para sus seguidores es: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto»[62]. El cristiano corriente sabe que le resulta del todo imposible obedecer este mandato; lleno de las flaquezas y debilidades humanas comunes, ¿cómo podría llegar a ser perfecto como Dios es perfecto? Ante la imposibilidad de la empresa que se le propone, la aparta tranquilamente y no vuelve a pensar en ella. Pero considerada como el esfuerzo culminante de muchas vidas de mejora constante, como el triunfo del Dios que llevamos dentro sobre la naturaleza inferior, entra dentro de una distancia calculable, y recordamos las palabras de Porfirio, según las cuales el hom-

bre que alcanza «las virtudes paradigmáticas es el Padre de los Dioses»[63], y que en los Misterios se adquirirían estas virtudes.

San Pablo sigue las huellas de su Maestro, y habla exactamente en el mismo sentido, aunque, como cabría esperar de su labor organizadora en la Iglesia, con mayor explicitud y claridad. El estudioso debería leer con atención los capítulos ii y iii, y el versículo 1 del capítulo iv, de la Primera Epístola a los Corintios, recordando, al leerlos, que estas palabras se dirigen a miembros bautizados y comulgantes de la Iglesia, miembros de pleno derecho desde el punto de vista moderno, aunque el Apóstol los llame niños y carnales. No eran catecúmenos ni neófitos, sino hombres y mujeres en plena posesión de todos los privilegios y responsabilidades de la pertenencia a la Iglesia, reconocidos por el Apóstol como separados del mundo, y de quienes se esperaba que no se comportasen como los hombres del mundo. Estaban, de hecho, en posesión de todo lo que la Iglesia moderna otorga a sus miembros. Resumamos las palabras del Apóstol:

«Vine a vosotros portando el testimonio divino, no atrayéndoos con sabiduría humana, sino con el poder del Espíritu. En verdad, “hablamos sabiduría entre los que son perfectos”, pero no es sabiduría humana. “Hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos” para nuestra gloria, y que ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Las cosas de esa sabiduría están por encima del pensamiento de los hombres, “pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu ... lo profundo de Dios”, “lo cual enseña el Espíritu Santo”[64]. Estas son cosas espirituales, que solo el hombre espiritual, en quien está la mente de Cristo, puede discernir. “Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo... No erais capaces de sobrellevarlo, ni aún ahora sois capaces, porque todavía sois carnales.” “Como perito arquitecto[65], puse el fundamento”, y “sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios mora en vosotros”. “Que así nos tenga el hombre por ministros de Cristo, y administradores de los misterios de Dios.”»

¿Puede alguien leer este pasaje —y todo lo que se ha hecho en el resumen ha sido destacar los puntos salientes— sin reconocer el hecho de que el Apóstol poseía una sabiduría divina, impartida en los Misterios, que sus seguidores corintios no estaban aún en condiciones de recibir? Y adviértanse los términos técnicos recurrentes: la «sabiduría», la «sabiduría de Dios en misterio», la «sabiduría oculta», conocida solo del hombre «espiritual», ha-

blada solo entre los «perfectos», sabiduría de la que quedaban excluidos los no «espirituales», los «niños en Cristo», los «carнаles», conocida del «perito arquitecto», del «administrador de los Misterios de Dios».

Una y otra vez se refiere a estos Misterios. Escribiendo a los cristianos de Éfeso, dice que «por revelación», por desvelamiento, se le había «dado a conocer el misterio», y de ahí su «conocimiento en el misterio de Cristo»; todos podían conocer «la comunión del misterio»[66]. De este Misterio, repite a los colosenses, fue «hecho ministro»: «el misterio que había estado oculto desde los siglos y desde las generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos»; no al mundo, ni siquiera a los cristianos, sino solo a los Santos. A ellos se les desveló «la gloria de este misterio»; ¿y cuál era? «Cristo *en vosotros*» —frase significativa que, como veremos en un momento, pertenecía a la vida del Iniciado—; así, en definitiva, todo hombre debe aprender la sabiduría y llegar a ser «perfecto en Cristo Jesús»[67]. A estos colosenses les pide que oren «para que Dios nos abra puerta para la palabra, a fin de hablar el misterio de Cristo»[68], pasaje al que se refiere san Clemente como uno en el que el apóstol «revela claramente que el conocimiento no pertenece a todos»[69]. Así también escribe a su amado Timoteo, pidiéndole que escoja a sus diáconos entre quienes guardan «el misterio de la fe con limpia conciencia», aquel gran «misterio de la piedad» que él había aprendido[70], cuyo conocimiento era necesario para los maestros de la Iglesia.

Ahora bien, san Timoteo ocupa una posición importante, en cuanto representa a la generación siguiente de maestros cristianos. Fue discípulo de san Pablo, y este lo designó para guiar y regir una parte de la Iglesia. Había sido, según sabemos, iniciado en los Misterios por el propio san Pablo, y a ello se alude, sirviendo una vez más de indicio las expresiones técnicas. «Este mandamiento te encargo, hijo Timoteo, según las profecías que precedieron sobre ti»[71], la bendición solemne del Iniciador, que admitía al candidato; pero el Iniciador no estaba solo presente: «No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por profecía, con la imposición de las manos del presbiterio»[72], de los Hermanos Mayores. Y le recuerda que se asga a aquella «vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos»[73]: el voto del nuevo Iniciado, prestado en presencia de los Hermanos Mayores y de la asamblea de los Iniciados. El conocimiento entonces impartido era el sagrado depósito por

el que san Pablo clama con tanta fuerza: «Oh Timoteo, guarda lo que se te ha confiado»[74]; no el conocimiento comúnmente poseído por los cristianos, respecto del cual no pesaba sobre san Timoteo obligación especial alguna, sino el sagrado depósito confiado a su custodia como Iniciado, y esencial para el bienestar de la Iglesia. San Pablo vuelve más tarde sobre esto, insistiendo en la suprema importancia del asunto de un modo que resultaría exagerado si el conocimiento hubiera sido propiedad común de los cristianos: «Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste... Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros»[75]: tan grave conjuro como pueden formular labios humanos. Además, era su deber procurar la debida transmisión de este sagrado depósito, para que pasara a la posteridad, y la Iglesia no quedara jamás sin maestros: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos» — las sagradas enseñanzas orales impartidas en la asamblea de los Iniciados, que daban testimonio de la exactitud de la transmisión — «esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros»[76].

El conocimiento — o, si se prefiere la expresión, la suposición — de que la Iglesia poseía estas enseñanzas ocultas arroja un torrente de luz sobre las observaciones dispersas que san Pablo hace acerca de sí mismo, y al reunir las obtenemos un esbozo de la evolución del Iniciado. San Pablo afirma que, aunque ya se contaba entre los perfectos, los iniciados — pues dice: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos» —, aún no había «alcanzado», no era todavía del todo «perfecto», pues no había ganado aún a Cristo, no había alcanzado aún «el supremo llamamiento de Dios en Cristo», «el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte»; y se esforzaba, dice, «si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos»[77]. Pues esta era la Iniciación que liberaba, que hacía del Iniciado el Maestro Perfecto, el Cristo Resucitado, liberándolo definitivamente de los «muertos», de la humanidad encerrada en el círculo de la generación, de las ataduras que encadenaban el alma a la materia grosera. Aquí encontramos de nuevo varios términos técnicos, y hasta el lector superficial debería advertir que la «resurrección de entre los muertos» de que aquí se habla no puede ser la resurrección ordinaria del cristiano moderno, supuestamente inevitable para todos los hombres, y que, por tanto, no requeriría de nadie ningún esfuerzo especial para alcanzarla. De hecho, la propia palabra «alcanzar» resultaría fuera de lugar al referirse a una experiencia humana universal e inevitable. San Pablo no podía

evitar *esa* resurrección, según la concepción cristiana moderna. ¿Cuál era, pues, la resurrección para alcanzar la cual hacía esfuerzos tan denodados? Una vez más, la única respuesta procede de los Misterios. En ellos, al Iniciado que se acercaba a la Iniciación que liberaba del ciclo del renacimiento, del círculo de la generación, se lo llamaba «el Cristo sufriente»; compararía los padecimientos del Salvador del mundo, era crucificado místicamente, «hecho conforme a su muerte», y alcanzaba luego la resurrección, la comunión con el Cristo glorificado, y, después, la muerte ya no tenía poder sobre él[78]. Este era «el premio» hacia el cual se afanaba el gran Apóstol, y a él exhortaba también a esforzarse a «todos los que somos perfectos», *no al creyente corriente*. Que no se contentasen con lo ya alcanzado, sino que siguieran adelante.

Esta semejanza del Iniciado con el Cristo es, en efecto, el fundamento mismo de los Misterios Mayores, como veremos con más detalle al estudiar «El Cristo místico». El Iniciado ya no debía mirar a Cristo como algo exterior a sí mismo: «Y aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así»[79].

El creyente corriente se había «revestido de Cristo»: «todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos»[80]. Estos eran entonces los «niños en Cristo» a quienes ya se ha aludido, y Cristo era el Salvador al que recurrían en busca de ayuda, conociéndolo «según la carne». Pero cuando habían vencido a la naturaleza inferior y dejaban de ser «carnales», debían entonces entrar en un sendero más elevado, y llegar a ser ellos mismos Cristo. Esto, que él mismo ya había alcanzado, era el anhelo del Apóstol para sus seguidores: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado *en vosotros*»[81]. Ya era su padre espiritual, por haberlos «engendrado por medio del evangelio»[82]. Pero ahora, «de nuevo», era como un progenitor, como su madre, para llevarlos al segundo nacimiento. Entonces el Cristo niño, el Niño Santo, nacía en el alma, «el hombre oculto del corazón»[83]; el Iniciado se convertía así en ese «Niño Pequeño»; en adelante debía vivir en su propia persona la vida del Cristo, hasta llegar a ser el «hombre perfecto», creciendo «hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»[84]. Entonces, como hacía san Pablo, completaba en su propia carne los padecimientos de Cristo[85], y llevaba siempre «en el cuerpo la muerte del Señor Jesús»[86], de modo que podía decir con verdad: «Con Cristo estoy juntamente crucificado; y ya no

vivo yo, mas vive Cristo en mí»[87]. Así padecía el propio Apóstol; así se describe a sí mismo. Y cuando la lucha ha terminado, qué distinto es el tono sereno de triunfo del esfuerzo tenso de los primeros años: «Yo estoy ya a punto de ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está guardada la corona de justicia»[88]. Esta era la corona dada «al que venciere», de quien dice el Cristo ascendido: «Yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí»[89]. Pues, tras la «Resurrección», el Iniciado se ha convertido en el Hombre Perfecto, el Maestro, y ya no sale más del Templo, sino que desde él sirve y guía a los mundos.

Bien está señalar, antes de cerrar este capítulo, que el propio san Pablo autoriza el uso de la enseñanza mística teórica para explicar los hechos históricos consignados en las Escrituras. La historia allí escrita no es considerada por él como un mero registro de hechos ocurridos en el plano físico. Verdadero místico, veía en los sucesos físicos las sombras de las verdades universales que se despliegan siempre en los mundos superiores e interiores, y sabía que los hechos escogidos para su conservación en los escritos ocultos eran de índole típica, cuya explicación había de servir a la instrucción del hombre. Así, toma la historia de Abraham, Sarai, Agar, Ismael e Isaac, y, diciendo «lo cual es una alegoría», procede a dar la interpretación mística[90]. Al referirse a la huida de los israelitas de Egipto, habla del mar Rojo como de un bautismo, del maná y del agua como de manjar espiritual y bebida espiritual, de la roca de la que manaba el agua como de Cristo[91]. Ve el gran misterio de la unión de Cristo y su Iglesia en la relación humana de marido y mujer, y habla de los cristianos como de la carne y los huesos del cuerpo de Cristo[92]. El autor de la Epístola a los Hebreos alegoriza todo el sistema judío de culto. En el Templo ve un modelo del Templo celestial, en el Sumo Sacerdote ve a Cristo, en los sacrificios la ofrenda del Hijo inmaculado; los sacerdotes del Templo no son sino «el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales», del sacerdocio celestial que sirve en «el verdadero tabernáculo». Se desarrolla así una alegoría sumamente elaborada en los capítulos iii-x, y el autor sostiene que el Espíritu Santo significaba con ello el sentido más profundo; todo era «una figura para aquel tiempo».

En esta concepción de los escritos sagrados no se sostiene que los hechos consignados no acontecieran, sino solo que su acontecer físico era cuestión de importancia secundaria. Y tal explicación es el desvelamiento de los

Misterios Menores, la enseñanza mística que se permite dar al mundo. No es, como muchos piensan, un mero juego de la imaginación, sino el fruto de una intuición verdadera, que ve los modelos en los cielos, y no solo las sombras que estos proyectan sobre la pantalla del tiempo terrenal.

CAPÍTULO III. EL LADO OCULTO DEL CRISTIANISMO (CONCLUSIÓN)

((b)) EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA.

Aunque cabe que algunos estén dispuestos a admitir que los Apóstoles y sus sucesores inmediatos poseían un conocimiento más profundo de las cosas espirituales que el corriente entre las masas de creyentes que los rodeaban, probablemente pocos estarán dispuestos a dar el paso siguiente y, abandonando ese círculo encantado, aceptar como depositarios de su sagrado saber a los Misterios de la Iglesia primitiva. Y sin embargo, tenemos a san Pablo procurando la transmisión de la enseñanza no escrita, iniciando él mismo a san Timoteo, e instruyéndolo para que a su vez iniciara a otros, quienes debían transmitirla de nuevo a otros más. Vemos así previstas cuatro generaciones sucesivas de maestros, mencionadas en las mismas Escrituras, y estas se superpondrían con creces a los escritores de la Iglesia primitiva que dan testimonio de la existencia de los Misterios. Pues entre ellos se cuentan discípulos de los propios Apóstoles, aunque las afirmaciones más precisas correspondan a quienes se hallaban separados de los Apóstoles por un solo maestro intermediario. Ahora bien, tan pronto como comenzamos a estudiar los escritos de la Iglesia primitiva, nos encontramos con el hecho de que hay alusiones que solo se hacen inteligibles por la existencia de los Misterios, y luego con afirmaciones de que los Misterios existen. Esto, claro está, era de esperar, dado el punto en que el Nuevo Testamento deja el asunto, pero resulta satisfactorio comprobar que los hechos responden a lo esperado.

Los primeros testigos son los llamados Padres Apostólicos, los discípulos de los Apóstoles; pero de sus escritos queda muy poco, y aun eso discutido.

Al no estar escritas con fines polémicos, sus afirmaciones no son tan categóricas como las de los escritores posteriores. Sus cartas están destinadas a alentar a los creyentes. Policarpo, Obispo de Esmirna, condiscípulo de Ignacio bajo san Juan[93], expresa la esperanza de que sus corresponsales estén «bien versados en las sagradas Escrituras, y de que nada se os oculte; mas a mí ese privilegio aún no me ha sido concedido»[94]: escribiendo, al parecer, antes de alcanzar la Iniciación plena. Bernabé habla de comunicar «alguna parte de lo que yo mismo he recibido»[95], y, tras exponer místicamente la Ley, declara que «nosotros, comprendiendo rectamente sus mandamientos, los explicamos según la intención del Señor»[96]. Ignacio, Obispo de Antioquía, discípulo de san Juan[97], se describe a sí mismo como «no todavía perfecto en Jesucristo. Pues ahora empiezo a ser discípulo, y os hablo como a mis condiscípulos»[98], y habla de ellos como «iniciados con Pablo, el santo, el mártir, en los misterios del Evangelio»[99]. Dice además: «¿No podría acaso escribiros cosas más llenas de misterio? Pero temo hacerlo, no sea que os cause daño a vosotros, que sois todavía niños. Perdonadme en esto, no sea que, al no poder recibir su peso, quedéis ahogados por ellas. Pues aun yo, aunque estoy encadenado [por Cristo] y soy capaz de comprender las cosas celestiales, las órdenes angélicas, y las diversas clases de ángeles y huestes, la distinción entre potestades y dominaciones, y las diferencias entre tronos y autoridades, la grandeza de los eones, y la preeminencia de los querubines y serafines, la sublimidad del Espíritu, el reino del Señor, y sobre todo la incomparable majestad de Dios Todopoderoso —aunque conozco estas cosas, no soy por ello, ni mucho menos, perfecto, ni discípulo tal como Pablo o Pedro»[100]. Este pasaje resulta interesante, pues indica que la organización de las jerarquías celestiales era una de las materias sobre las que se instruía en los Misterios. Habla además del Sumo Sacerdote, el Hierofante, «a quien se ha confiado el lugar santísimo, y a quien solo a él se le han encomendado los secretos de Dios»[101].

Llegamos a continuación a san Clemente de Alejandría y a su discípulo Orígenes, los dos escritores de los siglos II y III que más nos dicen acerca de los Misterios en la Iglesia primitiva; pues aunque el ambiente general está lleno de alusiones místicas, estos dos son claros y categóricos al afirmar que los Misterios eran una institución reconocida.

Ahora bien, san Clemente fue discípulo de Panteno, y habla de él y de otros dos, que se dice fueron probablemente Taciano y Teodoto, como «con-

servadores de la tradición de la bienaventurada doctrina recibida directamente de los santos Apóstoles Pedro, Santiago, Juan y Pablo»[102], de modo que su vínculo con los propios Apóstoles constaba de un solo intermediario. Fue director de la Escuela Catequética de Alejandría el año 189 d. C., y murió hacia el 220 d. C. Orígenes, nacido hacia el 185 d. C., fue discípulo suyo, y es, quizá, el más docto de los Padres, y hombre de la más rara hermosura moral. Estos son los testigos de quienes recibimos el testimonio más importante acerca de la existencia de Misterios bien determinados en la Iglesia primitiva.

Los *Stromata*, o Misceláneas, de san Clemente son nuestra fuente de información sobre los Misterios de su época. Él mismo califica estos escritos de «miscelánea de notas gnósticas, según la verdadera filosofía»[103], y los describe también como apuntes de las enseñanzas que él mismo había recibido de Panteno. El pasaje es instructivo: «El Señor... nos permitió comunicar aquellos divinos Misterios, y aquella luz santa, a quienes son capaces de recibirlos. Ciertamente no reveló a la multitud lo que no pertenecía a la multitud, sino a los pocos a quienes sabía que pertenecía, capaces de recibirlo y de moldearse conforme a ello. Pero las cosas secretas se confían a la palabra hablada, no a la escritura, como sucede con Dios. Y si alguien dice[104] que está escrito: “No hay nada secreto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de descubrirse”, que oiga también de nosotros que a quien escucha en secreto, incluso lo secreto le será manifestado. Esto es lo que predijo este oráculo. Y a quien es capaz de observar en secreto lo que se le entrega, lo velado se le descubrirá como verdad; y lo oculto para la multitud aparecerá manifiesto para los pocos... Los Misterios se transmiten místicamente, de modo que lo dicho quede en la boca de quien habla; o más bien no en su voz, sino en su entendimiento... La redacción de estos apuntes míos, bien lo sé, es débil comparada con aquel espíritu, lleno de gracia, que tuve el privilegio de escuchar. Pero será una imagen que recuerde el arquetipo a quien fue tocado por el Tirso». El Tirso, cabe aquí señalar, era la vara que portaban los Iniciados, y con ella se tocaba a los candidatos durante la ceremonia de la Iniciación. Tenía un significado místico, simbolizando la médula espinal y la glándula pineal en los Misterios Menores, y una Vara, conocida de los Ocultistas, en los Mayores. Decir, por tanto, «a quien fue tocado por el Tirso» equivalía exactamente a decir «a quien fue iniciado en los Misterios». Prosigue Clemente: «No pretendemos explicar suficientemente las cosas secretas —ni mucho menos—, sino solo traerlas a la memo-

ria, ya sea porque hayamos olvidado algo, ya sea con el fin de no olvidarlo. Muchas cosas, bien lo sé, se nos han escapado, con el paso del tiempo, y han quedado sin consignar por escrito... Hay, pues, algunas cosas de las que no tenemos recuerdo; porque el poder que había en aquellos hombres bienaventurados era grande». Experiencia frecuente de quienes fueron instruidos por los Grandes, pues su presencia estimula y activa facultades que normalmente permanecen latentes, y que el discípulo, sin ayuda, no puede evocar. «Hay también algunas cosas que quedaron largo tiempo sin anotar, y que ahora se me han escapado; y otras que se han borrado, desvaneciéndose en la propia mente, pues tal tarea no es fácil para los inexpertos; estas las reavivo en mis comentarios. Algunas cosas las omito de propósito, en ejercicio de una sabia selección, temeroso de escribir lo que me guardé de decir; no por avaricia —pues eso sería malo—, sino por temor hacia mis lectores, no sea que tropiecen al tomarlas en mal sentido; y, como dice el proverbio, no se nos encuentre “poniendo una espada en manos de un niño”. Pues es imposible que lo que se ha escrito no llegue a saberse, aunque permanezca sin publicar por mí. Pero, al ser siempre repasadas, empleando la única voz, la de la escritura, no responden nada a quien pregunta más allá de lo escrito; pues requieren necesariamente el auxilio de alguien, ya de quien las escribió, ya de algún otro que haya seguido sus pasos. Algunas cosas mi tratado las insinuará; en otras se detendrá; algunas las mencionará tan solo. Procurará hablar de modo imperceptible, mostrar en secreto y demostrar en silencio»[105].

Este pasaje, aun aislado, bastaría para establecer la existencia de una enseñanza secreta en la Iglesia primitiva. Pero dista mucho de estar aislado. En el capítulo xii de este mismo Libro I, titulado «Los Misterios de la Fe no han de divulgarse a todos», Clemente declara que, dado que otros además de los sabios pueden ver su obra, «es necesario, por tanto, ocultar en un Misterio la sabiduría expuesta, que enseñó el Hijo de Dios». Eran necesarias la lengua purificada de quien habla y los oídos purificados de quien escucha. «Tales eran los obstáculos que se oponían a mi escritura. Y aun ahora temo, como está dicho, “echar las perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y nos despedacen”. Pues es difícil exhibir las palabras verdaderamente puras y transparentes acerca de la verdadera luz a oyentes porcinos y sin formación. Pues difícilmente podría haber para la multitud nada que oír más ridículo que esto; ni, por otra parte, materias más admirables o más inspiradoras para los de naturaleza noble. Pero los sabios

no pronuncian con la boca lo que discuten en consejo. “Mas lo que oís al oído”, dijo el Señor, “proclamadlo desde las azoteas”; ordenándoles recibir las tradiciones secretas del conocimiento verdadero, y exponerlas en alto y a la vista de todos; y que, así como lo han oído al oído, así lo entreguen a quien sea preciso; sin ordenarnos, empero, comunicar a todos sin distinción lo que se les dice en parábolas. Pero en los apuntes solo hay un bosquejo, en el que la verdad está sembrada escasa y dispersa, para que escape a la atención de los que recogen las semillas como grajos; pero cuando hallen un buen labrador, cada una de ellas germinará y producirá grano».

Clemente podría haber añadido que «proclamar desde las azoteas» significaba proclamar o exponer en la asamblea de los Perfectos, los Iniciados, y en modo alguno gritar en voz alta al hombre de la calle.

Dice además que quienes «aún son ciegos y mudos, que carecen de entendimiento, o de la visión aguda y no deslumbrada del alma contemplativa... deben quedar fuera del coro divino... Por lo cual, conforme al método del ocultamiento, la Palabra verdaderamente sagrada, verdaderamente divina y de todo punto necesaria para nosotros, depositada en el santuario de la verdad, fue indicada por los egipcios mediante lo que entre ellos se llamaba los *adyta*, y por los hebreos mediante el velo. Solo los consagrados... tenían acceso a ellos. Pues también Platón consideraba ilícito que “lo impuro toque lo puro”. De ahí que las profecías y los oráculos se expresen en enigmas, y que los Misterios no se muestren indiscriminadamente a cualquiera, sino solo tras ciertas purificaciones e instrucciones previas»[106]. Se extiende luego largamente sobre los Símbolos, exponiendo los pitagóricos, hebreos, egipcios[107], y observa después que el hombre ignorante e iletrado fracasa en comprenderlos. «Pero el gnóstico los aprehende. Pues bien, no se desea que todas las cosas se expongan indiscriminadamente a cualquiera, ni que los beneficios de la sabiduría se comuniquen a quienes ni siquiera en sueños han sido purificados en el alma (pues no es lícito entregar a cualquier advenedizo lo que se ha obtenido con tan laboriosos esfuerzos); ni han de exponerse los Misterios de la Palabra a los profanos». Los pitagóricos, y Platón, Zenón y Aristóteles, tenían enseñanzas exotéricas y esotéricas. Los filósofos establecieron los Misterios, pues «¿no era más provechoso que la contemplación santa y bienaventurada de las realidades permaneciese oculta?»[108]. Los Apóstoles aprobaron también «velar los Misterios de la Fe», «pues hay una instrucción para los perfectos», a la que se alude

en Colosenses i, 9-11 y 25-27. «De modo que, por una parte, hay los Misterios que estuvieron ocultos hasta el tiempo de los Apóstoles, y que ellos entregaron tal como los recibieron del Señor, y que, encerrados en el Antiguo Testamento, fueron manifestados a los santos. Y, por otra parte, están “las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles”, que es la fe y la esperanza en Cristo; a la cual en otro lugar ha llamado “el fundamento”». Cita a san Pablo para mostrar que este «conocimiento no pertenece a todos», y dice, refiriéndose a Heb. v y vi, que «ciertamente hubo entre los hebreos algunas cosas transmitidas sin escribir»; y luego se refiere a san Bernabé, que habla de Dios, «que puso en nuestros corazones la sabiduría y el entendimiento de sus secretos», y dice que «solo a pocos les es dado comprender estas cosas», mostrando así un «rastros de la tradición gnóstica». «Por lo cual la instrucción, que revela las cosas ocultas, se llama iluminación, pues es solo el maestro quien descubre la tapa del arca»[109]. Refiriéndose además a san Pablo, comenta su observación a los romanos de que llegará «con la plenitud de la bendición de Cristo»[110], y dice que con ello designa «el don espiritual y la interpretación gnóstica, deseando, mientras esté presente, impartirles presente como “la plenitud de Cristo, conforme a la revelación del Misterio guardado en secreto desde los siglos eternos, pero ahora manifestado por las Escrituras proféticas”»[111]... «Pero solo a unos pocos de ellos se les muestra en qué consisten las cosas contenidas en el Misterio. Con razón, pues, Platón, en las epístolas, al tratar de Dios, dice: “Debemos hablar en enigmas; para que, si por algún azar la tablilla llegase a extraviarse, por mar o por tierra, quien la lea permanezca ignorante de su contenido”»[112].

Tras un largo examen de los escritores griegos, y una investigación sobre la filosofía, san Clemente declara que la Gnosis, «impartida y revelada por el Hijo de Dios, es sabiduría... Y la Gnosis misma es la que ha descendido por transmisión a unos pocos, habiendo sido impartida sin escribir por los Apóstoles»[113]. Se ofrece una exposición muy extensa de la vida del gnóstico, el Iniciado, y san Clemente la concluye diciendo: «Baste esta muestra para quienes tienen oídos. Pues no es necesario desplegar el misterio, sino solo indicar lo suficiente para que quienes participan del conocimiento lo traigan a la memoria»[114].

Al considerar la Escritura como compuesta de alegorías y símbolos, y como ocultadora del sentido con el fin de estimular la investigación y de

preservar del peligro al ignorante[115], san Clemente reservaba naturalmente la instrucción superior a los doctos. «Nuestro gnóstico será profundamente docto»[116], dice. «Ahora bien, el gnóstico ha de ser erudito»[117]. Quienes habían adquirido disposición mediante una formación previa podían dominar el conocimiento más profundo, pues, aunque «un hombre puede ser creyente sin instrucción, afirmamos igualmente que es imposible que un hombre sin instrucción comprenda las cosas que se declaran en la fe»[118]. «Algunos que se creen naturalmente dotados no quieren tocar ni la filosofía ni la lógica; es más, ni siquiera quieren aprender ciencia natural. Exigen la fe desnuda tan solo... Así también llamo verdaderamente docto a aquel que hace que todo redunde en la verdad, de modo que, de la geometría, de la música, de la gramática y de la propia filosofía, extrayendo lo útil, defiende la fe contra todo ataque... Cuán necesario es para quien desea participar del poder de Dios tratar filosóficamente las materias intelectuales»[119]. «El gnóstico se sirve de las ramas del saber como ejercicios auxiliares preparatorios»[120]. Tan lejos estaba san Clemente de pensar que la enseñanza del cristianismo debiera medirse por la ignorancia del iletrado. «El que está versado en todo género de sabiduría será eminentemente un gnóstico»[121]. Así, aunque acogía al ignorante y al pecador, y hallaba en el Evangelio lo que convenía a sus necesidades, consideraba que solo los doctos y los puros eran candidatos idóneos para los Misterios. «El Apóstol, en contraposición a la perfección gnóstica, llama a la fe común *el fundamento*, y a veces *leche*»[122], pero sobre ese fundamento había de levantarse el edificio de la Gnosis, y al alimento de los niños había de suceder el de los hombres. No hay nada de dureza ni de desprecio en la distinción que traza, sino solo un reconocimiento sereno y sabio de los hechos.

Aun el candidato bien preparado, el discípulo docto y entrenado, solo podía aspirar a avanzar paso a paso en las profundas verdades desveladas en los Misterios. Esto se aprecia con claridad en sus comentarios a la visión de Hermas, en los que además da algunas indicaciones sobre los métodos de lectura de las obras ocultas. «¿No fue acaso el Poder que se apareció a Hermas en la Visión, bajo la forma de la Iglesia, quien le dio a transcribir el libro que quería dar a conocer a los elegidos? Y esto, dice él, lo transcribió letra por letra, sin lograr completar las sílabas. Y esto significaba que la Escritura es clara para todos cuando se toma según la lectura elemental; y que esta es la fe que ocupa el lugar de los rudimentos. Por lo cual se emplea también la expresión figurada “leer según la letra”, mientras que entende-

mos que el desarrollo gnóstico de las Escrituras, cuando la fe ha alcanzado ya un estado avanzado, se compara a la lectura según las sílabas... Ahora bien, la interpretación no escrita de lo escrito, que el Salvador enseñó a los Apóstoles, se nos ha transmitido también a nosotros, inscrita por el poder de Dios en corazones nuevos, según la renovación del libro. Así, los de mayor renombre entre los griegos dedican el fruto del granado a Hermes, que dicen es la palabra, a causa de su interpretación. Pues la palabra oculta mucho... Que no solo a los que leen simplemente se les hace tan difícil la adquisición de la verdad, sino que ni siquiera a aquellos cuya prerrogativa es el conocimiento de la verdad, les es concedida de una vez su contemplación, lo enseña la historia de Moisés; hasta que, acostumbrados a mirar, como los hebreos la gloria de Moisés, y los profetas de Israel las visiones de los ángeles, así también nosotros lleguemos a ser capaces de mirar de frente los esplendores de la verdad»[123].

Aún podrían aducirse más referencias, pero estas deberían bastar para establecer el hecho de que san Clemente conocía los Misterios en la Iglesia, había sido iniciado en ellos, y escribía en beneficio de quienes también habían sido iniciados en ellos.

El siguiente testigo es su discípulo Orígenes, aquella luminaria resplandeciente de saber, valor, santidad, devoción, mansedumbre y celo, cuyas obras permanecen como minas de oro en las que el estudioso puede excavar en busca de los tesoros de la sabiduría.

En su célebre controversia con Celso se hicieron ataques al cristianismo que suscitaron una defensa de la posición cristiana, en la cual se hicieron frecuentes referencias a las enseñanzas secretas[124].

Celso había alegado, a modo de ataque, que el cristianismo era un sistema secreto, y Orígenes rebate esto diciendo que, si bien ciertas doctrinas eran secretas, muchas otras eran públicas, y que ese sistema de enseñanzas exotéricas y esotéricas, adoptado en el cristianismo, estaba también en uso general entre los filósofos. El lector debería advertir, en el siguiente pasaje, la distinción que se traza entre la resurrección de Jesús, considerada bajo su aspecto histórico, y el «misterio de la resurrección».

«Además, puesto que él [Celso] llama con frecuencia a la doctrina cristiana un sistema secreto [de creencia], debemos refutarlo también en este punto, ya que casi el mundo entero está mejor informado de lo que predicán

los cristianos que de las opiniones predilectas de los filósofos. Pues ¿quién ignora la afirmación de que Jesús nació de una virgen, y que fue crucificado, y que su resurrección es artículo de fe entre muchos, y que se anuncia un juicio general venidero, en el que los malvados serán castigados según sus merecimientos, y los justos debidamente recompensados? Y sin embargo, el Misterio de la resurrección, al no ser comprendido, es objeto de mofa entre los incrédulos. En estas circunstancias, hablar de la doctrina cristiana como de un sistema *secreto* resulta del todo absurdo. Pero que haya ciertas doctrinas, no dadas a conocer a la multitud, que se [revelan] después de haberse enseñado las exotéricas, no es peculiaridad exclusiva del cristianismo, sino también de los sistemas filosóficos, en los que ciertas verdades son exotéricas y otras esotéricas. Algunos de los oyentes de Pitágoras se conformaban con su *ipse dixit*, mientras que a otros se les enseñaban en secreto aquellas doctrinas que no se consideraban aptas para comunicarse a oídos profanos e insuficientemente preparados. Además, todos los Misterios que se celebran por doquier en Grecia y en países bárbaros, aunque se guarden en secreto, no acarrear por ello descrédito alguno, de modo que en vano se esfuerza él en calumniar las doctrinas secretas del cristianismo, ya que no comprende correctamente su naturaleza»[125].

Es imposible negar que, en este importante pasaje, Orígenes coloca claramente a los Misterios cristianos en la misma categoría que los del mundo pagano, y sostiene que lo que no se considera un descrédito para otras religiones no debería ser objeto de ataque cuando se encuentra en el cristianismo.

Siguiendo aún su escrito contra Celso, declara que las enseñanzas secretas de Jesús se conservaron en la Iglesia, y se refiere en concreto a las explicaciones que dio a sus discípulos de sus parábolas, al responder a la comparación que hace Celso entre «los Misterios íntimos de la Iglesia de Dios» y el culto egipcio a los animales. «Aún no he hablado de la observancia de todo lo que está escrito en los Evangelios, cada uno de los cuales contiene mucha doctrina difícil de entender, no ya para la multitud, sino incluso para algunos de los más inteligentes, incluida una explicación muy profunda de las parábolas que Jesús dirigió a “los de fuera”, reservando la exhibición de su pleno sentido para quienes habían superado la etapa de la enseñanza exotérica, y que acudían a él en privado, en la casa. Y cuando llegue a com-

prenderlo, se admirará de la razón por la que unos son llamados “de fuera”, y otros “de la casa”»[126].

Y se refiere con cautela al «monte» al que ascendió Jesús, del cual volvió a descender para ayudar a «aquellos que no podían seguirlo adonde iban sus discípulos». La alusión es al «Monte de la Iniciación», expresión mística bien conocida, así como Moisés hizo también el Tabernáculo según el modelo que «se te mostró en el monte»[127]. Orígenes vuelve sobre esto más adelante, diciendo que Jesús se mostraba muy distinto, en su apariencia real, cuando estaba en el «Monte», de lo que veían quienes no podían «seguirlo a lo alto»[128].

Así también, en su comentario al Evangelio de san Mateo, capítulo xv, al tratar el episodio de la mujer sirofenicia, observa Orígenes: «Y quizá también, de las palabras de Jesús, hay algunos panes que solo es posible dar a los más racionales, como a hijos; y otras que son, por así decirlo, migajas de la gran casa y mesa de los bien nacidos, de las que pueden servirse algunas almas a modo de perros».

Quejándose Celso de que se admitiera a pecadores en la Iglesia, Orígenes responde que la Iglesia tenía medicina para los enfermos, pero también el estudio y el conocimiento de las cosas divinas para los que gozaban de salud. A los pecadores se les enseñaba a no pecar, y solo cuando se comprobaba que habían progresado, y que estaban «purificados por la Palabra», «entonces, y no antes, los invitamos a participar de nuestros Misterios. Pues hablamos sabiduría entre los que son perfectos»[129]. Los pecadores acudían para ser sanados: «Pues hay en la divinidad de la Palabra ciertos auxilios para la curación de los enfermos... Otros, en cambio, que a los puros de alma y de cuerpo muestran la “revelación del Misterio, que estuvo guardado en secreto desde el principio del mundo, pero que ahora se manifiesta por las Escrituras de los profetas”, y “por la aparición de nuestro Señor Jesucristo”, cuya “aparición” se manifiesta a cada uno de los que son perfectos, y que ilumina la razón en el verdadero conocimiento de las cosas»[130]. Tales apariciones de Seres divinos tuvieron lugar, como hemos visto, en los Misterios paganos, y los de la Iglesia tuvieron visitantes igualmente gloriosos. «Dios la Palabra —dice— fue enviado como médico a los pecadores, pero como Maestro de los Misterios Divinos a los que ya son puros, y que ya no pecan más»[131]. «La sabiduría no entrará en el alma de un hombre vil, ni morará en un cuerpo entregado al pecado»; de ahí que estas enseñan-

zas superiores se den solo a quienes son «atletas en la piedad y en toda virtud».

Los cristianos no admitían a los impuros a este conocimiento, sino que decían: «Quienquiera que tenga las manos limpias, y por ello levante manos santas a Dios... venga a nosotros... quienquiera que esté puro no solo de toda mancha, sino de lo que se considera transgresiones menores, sea audazmente iniciado en los Misterios de Jesús, que propiamente solo se dan a conocer a los santos y a los puros». De ahí también que, antes de que comenzara la ceremonia de la Iniciación, quien hacía las veces de Iniciador, según los preceptos de Jesús, el Hierofante, hiciera la significativa proclamación «a quienes se han purificado de corazón: aquel cuya alma, desde hace largo tiempo, no tiene conciencia de mal alguno, sobre todo desde que se entregó a la curación de la Palabra, oiga tal persona las doctrinas que Jesús habló en privado a sus discípulos genuinos». Este era el comienzo de la «iniciación en los sagrados Misterios de quienes ya estaban purificados»[132]. Solo estos podían aprender las realidades de los mundos invisibles, y entrar en los sagrados recintos donde, como en la Antigüedad, los ángeles eran los maestros, y donde el conocimiento se daba por la visión, y no solo por las palabras. Es imposible no advertir el tono tan distinto de estos cristianos respecto de sus sucesores modernos. Para ellos, la perfecta pureza de vida, la práctica de la virtud, el cumplimiento de la Ley divina hasta en el último detalle de la conducta exterior, la perfección de la rectitud, eran —como para los paganos— solo el principio del camino, y no su fin. Hoy en día se considera que la religión ha cumplido gloriosamente su objeto cuando ha formado al Santo; entonces, era a los Santos a quienes dedicaba sus más altas energías, y, tomando a los puros de corazón, los conducía hasta la Visión Beatífica.

El mismo hecho de la enseñanza secreta vuelve a aparecer cuando Orígenes discute los argumentos de Celso sobre la conveniencia de conservar las costumbres ancestrales, fundados en la creencia de que «las diversas regiones de la tierra fueron desde el principio asignadas a diferentes Espíritus superintendentes, y así distribuidas entre ciertas Potestades gobernantes, y de este modo se lleva a cabo la administración del mundo»[133].

Tras haber censurado Orígenes las deducciones de Celso, prosigue: «Pero como pensamos que es probable que alguno de los acostumbrados a la investigación más profunda dé con este tratado, aventurémonos a exponer al-

gunas consideraciones de índole más honda, que transmitan una visión mística y secreta acerca de la distribución original de las diversas regiones de la tierra entre diferentes Espíritus superintendentes»[134]. Dice que Celso ha malentendido las razones más profundas relativas a la disposición de los asuntos terrenales, algunas de las cuales se hallan incluso rozadas en la historia griega. Cita luego Dt. xxxii, 8-9: «Cuando el Altísimo repartió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, fijó los límites de los pueblos según el número de los Ángeles de Dios; y la porción del Señor fue su pueblo Jacob, e Israel el cordel de su heredad». Este es el texto de la Septuaginta, no el de la versión inglesa autorizada, pero resulta muy sugerente en cuanto a que el título de «Señor» era considerado como el del Ángel Regente de los judíos solamente, y no el del «Altísimo», *es decir*, Dios. Esta concepción ha desaparecido, por ignorancia, de donde la impropiedad de muchas de las afirmaciones referidas al «Señor», cuando se trasladan al «Altísimo», *por ejemplo*, en Jueces i, 19.

Orígenes relata a continuación la historia de la Torre de Babel, y prosigue: «Pero sobre estos temas podría decirse mucho, y de índole mística; en consonancia con lo cual está lo siguiente: “Bueno es guardar el secreto de un rey”, Tob. xii, 7, a fin de que la doctrina de la entrada de las almas en los cuerpos (no, sin embargo, la de la transmigración de un cuerpo a otro) no se arroje ante el entendimiento común, ni se dé lo santo a los perros, ni se echen las perlas ante los cerdos. Pues tal proceder sería impío, equivalente a una traición de las misteriosas declaraciones de la sabiduría de Dios... Basta, sin embargo, con representar al estilo de una narración histórica lo que se pretende transmitir con un sentido secreto bajo el ropaje de la historia, para que quienes tengan la capacidad puedan elaborar por sí mismos todo lo relativo al asunto»[135]. Expone luego con más detalle la historia de la Torre de Babel, y escribe: «Ahora bien, en segundo lugar, si alguien tiene la capacidad, que entienda que en lo que asume la forma de historia, y que contiene algunas cosas literalmente verdaderas, se transmite sin embargo un sentido más profundo...»[136].

Tras esforzarse por mostrar que el «Señor» era más poderoso que los demás Espíritus que presidían las distintas regiones de la tierra, y que envió a su pueblo a ser castigado viviendo bajo el dominio de los otros poderes, para después reclamarlo junto con todas las naciones menos favorecidas que pudieran ser atraídas, Orígenes concluye diciendo: «Como hemos ob-

servado antes, estas observaciones han de entenderse hechas por nosotros con un sentido oculto, a fin de señalar los errores de quienes afirman...»[137], como hacía Celso.

Tras observar que «el objeto del cristianismo es que lleguemos a ser sabios»[138], prosigue Orígenes: «Si acudes a los libros escritos después de la época de Jesús, hallarás que aquellas multitudes de creyentes que oyen las parábolas están, por así decir, “fuera”, y son dignas solo de las doctrinas exotéricas, mientras que los discípulos aprenden en privado la explicación de las parábolas. Pues, en privado, a sus propios discípulos abrió Jesús todas las cosas, estimando por encima de las multitudes a quienes deseaban conocer su sabiduría. Y promete a quienes creen en Él enviarles hombres sabios y escribas... Y también Pablo, en el catálogo de los “carismas” otorgados por Dios, colocó en primer lugar “la palabra de sabiduría”, y en segundo, por ser inferior a ella, “la palabra de conocimiento”, pero en tercer lugar, y más abajo, “la fe”. Y porque consideraba “la Palabra” superior a los poderes milagrosos, por eso mismo sitúa las “operaciones de milagros” y los “dones de sanación” en un lugar inferior a los dones de la Palabra»[139].

El Evangelio ayudó verdaderamente a los ignorantes, «pero no es un obstáculo para el conocimiento de Dios, sino una ayuda, el haberse educado, haber estudiado las mejores opiniones y ser sabio»[140]. En cuanto a los faltos de inteligencia, «me esfuero por mejorar también a estos en la medida de mis posibilidades, aunque no desearía edificar la comunidad cristiana con tales materiales. Pues busco de preferencia a los más agudos y perspicaces, porque son capaces de comprender el sentido de los dichos difíciles»[141]. Aquí tenemos claramente expuesta la antigua idea cristiana, enteramente acorde con las consideraciones presentadas en el capítulo I de este libro. Hay lugar para los ignorantes en el cristianismo, pero no está destinado *únicamente* a ellos, y tiene enseñanzas profundas para los «agudos y perspicaces».

Es para estos para quienes se esfuerza en mostrar que las Escrituras judías y cristianas tienen sentidos ocultos, velados bajo relatos cuyo sentido externo los repele por absurdo, aludiendo a la serpiente y al árbol de la vida, y «las demás afirmaciones que siguen, las cuales podrían por sí mismas llevar a un lector sincero a ver que todas estas cosas tenían, no inapropiadamente, un sentido alegórico»[142]. Dedicó muchos capítulos a estos senti-

dos alegóricos y místicos, ocultos bajo las palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento, y sostiene que Moisés, como los egipcios, transmitió historias con sentidos ocultos[143]. «Quien trata las historias con sinceridad» —este es el canon general de interpretación de Orígenes— «y desea a la vez guardarse de ser engañado por ellas, ejercerá su juicio sobre qué afirmaciones dará por buenas, y cuáles aceptará figuradamente, buscando descubrir el sentido de los autores de tales invenciones, y de qué afirmaciones retendrá su asentimiento, por haber sido escritas para satisfacción de ciertos individuos. Y esto lo hemos dicho de antemano respecto de toda la historia referida en los Evangelios sobre Jesús»[144]. Gran parte de su libro cuarto se dedica a ilustrar las explicaciones místicas de los relatos de la Escritura, y quien desee profundizar en el tema puede leerlo entero.

En el *De Principiis*, Orígenes expone como enseñanza recibida de la Iglesia «que las Escrituras fueron escritas por el Espíritu de Dios, y tienen un sentido, no solo el que resulta aparente a primera vista, sino también otro, que escapa a la mayoría. Pues aquellas [palabras] que están escritas son las formas de ciertos Misterios, y las imágenes de las cosas divinas. Respecto de lo cual hay una sola opinión en toda la Iglesia: que toda la ley es en verdad espiritual; pero que el sentido espiritual que la ley transmite no es conocido por todos, sino solo por aquellos a quienes se otorga la gracia del Espíritu Santo en la palabra de sabiduría y de conocimiento»[145]. Quienes recuerden lo ya citado verán en la «palabra de sabiduría» y «la palabra de conocimiento» las dos instrucciones místicas típicas, la espiritual y la intelectual.

En el libro cuarto del *De Principiis*, Orígenes explica extensamente su opinión sobre la interpretación de la Escritura. Esta tiene un «cuerpo», que es el «sentido común e histórico»; un «alma», un sentido figurado que ha de descubrirse mediante el ejercicio del intelecto; y un «espíritu», un sentido interior y divino, que solo pueden conocer quienes tienen «la mente de Cristo». Considera que se introducen en la historia elementos incongruentes e imposibles para despertar al lector inteligente y obligarlo a buscar una explicación más profunda, mientras que las personas sencillas seguirían leyendo sin percibir las dificultades[146].

El cardenal Newman, en sus *Arians of the Fourth Century*, hace algunas observaciones interesantes sobre la *Disciplina Arcani*, pero, con el escepticismo profundamente arraigado del siglo XIX, no puede creer del todo en

«las riquezas de la gloria del Misterio», ni probablemente concibió jamás, ni por un instante, la posibilidad de la existencia de realidades tan espléndidas. Y, sin embargo, era creyente en Jesús, y las palabras de la promesa de Jesús eran claras y precisas: «No os dejaré desamparados; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis: porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros»[147]. La promesa se cumplió con creces, pues Él vino a ellos y les enseñó en sus Misterios; en ellos lo vieron, aunque el mundo ya no lo veía, y conocieron al Cristo como morando en ellos, y su vida como la vida de Cristo.

El cardenal Newman reconoce una tradición secreta, transmitida desde los Apóstoles, pero considera que consistía en doctrinas cristianas divulgadas más tarde, olvidando que a quienes se dijo que aún no estaban capacitados para recibirla no eran paganos, ni siquiera catecúmenos en instrucción, sino miembros de pleno derecho y en comunión de la Iglesia cristiana. Afirma así que esta tradición secreta fue después «divulgada con autoridad y perpetuada en forma de símbolos», y quedó plasmada «en los credos de los primeros Concilios»[148]. Pero como las doctrinas de los credos se encuentran claramente expuestas en los Evangelios y las Epístolas, esta postura es del todo insostenible, pues todas ellas habían sido ya divulgadas al mundo en general; y en todas ellas los miembros de la Iglesia estaban sin duda plenamente instruidos. Las repetidas afirmaciones sobre el secreto carecen de sentido si se explican así. El cardenal, sin embargo, dice que todo aquello que «no ha sido así autenticado, ya fuese información profética o comentario sobre las dispensaciones pasadas, se ha perdido, dadas las circunstancias del caso, para la Iglesia»[149]. Eso es muy probable, de hecho ciertamente cierto, en lo que respecta a la Iglesia, pero no por ello deja de ser recuperable.

Al comentar a Ireneo, quien en su obra *Against Heresies* insiste mucho en la existencia de una Tradición Apostólica en la Iglesia, escribe el cardenal: «Pasa luego a hablar de la claridad y la fuerza de las tradiciones conservadas en la Iglesia, por contener aquella verdadera sabiduría de los perfectos de que habla san Pablo, y a la que aspiraban los gnósticos. Y, en efecto, aun sin pruebas formales de la existencia y la autoridad, en tiempos primitivos, de una Tradición Apostólica, es evidente que debió de existir tal tradición, dado que los Apóstoles conversaban entre sí, y sus amigos tenían me-

moria, como los demás hombres. Resulta del todo inconcebible que no se vieran llevados a ordenar la serie de doctrinas reveladas de manera más sistemática de lo que las consignan en la Escritura, tan pronto como sus conversos quedaron expuestos a los ataques y tergiversaciones de los herejes; a menos que se les hubiera prohibido hacerlo, suposición que no puede sostenerse. Sus afirmaciones, así originadas, se conservarían como cosa natural, junto con aquellas otras verdades secretas pero de menor importancia a las que parece aludir san Pablo, y que los escritores primitivos reconocen más o menos, ya se refieran a los tipos de la Iglesia judía o a los destinos futuros de la cristiana. Y tales recuerdos de la enseñanza apostólica obligarían evidentemente a la fe de quienes eran instruidos en ellos, a menos que se suponga que, aun procediendo de maestros inspirados, no eran de origen divino»[150]. En una parte de la sección dedicada al método alegórico, escribe, refiriéndose al sacrificio de Isaac, etc., como «típico de la revelación del Nuevo Testamento»: «En corroboración de esta observación, obsérvese que parece haber habido[151] en la Iglesia una explicación tradicional de estos tipos históricos, derivada de los Apóstoles, pero mantenida entre las doctrinas secretas, por considerarse peligrosa para la mayoría de los oyentes; y ciertamente san Pablo, en la Epístola a los Hebreos, nos ofrece un ejemplo de tal tradición, tanto en su existencia como en su carácter secreto (aunque se demuestre que es de origen judío), cuando, conteniéndose primero e interrogando la fe de sus hermanos, comunica, no sin vacilación, el alcance evangélico del relato de Melquisedec, tal como se introduce en el libro del Génesis»[152].

Las convulsiones sociales y políticas que acompañaron su agonía comenzaron entonces a atormentar el vasto cuerpo del Imperio Romano, y hasta los cristianos se vieron arrastrados al remolino de los intereses egoístas en pugna. Todavía hallamos referencias dispersas a un conocimiento especial impartido a los dirigentes y maestros de la Iglesia, un conocimiento de las jerarquías celestiales, instrucciones dadas por ángeles, y cosas semejantes. Pero la falta de discípulos idóneos hizo que los Misterios se retirasen como institución de existencia públicamente conocida, y la enseñanza se fue impartiendo cada vez más secretamente a aquellas almas, cada vez más escasas, que por su saber, su pureza y su devoción se mostraban capaces de recibirla. Ya no se encontraban escuelas donde se impartieran las enseñanzas preliminares, y con la desaparición de estas «se cerró la puerta».

No obstante, pueden rastrearse a través de la Cristiandad dos corrientes que tuvieron por fuente los Misterios desaparecidos. Una fue la corriente del saber místico, que fluía de la Sabiduría, la Gnosis, impartida en los Misterios; la otra fue la corriente de la contemplación mística, igualmente parte de la Gnosis, que conduce al éxtasis, a la visión espiritual. Esta última, sin embargo, divorciada del conocimiento, rara vez alcanzaba el verdadero éxtasis, y tendía o bien a desbocarse en las regiones inferiores de los mundos invisibles, o bien a perderse entre una abigarrada multitud de formas sutiles superfísicas, visibles como apariencias objetivas para la visión interior — forzada prematuramente por ayunos, vigiliass y una atención tensa —, pero nacidas en su mayoría de los pensamientos y las emociones del vidente. Aun cuando las formas observadas no eran pensamientos exteriorizados, se veían a través de una atmósfera deformante de ideas y creencias preconcebidas, y resultaban así en gran medida poco fiables. Con todo, algunas de las visiones eran en verdad de cosas celestiales, y Jesús se apareció verdaderamente de cuando en cuando a sus devotos amantes, y los ángeles a veces alegraban con su presencia la celda del monje y de la monja, la soledad del devoto arrobado y del paciente buscador de Dios. Negar la posibilidad de tales experiencias sería atacar la raíz misma de aquello que ha sido «más firmemente creído» en todas las religiones, y que conocen todos los ocultistas: la intercomunicación entre los Espíritus velados en la carne y los revestidos de vestiduras más sutiles, el contacto de mente con mente a través de las barreras de la materia, el despliegue de la Divinidad en el hombre, el conocimiento cierto de una vida más allá de las puertas de la muerte.

Recorriendo con la mirada los siglos, no hallamos época alguna en que la Cristiandad quedara del todo desprovista de misterios. «Fue probablemente hacia fines del siglo v, justo cuando la filosofía antigua se extinguía en las Escuelas de Atenas, cuando la filosofía especulativa del neoplatonismo se asentó definitivamente en el pensamiento cristiano por medio de las falsificaciones literarias del Pseudo-Dionisio. Las doctrinas del cristianismo estaban entonces tan firmemente establecidas que la Iglesia podía contemplar sin inquietud una interpretación simbólica o mística de ellas. El autor de la *Theologica Mystica* y de las demás obras atribuidas al Areopagita procede, por tanto, a desarrollar las doctrinas de Proclo, con muy pocas modificaciones, hasta convertirlas en un sistema de cristianismo esotérico. Dios es el Uno innombrable y supraesencial, elevado por encima de la bondad misma. De ahí la “teología negativa”, que asciende de la criatura a Dios despoján-

dola, uno tras otro, de todos los predicados determinados, y que es la que más nos acerca a la verdad. El retorno a Dios es la consumación de todas las cosas y la meta señalada por la enseñanza cristiana. Las mismas doctrinas fueron predicadas con más fervor eclesiástico por Máximo el Confesor (580-622). Máximo representa casi la última actividad especulativa de la Iglesia griega, pero la influencia de los escritos pseudodionisianos fue transmitida a Occidente en el siglo IX por Erígena, en cuyo espíritu especulativo tienen su origen tanto la escolástica como el misticismo de la Edad Media. Erígena tradujo a Dionisio al latín junto con los comentarios de Máximo, y su sistema se basa esencialmente en los de ambos. Se adopta la teología negativa, y se afirma que Dios es un Ser sin predicados, por encima de toda categoría, y por ello no impropriamente llamado Nada [*query*, No-Cosa]. De esta Nada o esencia incomprensible se crea eternamente el mundo de las ideas o causas primordiales. Este es el Verbo o Hijo de Dios, en quien existen todas las cosas, en la medida en que tienen existencia sustancial. Toda existencia es una teofanía, y así como Dios es el principio de todas las cosas, también Él es el fin. Erígena enseña la restitución de todas las cosas bajo la forma de la *adunatio* o *deificatio* dionisiana. Estos son los rasgos permanentes de lo que puede llamarse la filosofía del misticismo en los tiempos cristianos, y resulta notable con cuán poca variación se repiten de una época a otra»[153].

En el siglo XI, Bernardo de Claraval (1091-1153) y Hugo de San Víctor prosiguen la tradición mística, con Ricardo de San Víctor en el siglo siguiente, y san Buenaventura, el Doctor Seráfico, y el gran santo Tomás de Aquino (1227-1274) en el XIII. Santo Tomás domina la Europa de la Edad Media, tanto por la fuerza de su carácter como por su saber y su piedad. Afirma la «Revelación» como una fuente de conocimiento, siendo la Escritura y la tradición los dos cauces por los que discurre, y la influencia del Pseudo-Dionisio, visible en sus escritos, lo vincula a los neoplatónicos. La segunda fuente es la Razón, y aquí los cauces son la filosofía platónica y los métodos de Aristóteles —esta última una alianza que no benefició al cristianismo, pues Aristóteles se convirtió en un obstáculo para el avance del pensamiento superior, como quedó de manifiesto en las luchas de Giordano Bruno, el pitagórico—. Santo Tomás de Aquino fue canonizado en 1323, y el gran dominico permanece como símbolo de la unión de teología y filosofía, meta de toda su vida. Estos pertenecen a la gran Iglesia de la Europa occidental, que reivindica así su derecho a ser considerada transmisora de la

sagrada antorcha del saber místico. En torno a ella surgieron también muchas sectas, tenidas por heréticas, aunque portadoras de verdaderas tradiciones del sagrado saber secreto, los cátaros y muchas otras, perseguidas por una Iglesia celosa de su autoridad, y temerosa de que las santas perlas pasaran a manos profanas. En este mismo siglo brilla también santa Isabel de Hungría con dulzura y pureza, mientras que Eckhart (1260-1329) se revela digno heredero de las Escuelas alejandrinas. Enseñaba Eckhart que «la Divinidad es la Esencia absoluta (Wesen), incognoscible no solo para el hombre sino también para sí misma; es oscuridad e indeterminación absoluta, *Nicht* en contraste con *Icht*, o existencia definida y cognoscible. Y, sin embargo, es la potencialidad de todas las cosas, y su naturaleza consiste, en un proceso triádico, en llegar a tomar conciencia de sí misma como Dios trino. La creación no es un acto temporal, sino una necesidad eterna de la naturaleza divina. Yo soy tan necesario a Dios, gusta de decir Eckhart, como Dios me es necesario a mí. En mi conocimiento y en mi amor, Dios se conoce y se ama a sí mismo»[154].

A Eckhart le sigue, en el siglo XIV, Johannes Tauler, y Nicolás de Basilea, «el Amigo de Dios en el Oberland». De estos surgió la Sociedad de los Amigos de Dios, verdaderos místicos y seguidores de la vieja tradición. Observa Mead que santo Tomás de Aquino, Tauler y Eckhart siguieron al Pseudo-Dionisio, quien siguió a Plotino, Jámblico y Proclo, quienes a su vez siguieron a Platón y Pitágoras[155]. Así se hallan enlazados entre sí, en todas las épocas, los seguidores de la Sabiduría. Fue probablemente un «Amigo» quien fue autor de *Die Deutsche Theologie*, un libro de devoción mística que tuvo la curiosa fortuna de ser aprobado por Staupitz, vicario general de la Orden Agustina, quien lo recomendó a Lutero, y por el propio Lutero, que lo publicó en 1516 como libro que debía figurar inmediatamente después de la *Biblia* y de los escritos de san Agustín de Hipona. Otro «Amigo» fue Ruysbroeck, a cuya influencia sobre Groot se debió la fundación de los Hermanos de la Suerte Común, o Vida Común —sociedad que ha de permanecer siempre memorable, pues contó entre sus miembros a aquel príncipe de los místicos, Tomás de Kempis (1380-1471), autor de la inmortal *Imitación de Cristo*.

En el siglo XV, el aspecto más puramente intelectual del misticismo se manifiesta con más fuerza que el extático —tan dominante en aquellas sociedades del siglo XIV—, y tenemos al cardenal Nicolás de Cusa, junto con

Giordano Bruno, el martirizado caballero andante de la filosofía, y Paracelso, el científico tan calumniado, que extrajo su saber directamente de la fuente original oriental, en vez de por los cauces griegos.

El siglo XVI vio nacer a Jacob Boehme (1575-1624), el «zapatero inspirado», Iniciado ciertamente en la oscuración, duramente perseguido por hombres faltos de luz; y llegaron también entonces santa Teresa, la mística española tan oprimida y sufriente; y san Juan de la Cruz, llama ardiente de intensa devoción; y san Francisco de Sales. Sabia fue Roma al canonizar a estos, más sabia que la Reforma que persiguió a Boehme, pero el espíritu de la Reforma fue siempre intensamente antimístico, y por doquiera que ha pasado su aliento, las hermosas flores del misticismo se han marchitado como bajo el siroco.

Roma, sin embargo, que si bien canonizó a Teresa una vez muerta, la había hostigado duramente en vida, obró mal con Mme. de Guyon (1648-1717), verdadera mística, y con Miguel de Molinos (1627-1696), digno de sentarse junto a san Juan de la Cruz, quien prosiguió en el siglo XVII la alta devoción del místico, tornada en una forma peculiarmente pasiva: la del quietista.

En este mismo siglo surgió en Cambridge la escuela de los platónicos, de la que Henry More (1614-1687) puede servir de ejemplo destacado; también Thomas Vaughan, y Robert Fludd el rosacruz; y se forma asimismo la Sociedad Filadelfiana, y vemos a William Law (1686-1761) activo en el siglo XVIII, coincidiendo en el tiempo con Saint-Martin (1743-1803), cuyos escritos han fascinado a tantos estudiosos del siglo XIX[156].

Tampoco debemos omitir a Christian Rosenkreutz (m. 1484), cuya mística Sociedad de la Rosacruz, que apareció en 1614, poseía verdadero conocimiento, y cuyo espíritu renació en el «conde de Saint-Germain», la misteriosa figura que aparece y desaparece entre las tinieblas, iluminadas por lívidos resplandores, del final del siglo XVIII. Místicos fueron también algunos de los cuáqueros, la tan perseguida secta de los Amigos, buscadores de la iluminación de la Luz Interior, atentos siempre a la Voz Interior. Y hubo allí otros muchos místicos, «de quienes el mundo no era digno», como la del todo deliciosa y sabia madre Juliana de Norwich, del siglo XIV, joyas de la Cristiandad, demasiado poco conocidas, pero que justifican el cristianismo ante el mundo.

Sin embargo, al saludar reverentemente a estos Hijos de la Luz, dispersos a lo largo de los siglos, nos vemos obligados a reconocer en ellos la ausencia de aquella unión del intelecto agudo y la alta devoción que la disciplina de los Misterios soldaba en uno solo, y aunque nos maravillemos de que se elevaran tan alto, no podemos sino desear que sus raros dones se hubieran desarrollado bajo aquella magnífica *disciplina arcani*.

Alphonse Louis Constant, más conocido por su seudónimo, Eliphas Lévi, ha expresado bastante bien la pérdida de los Misterios y la necesidad de su restablecimiento. «Una gran desgracia se abatió sobre el cristianismo. La traición a los Misterios por los falsos gnósticos —pues los gnósticos, es decir, *quienes saben*, eran los Iniciados del cristianismo primitivo— hizo que la Gnosis fuera rechazada, y alejó a la Iglesia de las verdades supremas de la Cábala, que contienen todos los secretos de la teología trascendental... Que la ciencia más absoluta, que la razón más elevada, vuelvan a ser patrimonio de los guías del pueblo; que el arte sacerdotal y el arte real tomen el doble cetro de las antiguas iniciaciones, y el mundo social volverá a salir de su caos. No quemad ya más las imágenes santas; no derribéis más los templos; los templos y las imágenes son necesarios para los hombres; pero expulsad a los mercenarios de la casa de oración; que los ciegos no guíen ya a los ciegos, reconstruid la jerarquía de la inteligencia y de la santidad, y reconoced solo a quienes saben como maestros de quienes creen»[157].

¿Volverán las Iglesias de hoy a asumir la enseñanza mística, los Misterios Menores, preparando así a sus hijos para el restablecimiento de los Misterios Mayores, atrayendo de nuevo a los Ángeles como Maestros, y teniendo por Hierofante al Divino Maestro, Jesús? De la respuesta a esa pregunta depende el futuro del cristianismo.

CAPÍTULO IV. EL CRISTO HISTÓRICO

Ya hemos hablado, en el primer capítulo, de las identidades existentes en todas las religiones del mundo, y hemos visto que del estudio de estas identidades en creencias, simbolismos, ritos, ceremonias, historias y fiestas conmemorativas ha surgido una escuela moderna que remite todas ellas a una fuente común en la ignorancia humana y en una explicación primitiva de los fenómenos naturales. De estas identidades se han forjado armas para apuñalar, por turno, a cada religión, y los ataques más eficaces contra el cristianismo y contra la existencia histórica de su Fundador se han armado desde esta fuente. Al entrar ahora en el estudio de la vida del Cristo, de los ritos del cristianismo, de sus sacramentos, de sus doctrinas, sería fatal ignorar los hechos reunidos por los mitólogos comparados. Bien entendidos, pueden hacerse útiles en vez de perniciosos. Hemos visto que los Apóstoles y sus sucesores trataron con gran libertad el Antiguo Testamento, por tener este un sentido alegórico y místico mucho más importante que el histórico, aunque sin negar en modo alguno este último, y que no vacilaban en enseñar al creyente instruido que algunas de las historias aparentemente históricas eran en realidad puramente alegóricas. En ninguna parte es quizá más necesario comprender esto que al estudiar la historia de Jesús, llamado el Cristo, pues cuando no se desenredan los hilos entrelazados, y no se distingue dónde los símbolos han sido tomados por hechos, y las alegorías por historias, se pierde la mayor parte del valor instructivo del relato y buena parte de su más rara belleza. No podemos insistir bastante en el hecho de que el cristianismo gana, no pierde, cuando se añade el conocimiento a la fe y a la virtud, conforme al precepto apostólico[158]. Los hombres temen que el cristianismo se debilite cuando la razón lo estudia, y que sea «peligroso» admitir que sucesos tenidos por históricos posean el sentido más profundo del significado mítico o místico. Sucede, por el contrario, que se fortalece, y

el estudioso descubre, con alegría, que la perla de gran precio brilla con un fulgor más puro y más claro cuando se retira la capa de ignorancia y se contemplan sus muchos colores.

Existen hoy dos escuelas de pensamiento, enfrentadas encarnizadamente entre sí, que se disputan la historia del gran Maestro hebreo. Según una de ellas, no hay en los relatos de su vida nada más que mitos y leyendas —mitos y leyendas ofrecidos como explicaciones de ciertos fenómenos naturales, supervivencias de un modo pictórico de enseñar determinados hechos de la naturaleza, de grabar en la mente de los no instruidos ciertas grandes clasificaciones de sucesos naturales que eran importantes en sí mismos y que se prestaban a la instrucción moral. Quienes sostienen esta opinión forman una escuela bien definida, a la que pertenecen numerosos hombres de alta educación y firme inteligencia, y en torno a ellos se agrupan multitudes de menos instruidos, que subrayan con tosca vehemencia los elementos más destructivos de sus pronunciamientos. A esta escuela se opone la de los creyentes en el cristianismo ortodoxo, que declaran que toda la historia de Jesús es historia, sin adulteración de leyenda ni de mito. Sostienen que esta historia no es sino la historia de la vida de un hombre nacido hace unos diecinueve siglos en Palestina, que pasó por todas las experiencias consignadas en los Evangelios, y niegan que el relato tenga otro significado que el de una vida divina y humana. Estas dos escuelas se hallan en directa antítesis, sosteniendo la una que todo es leyenda, y declarando la otra que todo es historia. Entre ellas median numerosas gradaciones de opinión, comúnmente denominadas «librepensamiento», que consideran la historia de esa vida en parte legendaria y en parte histórica, pero que no ofrecen ningún método de interpretación definido y racional, ninguna explicación adecuada del conjunto complejo. Y hallamos también, dentro de los límites de la Iglesia cristiana, un número amplio y siempre creciente de cristianos fieles y devotos, de inteligencia refinada, hombres y mujeres sinceros en su fe y religiosos en sus aspiraciones, pero que ven en el relato evangélico algo más que la historia de un solo Hombre divino. Alegan estos —defendiendo su postura desde las Escrituras recibidas— que la historia del Cristo tiene un sentido más profundo y más significativo del que aparece en la superficie; y aunque mantienen el carácter histórico de Jesús, declaran al mismo tiempo que EL CRISTO es más que el hombre Jesús, y tiene un sentido místico. En apoyo de esta tesis señalan frases como la empleada por san Pablo: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado

en vosotros»[159]; aquí evidentemente san Pablo no puede referirse a un Jesús histórico, sino a cierto brotar del alma humana que para él es la formación de Cristo en su seno. De nuevo el mismo maestro declara que, aunque había conocido a Cristo según la carne, de ahora en adelante ya no lo conocería así[160]; dando a entender claramente que, si bien reconocía al Cristo de la carne —Jesús—, había alcanzado una visión más elevada que dejaba en la sombra al Cristo histórico. Esta es la visión que muchos buscan en nuestros propios días, y —enfrentados a los datos de la religión comparada, desconcertados por las contradicciones de los Evangelios, confundidos por problemas que no pueden resolver mientras permanezcan atados a los meros sentidos superficiales de su Escritura— claman con desesperación que la letra mata mientras el espíritu vivifica, y buscan rastrear algún significado profundo y amplio en una historia tan antigua como las religiones del mundo, y que siempre ha sido el centro mismo y la vida de cada religión en que ha reaparecido. Estos pensadores en lucha, demasiado inconexos e indefinidos para hablar de ellos como formando una escuela, parecen tender una mano, por un lado, a quienes piensan que todo es leyenda, pidiéndoles que acepten una base histórica; por otro lado, dicen a sus compañeros cristianos que existe un peligro creciente de que, aferrándose a un sentido literal y único que no puede defenderse ante el creciente saber de la época, el sentido espiritual se pierda por completo. Existe el peligro de perder «la historia del Cristo», junto con ese pensamiento del Cristo que ha sido el sostén y la inspiración de millones de vidas nobles en Oriente y en Occidente, aunque el Cristo sea llamado con otros nombres y adorado bajo otras formas; el peligro de que la perla de gran precio escape de nuestras manos y el hombre quede, para siempre, más pobre.

Lo que se necesita, para conjurar este peligro, es desenredar los distintos hilos de la historia del Cristo, y colocarlos uno junto a otro: el hilo de la historia, el hilo de la leyenda, el hilo del misticismo. Estos se han entrelazado en un solo cordón, con gran pérdida para los reflexivos, y al desenredarlos hallaremos que la historia se hace más, no menos, valiosa a medida que se le añade conocimiento, y que aquí, como en todo lo que es esencialmente verdad, cuanto más viva es la luz que se proyecta sobre ella, mayor es la belleza que se revela.

Estudiaremos primero el Cristo histórico; en segundo lugar, el Cristo místico; en tercer lugar, el Cristo místico. Y hallaremos que elementos extraí-

dos de todos ellos componen el Jesucristo de las Iglesias. Todos entran en la composición de esa Figura grandiosa y patética que domina los pensamientos y las emociones de la Cristiandad, el Varón de Dolores, el Salvador, el Amante y Señor de los hombres.

EL CRISTO HISTÓRICO, O JESÚS EL SANADOR Y MAESTRO.

El hilo de la historia de la vida de Jesús es uno que puede desenredarse sin gran dificultad de aquellos con los que se halla entrelazado. Podemos legítimamente ayudarnos en este estudio remitiéndonos a esos archivos del pasado que los expertos pueden reverificar por sí mismos, y de los que H. P. Blavatsky y otros expertos en investigación oculta han dado a conocer al mundo ciertos detalles referentes al Maestro hebreo. Ahora bien, en la mente de muchos suele surgir un reparo cuando se emplea la palabra «experto» en relación con el ocultismo. Sin embargo, no significa sino una persona que, mediante un estudio especial, mediante una formación especial, ha acumulado un tipo especial de conocimiento, y ha desarrollado facultades que le permiten emitir una opinión fundada en su propio conocimiento individual del asunto que trata. Así como hablamos de Huxley como experto en biología, o del primer clasificado (*Senior Wrangler*) como experto en matemáticas, o de Lyell como experto en geología, así también podemos llamar con razón experto en ocultismo a quien, en primer lugar, ha dominado intelectualmente ciertas teorías fundamentales sobre la constitución del hombre y del universo, y, en segundo lugar, ha desarrollado en sí mismo las facultades que están latentes en todos —y que pueden ser desarrolladas por quienes se entregan a los estudios apropiados—, capacidades que le permiten examinar por sí mismo los procesos más oscuros de la naturaleza. Así como un hombre puede nacer con facultad matemática, y mediante el ejercicio de esa facultad año tras año puede aumentar inmensamente su capacidad matemática, así también puede un hombre nacer con ciertas facultades interiores, facultades pertenecientes al Alma, que puede desarrollar mediante el ejercicio y la disciplina. Cuando, tras haber desarrollado esas facultades, las aplica al estudio del mundo invisible, tal hombre se convierte en un experto en la Ciencia Oculta, y tal hombre puede, cuando lo desee, reverificar los archivos a los que me he referido. Esta reverificación está tan fuera del alcance de la persona corriente como lo está un libro de matemáticas escrito con los símbolos de las matemáticas superiores para quien carece de formación en la ciencia matemática. No hay nada exclusivo en ese conocimiento, salvo

en la medida en que toda ciencia lo es; quienes nacen con una facultad y la ejercitan pueden dominar la ciencia que le es propia, mientras que quienes comienzan la vida sin facultad alguna, o quienes no la desarrollan aun teniéndola, han de contentarse con permanecer en la ignorancia. Estas son las reglas, en todas partes, para la obtención del conocimiento, tanto en el Ocultismo como en cualquier otra ciencia.

Los archivos ocultos confirman en parte la historia relatada en los Evangelios, y en parte no la confirman; nos muestran la vida, y así nos permiten desenredarla de los mitos que en ella se entrelazan.

El niño cuyo nombre judío se convirtió en el de Jesús nació en Palestina el año 105 a. C., durante el consulado de Publio Rutilio Rufo y Cneo Malio Máximo. Sus padres eran de buena cuna aunque pobres, y fue educado en el conocimiento de las Escrituras hebreas. Su fervorosa devoción y una gravedad impropia de su edad llevaron a sus padres a dedicarlo a la vida religiosa y ascética, y poco después de una visita a Jerusalén, en la que la extraordinaria inteligencia y el afán de saber del joven se manifestaron al buscar a los doctores del Templo, fue enviado a formarse en una comunidad esenia del desierto de la Judea meridional. Al cumplir los diecinueve años pasó al monasterio esenio cercano al monte Serbal, monasterio muy visitado por hombres doctos que viajaban desde Persia y la India hacia Egipto, y donde se había reunido una magnífica biblioteca de obras ocultas —muchas de ellas indias, de las regiones transhimalayas—. Desde esta sede del saber místico pasó más tarde a Egipto. Había sido plenamente instruido en las enseñanzas secretas que eran la verdadera fuente de vida entre los esenios, y fue iniciado en Egipto como discípulo de aquella Logia sublime y única de la que procede el Fundador de toda gran religión. Pues Egipto ha permanecido como uno de los centros mundiales de los verdaderos Misterios, de los cuales todos los Misterios semipúblicos son reflejos tenues y lejanos. Los Misterios de que habla la historia como egipcios eran las sombras de las cosas verdaderas «en el Monte», y allí recibió el joven hebreo la solemne consagración que lo preparó para el Sacerdocio Real que había de alcanzar más tarde. Era tan sobrehumanamente puro y tan lleno de devoción que, en su graciosa virilidad, destacaba de manera preeminente entre los ascetas severos y algo fanáticos entre quienes se había formado, difundiendo entre los rígidos judíos que lo rodeaban la fragancia de una sabiduría suave y tierna, como un rosal extrañamente plantado en un desierto difundiría su dulzura

sobre la aridez circundante. La gracia hermosa y majestuosa de su blanca pureza lo envolvía como un radiante halo de luz de luna, y sus palabras, aunque escasas, eran siempre dulces y amorosas, ganando incluso a los más ásperos para una dulzura pasajera, y a los más rígidos para una blandura momentánea. Así vivió veintinueve años de vida mortal, creciendo de gracia en gracia.

Esta pureza y devoción sobrehumanas capacitaron al hombre Jesús, el discípulo, para convertirse en templo de un Poder más elevado, de una Presencia poderosa y morante. Había llegado el momento de una de esas manifestaciones Divinas que, de época en época, se producen para ayuda de la humanidad, cuando se necesita un nuevo impulso para acelerar la evolución espiritual del género humano, cuando está a punto de amanecer una nueva civilización. El mundo occidental estaba entonces en el seno del tiempo, dispuesto para el nacimiento, y la subraza teutónica había de recoger el centro del imperio que caía de las manos desfallecientes de Roma. Antes de emprender su camino, debía aparecer un Salvador del Mundo, para erguirse en actitud de bendición junto a la cuna del infante Hércules.

Un poderoso «Hijo de Dios» había de tomar carne en la tierra, Maestro supremo, «lleno de gracia y de verdad»[161]: Uno en quien la Sabiduría Divina moraba en su medida más plena, que era en verdad «el Verbo» encarnado, Luz y Vida en desbordante riqueza, verdadera Fuente de las Aguas de la Vida. Señor de Compasión y de Sabiduría —tal era su nombre— y desde su morada en los Lugares Secretos salió al mundo de los hombres.

Para Él era necesario un tabernáculo terreno, una forma humana, el cuerpo de un hombre, ¿y quién tan idóneo para entregar su cuerpo en gozoso y voluntario servicio a Aquel ante quien Ángeles y hombres se inclinan con la más humilde reverencia, como este hebreo de los hebreos, este el más puro y noble de «los Perfectos», cuyo cuerpo sin mancha y cuya mente sin tacha ofrecían lo mejor que la humanidad podía brindar? El hombre Jesús se entregó como sacrificio voluntario, «se ofreció a sí mismo sin mancha», al Señor del Amor, que tomó para sí aquella forma pura como tabernáculo, y en ella moró durante tres años de vida mortal.

Esta época queda señalada, en las tradiciones recogidas en los Evangelios, como la del Bautismo de Jesús, cuando se vio al Espíritu «descender del cielo como paloma, y reposar sobre Él»[162], y una voz celestial lo pro-

clamó Hijo amado, a quien los hombres debían prestar oído. Verdaderamente era Él el Hijo amado en quien el Padre se complacía[163], y desde entonces «comenzó Jesús a predicar»[164], y fue aquel maravilloso misterio, «Dios manifestado en carne»[165] —no único en cuanto era Dios, pues: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿decís vosotros al que el Padre santificó y envió al mundo: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?»[166]. Verdaderamente todos los hombres son dioses, en cuanto al Espíritu que llevan dentro, pero no en todos se manifiesta la Divinidad como en aquel bienamado Hijo del Altísimo.

A esa Presencia manifestada puede darse con razón el nombre de «el Cristo», y fue Él quien vivió y se movió bajo la forma del hombre Jesús por los montes y llanuras de Palestina, enseñando, sanando enfermedades, y reuniendo en torno a sí, como discípulos, a unas pocas de las almas más adelantadas. El raro encanto de su amor regio, que se derramaba de Él como rayos de un sol, atraía en torno suyo a los que sufrían, a los fatigados y a los oprimidos, y la mágica y sutil ternura de su dulce sabiduría purificaba, ennoblecía y endulzaba las vidas que entraban en contacto con la suya. Con parábolas e imágenes luminosas enseñaba a las multitudes ignorantes que se apretaban a su alrededor, y, valiéndose de los poderes del Espíritu libre, sanaba numerosas enfermedades con la palabra o con el tacto, reforzando las energías magnéticas propias de su cuerpo puro con la fuerza imperiosa de su vida interior. Rechazado por sus hermanos esenios, entre quienes trabajó primero —cuyos argumentos contra la vida de amorosa labor que se proponía se resumen en la historia de la tentación— porque llevaba al pueblo la sabiduría espiritual que ellos consideraban su tesoro máspreciado y más secreto, y porque su amor que todo lo abarcaba atraía dentro de su círculo al proscrito y al degradado —amando siempre el Yo Divino tanto en el más bajo como en el más alto—, vio congregarse en torno suyo, con excesiva rapidez, las nubes oscuras del odio y de la sospecha. Los maestros y gobernantes de su nación no tardaron en mirarlo con celos e ira; su espiritualidad era un reproche constante para el materialismo de ellos, su poder una denuncia constante, aunque silenciosa, de su debilidad. Apenas habían transcurrido tres años desde su bautismo cuando estalló la tormenta que se acumulaba, y el cuerpo humano de Jesús pagó la pena de albergar la gloriosa Presencia de un Maestro más que hombre.

El pequeño grupo de discípulos escogidos que Él había elegido como depositarios de sus enseñanzas quedó así privado de la presencia física de su Maestro antes de haber asimilado sus instrucciones, pero eran almas de tipo elevado y adelantado, dispuestas a aprender la Sabiduría, y capaces de transmitirla a hombres inferiores. El más receptivo de todos fue aquel «discípulo a quien Jesús amaba», joven, ferviente y ardoroso, profundamente devoto de su Maestro, y partícipe de su espíritu de amor que todo lo abarca. Representó, a lo largo del siglo que siguió a la partida física del Cristo, el espíritu de devoción mística que buscaba el éxtasis, la visión y la unión con lo Divino, mientras que el gran Apóstol posterior, san Pablo, representaba el aspecto de sabiduría de los Misterios.

El Maestro no olvidó su promesa de venir a ellos una vez que el mundo lo hubiera perdido de vista[167], y durante algo más de cincuenta años los visitó en su sutil cuerpo espiritual, prosiguiendo las enseñanzas que había comenzado mientras estuvo con ellos, y formándolos en el conocimiento de las verdades ocultas. Vivían juntos, en su mayor parte, en un lugar apartado en las afueras de Judea, sin atraer atención alguna entre las muchas comunidades aparentemente similares de la época, estudiando las verdades profundas que Él les enseñaba y adquiriendo «los dones del Espíritu».

Estas instrucciones interiores, iniciadas durante su vida física entre ellos y proseguidas después de que hubo abandonado el cuerpo, formaron la base de los «Misterios de Jesús», que hemos visto en la historia de la Iglesia primitiva, y dieron la vida interior que fue el núcleo en torno al cual se reunieron los materiales heterogéneos que formaron el cristianismo eclesiástico.

En el notable fragmento llamado *Pistis Sophia* tenemos un documento del mayor interés relativo a la enseñanza oculta, escrito por el célebre Valentín. En él se dice que, durante los once años inmediatamente posteriores a su muerte, Jesús instruyó a sus discípulos únicamente hasta «las regiones de los primeros estatutos, y hasta las regiones del primer misterio, el misterio dentro del velo»[168]. Hasta entonces no habían aprendido la distribución de las órdenes angélicas, de parte de las cuales habla Ignacio[169]. Entonces Jesús, hallándose «en el Monte» con sus discípulos, y habiendo recibido su Vestidura mística, el conocimiento de todas las regiones y las Palabras de Poder que las abrían, enseñó más a sus discípulos, prometiendo: «Os perfeccionaré en toda perfección, desde los misterios del interior hasta los misterios del exterior: os llenaré del Espíritu, de modo que seréis llama-

dos espirituales, perfectos en todas las perfecciones»[170]. Y les enseñó acerca de Sofía, la Sabiduría, y de su caída en la materia al intentar ascender hasta lo Altísimo, y de sus clamores a la Luz en la que había confiado, y del envío de Jesús para redimirla del caos, y de su coronación con la luz de Él, y de cómo la sacó de la esclavitud. Y les habló además del Misterio supremo, el inefable, el más sencillo y claro de todos, aunque el más alto, que solo puede conocer aquel que renuncia por entero al mundo[171]; por ese conocimiento los hombres se convierten en Cristos, pues tales «hombres son yo mismo, y yo soy esos hombres», porque Cristo es ese Misterio supremo[172]. Conociéndolo, los hombres son «transformados en luz pura y llevados a la luz»[173]. Y realizó para ellos la gran ceremonia de la Iniciación, el bautismo «que conduce a la región de la verdad y a la región de la luz», y les mandó celebrarlo para otros que fuesen dignos: «Pero ocultad este misterio, no lo deis a todo hombre, sino [solo] a aquel que haga todo cuanto os he dicho en mis mandamientos»[174].

Después de esto, plenamente instruidos, los apóstoles salieron a predicar, siempre asistidos por su Maestro.

Además, estos mismos discípulos y sus primeros colaboradores pusieron por escrito, de memoria, todos los dichos públicos y las parábolas del Maestro que habían oído, y recogieron con gran empeño cuantos testimonios pudieron encontrar, poniéndolos también por escrito y difundiéndolos todos entre quienes gradualmente se iban uniendo a su pequeña comunidad. Se hicieron varias recopilaciones, escribiendo cada miembro lo que él mismo recordaba, y añadiendo selecciones de los relatos de otros. Las enseñanzas interiores, dadas por el Cristo a sus elegidos, no se pusieron por escrito, sino que se enseñaban oralmente a quienes se consideraban dignos de recibirlas, a discípulos que formaban pequeñas comunidades para llevar una vida retirada, y que permanecían en contacto con el cuerpo central.

El Cristo histórico es, pues, un Ser glorioso perteneciente a la gran jerarquía espiritual que guía la evolución espiritual de la humanidad, que se sirvió durante unos tres años del cuerpo humano del discípulo Jesús; que pasó el último de esos tres años en enseñanza pública por Judea y Samaria; que fue sanador de enfermedades y realizó otras notables obras ocultas; que reunió en torno a sí un pequeño grupo de discípulos a quienes instruyó en las verdades más profundas de la vida espiritual; que atrajo a los hombres hacia sí por el singular amor y ternura y la rica sabiduría que emanaban de

su Persona; y que finalmente fue dado a muerte por blasfemia, por enseñar la Divinidad inherente a sí mismo y a todos los hombres. Vino a dar al mundo un nuevo impulso de vida espiritual; a reintroducir las enseñanzas interiores relativas a la vida espiritual; a trazar de nuevo el estrecho sendero antiguo; a proclamar la existencia del «Reino de los Cielos», de la Iniciación que admite a ese conocimiento de Dios que es la vida eterna; y a admitir en ese Reino a unos pocos que pudieran enseñar a otros. En torno a esta gloriosa Figura se reunieron los mitos que la unieron a la larga serie de sus predecesores, mitos que narran en forma alegórica la historia de todas esas vidas, en cuanto simbolizan la obra del Logos en el Kosmos y la evolución superior del alma humana individual.

Pero no debe suponerse que la obra del Cristo en favor de sus seguidores terminó una vez establecidos los Misterios, ni que se limitó a raras apariciones en ellos. Aquel Poderoso que había usado el cuerpo de Jesús como vehículo suyo, y cuyo cuidado tutelar se extiende sobre toda la evolución espiritual de la quinta raza de la humanidad, puso en las firmes manos del santo discípulo que le había entregado su cuerpo el cuidado de la Iglesia naciente. Perfeccionando su evolución humana, Jesús se convirtió en uno de los Maestros de Sabiduría, y tomó el cristianismo bajo su especial cuidado, buscando siempre guiarlo por las sendas rectas, protegerlo, custodiarlo y nutrirlo. Fue el Hierofante en los Misterios cristianos, el Maestro directo de los Iniciados. Suya fue la inspiración que mantuvo encendida la Gnosis en la Iglesia, hasta que la masa abrumadora de la ignorancia se hizo tan grande que ni siquiera su aliento pudo avivar suficientemente la llama para impedir que se extinguiera. Suya fue la labor paciente que fortaleció alma tras alma para resistir en medio de las tinieblas, y guardar en su interior la chispa del anhelo místico, la sed de hallar al Dios Oculto. Suyo el constante derramamiento de la verdad en cada mente dispuesta a recibirla, de modo que mano tendida a mano a través de los siglos fue transmitiendo la antorcha del conocimiento, que así nunca se extinguió. Suya la Forma que se irguió junto al potro de tormento y entre las llamas de la hoguera, animando a sus confesores y a sus mártires, aliviando la angustia de sus dolores, y llenando sus corazones de su paz. Suyo el impulso que habló en el trueno de Savonarola, que guio la serena sabiduría de Erasmo, que inspiró la profunda ética del embriagado de Dios, Spinoza. Suya la energía que impulsó a Roger Bacon, a Galileo y a Paracelso en sus indagaciones sobre la naturaleza. Suya la belleza que sedujo a Fra Angélico, a Rafael y a Leonardo da Vinci, que inspiró

el genio de Miguel Ángel, que brilló ante los ojos de Murillo, y que dio el poder que levantó las maravillas del mundo, el Duomo de Milán, el San Marcos de Venecia, la Catedral de Florencia. Suya la melodía que respiraba en las misas de Mozart, en las sonatas de Beethoven, en los oratorios de Haendel, en las fugas de Bach, en el austero esplendor de Brahms. Suya la Presencia que animó a los místicos solitarios, a los ocultistas perseguidos, a los pacientes buscadores de la verdad. Por persuasión y por amenaza, por la elocuencia de un san Francisco y por las burlas de un Voltaire, por la dulce sumisión de un Tomás de Kempis, y la ruda virilidad de un Lutero, buscó instruir y despertar, ganar para la santidad o azotar para apartar del mal. A lo largo de los largos siglos ha luchado y trabajado, y, con toda la poderosa carga de las Iglesias que llevar, jamás ha dejado sin cuidado ni sin consuelo a un solo corazón humano que clamara a Él pidiendo ayuda. Y ahora se esfuerza por volcar en beneficio de la Cristiandad parte de la gran corriente de la Sabiduría que se derrama para refrigerio del mundo, y busca a través de las Iglesias a algunos que tengan oídos para oír la Sabiduría, y que respondan a su llamado a mensajeros que la lleven a su rebaño: «Heme aquí; envíame a mí».

CAPÍTULO V. EL CRISTO MÍTICO

Ya hemos visto el uso que se hace de la mitología comparada contra la religión, y algunos de sus ataques más destructivos se han dirigido contra el Cristo. Su nacimiento de una Virgen en «Navidad», la matanza de los Inocentes, sus obras portentosas y sus enseñanzas, su crucifixión, resurrección y ascensión: todos estos sucesos de la historia de su vida se señalan en las historias de otras vidas, y su existencia histórica se pone en tela de juicio a fuerza de estas identidades. Por lo que respecta a las obras portentosas y a las enseñanzas, podemos despacharlas brevemente reconociendo, en primer lugar, que la mayoría de los grandes Maestros han obrado hechos que, en el plano físico, aparecen como milagros a los ojos de sus contemporáneos, pero que los ocultistas saben que se realizan mediante el ejercicio de poderes que poseen todos los Iniciados por encima de cierto grado. También puede reconocerse que las enseñanzas que Él dio no son originales; pero cuando el estudioso de la mitología comparada cree haber demostrado que ninguna es de inspiración divina, al mostrar que enseñanzas morales semejantes brotaron de los labios de Manu, de los labios del Buda, de los labios de Jesús, el ocultista responde que ciertamente Jesús debió de repetir las enseñanzas de sus predecesores, puesto que era un mensajero de la misma Logia. Las profundas verdades que atañen al Espíritu divino y al humano eran tan verdaderas veinte mil años antes de que Jesús naciera en Palestina como después de que naciera; y decir que el mundo quedó privado de tal enseñanza, y que el hombre permaneció en tinieblas morales desde sus orígenes hasta hace veinte siglos, equivale a decir que hubo una humanidad sin Maestro, hijos sin Padre, almas humanas que clamaban por luz en una oscuridad que no les daba respuesta —una concepción tan blasfema contra Dios como desesperada para el hombre, concepción contradicha por la aparición

de cada Sabio, por la poderosa literatura, por las vidas nobles, a lo largo de los miles de edades anteriores a la venida del Cristo.

Reconociendo entonces en Jesús al gran Maestro de Occidente, el principal Mensajero de la Logia para el mundo occidental, debemos afrontar la dificultad que ha hecho estragos en esta creencia en la mente de muchos: ¿por qué se hallan en religiones precristianas las fiestas que conmemoran sucesos de la vida de Jesús, y en ellas conmemoran sucesos idénticos en las vidas de otros Maestros?

Puede decirse que la mitología comparada, que en los tiempos modernos ha atraído la atención pública sobre esta cuestión, cuenta con cerca de un siglo de existencia, a partir de la aparición de la *Histoire Abrégée de différents Cultes* de Dulaure, del *Origine de tous les Cultes* de Dupuis, del *Hindu Pantheon* de Moor, y del *Anacalypsis* de Godfrey Higgins. A estas obras siguió una multitud de otras, cada vez más científicas y rigurosas en la recopilación y comparación de datos, hasta el punto de que hoy resulta imposible que ninguna persona instruida discuta siquiera las identidades y semejanzas que existen en todos los sentidos. No se encuentran hoy día cristianos dispuestos a sostener que los símbolos, ritos y ceremonias cristianos sean únicos, salvo, en efecto, entre los ignorantes. Allí seguimos viendo la sencillez de la creencia de la mano con la ignorancia de los hechos; pero fuera de esta clase no hallamos ni siquiera a los cristianos más devotos alegar que el cristianismo no tenga mucho en común con religiones anteriores a él. Pero es bien sabido que en los primeros siglos «después de Cristo» estas semejanzas eran admitidas por todos, y que la moderna mitología comparada no hace sino repetir con gran precisión lo que era universalmente reconocido en la Iglesia primitiva. Justino Mártir, por ejemplo, llena sus páginas de referencias a las religiones de su tiempo, y si un impugnador moderno del cristianismo quisiera citar varios casos en que las enseñanzas cristianas son idénticas a las de religiones más antiguas, no podría hallar mejores guías que los apologistas del siglo II. Estos citan enseñanzas, historias y símbolos paganos, alegando que la propia identidad de lo cristiano con estos debía impedir que se rechazasen sin más estos últimos por increíbles en sí mismos. Se da, en efecto, una curiosa razón para esta identidad, razón que apenas hallará hoy muchos partidarios. Dice Justino Mártir: «Quienes transmiten los mitos que los poetas han compuesto no aducen prueba alguna a los jóvenes que los aprenden; y nosotros procedemos a demostrar que han

sido proferidos por influjo de los demonios malignos, para engañar y extrañar al género humano. Pues, habiendo oído proclamar por los profetas que el Cristo había de venir, y que los impíos entre los hombres serían castigados con fuego, presentaron a muchos que habían de ser llamados hijos de Júpiter, con la idea de poder producir en los hombres la impresión de que las cosas dichas respecto de Cristo eran meros relatos maravillosos, semejantes a los que decían los poetas». «Y los demonios, en efecto, habiendo oído este lavatorio anunciado por el profeta, instigaron a quienes entran en sus templos, y están a punto de acercarse a ellos con libaciones y holocaustos, a rociarse también a sí mismos; y hacen que se laven enteramente también al retirarse». «Lo cual [la Cena del Señor] los demonios malignos han imitado en los misterios de Mitra, ordenando que se haga lo mismo»[175]. «Pues yo mismo, cuando descubrí el disfraz malicioso con que los espíritus malignos habían rodeado las doctrinas divinas de los cristianos, para apartar a otros de unirse a ellos, me eché a reír»[176].

Estas identidades se consideraban así obra de los demonios, copias de los originales cristianos, ampliamente difundidas en el mundo precristiano con el propósito de prejuzgar la recepción de la verdad cuando esta llegase. Existe cierta dificultad en aceptar que las afirmaciones más antiguas sean copias y las posteriores originales, pero sin discutir con Justino Mártir si las copias precedieron al original o el original a las copias, podemos contentarnos con aceptar su testimonio en cuanto a la existencia de estas identidades entre la fe que florecía en el imperio romano de su tiempo y la nueva religión que él se afanaba en defender.

Tertuliano se expresa con igual claridad, exponiendo la objeción que también en sus días se hacía al cristianismo: que «las naciones ajenas a todo entendimiento de los poderes espirituales atribuyen a sus ídolos el impregnar las aguas de esa misma eficacia». «Así lo hacen», responde con toda franqueza, «pero se engañan a sí mismas con aguas viudas. Pues el lavatorio es el cauce por el que se inician en algunos ritos sagrados de alguna Isis o Mitra de renombre; y a los propios Dioses honran mediante lavatorios... En los juegos apolinales y eleusinos se bautizan; y presumen que el efecto de hacerlo es la regeneración y la remisión de las penas debidas a sus perjurios. Reconocido este hecho, reconocemos también aquí el celo del demonio, que rivaliza con las cosas de Dios, al hallarlo asimismo practicando el bautismo entre sus súbditos»[177].

Para resolver la dificultad de estas identidades debemos estudiar el Cristo Mítico, el Cristo de los mitos o leyendas solares, siendo estos mitos las formas pictóricas en que se dieron al mundo ciertas verdades profundas.

Ahora bien, un «mito» no es en modo alguno lo que la mayoría imagina que es: un mero relato fantasioso erigido sobre una base de hecho, o incluso del todo ajeno al hecho. Un mito es mucho más verdadero que una historia, pues una historia no da sino un relato de las sombras, mientras que un mito da un relato de las sustancias que proyectan las sombras. Como es arriba, es abajo; y *primero* arriba y *luego* abajo. Existen ciertos grandes principios conforme a los cuales está construido nuestro sistema; existen ciertas leyes mediante las cuales estos principios se desarrollan en detalle; existen ciertos Seres que encarnan los principios y cuyas actividades son las leyes; existen huestes de seres inferiores que actúan como vehículos de estas actividades, como agentes, como instrumentos; existen los Egos de los hombres entremezclados con todos estos, desempeñando su parte en el gran drama cósmico. Estos múltiples obreros de los mundos invisibles proyectan sus sombras sobre la materia física, y estas sombras son «cosas» —los cuerpos, los objetos, que componen el universo físico—. Estas sombras dan una idea muy pobre de los objetos que las proyectan, así como lo que aquí abajo llamamos sombras dan una idea muy pobre de los objetos que las proyectan; son meros contornos, con oscuridad vacía en lugar de detalles, y solo tienen longitud y anchura, no profundidad.

La historia es un relato, muy imperfecto y con frecuencia distorsionado, de la danza de estas sombras en el mundo de sombras de la materia física. Quien haya visto un hábil Teatro de Sombras, y haya comparado lo que sucede detrás de la pantalla sobre la que se proyectan las sombras con los movimientos de las sombras en la pantalla, podrá formarse una idea viva de la naturaleza ilusoria de las acciones de las sombras, y podrá extraer de ello varias analogías nada engañosas[178].

El mito es un relato de los movimientos de quienes proyectan las sombras; y el lenguaje en que se da ese relato es lo que se llama el lenguaje de los símbolos. Así como aquí abajo tenemos palabras que representan cosas —como la palabra «mesa» es un símbolo de un objeto reconocido de cierta clase—, así también los símbolos representan objetos en planos superiores. Son un alfabeto pictórico, empleado por todos los narradores de mitos, y cada uno tiene su significado reconocido. Un símbolo se emplea para signi-

ficar un objeto determinado, tal como aquí abajo se emplean las palabras para distinguir una cosa de otra, y por ello es necesario conocer los símbolos para leer un mito. Pues los narradores originales de los grandes mitos son siempre Iniciados, acostumbrados a emplear el lenguaje simbólico, y que, naturalmente, usan los símbolos con sus significados fijos y aceptados.

Un símbolo tiene un significado principal, y luego varios significados subsidiarios relacionados con ese significado principal. Por ejemplo, el Sol es el símbolo del Logos; ese es su significado principal o primario. Pero representa también una encarnación del Logos, o a cualquiera de los grandes Mensajeros que lo representan por un tiempo, como un embajador representa a su Rey. A los altos Iniciados enviados en misiones especiales para encarnar entre los hombres y vivir con ellos durante un tiempo como Gobernantes o Maestros se les designaría con el símbolo del Sol; pues, aunque no es su símbolo en sentido individual, lo es en virtud de su cargo.

Todos aquellos a quienes designa este símbolo tienen ciertas características, atraviesan ciertas situaciones, realizan ciertas actividades, durante su vida en la tierra. El Sol es la sombra física, o cuerpo, como se le llama, del Logos; de ahí que su curso anual en la naturaleza refleje su actividad, del modo parcial en que una sombra representa la actividad del objeto que la proyecta. El Logos, «el Hijo de Dios», al descender a la materia, tiene por sombra el curso anual del Sol, y el Mito Solar lo narra. De ahí, asimismo, que una encarnación del Logos, o uno de sus altos embajadores, represente también esa actividad, a modo de sombra, en su cuerpo como hombre. Así surgirán necesariamente identidades en las historias vitales de estos embajadores. De hecho, la ausencia de tales identidades indicaría de inmediato que la persona en cuestión no era un embajador pleno, y que su misión era de un orden inferior.

El Mito Solar es, pues, un relato que, al representar en primer término la actividad del Logos, o Verbo, en el kosmos, encarna en segundo término la vida de aquel que es una encarnación del Logos, o uno de sus embajadores. El Héroe del mito se representa por lo común como un Dios, o un Semidiós, y su vida, como se entenderá por lo dicho antes, ha de estar trazada por el curso del Sol, como sombra del Logos. La parte del curso vivida durante la vida humana es la que cae entre el solsticio de invierno y el momento en que se alcanza el cenit en verano. El Héroe nace en el solsticio de invierno,

muere en el equinoccio de primavera, y, venciendo a la muerte, se eleva hasta la mitad del cielo.

Son interesantes a este respecto las observaciones siguientes, aunque consideran el mito de un modo más general, como una alegoría que representa verdades interiores: «Ha dicho Alfred de Vigny que la leyenda es con frecuencia más verdadera que la historia, porque la leyenda no relata actos, a menudo incompletos y fallidos, sino el genio mismo de los grandes hombres y de las grandes naciones. Es preeminentemente al Evangelio a lo que se aplica este hermoso pensamiento, pues el Evangelio no es meramente la narración de lo que ha sido; es la sublime narración de lo que es y de lo que siempre será. Siempre será adorado el Salvador del mundo por los reyes de la inteligencia, representados por los Magos; siempre multiplicará el pan eucarístico, para nutrir y consolar nuestras almas; siempre, cuando lo invoquemos en la noche y en la tempestad, vendrá a nosotros caminando sobre las aguas, siempre extenderá su mano y nos hará pasar sobre las crestas de las olas; siempre curará nuestros males y devolverá la luz a nuestros ojos; siempre se aparecerá a sus fieles, luminoso y transfigurado sobre el Tabor, interpretando la ley de Moisés y moderando el celo de Elías»[179].

Hallaremos que los mitos están muy estrechamente relacionados con los Misterios, pues parte de los Misterios consistía en mostrar cuadros vivos de los sucesos de los mundos superiores que llegaron a encarnarse en mitos. De hecho, en los Pseudo-Misterios, fragmentos mutilados de los cuadros vivos de los verdaderos Misterios eran representados por actores que escenificaban un drama, y muchos mitos secundarios son esos dramas puestos en palabras.

Los rasgos generales de la historia del Dios-Sol son muy claros: la accidentada vida del Dios-Sol se despliega dentro de los primeros seis meses del año solar, empleándose los otros seis en la general protección y conservación. Nace siempre en el solsticio de invierno, después del día más corto del año, a la medianoche del 24 de diciembre, cuando el signo de Virgo se eleva sobre el horizonte; nacido mientras se eleva este signo, nace siempre de una virgen, y ella permanece virgen después de haber dado a luz a su Niño-Sol, así como la Virgo celeste permanece inmutada e inmaculada cuando el Sol sale de ella en los cielos. Débil, endeble como un infante, nace cuando los días son más cortos y las noches más largas —nos hallamos al norte de la línea ecuatorial—, rodeado de peligros en su infancia, y

con el reinado de la oscuridad mucho más largo que el suyo en sus primeros días. Pero vive a través de todos los peligros amenazantes, y el día se alarga hacia el equinoccio de primavera, hasta que llega el momento del tránsito, la crucifixión, cuya fecha varía cada año. El Dios-Sol se encuentra a veces esculpido dentro del círculo del horizonte, con la cabeza y los pies tocando el círculo al norte y al sur, y las manos extendidas al este y al oeste: «Fue crucificado». Después de esto, se eleva triunfante y asciende al cielo, y hace madurar el trigo y la uva, entregándoles su propia vida para formar su sustancia, y a través de ellos, a sus adoradores. El Dios que nace al amanecer del 25 de diciembre es crucificado siempre en el equinoccio de primavera, y siempre da su vida como alimento a sus adoradores: estos se cuentan entre los rasgos más destacados del Dios-Sol. La fijeza de la fecha del nacimiento y la variabilidad de la fecha de la muerte están cargadas de significado, cuando recordamos que la una es una posición solar fija y la otra variable. La «Pascua» es un suceso movable, calculado por las posiciones relativas del sol y de la luna, un modo imposible de fijar año tras año el aniversario de un suceso histórico, pero un modo muy natural, y en verdad inevitable, de calcular una fiesta solar. Estas fechas cambiantes no señalan la historia de un hombre, sino al Héroe de un mito solar.

Estos sucesos se reproducen en las vidas de los diversos Dioses Solares, y la antigüedad rebosa de ejemplos de ellos. Isis de Egipto, como María de Belén, fue nuestra Señora Inmaculada, Estrella del Mar, Reina del Cielo, Madre de Dios. La vemos en las pinturas de pie sobre la luna creciente, coronada de estrellas; amamanta a su hijo Horus, y la cruz aparece en el respaldo del asiento en que él se sienta sobre las rodillas de su madre. La Virgo del zodiaco se representa en dibujos antiguos como una mujer amamantando a un niño —el prototipo de todas las futuras Madonas con sus divinos Niños, mostrando el origen del símbolo—. Devaki se representa asimismo con el divino Krishna en brazos, al igual que Mylitta, o Istar, de Babilonia, también con la recurrente corona de estrellas, y con su hijo Tamuz sobre las rodillas. Mercurio y Esculapio, Baco y Hércules, Perseo y los Dioscuros, Mitra y Zoroastro, tuvieron todos nacimiento divino y humano.

También es significativa la relación del solsticio de invierno con Jesús. El nacimiento de Mitra se celebraba en el solsticio de invierno con grandes regocijos, y también entonces nacía Horus: «Su nacimiento es uno de los mayores misterios de la religión [egipcia]. Aparecían representaciones de él en

las paredes de los templos... Era el hijo de la Deidad. En la época de Navidad, o la que corresponde a nuestra fiesta, su imagen era sacada del santuario con ceremonias peculiares, tal como la imagen del Bambino aún se saca y se exhibe en Roma»[180].

Sobre la fijación del 25 de diciembre como natalicio de Jesús, dice Williamson lo siguiente: «Todos los cristianos saben que el 25 de diciembre es hoy la fiesta reconocida del nacimiento de Jesús, pero pocos son conscientes de que no siempre fue así. Se ha dicho que hubo ciento treinta y seis fechas distintas fijadas por diferentes sectas cristianas. Lightfoot la da como el 15 de septiembre, otros como en febrero o agosto. Epifanio menciona dos sectas, una que la celebraba en junio, la otra en julio. El asunto quedó finalmente zanjado por el papa Julio I, en el año 337, y san Juan Crisóstomo, escribiendo en 390, dice: “En este día [*es decir*, el 25 de diciembre] se fijó también recientemente en Roma el nacimiento de Cristo, para que, mientras los paganos estaban ocupados con sus ceremonias [las Brumalias, en honor de Baco], los cristianos pudieran celebrar sus ritos sin ser molestados”. Gibbon, en su *Decadencia y caída del Imperio romano*, escribe: “Los romanos [cristianos], tan ignorantes como sus hermanos de la fecha real de su [nacimiento de Cristo], fijaron la solemne fiesta en el 25 de diciembre, las Brumalias o solsticio de invierno, cuando los paganos celebraban anualmente el nacimiento del Sol”. King, en su *Gnostics and their Remains*, dice también: “La antigua fiesta celebrada el 25 de diciembre en honor del natalicio del Invicto,[181] y celebrada con los grandes juegos del Circo, fue transferida más tarde a la conmemoración del nacimiento de Cristo, cuya fecha precisa muchos de los Padres confiesan que entonces se ignoraba”; mientras que en nuestros días el canónigo Farrar escribe que “todos los intentos de descubrir el mes y el día de la natividad son inútiles. No existe dato alguno que nos permita determinarlos siquiera con aproximada exactitud”. De lo anterior resulta evidente que la gran fiesta del solsticio de invierno se ha celebrado a lo largo de las pasadas edades, y en tierras muy distantes entre sí, en honor del nacimiento de un Dios, al que casi invariablemente se alude como “Salvador”, y cuya madre se menciona como virgen pura. También los sorprendentes parecidos, señalados no solo en el nacimiento sino en la vida de tantos de estos Dioses-Salvadores, son demasiado numerosos para explicarse por mera coincidencia»[182].

En el caso del Señor Buda podemos ver cómo un mito se adhiere a un personaje histórico. La historia de su vida es bien conocida, y en los relatos indios corrientes la historia de su nacimiento es sencilla y humana. Pero en el relato chino nace de una virgen, Mayadevi, y el mito arcaico halla en Él a un nuevo Héroe.

Nos dice también Williamson que se encendían y aún se encienden hogueras el 25 de diciembre en las colinas entre los pueblos celtas, y que estas siguen conociéndose entre los irlandeses y los montañeses escoceses como Bheil o Baaltinne, llevando así las hogueras el nombre de Bel, Bal o Baal, su antigua Deidad, el Dios-Sol, aunque hoy se enciendan en honor de Cristo[183].

Bien considerada, la fiesta de la Navidad debería adquirir nuevos elementos de gozo y de sacralidad, cuando los amantes de Cristo vean en ella la repetición de una antigua solemnidad, la vean extenderse por todo el mundo, y remontarse muy atrás en la oscura antigüedad; de modo que las campanas de Navidad repican a lo largo de toda la historia humana, y suenan musicalmente desde la lejana noche del tiempo. No en la posesión exclusiva, sino en la aceptación universal, se halla el sello de la verdad.

La fecha de la muerte, como se ha dicho, no es fija, como la del nacimiento. La fecha de la muerte se calcula por las posiciones relativas del Sol y la Luna en el equinoccio de primavera, variando cada año, y se comprueba que la fecha de la muerte de cada Héroe Solar se celebra en relación con esto. El animal adoptado como símbolo del Héroe es el signo del Zodiaco en que se halla el Sol en el equinoccio vernal de su era, y este varía con la precesión de los equinoccios. Oannes de Asiria tenía el signo de Piscis, el Pez, y así se le representa. Mitra está en Tauro, y, por tanto, cabalga sobre un Toro, y Osiris era adorado como Osiris-Apis, o Serapis, el Toro. Mero-dac de Babilonia era adorado como Toro, al igual que Astarté de Siria. Cuando el Sol está en el signo de Aries, el Carnero o Cordero, tenemos de nuevo a Osiris como Carnero, y también a Astarté, y a Júpiter Amón, y es este mismo animal el que se convirtió en el símbolo de Jesús: el Cordero de Dios. El uso del Cordero como símbolo suyo, apoyado a menudo sobre una cruz, es frecuente en las esculturas de las catacumbas. A este respecto dice Williamson: «Con el tiempo, el Cordero se representó sobre la cruz, pero no fue hasta el sexto sínodo de Constantinopla, celebrado hacia el año 680, cuando se ordenó que, en lugar del antiguo símbolo, se representara la figu-

ra de un *hombre* fijado a una cruz. Este canon fue confirmado por el papa Adriano I»[184]. También se asigna a Jesús el muy antiguo Piscis, y así se le representa en las catacumbas.

La muerte y resurrección del Héroe Solar en el equinoccio vernal, o hacia esa fecha, está tan extendida como su nacimiento en el solsticio de invierno. Osiris era entonces muerto por Tifón, y se le representa en el círculo del horizonte, con los brazos extendidos, como crucificado: postura que originalmente era de bendición, no de sufrimiento. La muerte de Tamuz se lloraba anualmente en el equinoccio de primavera en Babilonia y Siria, como también las de Adonis en Siria y Grecia, y Atis en Frigia, representado «como un hombre sujeto, con un cordero a sus pies»[185]. La muerte de Mitra se celebraba de modo semejante en Persia, y la de Baco y Dioniso —uno y el mismo— en Grecia. En México reaparece la misma idea, acompañada, como de costumbre, de la cruz.

En todos estos casos, el duelo por la muerte va seguido inmediatamente del regocijo por la resurrección, y a este respecto es interesante notar que el nombre de la Pascua (*Easter*) se ha hecho remontar a Istar, la madre virgen del Tamuz muerto[186].

Es interesante observar también que el ayuno previo a la muerte en el equinoccio vernal —la actual Cuaresma— se encuentra en México, Egipto, Persia, Babilonia, Asiria y Asia Menor, en algunos casos definitivamente durante cuarenta días[187].

En los Pseudo-Misterios se dramatizaba la historia del Dios-Sol, y en los antiguos Misterios era vivida por el Iniciado, y de ahí que los «mitos» solares y los grandes hechos de la Iniciación llegaran a entrelazarse. Por eso, cuando el Maestro Cristo se convirtió en el Cristo de los Misterios, las leyendas de los Héroes más antiguos de aquellos Misterios se reunieron en torno a Él, y las historias se recitaron de nuevo con el más reciente Maestro divino como representante del Logos en el Sol. Entonces la fiesta de su nati-
vidad se convirtió en la fecha inmemorial en que el Sol nacía de la Virgen, cuando el cielo de medianoche se llenaba de las huestes jubilosas de los celestiales, y

Muy de mañana, muy de mañana, Cristo nació.

A medida que la gran leyenda del Sol se reunía en torno a Él, el signo del Cordero se convirtió en el de su crucifixión, así como el signo de la Virgen se había convertido en el de su nacimiento. Hemos visto que el Toro era sagrado para Mitra y el Pez para Oannes, y que el Cordero era sagrado para Cristo, y por la misma razón: era el signo del equinoccio de primavera, en el período de la historia en que Él cruzó el gran círculo del horizonte, «fue crucificado en el espacio».

Estos mitos solares, siempre recurrentes a lo largo de las edades, con un nombre distinto para su Héroe en cada nueva versión, no pueden pasar inadvertidos para el estudioso, aunque el devoto pueda natural y legítimamente ignorarlos; y cuando se emplean como arma para mutilar o destruir la majestuosa figura del Cristo, hay que hacerles frente, no negando los hechos, sino comprendiendo el sentido más profundo de los relatos, las verdades espirituales que las leyendas expresaban bajo un velo.

¿Por qué se han mezclado estas leyendas con la historia de Jesús, y se han cristalizado en torno a Él, como personaje histórico? Estas son en realidad las historias no de un individuo particular llamado Jesús, sino del Cristo universal; de un Hombre que simbolizaba a un Ser Divino, y que representaba una verdad fundamental de la naturaleza; un Hombre que desempeñaba un cargo determinado y ocupaba una posición característica determinada hacia la humanidad; que se hallaba respecto de la humanidad en una relación especial, renovada de edad en edad, a medida que una generación sucedía a otra, y una raza cedía el paso a otra. Por ello era Él, como lo son todos los de su clase, el «Hijo del Hombre», título peculiar y distintivo, título de un cargo, no de un individuo. El Cristo del Mito Solar era el Cristo de los Misterios, y hallamos el secreto de lo mítico en el Cristo místico.

CAPÍTULO VI. EL CRISTO MÍSTICO

Nos acercamos ahora a ese aspecto más profundo de la historia de Cristo que le confiere su verdadero dominio sobre el corazón de los hombres. Nos acercamos a esa vida perenne que brota de una fuente invisible, y que bautiza a su representante con su raudal luminoso de tal modo que los corazones humanos se aferran al Cristo, y sienten que casi les resultaría más fácil rechazar los hechos aparentes de la historia que negar lo que intuitivamente sienten ser una verdad vital, esencial, de la vida superior. Nos aproximamos al sagrado portal de los Misterios, y levantamos una esquina del velo que oculta el santuario.

Hemos visto que, por lejos que retrocedamos en la antigüedad, encontramos reconocida en todas partes la existencia de una enseñanza oculta, una doctrina secreta, impartida bajo condiciones estrictas y rigurosas a candidatos aprobados por los Maestros de la Sabiduría. Tales candidatos eran iniciados en «los Misterios», nombre que abarcaba en la antigüedad, como hemos visto, todo lo más espiritual de la religión, todo lo más profundo de la filosofía, todo lo más valioso de la ciencia. Todo gran Maestro de la antigüedad pasó por los Misterios, y los más grandes fueron los Hierofantes de los Misterios; cada uno de los que salieron al mundo a hablar de los mundos invisibles había pasado por el portal de la Iniciación y había aprendido de labios de los propios Santos el secreto de Éstos: cada uno de los que salieron, salió con la misma historia, y los mitos solares son todas versiones de esta historia, idénticos en sus rasgos esenciales, variando solo en su color local.

Esta historia es, ante todo, la del descenso del Logos en la materia, y el Dios-Sol es acertadamente su símbolo, puesto que el Sol es su cuerpo, y a menudo se le describe como «Aquel que mora en el Sol». En uno de sus as-

pectos, el Cristo de los Misterios es el Logos que desciende a la materia, y el gran Mito Solar es la enseñanza popular de esta verdad sublime. Como en casos anteriores, el Maestro Divino que trajo la Sabiduría Antigua y la republicó en el mundo fue considerado una manifestación especial del Logos, y el Jesús de las Iglesias fue revestido gradualmente con las historias que pertenecían a este Gran Ser; así se le identificó, en la nomenclatura cristiana, con la Segunda Persona de la Trinidad, el Logos, o Verbo de Dios, [188] y los sucesos capitales referidos en el mito del Dios-Sol pasaron a ser los sucesos capitales de la historia de Jesús, considerado como la Deidad encarnada, el «Cristo mítico». Así como en el macrocosmos, el kosmos, el Cristo de los Misterios representa al Logos, la Segunda Persona de la Trinidad, así también en el microcosmos, el hombre, representa el segundo aspecto del Espíritu Divino en el hombre, de ahí que en el hombre se le llame «el Cristo».[189] El segundo aspecto del Cristo de los Misterios es, pues, la vida del Iniciado, la vida en que se entra en la primera gran Iniciación, en la cual el Cristo nace en el hombre, y tras la cual se desarrolla en él. Para hacer esto plenamente inteligible, debemos considerar las condiciones impuestas al candidato a la Iniciación, y la naturaleza del Espíritu en el hombre.

Solo podían ser reconocidos como candidatos a la Iniciación quienes ya eran buenos según la medida en que los hombres cuentan la bondad, conforme a la estricta norma de la ley. Puro, santo, sin mancha, limpio de pecado, viviendo sin transgresión: tales eran algunas de las frases descriptivas que se empleaban sobre ellos.[190] Debían ser también inteligentes, de mentes bien desarrolladas y bien disciplinadas.[191] La evolución que se cumple en el mundo vida tras vida, desarrollando y dominando los poderes de la mente, las emociones y el sentido moral, aprendiendo por medio de las religiones exotéricas, ejercitándose en el cumplimiento de los deberes, procurando ayudar y elevar a los demás: todo esto pertenece a la vida ordinaria de un hombre en evolución. Cuando todo esto se ha logrado, el hombre se ha convertido en «un hombre bueno», el Chrestos de los griegos, y esto es lo que debe ser antes de poder convertirse en el Christos, el Ungido. Habiendo cumplido la buena vida exotérica, se convierte en candidato a la vida esotérica, y entra en la preparación para la Iniciación, que consiste en el cumplimiento de ciertas condiciones.

Estas condiciones señalan los atributos que ha de adquirir, y mientras se afana en crearlos se dice a veces que recorre el Sendero de Prueba, el Sendero que conduce hasta la «Puerta Estrecha», más allá de la cual está el «Camino Angosto», o el «Sendero de Santidad», el «Camino de la Cruz». No se espera de él que desarrolle estos atributos a la perfección, pero debe haber hecho cierto progreso en todos ellos antes de que el Cristo pueda nacer en él. Debe preparar un hogar puro para ese Niño Divino que ha de desarrollarse en su interior.

El primero de estos atributos — todos son mentales y morales — es la *Discriminación*; esto significa que el aspirante debe empezar a separar en su mente lo Eterno de lo Temporal, lo Real de lo Irreal, lo Verdadero de lo Falso, lo Celestial de lo Terrenal. «Las cosas que se ven son temporales — dice el Apóstol —, mas las que no se ven son eternas.»[192] Los hombres viven constantemente bajo el hechizo de lo visible, y este los ciega ante lo invisible. El aspirante debe aprender a discriminar entre ambos, de modo que lo que es irreal para el mundo llegue a serle real a él, y lo que es real para el mundo llegue a serle irreal, pues solo así es posible «andar por fe, no por vista».[193] Y así también debe el hombre llegar a ser uno de aquellos de quienes dice el Apóstol que «son de edad perfecta, los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal».[194] Luego, este sentido de irrealidad debe engendrar en él el *Desagrado* hacia lo irreal y lo fugaz, las meras cáscaras de la vida, incapaces de saciar el hambre, salvo el hambre de los cerdos.[195] Esta etapa se describe con el lenguaje enfático de Jesús: «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.»[196] Un «dicho duro», ciertamente, y sin embargo de este aborrecimiento brotará un amor más hondo y más verdadero, y esta etapa no puede eludirse en el camino hacia la Puerta Estrecha. Luego el aspirante debe aprender el *Dominio de los pensamientos*, y esto lo llevará al *Dominio de las acciones*, pues el pensamiento, para el ojo interior, es lo mismo que la acción: «Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya *adulteró* con ella en su corazón.»[197] Debe adquirir la *Resistencia*, pues quienes aspiran a recorrer «el Camino de la Cruz» habrán de afrontar sufrimientos largos y amargos, y deben poder soportarlos «como quien ve al Invisible».[198] Debe sumar a estos la *Tolerancia*, si ha de ser hijo de Aquel que «hace salir su sol sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos e injustos».[199] discípulo de Aquel que ordenó a sus apóstoles no

prohibir a nadie usar su nombre porque no los seguía a ellos.[200] Además, debe adquirir la *Fe* para la cual nada es imposible,[201] y el *Equilibrio* que describe el Apóstol.[202] Por último, debe buscar únicamente «las cosas de arriba»,[203] y anhelar alcanzar la bienaventuranza de la visión y unión con Dios.[204] Cuando un hombre ha forjado estas cualidades en su carácter, se le considera apto para la Iniciación, y los Guardianes de los Misterios le abrirán la Puerta Estrecha. Así, y solo así, se convierte en el candidato preparado.

Ahora bien, el Espíritu en el hombre es el don del Dios Supremo, y contiene en sí los tres aspectos de la Vida Divina — Inteligencia, Amor, Voluntad —, siendo la Imagen de Dios. A medida que evoluciona, desarrolla primero el aspecto de la Inteligencia, desarrolla el intelecto, y esta evolución se realiza en la vida ordinaria en el mundo. Haber llevado esto a un grado elevado, acompañado de desarrollo moral, conduce al hombre en evolución a la condición de candidato. El segundo aspecto del Espíritu es el del Amor, y la evolución de este es la evolución del Cristo. En los verdaderos Misterios se atraviesa esta evolución: la vida del discípulo es el Drama de los Misterios, y las Grandes Iniciaciones marcan sus etapas. En los Misterios celebrados en el plano físico, estas solían representarse dramáticamente, y las ceremonias seguían en muchos aspectos «el modelo» que siempre se mostraba «en el Monte», pues eran, en una época de decadencia, las sombras de las poderosas Realidades del mundo espiritual.

El Cristo místico es, pues, doble: el Logos, la Segunda Persona de la Trinidad, que desciende a la materia, y el Amor, o segundo aspecto, del Espíritu Divino que se despliega en el hombre. El uno representa procesos cósmicos realizados en el pasado y es la raíz del Mito Solar; el otro representa un proceso realizado en el individuo, la etapa final de su evolución humana, y añadió muchos detalles al Mito. Ambos han contribuido a la historia evangélica, y juntos forman la Imagen del «Cristo místico».

Consideremos primero al Cristo cósmico, la Deidad que se envuelve en la materia, la encarnación del Logos, el revestimiento de Dios en «carne».

Cuando la materia que ha de formar nuestro sistema solar se separa del océano infinito de materia que llena el espacio, la Tercera Persona de la Trinidad —el Espíritu Santo— derrama en ella su Vida para vivificarla, a fin de que pronto pueda tomar forma. Luego es reunida, y la vida del Logos, la Se-

gunda Persona de la Trinidad, le da forma; Él se sacrifica a sí mismo revisitando las limitaciones de la materia, convirtiéndose en el «Hombre Celestial», en cuyo Cuerpo existen todas las formas, del cual Cuerpo todas las formas son parte. Esta fue la historia cósmica, mostrada dramáticamente en los Misterios: en los verdaderos Misterios, vista tal como ocurrió en el espacio; en los Misterios del plano físico, representada por medios mágicos o de otra índole, y en algunas partes, por actores.

Estos procesos están muy claramente expuestos en la *Biblia*; cuando «el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» en la oscuridad que reinaba «sobre la faz del abismo», [205] el gran abismo de la materia no mostraba formas, era informe, caótico. La forma se la dio el Logos, el Verbo, de quien está escrito que «todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». [206] C. W. Leadbeater lo ha expresado bien: «El resultado de este primer gran derramamiento [el “moverse” del Espíritu] es la vivificación de esa vitalidad maravillosa y gloriosa que impregna toda la materia (por inerte que parezca a nuestros débiles ojos físicos), de modo que los átomos de los diversos planos desarrollan, al ser electrizados por ella, toda suerte de atracciones y repulsiones antes latentes, y entran en combinaciones de todo tipo.» [207]

Solo cuando esta obra del Espíritu se ha realizado puede el Logos, el Cristo místico cósmico, revestirse de la materia, entrando verdaderamente en el seno de la Virgen, el seno de la Materia todavía virgen, improductiva. Esta materia había sido vivificada por el Espíritu Santo, quien, cubriendo con su sombra a la Virgen, derramó en ella su vida, preparándola así para recibir la vida del Segundo Logos, que tomó esta materia como vehículo de sus energías. Esta es la encarnación del Cristo, el revestirse de carne: «No abominaste el seno de la Virgen».

En las traducciones latina e inglesa del texto griego original del Credo Niceno, la frase que describe esta fase del descenso ha cambiado las preposiciones y con ello el sentido. El original decía: «y se encarnó *del* Espíritu Santo y de la Virgen María», mientras que la traducción dice: «y se encarnó *por obra* del Espíritu Santo *de* la Virgen María». [208] El Cristo «toma forma no solo de la materia “Virgen”, sino de materia que ya está impregnada y palpitante con la vida del Tercer Logos, [209] de modo que tanto la vida como la materia lo envuelven como una vestidura». [210]

Este es el descenso del Logos a la materia, descrito como el nacimiento del Cristo de una Virgen, y esto, en el Mito Solar, se convierte en el nacimiento del Dios-Sol cuando se alza el signo de Virgo.

Luego vienen las primeras labores del Logos en la materia, aptamente representadas por la infancia del mito. Ante toda la debilidad de la infancia, sus poderes majestuosos se inclinan, dejando desplegarse apenas en las tiernas formas que animan. La materia aprisiona, parece amenazar con dar muerte, a su Rey infante, cuya gloria queda velada por las limitaciones que ha asumido. Lentamente la va modelando hacia fines elevados, y la eleva a la virilidad, y luego se extiende sobre la cruz de la materia para poder derramar desde esa cruz todos los poderes de su vida entregada. Este es el Logos del cual dijo Platón que estaba figurado como una cruz sobre el universo; este es el Hombre Celestial, de pie en el espacio, con los brazos extendidos en bendición; este es el Cristo crucificado, cuya muerte en la cruz de la materia llena de su vida toda la materia. Parece muerto y sepultado, oculto a la vista, pero resucita revestido de la misma materia en que parecía perecer, y eleva su cuerpo de materia ahora radiante hasta el cielo, donde recibe la vida que descende del Padre, y se convierte en el vehículo de la vida inmortal del hombre. Pues es la vida del Logos la que forma el vestido del Alma en el hombre, y Él la da para que los hombres vivan a través de las edades y crezcan hasta la medida de su propia estatura. Verdaderamente estamos vestidos de Él, primero materialmente y después espiritualmente. Se sacrificó a sí mismo para llevar a muchos hijos a la gloria, y está con nosotros siempre, hasta el fin del mundo.

La crucifixión de Cristo es, pues, parte del gran sacrificio cósmico, y la representación alegórica de este en los Misterios físicos, y el símbolo sagrado del hombre crucificado en el espacio, se materializó en una muerte real por crucifixión, y en un crucifijo que sustentaba una forma humana moribunda; luego esta historia, ya historia de un hombre, se adhirió al Maestro Divino, Jesús, y se convirtió en la historia de su muerte física, mientras que el nacimiento de una Virgen, la infancia rodeada de peligros, la resurrección y la ascensión, se convirtieron también en incidentes de su vida humana. Los Misterios desaparecieron, pero sus representaciones grandiosas y gráficas de la obra cósmica del Logos rodearon y ensalzaron la amada figura del Maestro de Judea, y el Cristo cósmico de los Misterios, con los rasgos del Jesús histórico, se convirtió así en la Figura central de la Iglesia cristiana.

Pero ni siquiera esto fue todo; el último toque de fascinación se añade a la historia de Cristo por el hecho de que existe otro Cristo de los Misterios, cercano y querido al corazón humano: el Cristo del Espíritu humano, el Cristo que está en cada uno de nosotros, que nace y vive, es crucificado, resucita de entre los muertos, y asciende al cielo, en cada «Hijo del Hombre» que sufre y triunfa.

La historia vital de todo Iniciado en los verdaderos Misterios, los celestiales, está contada en sus rasgos capitales en la biografía evangélica. Por esta razón, san Pablo habla, como hemos visto,[211] del nacimiento del Cristo en el discípulo, y de su evolución y su plena estatura en él. Todo hombre es un Cristo en potencia, y el despliegue de la vida crística en un hombre sigue el esquema de la historia evangélica en sus incidentes más señalados, que hemos visto ser universales, y no particulares.

Hay cinco grandes Iniciaciones en la vida de un Cristo, cada una de las cuales marca una etapa en el despliegue de la Vida del Amor. Se otorgan ahora, como en la antigüedad, y la última marca el triunfo final del Hombre que se ha desarrollado hasta la Divinidad, que ha trascendido la humanidad, y se ha convertido en Salvador del mundo.

Sigamos esta historia vital, siempre renovada en la experiencia espiritual, y veamos al Iniciado vivir la vida del Cristo.

En la primera gran Iniciación nace el Cristo en el discípulo; es entonces cuando este advierte por primera vez *en sí mismo* el derramamiento del Amor divino, y experimenta ese cambio maravilloso que le hace sentirse uno con todo lo que vive. Este es el «Segundo Nacimiento», y en ese nacimiento se regocijan los seres celestiales, pues nace al «reino de los cielos» como uno de los «pequeñuelos», como «un niño pequeño»: los nombres que siempre se dan a los nuevos Iniciados. Tal es el sentido de las palabras de Jesús de que el hombre debe hacerse como un niño pequeño para entrar en el Reino.[212] Se dice significativamente en algunos de los primeros escritores cristianos que Jesús «nació en una cueva» —el «establo» del relato evangélico—; la «Cueva de la Iniciación» es una frase antigua bien conocida, y el Iniciado nace siempre en ella; sobre esa cueva donde está «el niño» arde la «Estrella de la Iniciación», la Estrella que siempre resplandece en Oriente cuando nace un Niño-Cristo. Todo niño así está rodeado de peligros y amenazas, extraños peligros que no afectan a otros infantes; pues está un-

gido con el crisma del segundo nacimiento, y las Potencias Tenebrosas del mundo invisible buscan siempre su perdición. Pese a todas las pruebas, sin embargo, crece hasta la virilidad, pues el Cristo, una vez nacido, jamás puede perecer; el Cristo, una vez que comienza a desarrollarse, jamás puede fracasar en su evolución; su hermosa vida se expande y crece, aumentando siempre en sabiduría y en estatura espiritual, hasta que llega el momento de la segunda gran Iniciación, el Bautismo del Cristo por Agua y Espíritu, que le confiere los poderes necesarios para el Maestro que ha de salir y trabajar en el mundo como «el Hijo amado».

Entonces desciende sobre él en abundante medida el Espíritu divino, y la gloria del Padre invisible derrama sobre él su pura irradiación; pero de esa escena de bendición el Espíritu lo lleva al desierto, y queda una vez más expuesto a la prueba de tentaciones feroces. Pues ahora los poderes del Espíritu se despliegan en él, y las Potencias Tenebrosas se esfuerzan por apartarlo de su senda mediante esos mismos poderes, instándolo a usarlos en su propio provecho en lugar de descansar en su Padre con paciente confianza. En las transiciones rápidas y súbitas que ponen a prueba su fuerza y su fe, el susurro del Tentador encarnado sigue a la voz del Padre, y las arenas ardientes del desierto abrasan los pies que antes se bañaban en las frescas aguas del río sagrado. Vencedor de estas tentaciones, pasa al mundo de los hombres para emplear en su ayuda los poderes que no quiso emplear para sus propias necesidades, y quien no quiso convertir una piedra en pan para saciar sus propios anhelos alimenta a «cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños», con unos pocos panes.

En su vida de incesante servicio llega otro breve período de gloria, cuando asciende a «un monte alto, aparte»: el sagrado Monte de la Iniciación. Allí se transfigura y allí se encuentra con algunos de sus grandes Precursores, los Poderosos de antaño que anduvieron por donde él ahora anda. Pasa así la tercera gran Iniciación, y entonces cae sobre él la sombra de su próxima Pasión, y vuelve resueltamente su rostro para ir a Jerusalén —rechazando las palabras tentadoras de uno de sus discípulos—, Jerusalén, donde le aguarda el bautismo del Espíritu Santo y de Fuego. Después del Nacimiento, el ataque de Herodes; después del Bautismo, la tentación en el desierto; después de la Transfiguración, la partida hacia la última etapa del Camino de la Cruz. Así el triunfo va siempre seguido de la prueba, hasta que se alcanza la meta.

Sigue creciendo la vida de amor, cada vez más plena y más perfecta, y el Hijo del Hombre resplandece más claramente como el Hijo de Dios, hasta que se acerca el momento de su batalla final; y la cuarta gran Iniciación lo conduce en triunfo a Jerusalén, a la vista de Getsemaní y del Calvario. Es ahora el Cristo dispuesto a ser ofrecido, dispuesto para el sacrificio en la cruz. Ha de afrontar ahora la amarga agonía en el Huerto, donde incluso sus elegidos duermen mientras él lucha con su angustia mortal, y por un instante ruega que la copa pase de sus labios; pero la voluntad firme triunfa, y extiende la mano para tomarla y beberla, y en su soledad viene a él un ángel que lo fortalece, como los ángeles suelen hacer cuando ven a un Hijo del Hombre doblegarse bajo el peso de la agonía. El beber la copa amarga de la traición, del abandono, de la negación, le sale al paso mientras avanza, y solo entre sus enemigos burlones pasa a su última y feroz prueba. Azotado por el dolor físico, traspasado por las crueles espinas de la sospecha, despojado ante los ojos del mundo de sus hermosas vestiduras de pureza, dejado en manos de sus enemigos, abandonado en apariencia por Dios y por los hombres, soporta pacientemente cuanto le acontece, buscando anhelante, en su último extremo, algún auxilio. Dejado aún para sufrir, crucificado, para morir a la vida de la forma, para renunciar a toda vida que pertenece al mundo inferior, rodeado de enemigos triunfantes que se mofan de él, lo envuelve el último horror de una gran oscuridad, y en esa oscuridad se enfrenta a todas las fuerzas del mal; su visión interior queda cegada, se encuentra solo, absolutamente solo, hasta que su corazón fuerte, hundiéndose en la desesperación, clama al Padre que parece haberlo abandonado, y el alma humana afronta, en la más completa soledad, la agonía aplastante de una derrota aparente. Sin embargo, convocando toda la fuerza del «espíritu invencible», la vida inferior se entrega, su muerte se abraza voluntariamente, el cuerpo del deseo es abandonado, y el Iniciado «desciende a los infiernos», para que ninguna región del universo a la que ha de ayudar quede sin ser hollada por él, para que nadie sea demasiado desechado para ser alcanzado por su amor que todo lo abarca. Y entonces, remontándose desde la oscuridad, ve la luz de nuevo, se siente de nuevo como el Hijo, inseparable del Padre a quien pertenece, se eleva a la vida que no conoce fin, radiante con la conciencia de la muerte afrontada y vencida, fuerte para ayudar hasta el extremo a todo hijo del hombre, capaz de derramar su vida en toda alma en lucha. Permanece un tiempo entre sus discípulos para enseñar, desvelándoles los misterios de los mundos espirituales, preparándolos también para re-

correr el sendero que él ha recorrido, hasta que, terminada la vida terrena, asciende al Padre, y, en la quinta gran Iniciación, se convierte en el Maestro triunfante, el vínculo entre Dios y el hombre.

Tal fue la historia vivida en los verdaderos Misterios de antaño y de ahora, y representada dramáticamente en símbolos en los Misterios del plano físico, medio velada, medio mostrada. Tal es el Cristo de los Misterios en su doble aspecto, Logos y hombre, cósmico e individual. ¿Es de extrañar que esta historia, sentida oscuramente por el místico incluso cuando la ignora, se haya tejido en el corazón, y haya servido de inspiración para toda vida noble? El Cristo del corazón humano es, en su mayor parte, Jesús visto como el Cristo místico humano, que lucha, sufre, muere, y finalmente triunfa, el Hombre en quien se ve a la humanidad crucificada y resucitada, cuya victoria es la promesa de victoria para todo aquel que, como Él, es fiel hasta la muerte y más allá: el Cristo que jamás puede ser olvidado mientras nazca una y otra vez en la humanidad, mientras el mundo necesite Salvadores, y los Salvadores se entreguen por los hombres.

CAPÍTULO VII. LA EXPIACIÓN

Procederemos ahora a estudiar ciertos aspectos de la Vida crística, tal como aparecen entre las doctrinas del cristianismo. En las enseñanzas exotéricas aparecen como referidos únicamente a la Persona del Cristo; en las esotéricas se ve que, en efecto, le pertenecen, puesto que en su significado primario, más pleno y más profundo, forman parte de las actividades del Logos, aunque solo se reflejan secundariamente en el Cristo, y por tanto también en toda Alma-Cristo que recorre el camino de la Cruz. Así estudiados, se verá que son profundamente verdaderos, mientras que en su forma exotérica a menudo desconciertan la inteligencia y hieren los sentimientos.

Entre ellos destaca en primer plano la doctrina de la Expiación; no solo ha sido objeto de encarnizado ataque por parte de quienes están fuera del recinto del cristianismo, sino que ha atormentado a muchas conciencias sensibles dentro de él. Algunos de los pensadores más profundamente cristianos de la última mitad del siglo XIX se han visto torturados por dudas acerca de la enseñanza de las iglesias sobre esta materia, y se han esforzado por ver, y por presentar, esta doctrina de un modo que suavice o explique las nociones más toscas basadas en una lectura poco inteligente de unos pocos textos profundamente místicos. En ningún caso, quizá, más que en relación con estos textos debe tenerse presente la advertencia de san Pedro: «También nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito —como en todas sus epístolas— hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes tuercen, como también las demás Escrituras, para su propia perdición.»[213] Pues los textos que hablan de la identidad del Cristo con sus hermanos los hombres han sido retorcidos hasta convertirlos en una sustitución legal de Sí mismo por ellos, y así se han empleado como escapato-

ria a las consecuencias del pecado, en lugar de como inspiración para la rectitud.

La enseñanza general de la Iglesia primitiva sobre la doctrina de la Expiación era que Cristo, como Representante de la Humanidad, afrontó y venció a Satanás, representante de las Potencias Tenebrosas, que tenía a la humanidad en cautiverio, le arrebató su cautivo, y lo puso en libertad. Poco a poco, a medida que los maestros cristianos perdían contacto con las verdades espirituales, y reflejaban su propia intolerancia y dureza crecientes sobre el Padre puro y amoroso de las enseñanzas del Cristo, lo representaron como airado con el hombre, y se hizo que el Cristo salvara al hombre de la ira de Dios en lugar de la esclavitud del mal. Luego se introdujeron fórmulas legales, materializando aún más la idea antaño espiritual, y el «plan de redención» quedó delineado en términos jurídicos. «Anselmo puso el sello al “plan de redención” en su gran obra, *Cur Deus Homo*, y la doctrina que había venido creciendo lentamente dentro de la teología de la cristiandad quedó desde entonces marcada con el sello de la Iglesia. Católicos romanos y protestantes, en la época de la Reforma, creían por igual en el carácter vicario y sustitutorio de la expiación obrada por Cristo. No hay disputa entre ellos en este punto. Prefiero dejar que los teólogos cristianos hablen por sí mismos acerca del carácter de la expiación... Lutero enseña que “Cristo sintió verdadera y eficazmente, por toda la humanidad, la ira de Dios, la maldición y la muerte”. Flavel dice que “a la ira, a la ira de un Dios infinito sin mezcla, a los mismísimos tormentos del infierno, fue entregado Cristo, y esto por mano de su propio padre”. La homilía anglicana predica que “el pecado arrancó a Dios del cielo para hacerle sentir los horrores y los dolores de la muerte”, y que el hombre, siendo tea del infierno y siervo del diablo, “fue rescatado por la muerte de su único y bienamado hijo”; el “ardor de su ira”, su “ira abrasadora”, solo podía ser “aplacada” por Jesús, “tan grato fue el sacrificio y la ofrenda de la muerte de su hijo”. Edwards, siendo lógico, advirtió que había una flagrante injusticia en que el pecado fuese castigado dos veces, y en que los dolores del infierno, pena del pecado, se infligieran dos veces, primero a Jesús, sustituto de la humanidad, y luego a los condenados, una porción de la humanidad; de modo que él, como la mayoría de los calvinistas, se ve obligado a restringir la expiación a los elegidos, y declaró que Cristo cargó los pecados no del mundo, sino de los escogidos de entre el mundo; que padece “no por el mundo, sino por aquellos que tú me has dado”. Pero Edwards se aferra firmemente a la creencia en la sustitución.

ción, y rechaza la expiación universal por la misma razón de que “creer que Cristo murió por todos es el modo más seguro de probar que no murió por nadie, en el sentido que los cristianos han creído hasta ahora”. Declara que “Cristo sufrió la ira de Dios por los pecados de los hombres”; que “Dios impuso su ira debida a, y Cristo padeció las penas del infierno por,” el pecado. Owen considera los sufrimientos de Cristo como “una compensación plena y válida a la justicia de Dios por todos los pecados” de los elegidos, y dice que padeció “el mismo castigo que... ellos mismos estaban obligados a padecer”.»[214]

Para demostrar que estas opiniones seguían enseñándose con autoridad en las iglesias, escribí además: «Stroud hace que Cristo beba “la copa de la ira de Dios”. Jenkyn dice que “sufrió como quien es repudiado, reprobado y abandonado de Dios”. Dwight considera que soportó el “odio y desprecio” de Dios. El obispo Jeune nos dice que “después de que el hombre había hecho lo peor, algo peor quedaba para que Cristo lo soportara. Había caído en las manos de su padre”. El arzobispo Thomson predica que “las nubes de la ira de Dios se acumularon densas sobre toda la raza humana: se descargaron solo sobre Jesús”. Él “se convierte en maldición por nosotros y en vaso de ira”. Liddon hace eco del mismo sentimiento: “Los apóstoles enseñan que la humanidad es esclava, y que Cristo en la cruz está pagando su rescate. Cristo crucificado está voluntariamente consagrado y maldito”; incluso habla de “la cantidad precisa de ignominia y dolor necesaria para la redención”, y dice que la “víctima divina” pagó más de lo absolutamente necesario.»[215]

Estas son las opiniones contra las cuales el docto y profundamente religioso doctor McLeod Campbell escribió su conocida obra, *On the Atonement*, volumen que contiene muchos pensamientos verdaderos y hermosos; F. D. Maurice y muchos otros hombres cristianos se han esforzado también por levantar del cristianismo la carga de una doctrina tan destructiva de todas las ideas verdaderas acerca de las relaciones entre Dios y el hombre.

No obstante, al mirar hacia atrás los efectos producidos por esta doctrina, encontramos que la creencia en ella, incluso en su forma legal —y para nosotros tosca y exotérica—, está ligada a algunos de los más altos desarrollos de la conducta cristiana, y que algunos de los más nobles ejemplos de hombres y mujeres cristianos han extraído de ella su fuerza, su inspiración y su consuelo. Sería injusto no reconocer este hecho. Y siempre que nos topamos

con un hecho que nos parece sorprendente e incongruente, hacemos bien en detenernos en él y esforzarnos por comprenderlo. Pues si esta doctrina no contuviera nada más de lo que en ella ven sus impugnadores dentro y fuera de las iglesias, si en su verdadero sentido fuera tan repelente para la conciencia y el intelecto como muchos cristianos reflexivos la encuentran, entonces no habría podido en modo alguno ejercer sobre las mentes y los corazones de los hombres una fascinación tan imperiosa, ni habría podido ser la raíz de heroicas entregas de sí mismo, de conmovedores y patéticos ejemplos de sacrificio propio al servicio del hombre. Algo más debe haber en ella de lo que aparece en la superficie, algún germen oculto de vida que ha nutrido a quienes de ella han extraído su inspiración. Al estudiarla como uno de los Misterios Menores, hallaremos la vida oculta que estas almas nobles han absorbido inconscientemente, esas almas que estaban tan a una con esa vida que la forma en que estaba velada no pudo repelerlas.

Al llegar a estudiarla como uno de los Misterios Menores, sentiremos que para comprenderla se necesita cierto desarrollo espiritual, cierta apertura de los ojos interiores. Captarla exige que su espíritu esté en parte desarrollado en la vida, y solo quienes conocen prácticamente algo del significado de la entrega de sí mismos podrán vislumbrar lo que implica la enseñanza esotérica sobre esta doctrina, como manifestación típica de la Ley del Sacrificio. Solo podemos comprenderla tal como se aplica al Cristo cuando la vemos como una manifestación especial de la ley universal, un reflejo abajo del Modelo de arriba, que nos muestra en una vida humana concreta lo que significa el sacrificio.

La Ley del Sacrificio subyace a nuestro sistema y a todos los sistemas, y sobre ella se edifican todos los universos. Está en la raíz de la evolución, y ella sola la hace inteligible. En la doctrina de la Expiación toma una forma concreta en relación con los hombres que han alcanzado cierta etapa de desarrollo espiritual, la etapa que les permite advertir su unidad con la humanidad, y convertirse, en verdad y en hecho, en Salvadores de los hombres.

Todas las grandes religiones del mundo han declarado que el universo comienza por un acto de sacrificio, y han incorporado la idea del sacrificio a sus ritos más solemnes. En el hinduismo se dice que el alba de la manifestación se produce por el sacrificio,[216] que la humanidad emana con sacrificio,[217] y que es la Deidad quien se sacrifica a sí misma;[218] el objeto

del sacrificio es la manifestación; Él no puede manifestarse a menos que se realice un acto de sacrificio, y puesto que nada puede manifestarse hasta que Él se manifiesta,[219] el acto de sacrificio recibe el nombre de «el alba» de la creación.

En la religión zoroástrica se enseñaba que en la Existencia ilimitada, incognoscible, innombrable, se realizó el sacrificio y apareció la Deidad manifestada; Ahura-Mazda nació de un acto de sacrificio.[220]

En la religión cristiana la misma idea se indica en la frase «el Cordero inmolado desde el principio del mundo», [221] inmolado en el origen mismo de las cosas. Estas palabras no pueden sino referirse a la importante verdad de que no puede haber fundación de un mundo hasta que la Deidad haya realizado un acto de sacrificio. Este acto se explica como una autolimitación a fin de manifestarse. «La Ley del Sacrificio quizá podría llamarse con más propiedad la Ley de la Manifestación, o la Ley del Amor y de la Vida, pues en todo el universo, de lo más alto a lo más bajo, es la causa de la manifestación y de la vida.»[222]

«Ahora bien, si estudiamos este mundo físico, por ser el material más accesible, encontramos que toda la vida en él, todo crecimiento, todo progreso, tanto para las unidades como para los conjuntos, dependen de un sacrificio continuo y de soportar el dolor. El mineral se sacrifica al vegetal, el vegetal al animal, ambos al hombre, los hombres a los hombres, y todas las formas superiores vuelven a descomponerse, y refuerzan de nuevo con sus elementos separados al reino más bajo. Es una secuencia continua de sacrificios de lo más bajo a lo más alto, y la marca misma del progreso es que el sacrificio, de ser involuntario e impuesto, pasa a ser voluntario y libremente elegido, y quienes son reconocidos como los más grandes por el intelecto del hombre y los más amados por su corazón son los que más sufren, esas almas heroicas que obraron, soportaron y murieron para que la raza se beneficiara de su dolor. Si el mundo es obra del Logos, y la ley del progreso del mundo, en el todo y en las partes, es el sacrificio, entonces la Ley del Sacrificio debe apuntar a algo en la naturaleza misma del Logos; debe tener su raíz en la propia Naturaleza Divina. Un poco más de reflexión nos muestra que, para que exista un mundo, un universo, esto solo puede ser porque la Única Existencia se condiciona a sí misma haciendo así posible la manifestación, y que el Logos mismo es el Dios autolimitado: limitado para manifestarse; manifestado para dar origen a un universo; tal autolimitación y ma-

nifestación no puede ser sino un acto supremo de sacrificio, y no es de extrañar que por doquier el mundo muestre su marca de nacimiento, y que la Ley del Sacrificio sea la ley del ser, la ley de las vidas derivadas.

«Además, como es un acto de sacrificio a fin de que los individuos puedan llegar a existir para compartir la dicha Divina, es en verdad un acto vicario, un acto realizado en beneficio de otros; de ahí el hecho ya señalado de que el progreso se marca por el sacrificio que se vuelve voluntario y libremente elegido, y advertimos que la humanidad alcanza su perfección en el hombre que se entrega por los hombres, y con su propio sufrimiento adquiere para la raza algún bien elevado.

«Aquí, en las regiones más altas, está la verdad más íntima del sacrificio vicario, y por más que pueda degradarse y desvirtuarse, esta verdad espiritual interior lo hace indestructible, eterno, y la fuente de donde mana la energía espiritual que, en formas y modos múltiples, redime al mundo del mal y lo atrae de vuelta a Dios.»[223]

Cuando el Logos sale del «seno del Padre» en aquel «Día» en que se dice que es «engendrado», [224] el alba del Día de la Creación, de la Manifestación, cuando por Él Dios «hizo los mundos», [225] se limita a sí mismo por su propia voluntad, formando como una esfera que encierra la Vida Divina, saliendo como un orbe radiante de la Deidad, la Sustancia Divina, Espíritu en el interior y limitación, o Materia, en el exterior. Este es el velo de materia que hace posible el nacimiento del Logos, María, la Madre del Mundo, necesaria para la manifestación en el tiempo de lo Eterno, para que la Deidad pueda manifestarse a fin de edificar los mundos.

Esa circunscripción, esa autolimitación, es el acto de sacrificio, una acción voluntaria realizada por amor, para que de Él puedan nacer otras vidas. Tal manifestación ha sido considerada como una muerte, pues, en comparación con la inimaginable vida de Dios en Sí mismo, tal circunscripción en la materia bien puede llamarse muerte. Se la ha considerado, como hemos visto, como una crucifixión en la materia, y así se la ha figurado, siendo este el verdadero origen del símbolo de la cruz, ya sea en su llamada forma griega, en la que se significa la vivificación de la materia por el Espíritu Santo, ya en su llamada forma latina, mediante la cual se figura al Hombre Celestial, el Cristo supernal.[226]

«Al rastrear el simbolismo de la cruz latina, o más bien del crucifijo, hacia atrás en la noche de los tiempos, los investigadores esperaban ver desaparecer la figura, dejando tras de sí lo que suponían era el emblema anterior de la cruz. En realidad ocurrió exactamente lo contrario, y se sorprendieron al descubrir que, al final, es la cruz la que desaparece, dejando solo la figura con los brazos levantados. Ya no hay en esa figura ningún rastro de dolor o pesar, aunque todavía habla de sacrificio; más bien es ahora el símbolo del gozo más puro que el mundo puede contener: el gozo de dar libremente, pues tipifica al Hombre Divino de pie en el espacio, con los brazos alzados en bendición, esparciendo sus dones por toda la humanidad, derramándose libremente a sí mismo en todas direcciones, descendiendo a ese “mar denso” de la materia, para quedar en él encajonado, confinado y constreñido, a fin de que mediante ese descenso *nosotros* podamos llegar a ser.»[227]

Este sacrificio es perpetuo, pues en cada forma de este universo de infinita diversidad está envuelta esta vida, y es su corazón mismo, el «Corazón del Silencio» del ritual egipcio, el «Dios Oculto». Este sacrificio es el secreto de la evolución. La Vida Divina, encerrada dentro de una forma, presiona siempre hacia fuera para que la forma pueda expandirse, pero presiona suavemente, no sea que la forma se rompa antes de haber alcanzado su límite máximo de expansión. Con infinita paciencia, tacto y discreción, el Ser divino mantiene la presión constante que expande, sin soltar una fuerza que la haría estallar. En toda forma, en el mineral, en el vegetal, en el animal, en el hombre, esta energía expansiva del Logos obra incesantemente. Esa es la fuerza evolutiva, la vida ascendente dentro de las formas, la energía creciente que la ciencia entrevé, pero de la que no sabe de dónde procede. El botánico habla de una energía dentro de la planta, que tira siempre hacia arriba; no sabe cómo, no sabe por qué, pero le da un nombre —la *vis a fronte*— porque la encuentra allí, o más bien encuentra sus resultados. Así como ocurre en la vida vegetal, ocurre también en otras formas, haciéndolas cada vez más expresivas de la vida que llevan dentro. Cuando se alcanza el límite de cualquier forma, y esta no puede crecer más, de modo que el alma que hay en ella —ese germen de Sí mismo que el Logos está incubando— ya no puede obtener más por medio de ella, entonces Él retira su energía, y la forma se desintegra: a esto lo llamamos muerte y descomposición. Pero el alma está con Él, y Él le da forma a un cuerpo nuevo, y la muerte de la forma es el nacimiento del alma a una vida más plena. Si viéramos con los

ojos del Espíritu en lugar de con los ojos de la carne, no lloraríamos por una forma, que es un cadáver que devuelve los materiales con que fue edificada, sino que nos regocijaríamos por la vida que pasa a una forma más noble, para expandir, bajo el proceso inmutable, los poderes todavía latentes en su interior.

Mediante ese sacrificio perpetuo del Logos existen todas las vidas; es la vida por la cual el universo está siempre deviniendo. Esta vida es Una, pero se encarna en miríadas de formas, atrayéndolas siempre entre sí y venciendo suavemente su resistencia. Es así un hacerse-uno, una fuerza unificadora, por la cual las vidas separadas van tomando conciencia gradualmente de su unidad, labrando en cada una una autoconciencia que al fin se sabrá una con todas las demás, y su raíz, Una y divina.

Este es el sacrificio primario y siempre continuado, y se verá que es un derramamiento de Vida dirigido por el Amor, un verter voluntario y gozoso del Yo para la creación de otros Yoes. Este es «el gozo de tu Señor»[228] en el que entra el siervo fiel, seguido significativamente de la afirmación de que Él tuvo hambre, tuvo sed, estuvo desnudo, enfermo, forastero y en la cárcel, en los hijos de los hombres, ayudados o desatendidos. Para el Espíritu libre, entregarse a sí mismo es gozo, y siente su vida tanto más intensamente cuanto más se derrama. Y cuanto más da, más crece, pues la ley del crecimiento de la vida es que esta aumenta al derramarse, y no al recibir de fuera; al dar, no al tomar. El sacrificio, pues, en su sentido primario, es cosa de gozo; el Logos se derrama a sí mismo para hacer un mundo, y, viendo el fruto de la aflicción de su alma, queda satisfecho.[229]

Pero la palabra ha llegado a asociarse con el sufrimiento, y en todos los ritos religiosos de sacrificio está presente algún sufrimiento, aunque solo sea el de una pérdida trivial para quien sacrifica. Conviene comprender cómo se ha producido este cambio, de modo que cuando se emplea la palabra «sacrificio» la connotación instintiva sea la del dolor.

La explicación se advierte cuando nos apartamos de la Vida que se manifiesta y miramos las formas en que se encarna, considerando la cuestión del sacrificio desde el lado de las formas. Mientras que la vida de la Vida consiste en dar, la vida, o persistencia, de la forma consiste en tomar, pues la forma se desgasta al ejercitarse, disminuye al ejercerse. Si la forma ha de continuar, debe atraer materia nueva desde fuera de sí misma para reparar

sus pérdidas, o de lo contrario se desgastará y se desvanecerá. La forma debe asir, retener, incorporar en sí lo que ha asido, o no puede persistir; y la ley de crecimiento de la forma es tomar y asimilar lo que le suministra el universo más amplio. A medida que la conciencia se identifica con la forma, considerando la forma como sí misma, el sacrificio adquiere un aspecto doloroso; dar, entregar, perder lo que se ha adquirido, se siente como algo que socava la persistencia de la forma, y así la Ley del Sacrificio se convierte en una ley de dolor en lugar de una ley de gozo.

El hombre tuvo que aprender, mediante la continua ruptura de las formas y el dolor que esa ruptura conlleva, que no debía identificarse con las formas que se desgastan y cambian, sino con la vida creciente y persistente, y esta lección se la enseñó no solo la naturaleza externa, sino también las lecciones deliberadas de los Maestros que le dieron las religiones.

Podemos rastrear en las religiones del mundo cuatro grandes etapas de instrucción en la Ley del Sacrificio. Primero, se enseñó al hombre a sacrificar parte de sus bienes materiales para obtener mayor prosperidad material, y se hacían sacrificios en forma de caridad hacia los hombres y de ofrendas a las Deidades, como podemos leer en las escrituras de los hindúes, los zoroastrianos, los hebreos, en verdad en todo el mundo. El hombre renunciaba a algo que apreciaba para asegurar la prosperidad futura para sí mismo, su familia, su comunidad, su nación. Sacrificaba en el presente para ganar en el futuro. En segundo lugar, vino una lección algo más difícil de aprender; en lugar de la prosperidad física y el bien terrenal, el fruto que había de obtenerse mediante el sacrificio era la dicha celestial. Había que ganar el cielo, había que gozar de la felicidad al otro lado de la muerte: tal era la recompensa de los sacrificios hechos durante la vida llevada en la tierra.

Se dio un paso considerable cuando el hombre aprendió a renunciar a las cosas que su cuerpo ansiaba en aras de un bien lejano que no podía ver ni demostrar. Aprendió a renunciar a lo visible por lo invisible, y al hacerlo ascendió en la escala del ser; pues tan grande es la fascinación de lo visible y lo tangible, que si un hombre es capaz de renunciar a ello por causa de un mundo invisible en el que cree, ha adquirido mucha fuerza y ha dado un largo paso hacia la realización de ese mundo invisible. Una y otra vez se ha soportado el martirio, se ha afrontado el oprobio, el hombre ha aprendido a permanecer solo, soportando todo el dolor, la miseria y la vergüenza que su raza pudiera derramar sobre él, con la mirada puesta en lo que hay más allá

de la tumba. Es cierto que en esto persiste todavía un anhelo de gloria celestial, pero no es poca cosa ser capaz de permanecer solo en la tierra y apoyarse en la compañía espiritual, aferrarse firmemente a la vida interior cuando lo exterior es todo tortura.

La tercera lección llegó cuando el hombre, viéndose a sí mismo como parte de una vida más grande, estuvo dispuesto a sacrificarse por el bien del todo, y así se volvió lo bastante fuerte para reconocer que el sacrificio era justo, que una parte, un fragmento, una unidad en la suma total de la vida, debía subordinar la parte al todo, el fragmento a la totalidad. Entonces aprendió a obrar rectamente sin dejarse afectar por el resultado para su propia persona, a cumplir su deber sin desear resultado alguno para sí, a soportar porque soportar era justo y no porque hubiera de ser coronado, a dar porque los dones se debían a la humanidad y no porque el Señor había de recompensarlos. El alma heroica así formada estaba lista para la cuarta lección: que ha de ofrecerse en sacrificio todo lo que posee el fragmento separado, porque el Espíritu no está en realidad separado, sino que es parte de la Vida divina, y, sin conocer diferencia, sin sentir separación, el hombre se derrama a sí mismo como parte de la Vida Universal, y en la expresión de esa Vida comparte el gozo de su Señor.

Es en las tres primeras etapas donde se ve el aspecto doloroso del sacrificio. La primera solo encuentra pequeños sufrimientos; en la segunda puede sacrificarse la vida física y todo lo que la tierra tiene que dar; la tercera es el gran momento de prueba, de examen, de crecimiento y evolución del alma humana. Pues en esa etapa el deber puede exigir todo aquello en lo que la vida parece consistir, y el hombre, todavía identificado en su *sentir* con la forma, aunque *sabiéndose* teóricamente por encima de ella, encuentra que se le exige todo lo que siente como vida, y se pregunta: «Si dejo esto ir, ¿qué quedará entonces?» Parece como si la conciencia misma fuera a cesar con esta entrega, pues debe soltar su asimiento de todo lo que reconoce, y no ve nada que asir al otro lado. Una convicción avasalladora, una voz imperiosa, lo llaman a entregar su propia vida. Si retrocede, debe continuar en la vida de la sensación, la vida del intelecto, la vida del mundo, y, como conserva los goces que no se atrevió a resignar, encuentra un descontento constante, un anhelo constante, un constante pesar y falta de placer en el mundo, y comprende la verdad del dicho del Cristo de que «el que quiera salvar su vida, la perderá», [230] y que la vida que se amó y a la que se afe-

rró se pierde al fin de todos modos. En cambio, si arriesga todo en obediencia a la voz que lo llama, si arroja su vida, entonces, al perderla, la halla para vida eterna,[231] y descubre que la vida que había entregado no era sino muerte en vida, que todo lo que resignó era ilusión, y que había hallado la realidad. En esa elección se pone a prueba el metal del alma, y solo el oro puro sale del horno ardiente, donde la vida parecía entregarse pero donde en realidad se ganaba. Y entonces sigue el gozoso descubrimiento de que la vida así ganada se gana para todos, no para el yo separado, que el abandono del yo separado ha significado la realización del Yo en el hombre, y que la renuncia al límite que solo parecía hacer posible la vida ha significado el derramarse en miríadas de formas, una plenitud y un vigor jamás soñados, «el poder de una vida indestructible».[232]

Tal es, en bosquejo, la Ley del Sacrificio, basada en el Sacrificio primario del Logos, ese Sacrificio del cual todos los demás sacrificios son reflejos.

Hemos visto cómo el hombre Jesús, el discípulo hebreo, entregó su cuerpo en gozosa rendición para que una Vida superior pudiera descender y encarnarse en la forma así voluntariamente sacrificada, y cómo por ese acto llegó a ser un Cristo de plena estatura, Guardián del cristianismo, para derramar su vida en la gran religión fundada por el Poderoso Ser con quien el sacrificio lo había identificado. Hemos visto al Alma-Cristo atravesar las grandes Iniciaciones: nacida como un niño pequeño, descendiendo al río de los dolores del mundo, con cuyas aguas debe ser bautizada para su ministerio activo, transfigurada en el Monte, conducida a la escena de su último combate, y triunfando sobre la muerte. Nos queda ahora ver en qué sentido es una expiación, cómo en la vida crística la Ley del Sacrificio halla una expresión perfecta.

El comienzo de lo que puede llamarse el ministerio del Cristo llegado a la virilidad está en esa compasión intensa y permanente por los dolores del mundo que se tipifica en el descender al río. Desde ese momento en adelante, su vida ha de resumirse en la frase «anduvo haciendo el bien»; pues quienes sacrifican la vida separada para ser cauce de la Vida divina no pueden tener otro interés en este mundo que ayudar a los demás. Aprende a identificarse con la conciencia de quienes lo rodean, a sentir lo que ellos sienten, a pensar lo que ellos piensan, a gozar lo que ellos gozan, a sufrir lo que ellos sufren, y así lleva a su vida diaria de vigilia ese sentido de unidad con los demás que experimenta en los reinos superiores del ser. Debe

desarrollar una compasión que vibre en perfecta armonía con el acorde de muchos tonos de la vida humana, para poder enlazar en sí mismo las vidas humana y divina, y convertirse en mediador entre el cielo y la tierra.

Ahora se manifiesta en él el poder, pues el Espíritu reposa sobre él, y comienza a destacar ante los ojos de los hombres como uno de aquellos capaces de ayudar a sus hermanos más jóvenes a recorrer el sendero de la vida. Al congregarse en torno a él, sienten el poder que de él emana, la Vida divina en el Hijo acreditado del Altísimo. Las almas que tienen hambre acuden a él, y él las alimenta con el pan de vida; los enfermos de pecado se le acercan, y él los sana con la palabra viva que cura la enfermedad y sana el alma; los ciegos de ignorancia se le aproximan, y él les abre los ojos con la luz de su sabiduría. Es la señal principal de su ministerio que los más bajos y los más pobres, los más desesperados y los más degradados, no sienten al acercarse a él muro alguno de separación, sienten al arremolinarse en torno a él acogida y no repulsión; pues de él irradia un amor que comprende, y que por ello jamás puede desear repeler. Por baja que sea el alma, jamás siente al Alma-Cristo erguida por encima de ella, sino más bien a su lado, pisando con pies humanos el mismo suelo que ella también pisa; y sin embargo la siente llena de un extraño poder que la eleva, que la llena también de nuevo impulso y fresca inspiración.

Así vive y trabaja, verdadero Salvador de los hombres, hasta que llega el momento en que debe aprender otra lección, perdiendo por un tiempo la conciencia de esa Vida divina de la cual la suya propia ha venido siendo cada vez más la expresión. Y esta lección es que el verdadero centro de la Vida divina está dentro y no fuera. El Yo tiene su centro dentro de cada alma humana —verdaderamente es «el centro en todas partes», pues Cristo está *en* todos, y Dios en Cristo— y ninguna vida encarnada, nada «fuera de lo Eterno»[233] puede ayudarlo en su más extrema necesidad. Ha de aprender que la verdadera unidad del Padre y el Hijo se ha de hallar dentro y no fuera, y esta lección solo puede llegar en el aislamiento más extremo, cuando se siente abandonado por el Dios exterior a sí mismo. A medida que se acerca esta prueba, clama a los que le son más cercanos que velen con él en su hora de oscuridad; y luego, al quebrarse toda simpatía humana, al fallar todo amor humano, se encuentra reducido a la vida del Espíritu divino, y clama a su Padre, sintiéndose en unión consciente con Él, para que la copa pase. Habiendo permanecido solo, salvo por ese divino Auxiliador, es digno

de afrontar la última prueba, donde el Dios exterior a él se desvanece, y solo queda el Dios interior. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», resuena el amargo clamor de un amor y un temor sobresaltados. La última soledad descende sobre él, y se siente abandonado y solo. Y sin embargo, jamás está el Padre más cerca del Hijo que en el momento en que el Alma-Cristo se siente abandonada, pues al tocar así el fondo más hondo del dolor, comienza a amanecer la hora de su triunfo. Pues ahora aprende que él mismo debe llegar a ser el Dios al que clama, y al sentir la última punzada de la separación halla la unidad eterna, siente que la fuente de la vida está dentro, y se sabe eterno.

Nadie puede llegar a ser plenamente un Salvador de los hombres ni compadecerse perfectamente de todo sufrimiento humano, a menos que haya afrontado y vencido el dolor, el temor y la muerte sin más ayuda que la que extrae del Dios que lleva dentro. Es fácil sufrir cuando hay conciencia ininterrumpida entre lo superior y lo inferior; más aún, no hay sufrimiento, mientras esa conciencia permanece ininterrumpida, pues la luz de lo superior hace imposible la oscuridad en lo inferior, y el dolor no es dolor cuando se soporta bajo la sonrisa de Dios. Hay un sufrimiento que los hombres han de afrontar, que todo Salvador del hombre debe afrontar, en el cual la oscuridad se cierne sobre la conciencia humana, y jamás penetra un solo destello de luz; debe conocer la punzada de la desesperación que siente el alma humana cuando hay oscuridad por todas partes, y la conciencia que a tientas busca no puede hallar una mano que asir. A esa oscuridad descende todo Hijo del Hombre antes de alzarse triunfante; esa experiencia amarguísima la prueba todo Cristo, antes de ser «capaz de salvarlos hasta lo sumo»[234] a quienes buscan lo Divino por medio de él.

Tal ser se ha vuelto verdaderamente divino, un Salvador de los hombres, y emprende la obra mundial para la cual todo esto ha sido la preparación. En él deben verter todas las fuerzas que obran contra el hombre, a fin de que en él se transmuten en fuerzas que ayudan. Así se convierte en uno de los Centros de Paz del mundo, que transmutan las fuerzas de combate que de otro modo aplastarían al hombre. Pues los Cristos del mundo son esos Centros de Paz en los que vierten todas las fuerzas en pugna, para transformarse dentro de ellos y luego derramarse como fuerzas que obran en favor de la armonía.

Parte de los sufrimientos del Cristo aún no perfecto reside en esta armonización de las fuerzas generadoras de discordia en el mundo. Aunque es Hijo, aprende no obstante por el sufrimiento, y así es «perfeccionado».[235] La humanidad estaría mucho más llena de combate y desgarrada por la contienda si no fuera por los discípulos-Cristo que viven en su seno, armonizando en paz muchas de las fuerzas en pugna.

Cuando se dice que el Cristo sufre «por los hombres», que su fuerza reemplaza su debilidad, su pureza su pecado, su sabiduría su ignorancia, se dice una verdad; pues el Cristo llega a ser tan uno con los hombres que ellos comparten con Él y Él con ellos. No hay sustitución de Él por ellos, sino la asunción de sus vidas en la suya, y el derramamiento de su vida en las de ellos. Pues, habiendo ascendido al plano de la unidad, Él puede compartir todo lo que ha ganado, dar todo lo que ha conquistado. De pie por encima del plano de la separación, y mirando hacia abajo a las almas inmersas en la separación, Él puede alcanzar a cada una mientras ellas no pueden alcanzarse entre sí. El agua puede fluir desde arriba a muchas tuberías, abiertas al depósito aunque cerradas entre sí, y así puede Él enviar su vida a cada alma. Solo se necesita una condición para que un Cristo pueda compartir su fuerza con un hermano más joven: que en la vida separada la conciencia humana se abra a lo divino, se muestre receptiva a la vida ofrecida, y tome el don libremente derramado. Pues tan reverente es Dios con ese Espíritu que es Él mismo en el hombre, que ni siquiera derramará en el alma humana un torrente de fuerza y de vida a menos que esa alma esté dispuesta a recibirlo. Debe haber una apertura desde abajo tanto como un derramamiento desde arriba, la receptividad de la naturaleza inferior tanto como la disposición de la superior a dar. Ese es el vínculo entre el Cristo y el hombre; eso es lo que las iglesias han llamado el derramamiento de la «gracia divina»; eso es lo que se entiende por la «fe» necesaria para hacer eficaz la gracia. Como dijo una vez Giordano Bruno: el alma humana tiene ventanas, y puede cerrarlas herméticamente. El sol de fuera brilla, la luz es inmutable; que se abran las ventanas, y la luz del sol ha de entrar a raudales. La luz de Dios golpea contra las ventanas de toda alma humana, y cuando las ventanas se abren de par en par, el alma se ilumina. No hay cambio en Dios, pero sí lo hay en el hombre; y la voluntad del hombre no puede ser forzada, pues de lo contrario la Vida divina en él quedaría bloqueada en su debida evolución.

Así, con cada Cristo que se alza, toda la humanidad se eleva un peldaño, y por su sabiduría disminuye la ignorancia del mundo entero. Cada hombre es menos débil gracias a su fuerza, que se derrama sobre toda la humanidad y penetra en el alma separada. De esa doctrina, vista estrechamente y por ello mal vista, surgió la idea de la Expiación vicaria como una transacción legal entre Dios y el hombre, en la cual Jesús ocupaba el lugar del pecador. No se comprendió que Aquel que había tocado esa altura era en verdad uno con todos sus hermanos; la identidad de naturaleza se confundió con una sustitución personal, y así la verdad espiritual se perdió en la dureza de un intercambio judicial.

«Entonces llega a un conocimiento de su lugar en el mundo, de su función en la naturaleza: ser un Salvador y hacer expiación por los pecados del pueblo. Se yergue en el Corazón íntimo del mundo, el Lugar Santísimo, como Sumo Sacerdote de la Humanidad. Es uno con todos sus hermanos, no por una sustitución vicaria, sino por la unidad de una vida común. ¿Hay alguien pecador? Él es pecador en ellos, para que su pureza pueda purgarlos. ¿Hay alguien afligido? En ellos Él es el varón de dolores; todo corazón roto rompe el suyo, en todo corazón traspasado su corazón es traspasado. ¿Hay alguien gozoso? En ellos Él es gozoso, y derrama su dicha. ¿Hay alguien que anhela? En ellos Él siente la carencia, para poder llenarlos con su satisfacción total. Él lo tiene todo, y porque es suyo, es de ellos. Él es perfecto; entonces ellos son perfectos con él. Él es fuerte; ¿quién puede entonces ser débil, puesto que él está en ellos? Ascendió a su lugar elevado para poder derramarse sobre todos los que están debajo de él, y vive para que todos puedan compartir su vida. Eleva al mundo entero consigo al ascender; el sendero es más fácil para todos los hombres, porque él lo ha recorrido.

«Todo hijo de hombre puede llegar a ser un Hijo de Dios así manifestado, un Salvador del mundo así. En cada uno de esos Hijos está “Dios manifestado en carne”, [236] la expiación que socorre a toda la humanidad, el poder vivo que hace nuevas todas las cosas. Solo una cosa se necesita para traer ese poder a actividad manifiesta en cualquier alma individual: el alma debe abrir la puerta y dejarlo entrar. Ni siquiera Él, que todo lo penetra, puede forzar su paso contra la voluntad de su hermano; la voluntad humana puede mantenerse firme tanto frente a Dios como frente al hombre, y por la ley de la evolución debe asociarse voluntariamente con la acción divina, y no ser quebrada en sumisión hosca. Que la voluntad abra de par en par la puerta, y

la vida inundará el alma. Mientras la puerta esté cerrada, solo respirará suavemente a través de ella su fragancia indecible, para que la dulzura de esa fragancia pueda vencer allí donde la fuerza no puede forzar la barrera.

«Esto es, en parte, ser un Cristo; pero ¿cómo puede la pluma mortal reflejar lo inmortal, o las palabras mortales decir lo que está más allá del poder del habla? La lengua no puede pronunciar, la mente no iluminada no puede captar, ese misterio del Hijo que se ha hecho uno con el Padre, llevando en su seno a los hijos de los hombres.»[237]

Quienes se preparen para elevarse a semejante vida en el futuro deben comenzar ya, incluso ahora, a recorrer en la vida inferior el sendero de la Sombra de la Cruz. Ni deben dudar de su poder para elevarse, pues hacerlo es dudar del Dios que llevan dentro. «Ten fe en ti mismo» es una de las lecciones que se derivan de la visión superior del hombre, pues esa fe está en realidad puesta en el Dios interior. Hay un modo por el cual la sombra de la vida crística puede proyectarse sobre la vida común del hombre, y es realizando todo acto como un sacrificio, no por lo que ha de reportar a quien lo realiza, sino por lo que ha de reportar a los demás, y, en la vida diaria y común de los pequeños deberes, las acciones menudas, los intereses limitados, cambiando el motivo y cambiándolo así todo. No es necesario que varíe ni una sola cosa en la vida exterior; en cualquier vida puede ofrecerse el sacrificio, en cualquier circunstancia puede servirse a Dios. La espiritualidad en desarrollo no se mide por lo que un hombre hace, sino por cómo lo hace; no en las circunstancias, sino en la actitud del hombre hacia ellas, reside la oportunidad de crecer. «Y en verdad, este símbolo de la cruz puede sernos como una piedra de toque para distinguir el bien del mal en muchas de las dificultades de la vida. “Solo aquellas acciones a través de las cuales brilla la luz de la cruz son dignas de la vida del discípulo”, dice uno de los versículos de un libro de máximas ocultas; y se interpreta en el sentido de que todo lo que hace el aspirante debe estar impulsado por el fervor del amor que se sacrifica a sí mismo. El mismo pensamiento aparece en un versículo posterior: “Cuando uno entra en el sendero, pone su corazón sobre la cruz; cuando la cruz y el corazón se han hecho uno, entonces ha alcanzado la meta.” Así, tal vez, podamos medir nuestro progreso observando si el egoísmo o el sacrificio de sí mismo domina en nuestras vidas.»[238]

Toda vida que comienza a moldearse así está preparando la cueva en la que ha de nacer el Niño-Cristo, y la vida se convertirá en una constante ex-

piación —un constante *hacerse uno*— , trayendo lo divino cada vez más hacia lo humano. Toda vida así irá creciendo hasta la vida de un «Hijo amado», y tendrá en sí la gloria del Cristo. Todo hombre puede trabajar en esa dirección haciendo de cada acto y de cada facultad un sacrificio, hasta que el oro quede purgado de la escoria, y solo quede el oro puro.

CAPÍTULO VIII. RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN

Las doctrinas de la Resurrección y la Ascensión de Cristo forman también parte de los Misterios Menores, pues son porciones integrantes de «el Mito Solar» y de la historia vital del Cristo en el hombre.

Por lo que respecta al Cristo mismo, tienen su base histórica en el hecho de que continuó enseñando a sus apóstoles después de su muerte física, y en su aparición en los Misterios Mayores como Hierofante una vez cesadas sus instrucciones directas, hasta que Jesús ocupó su lugar. En los relatos míticos, la resurrección del héroe y su glorificación formaban invariablemente la conclusión de la historia de su muerte; y en los Misterios, el cuerpo del candidato era siempre sumido en un trance semejante a la muerte, durante el cual él, como alma liberada, viajaba por el mundo invisible, regresando y revivificando el cuerpo al cabo de tres días. Y en la historia vital del individuo que se está convirtiendo en un Cristo, hallaremos, a medida que la estudiemos, que se repiten los dramas de la Resurrección y la Ascensión.

Pero antes de poder seguir inteligentemente esa historia, debemos dominar los rasgos generales de la constitución humana y comprender los cuerpos natural y espiritual del hombre. «Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual.»[239]

Todavía hay algunas personas sin instrucción que consideran al hombre como una mera dualidad, compuesta de «alma» y «cuerpo». Tales personas emplean las palabras «alma» y «espíritu» como sinónimos, y hablan indistintamente de «alma y cuerpo» o de «espíritu y cuerpo», queriendo decir que el hombre se compone de dos elementos, uno de los cuales perece con la muerte, mientras el otro sobrevive. Para los muy sencillos e ignorantes

esta división tosca es suficiente, pero no nos permitirá comprender los misterios de la Resurrección y la Ascensión.

Todo cristiano que haya hecho siquiera un estudio superficial de la constitución humana reconoce en ella tres elementos distintos: Espíritu, Alma y Cuerpo. Esta división es correcta, aunque necesita una subdivisión ulterior para un estudio más profundo, y fue empleada por san Pablo en su oración de que «todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable». [240] Esa división tripartita es aceptada por la Teología cristiana.

El Espíritu mismo es en realidad una Trinidad, el reflejo y la imagen de la Trinidad Suprema, y esto lo estudiaremos en el capítulo siguiente.[241] El hombre verdadero, el inmortal, que es el Espíritu, es la Trinidad en el hombre. Esto es vida, conciencia, y a ello pertenece el cuerpo espiritual, teniendo cada aspecto de la Trinidad su propio Cuerpo. El Alma es dual, y comprende la mente y la naturaleza emocional, con sus vestiduras correspondientes. Y el Cuerpo es el instrumento material del Espíritu y del Alma. Según una concepción cristiana del hombre, este es un ser duodécuplo, seis modificaciones que forman el hombre espiritual y seis el hombre natural; según otra, es divisible en catorce, siete modificaciones de la conciencia y siete tipos correspondientes de forma. Esta última concepción es prácticamente idéntica a la estudiada por los místicos, y suele hablarse de ella como séptuple, porque en realidad hay siete divisiones, siendo cada una doble, con un lado vital y un lado formal.

Estas divisiones y subdivisiones resultan algo confusas y desconcertantes para los torpes de entendimiento, y por eso Orígenes y Clemente, como ya hemos visto,[242] insistieron mucho en la necesidad de inteligencia por parte de cuantos deseaban llegar a ser gnósticos. Después de todo, quienes las encuentren dificultosas pueden dejarlas a un lado, sin negárselas por ello al estudiante concienzudo, que las halla no solo esclarecedoras, sino absolutamente necesarias para toda comprensión clara de los Misterios de la Vida y del Hombre.

La palabra Cuerpo significa un vehículo de conciencia, o un instrumento de conciencia; aquello en que la conciencia es transportada, como en un vehículo, o de lo que la conciencia se sirve para entrar en contacto con el mundo exterior, como el mecánico se sirve de un instrumento. O bien podemos compararlo a una vasija, en la que la conciencia se contiene, como un

jarro contiene un líquido. Es una forma utilizada por una vida, y nada sabemos de la conciencia sino en conexión con tales formas. La forma puede ser de las materias más raras y sutiles, puede ser tan diáfana que solo tengamos conciencia de la vida que la habita; con todo, allí está, y está compuesta de Materia. Puede ser tan densa que oculte la vida que la habita, y solo tengamos conciencia de la forma; con todo, la vida está allí, y está compuesta de lo opuesto a la Materia: el Espíritu. El estudiante debe estudiar y reestudiar este hecho fundamental: la dualidad de toda existencia manifestada, la coexistencia inseparable del Espíritu y la Materia en un grano de polvo, en el Logos, el Dios manifestado. Esta idea debe llegar a formar parte de él; de lo contrario, deberá renunciar al estudio de los Misterios Menores. El Cristo, como Dios y Hombre, no hace sino mostrar en escala cósmica ese mismo hecho de dualidad que se repite en todas partes de la naturaleza. Sobre esa dualidad original se forma todo cuanto existe en el universo.

El hombre tiene un «cuerpo natural», que se compone de cuatro porciones distintas y separables, y está sujeto a la muerte. Dos de ellas están compuestas de materia física, y nunca se separan completamente la una de la otra hasta la muerte, aunque los anestésicos o la enfermedad puedan causar una separación parcial. Estas dos pueden agruparse bajo la denominación de Cuerpo Físico. En él lleva a cabo el hombre sus actividades conscientes mientras está despierto; hablando técnicamente, es su vehículo de conciencia en el mundo físico.

La tercera porción es el Cuerpo de Deseo, así llamado porque en él encuentra su vehículo particular la naturaleza sensitiva y pasional del hombre. Durante el sueño, el hombre abandona el cuerpo físico y prosigue sus actividades conscientes en este, que funciona en el mundo invisible más cercano a nuestra tierra visible. Es, por tanto, su vehículo de conciencia en el más bajo de los mundos superfísicos, que es también el primer mundo al que pasan los hombres tras la muerte.

La cuarta porción es el Cuerpo Mental, así llamado porque en él funciona la naturaleza intelectual del hombre, en cuanto se ocupa de lo concreto. Es su vehículo de conciencia en el segundo de los mundos superfísicos, que es también el segundo mundo celestial, o mundo celestial inferior, al que pasan los hombres después de la muerte, una vez libres del mundo aludido en el párrafo precedente.

Estas cuatro porciones de su forma envolvente, integradas por el doble cuerpo físico, el cuerpo de deseo y el cuerpo mental, forman el cuerpo natural del que habla san Pablo.

Este análisis científico ha desaparecido de la enseñanza cristiana corriente, que es vaga y confusa en esta materia. No es que las Iglesias no lo hayan poseído nunca; por el contrario, este conocimiento de la constitución del hombre formaba parte de las enseñanzas de los Misterios Menores; la simple división en Espíritu, Alma y Cuerpo era exotérica, la primera división tosca y expeditiva dada como fundamento. La subdivisión referente al «Cuerpo» se hacía en el curso de una instrucción posterior, como preliminar del adiestramiento mediante el cual el instructor capacitaba a su discípulo para separar un vehículo de otro y utilizar cada uno como vehículo de conciencia en su región propia.

Esta concepción debería ser bastante fácil de captar. Si un hombre quiere viajar sobre la tierra firme, usa como vehículo un carruaje o un tren. Si quiere viajar por los mares líquidos, cambia de vehículo y toma un barco. Si quiere viajar por el aire, cambia de vehículo otra vez y usa un globo. Es el mismo hombre en todo momento, pero está usando tres vehículos distintos, según la clase de materia por la que quiere viajar. La analogía es tosca e insuficiente, pero no engañosa. Cuando un hombre está ocupado en el mundo físico, su vehículo es el cuerpo físico, y su conciencia obra en y a través de ese cuerpo. Cuando pasa al mundo situado más allá del físico, en el sueño y en la muerte, su vehículo es el cuerpo de deseo, y puede aprender a usarlo conscientemente, como usa conscientemente el físico. Ya lo usa inconscientemente cada día de su vida cuando siente y desea, así como cada noche de su vida. Cuando pasa luego al mundo celestial tras la muerte, su vehículo es el cuerpo mental, y también a este lo usa a diario, cuando piensa, pues no habría pensamiento en el cerebro si no lo hubiera en el cuerpo mental.

El hombre tiene además «un cuerpo espiritual». Este se compone de tres porciones separables, perteneciendo cada una a una de las tres Personas de la Trinidad del Espíritu humano, y diferenciándola de las otras. San Pablo habla de haber sido «arrebataado hasta el tercer cielo» y de haber oído allí «palabras inefables que no le es dado al hombre proferir».[243] Estas diversas regiones de los mundos supernos invisibles son conocidas por los Iniciados, quienes saben bien que aquellos que pasan más allá del primer cielo necesitan como vehículo el cuerpo verdaderamente espiritual, y que el cielo

hasta el que pueden penetrar depende del grado de desarrollo de sus tres divisiones.

La más baja de estas tres divisiones suele llamarse Cuerpo Causal, por una razón que solo asimilarán plenamente quienes hayan estudiado la doctrina de la Reencarnación —enseñada en la Iglesia primitiva— y comprendan que la evolución humana necesita muchísimas vidas sucesivas sobre la tierra antes de que el alma germinal del salvaje pueda convertirse en el alma perfeccionada del Cristo, y luego, haciéndose perfecta como el Padre que está en los cielos,[244] pueda realizar la unión del Hijo con el Padre.[245] Es un cuerpo que perdura de vida en vida, y en él se almacena toda la memoria del pasado. De él salen las causas que edifican los cuerpos inferiores. Es el receptáculo de la experiencia humana, el tesoro en que se guarda cuanto recogemos en nuestras vidas, la sede de la Conciencia, el que empuña la Voluntad.

De la segunda de las tres divisiones del cuerpo espiritual habla san Pablo con estas palabras tan significativas: «Tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos.»[246] Ese es el Cuerpo de Beatitud, el cuerpo glorificado del Cristo, «el Cuerpo de la Resurrección». No es un cuerpo «hecho de manos», por el trabajo de la conciencia en los vehículos inferiores; no está formado por la experiencia, ni edificado con los materiales que el hombre recoge en su larga peregrinación. Es un cuerpo que pertenece a la vida crística, a la vida de la Iniciación, al despliegue divino en el hombre; está edificado por Dios, mediante la actividad del Espíritu, y crece durante toda la vida o vidas del Iniciado, no alcanzando su perfección sino en «la Resurrección».

La tercera división del cuerpo espiritual es la tenue película de materia sutil que separa al Espíritu individual como Ser, y sin embargo permite la interpenetración de todos por todos, siendo así expresión de la unidad fundamental. En el día en que el Hijo mismo «sea sujeto a Aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos»,[247] esta película quedará trascendida; pero para nosotros sigue siendo la división más elevada del cuerpo espiritual, en la que ascendemos al Padre y nos unimos con Él.

El cristianismo ha reconocido siempre la existencia de tres mundos o regiones por los que pasa el hombre: primero, el mundo físico; segundo, un estado intermedio al que pasa con la muerte; tercero, el mundo celestial. Es-

tos tres mundos son creídos universalmente por los cristianos instruidos; solo los ignorantes imaginan que el hombre pasa de su lecho de muerte directamente al estado final de beatitud. Pero existe alguna diferencia de opinión acerca de la naturaleza del mundo intermedio. El católico romano lo llama Purgatorio, y cree que toda alma pasa por él, salvo la del santo, el hombre que ha alcanzado la perfección, o la de aquel que ha muerto en «pecado mortal». La gran masa de la humanidad pasa a una región purificadora, en la que el hombre permanece por un período cuya duración varía según los pecados que haya cometido, no saliendo de ella hacia el mundo celestial sino cuando se ha purificado. Las diversas comunidades llamadas protestantes varían en su enseñanza acerca de los detalles, y en su mayoría repudian la idea de una purificación *post mortem*; pero coinciden en líneas generales en que existe un estado intermedio, denominado a veces «Paraíso», o «período de espera». El mundo celestial es considerado casi universalmente, en la cristiandad moderna, como un estado final, sin una idea muy definida o general sobre su naturaleza, ni sobre el progreso o la condición estacionaria de quienes lo alcanzan. En el cristianismo primitivo se consideraba que este cielo era, como en realidad lo es, una etapa del progreso del alma, enseñándose entonces muy generalmente la reencarnación bajo una u otra forma, así como la preexistencia del alma. El resultado fue, naturalmente, que el estado celestial era una condición temporal, aunque a menudo muy prolongada, que duraba «una edad» — como se declara en el griego del Nuevo Testamento, terminando la edad con el regreso del hombre para la etapa siguiente de su vida y progreso continuados — y no «eterna», como en la traducción errónea de la versión inglesa autorizada. [248]

Para completar el esquema necesario para comprender la Resurrección y la Ascensión, debemos ver cómo se desarrollan estos diversos cuerpos en la evolución superior.

El cuerpo físico se halla en un estado de flujo constante, renovándose continuamente sus partículas más menudas, de modo que está siempre edificándose; y como está compuesto del alimento que comemos, de los líquidos que bebemos, del aire que respiramos y de partículas tomadas de nuestro entorno físico, tanto personas como cosas, podemos purificarlo de manera constante, escogiendo bien sus materiales, y convertirlo así en un vehículo cada vez más puro para actuar, receptivo a vibraciones más sutiles, sensible

a deseos más puros, a pensamientos más nobles y elevados. Por esta razón todos los que aspiraban a alcanzar los Misterios se sometían a reglas de dieta, abluciones, etc., y se les pedía que fueran muy cuidadosos respecto a las personas con quienes trataban y los lugares a los que acudían.

El cuerpo de deseo cambia también, de manera parecida, pero sus materiales son expulsados y atraídos por el juego de los deseos, que surgen de los sentimientos, las pasiones y las emociones. Si estos son toscos, los materiales que se incorporan al cuerpo de deseo son también toscos, mientras que, a medida que se purifican, el cuerpo de deseo se vuelve sutil y se torna muy sensible a las influencias superiores. En la medida en que un hombre domina su naturaleza inferior y se vuelve desinteresado en sus deseos, sentimientos y emociones, en que hace menos egoísta y menos posesivo su amor por quienes le rodean, va purificando este vehículo superior de conciencia; el resultado es que, cuando se halla fuera del cuerpo durante el sueño, tiene experiencias más elevadas, más puras y más instructivas, y cuando abandona el cuerpo físico con la muerte, atraviesa rápidamente el estado intermedio, desintegrándose el cuerpo de deseo con gran rapidez y sin retrasarlo en su viaje hacia adelante.

El cuerpo mental se está edificando ahora de manera semejante, en este caso mediante los pensamientos. Será el vehículo de conciencia en el mundo celestial, pero se está edificando ahora con las aspiraciones, la imaginación, la razón, el juicio, las facultades artísticas, con el uso de todas las facultades mentales. Tal como el hombre lo haga, así habrá de llevarlo, y la duración y riqueza de su estado celestial dependen de la clase de cuerpo mental que haya edificado durante su vida en la tierra.

A medida que el hombre entra en la evolución superior, este cuerpo comienza a tener actividad independiente ya de este lado de la muerte, y va cobrando conciencia de su vida celestial, incluso en medio del torbellino de la existencia mundana. Entonces se convierte en «el Hijo del Hombre que está en el cielo», [249] que puede hablar con la autoridad del conocimiento sobre las cosas celestiales. Cuando el hombre comienza a vivir la vida del Hijo, habiendo pasado al Sendero de Santidad, vive en el cielo permaneciendo en la tierra, entrando en posesión y uso conscientes de este cuerpo celestial. Y puesto que el cielo no está lejos de nosotros, sino que nos rodea por todas partes, y solo estamos excluidos de él por nuestra incapacidad de sentir sus vibraciones, no por la ausencia de estas; puesto que esas vibracio-

nes actúan sobre nosotros en cada momento de nuestra vida; todo lo que se necesita para estar en el Cielo es cobrar conciencia de esas vibraciones. Nos hacemos conscientes de ellas con la vitalización, la organización, la evolución de este cuerpo celestial, el cual, estando edificado con materiales celestiales, responde a las vibraciones de la materia del mundo celestial. De ahí que el «Hijo del Hombre» esté siempre en el cielo. Pero sabemos que «Hijo del Hombre» es un término aplicado al Iniciado, no al Cristo resucitado y glorificado, sino al Hijo mientras todavía «se está haciendo perfecto».[250]

Durante las etapas de evolución que conducen hasta el Sendero de Prueba, y lo incluyen, la primera división del cuerpo espiritual —el Cuerpo Causal— se desarrolla rápidamente, y permite al hombre, tras la muerte, ascender al segundo cielo. Después del Segundo Nacimiento, el nacimiento del Cristo en el hombre, comienza la edificación del Cuerpo de Beatitud «en los cielos». Este es el cuerpo del Cristo, que se desarrolla durante los días de Su servicio en la tierra, y, a medida que se desarrolla, la conciencia del «Hijo de Dios» se hace cada vez más marcada, y la próxima unión con el Padre ilumina el Espíritu en despliegue.

En los Misterios cristianos —como en los antiguos egipcios, caldeos y otros— existía un simbolismo externo que expresaba las etapas por las que iba pasando el hombre. Se le conducía a la cámara de la Iniciación, y se le tendía en el suelo con los brazos extendidos, a veces sobre una cruz de madera, a veces simplemente sobre el suelo de piedra, en la postura de un hombre crucificado. Se le tocaba entonces con el tirso en el corazón —la «lanza» de la crucifixión—, y, abandonando el cuerpo, pasaba a los mundos de más allá, cayendo el cuerpo en un trance profundo, la muerte del crucificado. El cuerpo se colocaba en un sarcófago de piedra, y allí se le dejaba, cuidadosamente custodiado. Entre tanto, el hombre mismo recorría primero las extrañas y oscuras regiones llamadas «el corazón de la tierra», y luego el monte celestial, donde se revestía del cuerpo de beatitud perfeccionado, ya plenamente organizado como vehículo de conciencia. En él regresaba al cuerpo de carne, para reanimarlo. La cruz que portaba ese cuerpo, o el cuerpo en trance y rígido, si no se había usado cruz, se sacaba del sarcófago y se colocaba sobre una superficie inclinada, orientada hacia el este, dispuesta para la salida del sol al tercer día. En el instante en que los rayos del sol tocaban el rostro, el Cristo, el Iniciado o Maestro perfeccionado, volvía a entrar en el cuerpo, glorificándolo con el cuerpo de beatitud que llevaba pues-

to, transformando el cuerpo de carne por contacto con el cuerpo de beatitud, dándole nuevas propiedades, nuevos poderes, nuevas capacidades, transmutándolo a su propia semejanza. Esa fue la Resurrección del Cristo, y a partir de entonces el cuerpo de carne mismo quedó transformado y adquirió una naturaleza nueva.

Por eso se ha tomado siempre el sol como símbolo del Cristo que resucita, y por eso, en los himnos de Pascua, hay constante referencia a la salida del Sol de Justicia. Así también está escrito del Cristo triunfante: «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén; y tengo las llaves del infierno y de la muerte.»[251] Todos los poderes de los mundos inferiores han quedado sometidos al dominio del Hijo, que ha triunfado gloriosamente; sobre Él la muerte ya no tiene poder, «Él tiene la vida y la muerte en su mano poderosa.»[252] Él es el Cristo resucitado, el Cristo triunfante.

La Ascensión del Cristo era el Misterio de la tercera parte del cuerpo espiritual, el revestirse de la Vestidura de Gloria, preparatoria de la unión del Hijo con el Padre, del hombre con Dios, cuando el Espíritu volvía a entrar en la gloria que tenía «antes que el mundo fuese».[253] Entonces el Espíritu triple se hace uno, se sabe eterno, y se encuentra al Dios Oculto. Eso es lo figurado en la doctrina de la Ascensión, por lo que respecta al individuo.

La Ascensión para la humanidad se producirá cuando toda la raza haya alcanzado la condición de Cristo, el estado del Hijo, y ese Hijo se haga uno con el Padre, y Dios sea todo en todos. Esa es la meta, prefigurada en el triunfo del Iniciado, pero alcanzada solo cuando la raza humana se haya perfeccionado, y cuando «la gran Humanidad huérfana» deje de ser huérfana y se reconozca conscientemente como el Hijo de Dios.

Estudiando así las doctrinas de la Expiación, la Resurrección y la Ascensión, llegamos a las verdades reveladas sobre ellas en los Misterios Menores, y empezamos a comprender el sentido pleno de la enseñanza apostólica de que Cristo no era una personalidad única, sino «las primicias de los que durmieron»,[254] y que todo hombre había de llegar a ser un Cristo. No se consideraba entonces al Cristo como un Salvador externo, por cuya justicia imputada los hombres habían de salvarse de la ira divina. Circulaba en la Iglesia la enseñanza gloriosa e inspiradora de que Él no era sino las primicias de la humanidad, el modelo que todo hombre debía reproducir en sí

mismo, la vida que todos debían compartir. Los Iniciados han sido considerados siempre como esas primicias, la promesa de una raza hecha perfecta. Para el cristiano primitivo, Cristo era el símbolo vivo de su propia divinidad, el fruto glorioso de la semilla que llevaba en su propio corazón. No ser salvado por un Cristo externo, sino ser glorificado en un Cristo interior, era la enseñanza del cristianismo esotérico, de los Misterios Menores. La etapa del discipulado había de pasar a la de la Filiación. La vida del Hijo había de vivirse entre los hombres hasta que se cerrase con la Resurrección, y el Cristo glorificado llegara a ser uno de los Salvadores perfeccionados del mundo.

¡Cuánto más grande es este Evangelio que el de los días modernos! Puesto junto a ese ideal grandioso del cristianismo esotérico, la enseñanza exotérica de las Iglesias parece en verdad estrecha y pobre.

CAPÍTULO IX. LA TRINIDAD

Todo estudio fecundo de la Existencia Divina debe partir de la afirmación de que Ella es Una. Así lo han proclamado todos los Sabios; así lo ha afirmado toda religión; así lo postula toda filosofía: «Una sola, sin segunda.»[255] «¡Oye, Israel!», exclamó Moisés, «el Señor nuestro Dios, uno es.»[256] «Para nosotros no hay más que un Dios», [257] declara san Pablo. «No hay más Dios que Dios», afirma el fundador del islam, haciendo de esta frase el símbolo de su fe. Una Existencia sin límites, conocida en su plenitud solo por Sí misma —la palabra Ello parece más reverente y más comprensiva que Él, y por eso se emplea—. Esa es la Oscuridad Eterna, de la que nace la Luz.

Pero como Dios manifestado, el Uno aparece como Tres. Una Trinidad de Seres Divinos, Uno como Dios, Tres como Poderes manifestados. Esto también se ha declarado siempre, y la verdad es tan vital en su relación con el hombre y su evolución que constituye siempre una parte esencial de los Misterios Menores.

Entre los hebreos, a causa de sus tendencias antropomorfizantes, la doctrina se mantenía en secreto, pero los rabinos estudiaban y adoraban al Anciano de Días, del cual emanaba la Sabiduría, y de esta el Entendimiento: Kéter, Jokmá, Biná; estos formaban la Trinidad Suprema, el resplandor en el tiempo del Uno situado más allá del tiempo. El Libro de la Sabiduría de Salomón alude a esta enseñanza, haciendo de la Sabiduría un Ser. «Según Maurice, “la primera Sefirá, denominada Kéter la Corona, Kadmon la Luz pura, y En Sof el Infinito,[258] es el Padre omnipotente del universo... La segunda es la Jokmá, que hemos demostrado suficientemente, tanto por los escritos sagrados como por los rabínicos, ser la Sabiduría creadora. La tercera es la Biná, o Inteligencia celestial, de donde los egipcios sacaron su

Cneph, y Platón su *Nous Demiurgos*. Él es el Espíritu Santo que... penetra, anima y gobierna este universo sin límites.”»[259]

El decano Milman señala el alcance de esta doctrina en la enseñanza cristiana, en su *Historia del cristianismo*. Dice: «Este Ser [el Verbo o la Sabiduría] fue personificado con mayor o menor claridad, según las nociones más populares o más filosóficas, más materiales o más abstractas, de la época o del pueblo. Esta fue la doctrina desde el Ganges, o incluso desde las costas del Mar Amarillo, hasta el Iliso; fue el principio fundamental de la religión y la filosofía indias; fue la base del zoroastrismo; fue el platonismo puro; fue el judaísmo platónico de la escuela alejandrina. Podrían citarse muchos pasajes hermosos de Filón sobre la imposibilidad de que el primer Ser auto-existente llegara a ser cognoscible por los sentidos del hombre; e incluso en Palestina, sin duda, Juan el Bautista y nuestro Señor mismo no enseñaron una doctrina nueva, sino más bien el sentir común de los más ilustrados, cuando declararon “que a Dios nadie le ha visto jamás”. De acuerdo con este principio, los judíos, al interpretar las Escrituras más antiguas, en lugar de una comunicación directa y sensible de la única gran Deidad, habían interpuesto uno o más seres intermedios como canales de comunicación. Según una tradición acreditada, aludida por san Esteban, la ley fue dada “por disposición de ángeles”; según otra, esta función se delegaba en un solo ángel, llamado a veces el Ángel de la Ley (véase Gál. iii, 19); en otras, el Metatrón. Pero el representante más habitual, por así decirlo, de Dios ante el sentido y la mente del hombre, era el Memrá, o el Verbo Divino; y resulta notable que la misma denominación se encuentre en los sistemas indio, persa, platónico y alejandrino. Los targumistas, los primeros comentaristas judíos de las Escrituras, ya habían aplicado este término al Mesías; ni hace falta señalar el modo en que ha sido santificado al ser introducido en el sistema cristiano.»[260]

Como bien decía el docto Decano, la idea del Verbo, del Logos, era universal, y formaba parte de la idea de una Trinidad. Entre los hindúes, los filósofos hablan del Brahman manifestado como Sat-Chit-Ananda: Existencia, Inteligencia y Beatitud. Popularmente, el Dios manifestado es una Trinidad: Shiva, el Principio y el Fin; Visnú, el Conservador; Brahma, el Creador del Universo. La fe zoroástrica presenta una Trinidad semejante: Ahura Mazda, el Grande, el Primero; luego «los gemelos», la dual Segunda Persona —pues la Segunda Persona en una Trinidad es siempre dual, degenerada

en los tiempos modernos en un Dios y un Demonio opuestos — , y la Sabiduría Universal, Armaiti. En el budismo del Norte hallamos a Amitabha, la Luz sin límites; a Avalokiteshvara, la fuente de las encarnaciones, y a la Mente Universal, Manjushri. En el budismo del Sur la idea de Dios se ha ido desvaneciendo, pero con notable tenacidad reaparece la triplicidad en aquello en que el budista del Sur toma refugio: el Buda, el Dharma (la Doctrina), el Sangha (la Orden). Pero el Buda mismo es a veces adorado como Trinidad; en una piedra de Buda Gayá está inscrita una salutación a Él como encarnación del Eterno Uno, y dice: «¡Om! Tú eres Brahma, Visnú y Mahesha (Shiva)... Te adoro a Ti, que eres celebrado con mil nombres y bajo diversas formas, en la figura de Buda, el Dios de la Misericordia.»[261]

En las religiones extinguidas se encuentra la misma idea de una Trinidad. En Egipto dominó todo el culto religioso. «Tenemos en el Museo Británico una inscripción jeroglífica que se remonta al reinado de Senechus, en el siglo VIII antes de la era cristiana, y que muestra que la doctrina de la Trinidad en la Unidad formaba ya parte de su religión.»[262] Esto es cierto de una fecha mucho más temprana. Ra, Osiris y Horus formaban una Trinidad ampliamente adorada; Osiris, Isis y Horus eran adorados en Abidos; en distintas ciudades se dan otros nombres, y el triángulo es el símbolo frecuentemente usado del Dios Trino. La idea subyacente a estas Trinidades, cualquiera que fuese su nombre, se manifiesta en un pasaje citado de Marutho, en el que un oráculo, reprendiendo el orgullo de Alejandro Magno, habla de: «Primero Dios, luego el Verbo, y con Ellos el Espíritu.»[263]

En Caldea, Anu, Ea y Bel eran la Trinidad Suprema, siendo Anu el Origen de todo, Ea la Sabiduría, y Bel el Espíritu creador. Respecto a China, observa Williamson: «En la antigua China los emperadores solían sacrificar cada tres años a “Aquel que es uno y trino”. Había un dicho chino: “Fo es una sola persona, pero tiene tres formas”... En el elevado sistema filosófico conocido en China como taoísmo, figura también una trinidad: “La Razón Eterna produjo al Uno, el Uno produjo al Dos, el Dos produjo al Tres, y el Tres produjo todas las cosas”, lo cual, como añade Le Compte, “parece mostrar que tuvieron algún conocimiento de la Trinidad”.»[264]

En la doctrina cristiana de la Trinidad hallamos un acuerdo completo con las demás fes en cuanto a las funciones de las tres Personas Divinas, viniendo la palabra Persona de *persona*, una máscara, aquello que cubre algo, la

máscara de la Existencia Una, su autorrevelación bajo una forma. El Padre es el Origen y el Fin de todo; el Hijo es dual en su naturaleza, y es el Verbo, o la Sabiduría; el Espíritu Santo es la Inteligencia creadora, que, cerniéndose sobre el caos de la materia primigenia, la organiza en los materiales con que pueden construirse las formas.

Es esta identidad de funciones bajo tantos nombres diversos lo que muestra que no tenemos aquí una mera semejanza externa, sino la expresión de una verdad interior. Hay algo de lo cual esta triplicidad es una manifestación, algo que puede rastrearse en la naturaleza y en la evolución, y que, una vez reconocido, hará inteligible el crecimiento del hombre, las etapas de su vida en evolución. Además, hallamos que en el lenguaje universal del simbolismo las Personas se distinguen por ciertos emblemas, y pueden reconocerse por ellos bajo la diversidad de formas y nombres.

Pero hay otro punto que debemos recordar antes de dejar la exposición exotérica de la Trinidad: que, en relación con todas estas Trinidades, existe una cuarta manifestación fundamental, el Poder de Dios, y esta tiene siempre forma femenina. En el hinduismo, cada Persona de la Trinidad tiene su Poder manifestado, formando el Uno y estos seis aspectos el sagrado Siete. En muchas de las Trinidades aparece una única forma femenina, siempre entonces relacionada de manera especial con la Segunda Persona, y entonces tenemos el sagrado Cuaternario.

Veamos ahora la verdad interior.

El Uno se manifiesta como el Primer Ser, el Señor Autoexistente, la Raíz de todo, el Padre Supremo; la palabra Voluntad, o Poder, parece la más adecuada para expresar esta autorrevelación primaria, pues mientras no haya Voluntad de manifestarse no puede haber manifestación, y mientras no haya Voluntad manifestada, falta el impulso para un despliegue ulterior. Puede decirse que el universo está arraigado en la Voluntad divina. Sigue luego el segundo aspecto del Uno: la Sabiduría; el Poder es guiado por la Sabiduría, y por eso está escrito que «sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho»; [265] la Sabiduría es dual en su naturaleza, como se verá enseguida. Cuando se revelan los aspectos de la Voluntad y la Sabiduría, debe seguir un tercer aspecto para hacerlos efectivos: la Inteligencia creadora, la mente divina en acción. Un profeta hebreo escribe: «Él hizo la tierra con su Poder, estableció el mundo con su Sabiduría, y extendió los cielos con su Entendi-

miento»,[266] siendo muy clara la referencia a las tres funciones.[267] Estos Tres son inseparables, indivisibles, tres aspectos del Uno. Sus funciones pueden concebirse por separado, en aras de la claridad, pero no pueden dissociarse. Cada una es necesaria a las demás, y cada una está presente en las demás. En el Primer Ser, la Voluntad, el Poder, se ve como predominante, como característico, pero también están presentes la Sabiduría y la Acción creadora; en el Segundo Ser, se ve la Sabiduría como predominante, pero el Poder y la Acción creadora le son igualmente inherentes; en el Tercer Ser, se ve la Acción creadora como predominante, pero también se ven siempre el Poder y la Sabiduría. Y aunque se empleen las palabras Primero, Segundo, Tercero, porque los Seres se manifiestan así en el Tiempo, según el orden de su autodespliegue, en la Eternidad se los conoce como interdependientes y coiguales: «Ninguno es mayor ni menor que otro.»[268]

Esta Trinidad es el Yo divino, el Espíritu divino, el Dios manifestado, Aquel que «era y es y ha de venir», [269] y Él es la raíz de la triplicidad fundamental en la vida, en la conciencia.

Pero hemos visto que existía una Cuarta Persona, o en algunas religiones una segunda Trinidad, femenina, la Madre. Esto es Aquello que hace posible la manifestación, Aquello que eternamente, en el Uno, es la raíz de la limitación y la división, y que, al manifestarse, se llama Materia. Este es el No-Yo divino, la Materia divina, la Naturaleza manifestada. Considerada como Una, Ella es la Cuarta, haciendo posible la actividad de los Tres, el Campo de sus operaciones en virtud de su infinita divisibilidad, siendo a la vez la «Sierva del Señor»[270] y también su Madre, cediendo de su sustancia para formar el Cuerpo de Él, el universo, cuando la cubre con su sombra el poder de Él.[271] Examinada con atención, se ve que también Ella es triple, existiendo en tres aspectos inseparables, sin los cuales no podría ser. Estos son Estabilidad —Inercia o Resistencia—, Movimiento y Ritmo; así se llaman las cualidades fundamentales o esenciales de la Materia. Solo ellas hacen efectivo al Espíritu, y por ello han sido consideradas los Poderes manifestados de la Trinidad. La Estabilidad o Inercia proporciona una base, el punto de apoyo para la palanca; se manifiesta luego el Movimiento, pero este solo podría producir caos; entonces se impone el Ritmo, y hay Materia en vibración, capaz de ser modelada y moldeada. Cuando las tres cualidades están en equilibrio, existe el Uno, la Materia Virgen, improductiva. Cuando el poder del Altísimo la cubre con su sombra, y el aliento del Espíritu des-

ciende sobre ella, las cualidades salen de su equilibrio, y Ella se convierte en la Madre divina de los mundos.

La primera interacción se produce entre Ella y la Tercera Persona de la Trinidad; por la acción de Este, Ella se vuelve capaz de dar nacimiento a la forma. Se revela entonces la Segunda Persona, que se reviste con el material así proporcionado, y se convierte así en el Mediador, uniendo en su propia Persona el Espíritu y la Materia, el Arquetipo de todas las formas. Solo por medio de Él se revela la Primera Persona, como Padre de todos los Espíritus.

Ahora es posible ver por qué la Segunda Persona de la Trinidad del Espíritu es siempre dual; Él es Aquel que se reviste de Materia, en quien las dos mitades gemelas de la Deidad aparecen unidas, no como una sola. De ahí también que Él sea la Sabiduría; pues la Sabiduría, por el lado del Espíritu, es la Razón Pura que se conoce a sí misma como el Yo Uno y conoce todas las cosas en ese Yo, y, por el lado de la Materia, es el Amor, que reúne la infinita diversidad de las formas y hace de cada forma una unidad, no un mero montón de partículas: el principio de atracción que mantiene a los mundos y a todo lo que hay en ellos en perfecto orden y equilibrio. Esta es la Sabiduría de la que se dice que «ordena todas las cosas con fuerza y con dulzura», [272] la que sostiene y preserva el universo.

En los símbolos universales, hallados en todas las religiones, el Punto — lo que solo tiene posición — ha sido tomado como símbolo de la Primera Persona de la Trinidad. Sobre este símbolo observa san Clemente de Alejandría que de un cuerpo abstraemos sus propiedades, luego la profundidad, luego la anchura, luego la longitud; «el punto que queda es una unidad, por así decirlo, que tiene posición; de la cual, si abstraemos la posición, queda la concepción de la unidad.»[273] Él brilla, por así decirlo, desde la infinita Oscuridad, un Punto de Luz, el centro de un universo futuro, una Unidad en quien todo existe sin separación; la materia que ha de formar el universo, el campo de su obra, queda delimitada por la vibración del Punto hacia adelante y hacia atrás en todas direcciones, una vasta esfera, limitada por su Voluntad, su Poder. Esta es la hechura de «la tierra con su Poder», de la que habla Jeremías.[274] Así, el símbolo completo es un Punto dentro de una esfera, representado habitualmente como un Punto dentro de un círculo. La Segunda Persona se representa mediante una Línea, un diámetro de este círculo, una única vibración completa del Punto, y esta Línea se halla por

igual en toda dirección dentro de la esfera; esta Línea, al dividir el círculo en dos, significa también su dualidad, que en Él la Materia y el Espíritu — unidad en la Primera Persona — son visiblemente dos, aunque en unión. La Tercera Persona se representa mediante una Cruz formada por dos diámetros perpendiculares entre sí dentro del círculo, separando la segunda línea de la Cruz la parte superior del círculo de la inferior. Esta es la Cruz griega. [275]

Cuando la Trinidad se representa como Unidad, se usa el Triángulo, ya inscrito en un círculo, ya libre. El universo se simboliza mediante dos triángulos entrelazados: la Trinidad del Espíritu con el vértice del triángulo hacia arriba, la Trinidad de la Materia con el vértice del triángulo hacia abajo; y si se emplean colores, el primero es blanco, amarillo, dorado o color de llama, y el segundo negro, o algún tono oscuro.

El proceso cósmico puede seguirse ahora fácilmente. El Uno se ha hecho Dos, y el Dos, Tres, y la Trinidad queda revelada. La Materia del universo queda delimitada y aguarda la acción del Espíritu. Este es el «en el principio» del Génesis, cuando «Dios creó los cielos y la tierra», [276] afirmación aclarada aún más por las frases repetidas de que Él «puso los cimientos de la tierra»; [277] tenemos aquí la delimitación del material, pero un mero caos, «sin forma y vacía». [278]

Sobre esto comienza la acción de la Inteligencia creadora, el Espíritu Santo, que «se movía sobre la faz de las aguas», [279] el vasto océano de la materia. Suya fue así la primera actividad, aunque Él era la Tercera Persona: un punto de gran importancia.

En los Misterios esta obra se mostraba en detalle como la preparación de la materia del universo, la formación de los átomos, la agrupación de estos en agregados, y la reunión de estos en elementos, y de estos, a su vez, en compuestos gaseosos, líquidos y sólidos. Esta obra incluye no solo la clase de materia llamada física, sino también todos los estados sutiles de la materia en los mundos invisibles. Además, como «Espíritu de Entendimiento», concibió las formas en que había de moldearse la materia preparada, no construyendo las formas, sino produciendo, mediante la acción de la Inteligencia creadora, las Ideas de ellas, los prototipos celestiales, como suelen llamarse. Esta es la obra a la que se alude cuando está escrito que Él «extendió los cielos con su Entendimiento». [280]

La obra de la Segunda Persona sigue a la de la Tercera. Él, en virtud de su Sabiduría, «estableció el mundo».[281] edificando todos los globos y todas las cosas sobre ellos: «todas las cosas fueron hechas por Él».[282] Él es la Vida organizadora de los mundos, y todos los seres están arraigados en Él.[283] La vida del Hijo, así manifestada en la materia preparada por el Espíritu Santo —de nuevo el gran «Mito» de la Encarnación—, es la vida que edifica, preserva y mantiene todas las formas, pues Él es el Amor, el poder de atracción que da cohesión a las formas, permitiéndoles crecer sin desmoronarse; el Conservador, el Sostén, el Salvador. Por eso todos deben estar sujetos al Hijo,[284] todos deben congregarse en Él, y por eso «nadie viene al Padre sino por» Él.[285]

Pues la obra de la Primera Persona sigue a la de la Segunda, así como la de la Segunda sigue a la de la Tercera. De Él se dice que es «el Padre de los espíritus»,[286] el «Dios de los espíritus de toda carne»,[287] y suyo es el don del Espíritu divino, el verdadero Yo en el hombre. El Espíritu humano es la Vida divina derramada del Padre, vertida en el vaso preparado por el Hijo, con los materiales vivificados por el Espíritu. Y este Espíritu en el hombre, procediendo del Padre —de quien emanaron el Hijo y el Espíritu Santo—, es una Unidad como Él mismo, con los tres aspectos en Uno, y así el hombre está verdaderamente hecho «a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza»,[288] y puede llegar a ser «perfecto, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».[289]

Tal es el proceso cósmico, y en la evolución humana se repite; «como es arriba, es abajo».

La Trinidad del Espíritu en el hombre, hecha a semejanza divina, debe mostrar las características divinas, y así hallamos en él el Poder, que, ya en su forma superior de Voluntad, ya en su forma inferior de Deseo, da el impulso a su evolución. Hallamos también en él la Sabiduría, la Razón Pura, que tiene al Amor como su expresión en el mundo de las formas, y por último la Inteligencia, o Mente, la energía activa que da forma. Y en el hombre hallamos asimismo que la manifestación de estas en su evolución va de la tercera a la segunda, y de la segunda a la primera. La masa de la humanidad está desplegando la mente, desarrollando la inteligencia, y podemos ver por todas partes su acción separadora, aislando, por así decirlo, a los átomos humanos y desarrollando a cada uno por separado, de modo que puedan ser

materiales aptos para edificar una Humanidad divina. Hasta este punto solamente ha llegado la raza, y en él sigue todavía trabajando.

Al estudiar a una pequeña minoría de nuestra raza, vemos que va apareciendo el segundo aspecto del Espíritu divino en el hombre, y en la cristianidad lo llamamos el Cristo en el hombre. Su evolución se sitúa, como hemos visto, más allá de la primera de las Grandes Iniciaciones, y la Sabiduría y el Amor son las señales del Iniciado, resplandeciendo cada vez más a medida que desarrolla este aspecto del Espíritu. También aquí es cierto que «nadie viene al Padre sino por mí», pues solo cuando la vida del Hijo está próxima a su culminación puede Él orar: «Ahora, oh Padre, glorifícame tú con tu propio Ser, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo fuese.»[290] Entonces el Hijo asciende al Padre y se hace uno con Él en la gloria divina; manifiesta la autoexistencia, la existencia inherente a su naturaleza divina, desplegada de semilla a flor, pues «como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo el tener vida en sí mismo».[291] Se convierte en un Centro vivo y autoconsciente en la Vida de Dios, un Centro capaz de existir como tal, ya no ligado a las limitaciones de su vida anterior, expandiéndose hacia la conciencia divina, mientras conserva inquebrantable la identidad de su vida, un Centro vivo y ardiente en la Llama divina.

En esta evolución reside ahora la posibilidad de futuras Encarnaciones divinas, del mismo modo que esta evolución en el pasado hizo posibles las Encarnaciones divinas en nuestro propio mundo. Estos Centros vivos no pierden su identidad, ni la memoria de su pasado, de nada de cuanto han experimentado en la larga ascensión; y un Ser tan autoconsciente puede salir del Seno del Padre y revelarse para ayuda del mundo. Ha mantenido en sí mismo la unión del Espíritu y la Materia, la dualidad de la Segunda Persona —por eso todas las Encarnaciones divinas, en todas las religiones, están relacionadas con la Segunda Persona de la Trinidad—, y por ello puede revestirse fácilmente de nuevo para la manifestación física, y volver a hacerse Hombre. Ha conservado esta naturaleza de Mediador, siendo así un vínculo entre las Trinidades celestial y terrestre; «Dios con nosotros»[292] ha sido llamado siempre.

Un Ser así, fruto glorioso de un universo pasado, puede venir al mundo presente con toda la perfección de su Sabiduría y su Amor divinos, con todo el recuerdo de su pasado, capaz, en virtud de esa memoria, de ser el Ayuda-

dor perfecto de todo Ser viviente, conociendo cada etapa porque la ha vivido, capaz de ayudar en cada punto porque lo ha experimentado todo. «Pues por cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.»[293]

Es en la humanidad que deja tras de sí donde reside esta posibilidad de Encarnación divina; Él desciende, habiendo ascendido, para ayudar a otros a subir la escala. Y a medida que comprendemos estas verdades, y algo del sentido de la Trinidad, arriba y abajo, lo que antes era un mero dogma duro e ininteligible se convierte en una verdad viva y vivificadora. Solo por la existencia de la Trinidad en el hombre resulta inteligible la evolución humana, y vemos cómo el hombre desarrolla primero la vida del intelecto, y luego la vida del Cristo. En ese hecho se funda el misticismo, y nuestra esperanza cierta de que conoceremos a Dios. Así lo han enseñado los Sabios, y al recorrer el Sendero que ellos muestran, hallamos que su testimonio es verdadero.

CAPÍTULO X. LA ORACIÓN

Lo que a veces se llama «el espíritu moderno» es sumamente hostil a la oración, pues no logra ver ningún nexo causal entre la pronunciación de una petición y el acaecimiento de un suceso, mientras que el espíritu religioso está tan fuertemente apegado a ella que encuentra en la oración su vida misma. Y, sin embargo, hasta el hombre religioso siente a veces inquietud respecto a la razón de ser de la oración: ¿está instruyendo al Omnisapiente?, ¿está incitando a la beneficencia al Omnibueno?, ¿está alterando la voluntad de Aquel «en quien no hay mudanza ni sombra de variación»?[295] Y, con todo, halla en su propia experiencia y en la de otros «respuestas a la oración», una secuencia definida entre una petición y su cumplimiento. [294]

Muchas de estas no se refieren a experiencias subjetivas, sino a hechos concretos del mundo llamado objetivo. Un hombre ha orado pidiendo dinero, y el correo le ha traído la cantidad necesaria; una mujer ha orado pidiendo alimento, y le han llevado alimento a la puerta. En relación con las empresas de caridad, sobre todo, abundan las pruebas de ayuda pedida en oración ante una necesidad urgente, y de respuesta rápida y generosa. Por otra parte, abundan también las pruebas de oraciones sin respuesta: de hambrientos que mueren de inanición, de niños arrebatados de los brazos de su madre por la enfermedad, a pesar de los ruegos más apasionados a Dios. Toda visión verdadera de la oración debe tener en cuenta todos estos hechos.

Y esto no es todo. Hay en esta experiencia muchos hechos extraños y desconcertantes. Una oración quizá trivial obtiene respuesta, mientras que otra sobre un asunto importante fracasa; se alivia una molestia pasajera, mientras que una oración derramada para salvar una vida apasionadamente

amada no halla respuesta. Le resulta casi imposible al estudiante corriente descubrir la ley según la cual una oración resulta o no eficaz.

Lo primero que hace falta para intentar comprender esta ley es analizar la oración misma, pues la palabra se emplea para abarcar diversas actividades de la conciencia, y las oraciones no pueden tratarse como si formaran un todo simple. Hay oraciones que son peticiones de ventajas mundanas concretas, del suministro de necesidades físicas: oraciones por alimento, vestido, dinero, empleo, éxito en los negocios, recuperación de una enfermedad, etc. Estas pueden agruparse bajo la clase A. Luego tenemos oraciones de ayuda en las dificultades morales e intelectuales y para el crecimiento espiritual: por la superación de las tentaciones, por fuerza, por perspicacia, por iluminación. Estas pueden agruparse como Clase B. Por último, están las oraciones que no piden nada, que consisten en la meditación sobre la Perfección divina y su adoración, en la aspiración intensa a la unión con Dios: el éxtasis del místico, la meditación del sabio, el arrobamiento del santo que se remonta a las alturas. Esta es la verdadera «comunidad entre lo Divino y lo humano», cuando el hombre se derrama en amor y veneración por AQUELLO que es intrínsecamente atractivo, que impone al corazón el amor. A estas las llamaremos Clase C.

En los mundos invisibles existen muchas clases de Inteligencias, que entran en relación con el hombre, una verdadera escala de Jacob, por la que suben y bajan los Ángeles de Dios, y sobre la cual está el Señor mismo. [296] Algunas de estas Inteligencias son Poderes espirituales poderosos, otras son seres sumamente limitados, inferiores en conciencia al hombre. Este lado oculto de la Naturaleza —del que en breve se dirá más[297]— es un hecho, reconocido por todas las religiones. Todo el mundo está lleno de seres vivientes, invisibles a los ojos de carne. Los mundos invisibles interpenetran al visible, y multitudes de seres inteligentes se agolpan a nuestro alrededor por todas partes. Algunos de ellos son accesibles a las peticiones humanas, y otros están sometidos a la voluntad humana. El cristianismo reconoce la existencia de las clases superiores de Inteligencias bajo el nombre general de Ángeles, y enseña que son «espíritus administradores, enviados para servicio»:[298] pero cuál es su ministerio, cuál la naturaleza de su obra, cuál su relación con los seres humanos, todo ello formaba parte de la instrucción dada en los Misterios Menores, así como la comunicación efectiva con ellos se disfrutaba en los Mayores; pero en los tiempos modernos

estas verdades han quedado relegadas a segundo plano, salvo el poco que se enseña en las comuniones griega y romana. Para el protestante, «el ministerio de los ángeles» es poco más que una frase. Además de todos estos, el hombre mismo es un creador constante de seres invisibles, pues las vibraciones de sus pensamientos y deseos crean formas de materia sutil cuya única vida es el pensamiento o el deseo que las anima; crea así un ejército de servidores invisibles, que recorren los mundos invisibles buscando cumplir su voluntad. Y, además, hay en esos mundos ayudantes humanos, que trabajan allí en sus cuerpos sutiles mientras sus cuerpos físicos duermen, cuyo oído atento puede captar un grito de ayuda. Y para coronarlo todo, está la Vida siempre presente, siempre consciente, de Dios mismo, potente y sensible en cada punto de su reino, de Aquel sin cuyo conocimiento no cae un gorrión a tierra,[299] ni se estremece una criatura muda de gozo o de dolor, ni ríe o solloza un niño: esa Vida y ese Amor que todo lo penetran, todo lo abarcan, todo lo sustentan, en los que vivimos y nos movemos.[300] Así como nada que pueda causar placer o dolor puede tocar el cuerpo humano sin que los nervios sensoriales lleven el mensaje de su impacto hasta los centros cerebrales, y así como de esos centros desciende, a través de los nervios motores, la respuesta que acoge o rechaza, así también toca a la conciencia de Dios cada vibración del universo, que es su cuerpo, y de ahí saca la acción de respuesta. Las células nerviosas, los filamentos nerviosos y las fibras musculares pueden ser los agentes del sentir y del moverse, pero es el *hombre* quien siente y actúa; así también pueden ser agentes miríadas de Inteligencias, pero es Dios quien sabe y responde. Nada puede ser tan pequeño que no afecte a esa delicada conciencia omnipresente, nada tan vasto que la trascienda. Estamos tan limitados que la sola idea de una conciencia tan abarcadora nos aturde y nos confunde; y sin embargo, quizá un mosquito estaría tan apurado si intentara medir la conciencia de Pitágoras. El profesor Huxley, en un pasaje notable, ha imaginado la posibilidad de que existan seres que se eleven cada vez más en inteligencia, siempre en expansión su conciencia, hasta alcanzar un grado tan superior al humano como el humano lo es al de la cucaracha negra.[301] Eso no es un vuelo de la imaginación científica, sino la descripción de un hecho. Hay un Ser cuya conciencia está presente en cada punto de su universo, y que, por tanto, puede ser afectado desde cualquier punto. Esa conciencia no es solo vasta en su alcance, sino inconcebiblemente aguda, y no disminuye su delicada capacidad de respuesta por extenderse su vasta área en todas direcciones,

sino que es más sensible que una conciencia más limitada, más perfecta en su comprensión que la más restringida. Lejos de ser cierto que cuanto más excelso sea el Ser más difícil resulte alcanzar su conciencia, ocurre precisamente lo contrario. Cuanto más excelso es el Ser, más fácilmente se ve afectada su conciencia.

Ahora bien, esta Vida que todo lo penetra utiliza en todas partes como canales todas las vidas encarnadas a las que ha dado origen, y cualquiera de ellas puede ser usada como agente de esa Voluntad omniconsciente. Para que esa Voluntad pueda expresarse en el mundo exterior, es preciso encontrar un medio de expresión, y estos seres, en proporción a su receptividad, ofrecen los canales necesarios, y se convierten en obreros intermediarios entre un punto del kosmos y otro. Actúan como los nervios motores de su cuerpo, y llevan a cabo la acción requerida.

Tomemos ahora las clases en que hemos dividido las oraciones, y veamos los métodos por los cuales serán respondidas.

Cuando un hombre pronuncia una oración de la Clase A, hay varios medios por los cuales puede ser respondida. Tal hombre es sencillo por naturaleza, con una concepción de Dios natural, inevitable en la etapa de evolución en que se halla; lo considera como el proveedor de sus propias necesidades, en contacto estrecho e inmediato con sus necesidades diarias, y acude a Él pidiendo el pan de cada día tan naturalmente como un niño acude a su padre o a su madre. Un ejemplo típico de esto es el caso de George Müller, de Bristol, antes de que fuera conocido en el mundo como filántropo, cuando comenzaba su obra de caridad y no tenía ni amigos ni dinero. Oraba pidiendo alimento para los niños que no tenían más recurso que su generosidad, y siempre llegaba dinero suficiente para las necesidades inmediatas. ¿Qué había ocurrido? Su oración era un deseo fuerte y enérgico, y ese deseo crea una forma, de la que él es la vida y la energía directriz. Esa criatura vibrante y viva tiene una sola idea, la idea que la anima —se necesita ayuda, se necesita alimento—, y recorre el mundo sutil, buscando. Un hombre caritativo desea ayudar al necesitado, busca la ocasión de dar. Como el imán al hierro dulce, así es tal persona respecto a la forma de deseo, que se ve atraída hacia él. Esta suscita en su cerebro vibraciones idénticas a las suyas propias —George Müller, su orfanato, sus necesidades—, y él ve la salida para su impulso caritativo, extiende un cheque y lo envía. Con toda naturalidad, George Müller diría que Dios puso en el corazón de aquel hombre el dar la

ayuda necesaria. En el sentido más profundo de las palabras, eso es verdad, pues no hay vida ni energía en su universo que no venga de Dios; pero el agente intermediario, según las leyes divinas, es la forma de deseo creada por la oración.

El resultado podría obtenerse igualmente mediante un ejercicio deliberado de la voluntad, sin oración alguna, por una persona que comprendiera el mecanismo en cuestión y el modo de ponerlo en marcha. Tal hombre pensaría con claridad en lo que necesitaba, atraería hacia sí la clase de materia sutil más adecuada a su propósito para revestir el pensamiento, y, mediante un ejercicio deliberado de su voluntad, lo enviaría bien a una persona determinada para representar su necesidad, bien a recorrer su vecindario y ser atraído por una persona de disposición caritativa. No hay aquí oración, sino un ejercicio consciente de voluntad y conocimiento.

En el caso de la mayoría de las personas, sin embargo, ignorantes de las fuerzas de los mundos invisibles y no habituadas a ejercer su voluntad, la concentración de la mente y el deseo ferviente necesarios para una acción eficaz se alcanzan mucho más fácilmente mediante la oración que mediante un esfuerzo mental deliberado para desplegar sus propias fuerzas. Dudarían de su propio poder, aun si comprendieran la teoría, y la duda es fatal para el ejercicio de la voluntad. Que la persona que ora no comprenda el mecanismo que pone en marcha no afecta en modo alguno al resultado. Un niño que extiende la mano y agarra un objeto no necesita comprender nada del funcionamiento de los músculos, ni de los cambios eléctricos y químicos que el movimiento produce en músculos y nervios, ni necesita calcular con esmero la distancia del objeto midiendo el ángulo que forman los ejes ópticos; quiere asir lo que desea, y el aparato de su cuerpo obedece a su voluntad, aunque él ni siquiera sepa de su existencia. Así ocurre con el hombre que ora, ignorante de la fuerza creadora de su pensamiento, de la criatura viviente que ha enviado a cumplir sus órdenes. Actúa tan inconscientemente como el niño, y, como el niño, agarra lo que quiere. En ambos casos Dios es igualmente el Agente primero, procediendo todo poder de Él; en ambos casos el trabajo efectivo lo realiza el aparato dispuesto por sus leyes.

Pero este no es el único modo en que se responde a las oraciones de esta clase. Alguien que se halle temporalmente fuera de su cuerpo físico y trabajando en los mundos invisibles, o algún Ángel que pase, puede oír el grito de ayuda, y entonces puede poner el pensamiento de enviar el auxilio reque-

rido en el cerebro de alguna persona caritativa. «Esta mañana se me vino a la cabeza el pensamiento de fulano», dirá tal persona. «Supongo que un cheque le vendría bien.» Son muchísimas las oraciones que se responden de este modo, siendo el vínculo entre la necesidad y el suministro alguna Intelligencia invisible. En esto consiste parte del ministerio de los Ángeles inferiores, que así proveen necesidades personales, además de traer ayuda a las empresas de caridad.

El fracaso de las oraciones de esta clase se debe a otra causa oculta. Todo hombre ha contraído deudas que deben pagarse; sus pensamientos erróneos, sus deseos erróneos y sus acciones erróneas han levantado obstáculos en su camino, y a veces incluso lo encierran como los muros de una prisión. Una deuda de mal se salda con un pago de sufrimiento; el hombre debe cargar con las consecuencias de los males que ha obrado. Un hombre condenado a morir de inanición por su propia maldad pasada puede lanzar en vano sus oraciones contra ese destino. La forma de deseo que crea buscará, pero no hallará; se encontrará con la corriente del mal pasado, y esta la rechazará. Aquí, como en todas partes, vivimos en un reino de ley, y las fuerzas pueden ser modificadas o del todo frustradas por el juego de otras fuerzas con las que entran en contacto. Podrían aplicarse dos fuerzas exactamente iguales a dos bolas exactamente iguales; en un caso, ninguna otra fuerza se aplicaría a la bola, y esta podría dar en el blanco previsto; en el otro, una segunda fuerza podría golpear la bola y desviarla por completo de su curso. Y lo mismo ocurre con dos oraciones semejantes: una puede seguir su camino sin oposición y lograr su objeto; la otra puede ser desviada por la fuerza mucho más poderosa de un mal pasado. Una oración es respondida, la otra no lo es; pero en ambos casos el resultado obedece a una ley.

Consideremos la Clase B. Las oraciones que piden ayuda en dificultades morales e intelectuales tienen un doble resultado: actúan directamente atrayendo ayuda, y repercuten sobre la persona que ora. Atraen la atención de los Ángeles, de los discípulos que trabajan fuera del cuerpo, siempre dispuestos a ayudar a la mente desconcertada, y se vuelcan en la conciencia cerebral consejo, aliento, iluminación, dando así respuesta a la oración del modo más directo. «Y puesto de rodillas, oraba... y se le apareció un ángel del cielo que le confortaba.»[302] Se sugieren ideas que despejan una dificultad intelectual, o que arrojan luz sobre un problema moral oscuro, o se derrama el más dulce consuelo en el corazón afligido, calmando sus pertur-

baciones y sosegando sus ansiedades. Y en verdad, si ningún Ángel pasara por allí, el clamor del afligido llegaría hasta el «Corazón Oculto del Cielo», y se enviaría un mensajero a llevar consuelo, algún Ángel, siempre presto a volar velozmente al sentir el impulso, portando la voluntad divina de ayudar.

Existe también lo que a veces se llama una respuesta subjetiva a tales oraciones, la reacción de la oración sobre quien la pronuncia. Su oración pone su corazón y su mente en actitud receptiva, y esto aquieta la naturaleza inferior, permitiendo así que la fuerza y el poder iluminador de lo superior fluyan hacia ella sin obstáculo. Las corrientes de energía que normalmente fluyen hacia abajo, o hacia afuera, desde el Hombre Interior, se dirigen por regla general al mundo externo, y la conciencia cerebral las utiliza en los asuntos ordinarios de la vida para proseguir sus actividades cotidianas. Pero cuando esta conciencia cerebral se aparta del mundo exterior y, cerrando sus puertas hacia afuera, dirige su mirada hacia adentro; cuando se cierra deliberadamente a lo exterior y se abre a lo interior; entonces se convierte en un vaso capaz de recibir y de contener, en lugar de un mero conducto entre los mundos interior y exterior. En el silencio logrado por el cese de los ruidos de las actividades externas, la «voz apacible y delicada» del Espíritu puede hacerse oír, y la atención concentrada de la mente expectante le permite captar el suave susurro del Yo Interior.

De manera aún más señalada llega la ayuda desde fuera y desde dentro cuando la oración pide iluminación espiritual, crecimiento espiritual. No solo buscan todos los ayudantes, angélicos y humanos, con el mayor empeño, favorecer el progreso espiritual, aprovechando toda ocasión que ofrezca el alma que aspira hacia lo alto; sino que el anhelo de tal crecimiento libera energía de una clase elevada, y ese anhelo espiritual suscita una respuesta desde el reino espiritual. Una vez más se afirma la ley de las vibraciones simpáticas, y a la nota de la aspiración elevada responde una nota de su mismo orden, una liberación de energía de su misma clase, una vibración sincrónica con ella misma. La Vida divina presiona siempre desde arriba contra los límites que la ciñen, y cuando la fuerza que se eleva desde abajo golpea contra esos límites, se rompe el muro que separa, y la Vida divina inunda el Alma. Cuando un hombre siente esa afluencia de vida espiritual, exclama: «Mi oración ha sido respondida, y Dios ha enviado su Espíritu a mi corazón.» Y así es en verdad; y sin embargo, pocas veces comprende

que ese Espíritu está siempre buscando entrada, pero que, viniendo a los suyos, los suyos no le reciben.[303] «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él.»[304]

El principio general con respecto a todas las oraciones de esta clase es que la respuesta procedente de la vida más amplia, dentro y fuera de nosotros, será proporcional a la sumersión de la personalidad y a la intensidad de la aspiración hacia lo alto. Nos separamos a nosotros mismos. Si cesamos la separación y nos hacemos uno con lo mayor, hallamos que la luz, la vida y la fuerza fluyen hacia nosotros. Cuando la voluntad separada se aparta de sus propios objetos y se pone al servicio del propósito divino, entonces la fuerza de lo Divino se vierte en ella. Como el hombre que nada contra la corriente avanza despacio, pero a favor de ella es llevado por toda la fuerza de la corriente. En todos los ámbitos de la Naturaleza obran las energías divinas, y todo lo que un hombre hace, lo hace por medio de las energías que operan en la línea a lo largo de la cual desea actuar; sus mayores logros se consiguen no por sus propias energías, sino por la destreza con que selecciona y combina las fuerzas que le ayudan, y neutraliza mediante las favorables las que se le oponen. Las fuerzas que nos arrastrarían como pajas en el viento se convierten en nuestros servidores más eficaces cuando trabajamos con ellas. ¿Es entonces de extrañar que en la oración, como en todo lo demás, las energías divinas se asocien con el hombre que, mediante su oración, busca obrar como parte de lo Divino?

Esta forma más elevada de la oración en la Clase B se funde casi imperceptiblemente con la Clase C, donde la oración pierde su carácter de petición y se convierte en meditación sobre Dios, o en adoración de Dios. La meditación es la fijación firme y sosegada de la mente en Dios, mediante la cual se aquieta la mente inferior y queda por fin vacía, de modo que el Espíritu, escapando de ella, se eleva a la contemplación de la Perfección divina, y refleja en sí mismo la Imagen divina. «La meditación es oración silenciosa o *no proferida*, o, como la expresó Platón: “el ardiente volverse del Alma hacia lo Divino; no para pedir un bien particular (como en el sentido común de la oración), sino por el bien mismo, por el Bien Supremo Universal.”»[305]

Esta es la oración que, liberando así al Espíritu, es el medio de unión entre el hombre y Dios. Por el funcionamiento de las leyes del pensamiento, el hombre se convierte en aquello que piensa, y cuando medita en las perfec-

ciones divinas va reproduciendo gradualmente en sí mismo aquello en que tiene fija la mente. Una mente así, moldeada según lo superior y no según lo inferior, no puede ligar al Espíritu, y, saltando el Espíritu liberado hacia su fuente, la oración se pierde en la unión y la separación queda atrás.

También la adoración, el arrobamiento absorto del que está ausente toda petición y que busca derramarse en puro amor a lo Perfecto, apenas presenciado, es un medio —el medio más fácil— de unión con Dios. En ella la conciencia, limitada por el cerebro, contempla en éxtasis mudo la Imagen que se forma de Aquel a quien sabe superior a toda imaginación, y a menudo, arrebatado por la intensidad de su amor más allá de los límites del intelecto, el hombre, como Espíritu libre, se remonta hacia reinos donde esos límites quedan trascendidos, y siente y sabe mucho más de lo que, a su regreso, puede expresar en palabras o revestir de forma.

Así contempla el místico la Visión Beatífica; así reposa el sabio en la calma de la Sabiduría que está más allá del conocimiento; así alcanza el santo la pureza en que se ve a Dios. Tal oración irradia al adorador, y, descendiendo del monte de tan alta comunión hasta las llanuras de la tierra, el rostro mismo de carne brilla con gloria superna, translúcido a la llama que arde en su interior. Dichosos aquellos que conocen la realidad que ninguna palabra puede transmitir a quienes no la conocen. Aquellos cuyos ojos han visto «al Rey en su hermosura»[306] recordarán, y comprenderán.

Cuando la oración se comprende así, resulta patente su necesidad perenne para todos los que creen en la religión, y vemos por qué su práctica ha sido tan defendida por cuantos estudian la vida superior. Para el estudiante de los Misterios Menores, la oración debería ser de las clases agrupadas bajo la Clase B, y debería esforzarse por elevarse a la meditación pura y a la adoración de la última clase, evitando por completo las clases inferiores. Para él resulta útil la enseñanza de Jámblico sobre este tema. Dice Jámblico que las oraciones «producen una comunión indisoluble y sagrada con los Dioses», y a continuación procede a dar algunos detalles interesantes sobre la oración, tal como la considera el Ocultista práctico. «Pues esto es de por sí cosa digna de conocerse, y hace más perfecta la ciencia relativa a los Dioses. Digo, pues, que la primera especie de oración es Colectiva, y que es también la guía del contacto con la divinidad y del conocimiento de ella. La segunda especie es el vínculo de la Comunión concorde, que suscita, antes de la energía de la palabra, los dones impartidos por los Dioses, y que per-

fecciona la totalidad de nuestras operaciones antes de nuestras concepciones intelectuales. Y la tercera y más perfecta especie de oración es el sello de la Unión inefable con las divinidades, en las cuales establece todo el poder y la autoridad de la oración; y hace así que el alma repose en los Dioses, como en un puerto que nunca falla. Pero de estos tres términos, en los que se contienen todas las medidas divinas, la adoración suplicante no solo nos concilia la amistad de los Dioses, sino que nos otorga supernamente tres frutos, como tres manzanas de oro de las Hespérides. El primero de ellos pertenece a la iluminación; el segundo, a una comunión de operación; pero mediante la energía del tercero recibimos una perfecta plenitud del fuego divino... Ninguna operación, sin embargo, en asuntos sagrados, puede tener éxito sin la intervención de la oración. Por último, el ejercicio continuo de la oración nutre el vigor de nuestro intelecto, y hace el receptáculo del alma mucho más capaz para las comunicaciones de los Dioses. Es también la llave divina que abre a los hombres el penetral de los Dioses; nos acostumbra a los espléndidos ríos de la luz superna; en poco tiempo perfecciona nuestros recintos más íntimos y los dispone para el abrazo y el contacto inefables de los Dioses; y no cesa hasta elevarnos a la cumbre de todo. También va extrayendo hacia arriba, gradual y silenciosamente, las costumbres de nuestra alma, despojándolas de todo lo ajeno a una naturaleza divina, y nos reviste con las perfecciones de los Dioses. Además de esto, produce una comunión y amistad indisolubles con la divinidad, nutre un amor divino, e inflama la parte divina del alma. Cuanto haya en el alma de naturaleza opuesta y contraria, lo expía y purifica; expulsa cuanto es propenso a la generación y retiene algo de las heces de la mortalidad en su espíritu etéreo y espléndido; perfecciona una buena esperanza y fe respecto a la recepción de la luz divina; y, en una palabra, hace de aquellos que la emplean los familiares y domésticos de los Dioses.»[307]

De tal estudio y práctica surge un resultado inevitable, a medida que el hombre comienza a comprender, y a medida que se despliega ante él el ámbito más amplio de la vida humana. Ve que con el conocimiento su fuerza aumenta en gran medida, que hay a su alrededor fuerzas que puede comprender y dominar, y que su poder es proporcional a su conocimiento. Aprende entonces que la Divinidad yace oculta dentro de sí mismo, y que nada de lo pasajero puede satisfacer a ese Dios interior; que solo la unión con el Uno, con el Perfecto, puede acallar sus ansias. Surge entonces gradualmente en él la voluntad de ponerse en unidad con lo Divino; deja de

buscar con vehemencia cambiar las circunstancias y de arrojar nuevas causas a la corriente de los efectos. Se reconoce a sí mismo como agente más que como actor, como canal más que como fuente, como servidor más que como amo, y busca descubrir los propósitos divinos y obrar en armonía con ellos.

Cuando un hombre ha llegado a ese punto, se ha elevado por encima de toda oración, salvo la que es meditación y adoración; no tiene nada que pedir, ni en este mundo ni en ningún otro; permanece en una serenidad inquebrantable, buscando solo servir a Dios. Ese es el estado de la Filiación, donde la voluntad del Hijo es una con la voluntad del Padre, donde se hace la única rendición serena: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad, oh Dios. Me complace hacerla; sí, tu ley está dentro de mi corazón.»[308] Entonces se ve que toda oración resulta innecesaria; toda petición se siente como una impertinencia; nada puede anhelarse que no esté ya en los propósitos de esa Voluntad, y todo será llevado a manifestación activa a medida que los agentes de esa Voluntad se perfeccionan en la obra.

CAPÍTULO XI. EL PERDÓN DE LOS PECADOS

«Creo... en el perdón de los pecados.» «Reconozco un solo bautismo para la remisión de los pecados.» Estas palabras caen con facilidad de los labios de los fieles en todas las iglesias cristianas del mundo, al repetir los conocidos credos llamados de los Apóstoles y Niceno. Entre los dichos de Jesús recurren con frecuencia estas palabras: «Tus pecados te son perdonados», y es digno de notarse que esta frase acompaña constantemente al ejercicio de sus poderes curativos, quedando así señalada como simultánea la liberación de la enfermedad física y de la moral. De hecho, en una ocasión señaló la curación de un paralítico como signo de que tenía derecho a declarar a un hombre que sus pecados le eran perdonados.[309] Así también de una mujer se dijo: «Sus pecados, que son muchos, le son perdonados, porque amó mucho.»[310] En el célebre tratado gnóstico *Pistis Sophia* se afirma que el propósito mismo de los Misterios es la remisión de los pecados. «Aunque hubiesen sido pecadores, aunque hubiesen estado en todos los pecados y en todas las iniquidades del mundo de que os he hablado, si no obstante se vuelven y se arrepienten, y han hecho la renuncia que acabo de describiros, dadles los misterios del reino de la luz; no se los ocultéis en absoluto. Por causa del pecado he traído yo estos misterios al mundo, para la remisión de todos los pecados que hayan cometido desde el principio. Por eso os he dicho antes: “No he venido a llamar a los justos.” Ahora, pues, he traído los misterios para que los pecados de todos los hombres puedan ser remitidos, y sean llevados al reino de la luz. Porque estos misterios son el don del primer misterio, para la destrucción de los pecados y las iniquidades de todos los pecadores.»[311]

En estos Misterios, la remisión del pecado se obtiene mediante el bautismo, como en el reconocimiento del Credo Niceno. Dice Jesús: «Escuchad

de nuevo, para que os diga la palabra en verdad, de qué naturaleza es el misterio del bautismo que remite los pecados... Cuando un hombre recibe los misterios de los bautismos, esos misterios se convierten en un fuego poderoso, sumamente ardiente y sabio, que quema todos los pecados; entran ocultamente en el alma y devoran todos los pecados que la falsificación espiritual ha implantado en ella.» Y tras describir con más detalle el proceso de purificación, Jesús añade: «Este es el modo en que los misterios de los bautismos remiten los pecados y toda iniquidad.»[312]

De una forma u otra, el «perdón de los pecados» aparece en la mayoría de las religiones, si no en todas; y siempre que se encuentra este consenso de opinión, podemos concluir con seguridad, conforme al principio ya establecido, que algún hecho de la naturaleza le sirve de fundamento. Además, hay en la naturaleza humana una respuesta a esta idea de que los pecados son perdonados; observamos que las personas sufren bajo la conciencia de haber obrado mal, y que cuando se liberan de su pasado y se sueltan de las cadenas del remordimiento que las aprisionan, avanzan con el corazón alegre y los ojos llenos de luz, aunque antes estuviesen envueltas en tinieblas. Sienten como si se les hubiera quitado un peso de encima, como si se hubiera eliminado un estorbo. El «sentimiento de pecado» ha desaparecido, y con él el dolor que corroía. Conocen la primavera del alma, la palabra de poder que hace nuevas todas las cosas. Un canto de gratitud brota como estallido natural del corazón, ha llegado el tiempo de que canten los pájaros, hay «alegría entre los Ángeles». Esta experiencia, no poco frecuente, resulta desconcertante cuando quien la vive, o quien la observa en otro, comienza a preguntarse qué ha sucedido realmente, qué ha producido ese cambio de conciencia cuyos efectos son tan manifiestos.

Los pensadores modernos, que han asimilado por completo la idea de leyes inmutables subyacentes a todos los fenómenos, y que han estudiado el funcionamiento de esas leyes, tienden en un principio a rechazar toda teoría del perdón de los pecados por considerarla incompatible con esa verdad fundamental, del mismo modo que el científico, imbuido de la idea de la inviolabilidad de la ley, repele todo pensamiento incompatible con ella. Y ambos tienen razón al fundarse en el funcionamiento inquebrantable de la ley, pues la ley no es sino la expresión de la Naturaleza divina, en la cual no hay mudanza ni sombra de variación. Cualquier concepción del perdón de los pecados que adoptemos no debe chocar con esta idea fundamental, tan ne-

cesaria para la ciencia ética como para la física. «Todo se vendría abajo» si no pudiésemos descansar con seguridad en los brazos eternos de la Ley Buena.

Pero al proseguir nuestra investigación nos llama la atención el hecho de que los mismos Maestros que más insisten en el funcionamiento inmutable de la ley son también quienes proclaman con mayor énfasis el perdón de los pecados. Unas veces dice Jesús: «De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio», [313] y otras: «Hijo, ten buen ánimo, tus pecados te son perdonados.» [314] Así, en el *Bhagavad Gītā* leemos constantemente acerca de los lazos de la acción, que «el mundo está atado por la acción», [315] y que el hombre «recobra las características de su cuerpo anterior»; [316] y sin embargo se dice que «aunque el más pecador me adore con corazón indiviso, también él ha de ser tenido por justo». [317] Parecería, pues, que cualquiera que fuese el sentido dado en las Escrituras del mundo a la frase «el perdón de los pecados», Aquellos que mejor conocen la ley no la consideraron contraria a la inviolable sucesión de causa y efecto.

Si examinamos incluso la idea más burda del perdón de los pecados que prevalece en nuestros días, comprobamos que quien la sostiene no entiende que el pecador perdonado haya de escapar de las consecuencias de su pecado en este mundo; el borracho, cuyos pecados son perdonados al arrepentirse, sigue padeciendo nervios destrozados, digestión deteriorada y la falta de confianza que le muestran sus semejantes. Las afirmaciones que se hacen sobre el perdón, examinadas a fondo, se refieren en último término a las relaciones entre el pecador arrepentido y Dios, y a las penas de ultratumba que, según el credo de quien habla, acompañan al pecado no perdonado, no a escapar de las consecuencias terrenas del pecado. La pérdida de la creencia en la reencarnación, y de una visión sensata de la continuidad de la vida, ya se pasara esta en el mundo presente o en los dos mundos siguientes, [318] trajo consigo diversas incongruencias y afirmaciones indefendibles, entre ellas la idea blasfema y terrible del tormento eterno del alma humana por pecados cometidos durante el breve espacio de una vida pasada en la tierra. Para escapar de esta pesadilla, los teólogos postularon un perdón que liberase al pecador de ese temible encarcelamiento en un infierno eterno. Ese perdón no le liberaba, ni se supuso jamás que le liberase, en este mundo, de las consecuencias naturales de sus malas acciones, ni tampoco —salvo en las

comunidades protestantes modernas— se sostuvo que le librarse de prolongados sufrimientos purgatoriales, resultado directo del pecado, después de la muerte del cuerpo físico. La ley seguía su curso, tanto en este mundo como en el purgatorio, y en cada mundo el dolor seguía de cerca al pecado, así como las ruedas siguen al buey. Era solo el tormento eterno —que existía únicamente en la imaginación ofuscada del creyente— lo que se evitaba mediante el perdón de los pecados; y acaso podamos llegar a sugerir que el dogmático, habiendo postulado un infierno eterno como resultado monstruoso de errores transitorios, se vio obligado a proporcionar una vía de escape de un destino increíble e injusto, y por ello postuló además un perdón igualmente increíble e injusto. Los sistemas elaborados por la especulación humana, sin atender a los hechos de la vida, suelen llevar al que especula a atolladeros de pensamiento, de los que solo puede salir tropezando por el fango en dirección opuesta. Un infierno eterno superfluo se compensaba con un perdón superfluo, y así se nivelaban de nuevo los platillos desequilibrados de la justicia. Dejando estas aberraciones de los no iluminados, volvamos al reino de los hechos y de la recta razón.

Cuando un hombre ha cometido una mala acción, se ha ligado a un dolor, pues el dolor es siempre la planta que brota de la semilla del pecado. Podría decirse, con más exactitud aún, que el pecado y el dolor no son sino las dos caras de un solo acto, no dos sucesos separados. Así como todo objeto tiene dos caras, una de las cuales queda detrás, fuera de la vista, mientras la otra está delante, a la vista, así también todo acto tiene dos caras, que no pueden verse ambas a la vez en el mundo físico. En otros mundos, el bien y la felicidad, el mal y el dolor, se ven como las dos caras de una misma cosa. Esto es lo que se llama karma —término conveniente y ya muy extendido, originalmente sánscrito, que expresa esta conexión o identidad, y que significa literalmente «acción»—, y por eso el sufrimiento se llama el resultado kármico de la falta. El resultado, la «otra cara», puede no seguir inmediatamente, puede incluso no producirse durante la presente encarnación, pero tarde o temprano aparecerá y estrechará al pecador entre sus brazos de dolor. Ahora bien, un resultado en el mundo físico, un efecto experimentado a través de nuestra conciencia física, es el desenlace final de una causa puesta en marcha en el pasado; es el fruto maduro; en él se manifiesta y se agota una fuerza determinada. Esa fuerza ha ido actuando hacia fuera, y sus efectos ya han concluido en la mente antes de aparecer en el cuerpo. Su manifestación corporal, su aparición en el mundo físico, es el signo de que su curso se ha

completado.[319] Si en ese momento el pecador, habiendo agotado el karma de su pecado, entra en contacto con un Sabio capaz de ver el pasado y el presente, lo invisible y lo visible, ese Sabio puede discernir el término de aquel karma particular y, cumplida la sentencia, declarar libre al cautivo. Un ejemplo así parece darse en la historia del paralítico, ya mencionada, caso típico de muchos otros. Una dolencia física es la última expresión de una mala acción pasada; su desarrollo mental y moral está ya completo, y el enfermo es llevado —por mediación de algún Ángel, como administrador de la ley— a la presencia de Aquel capaz de aliviar la enfermedad física mediante el ejercicio de una energía superior. Primero, el Iniciado declara que los pecados del hombre le son perdonados, y luego justifica su clarividencia con la palabra de autoridad: «Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa.» De no haber estado allí un Ser tan iluminado, la enfermedad habría desaparecido bajo el toque restaurador de la naturaleza, bajo una fuerza aplicada por las Inteligencias angélicas invisibles que llevan a cabo en este mundo el funcionamiento de la ley kármica; cuando actúa un Ser más grande, esta fuerza posee un poder más rápido e imperioso, y las vibraciones físicas se acuerdan al instante con la armonía que es la salud. Todo este perdón de los pecados puede llamarse declaratorio: el karma está agotado, y un «conocedor del karma» declara el hecho. Esta seguridad trae a la mente un alivio semejante al que experimenta un prisionero cuando se da la orden de su liberación, orden que forma parte de la ley tanto como la sentencia original; pero el alivio del hombre que así conoce el agotamiento de un mal karma es más intenso, porque él mismo no puede conocer el término de su acción.

Es de notar que estas declaraciones de perdón van constantemente unidas a la afirmación de que el doliente mostró «fe», y de que sin ella nada habría podido hacerse; es decir, el verdadero agente en el término de este karma es el propio pecador. En el caso de la «mujer pecadora», las dos declaraciones aparecen unidas: «Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado; vete en paz.»[320] Esta «fe» es el brotar en el hombre de su propia esencia divina, que busca el océano divino de esencia semejante, y cuando este brote rompe la naturaleza inferior que lo retiene —como el manantial rompe los terrones de tierra que lo aprisionan—, el poder así liberado obra sobre toda la naturaleza, poniéndola en armonía consigo misma. El hombre solo cobra conciencia de esto a medida que la corteza kármica del mal se quiebra por su fuerza, y esa gozosa conciencia de un poder interior hasta entonces desconocido, que se afirma tan pronto como el mal karma se agota, es un

factor importante en la alegría, el alivio y la nueva fortaleza que siguen a la sensación de que el pecado es «perdonado», de que sus resultados han pasado.

Y esto nos lleva al fondo de la cuestión: los cambios que se operan en la naturaleza interior del hombre, sin ser reconocidos por esa parte de su conciencia que actúa dentro de los límites de su cerebro, hasta que de pronto se afirman dentro de esos límites, viniendo aparentemente de ninguna parte, brotando «de improviso», manando de una fuente desconocida. ¿Qué extraño es que un hombre, desconcertado ante ese torrente — sin saber nada de los misterios de su propia naturaleza, nada del «Dios interior» que es verdaderamente él mismo —, imagine que viene de fuera lo que en realidad viene de dentro, y, inconsciente de su propia Divinidad, piense solo en Divinidades en el mundo exterior a sí mismo? Y este error se produce con mayor facilidad porque el toque final, la vibración que rompe la envoltura que aprisiona, es a menudo la respuesta de la Divinidad que hay dentro de otro hombre, o dentro de algún ser sobrehumano, respondiendo al clamor insistente de la Divinidad aprisionada dentro de sí mismo; muchas veces reconoce la ayuda fraterna, sin reconocer que fue él mismo, el clamor de su propia naturaleza interior, quien la hizo venir. Así como una explicación de alguien más sabio que nosotros puede aclarar a nuestra mente una dificultad intelectual, aunque sea nuestra propia mente la que, así ayudada, comprende la solución; así como una palabra alentadora de alguien más puro que nosotros puede armarnos para un esfuerzo moral que habríamos creído superior a nuestras fuerzas, aunque sea nuestra propia fortaleza la que lo realiza; así también un Espíritu más elevado que el nuestro, más consciente de su Divinidad, puede ayudarnos a desplegar nuestra propia energía divina, aunque sea ese mismo despliegue lo que nos eleva a un plano superior. Todos estamos ligados por lazos de ayuda fraterna tanto a quienes están por encima de nosotros como a quienes están por debajo, y ¿por qué habríamos de vacilar en admitir, nosotros que tan a menudo nos vemos capaces de ayudar en su desarrollo a almas menos avanzadas que la nuestra, que podemos recibir una ayuda semejante de Aquellos que están muy por encima de nosotros, y que nuestro progreso puede acelerarse mucho gracias a su auxilio?

Ahora bien, entre los cambios que se operan en la naturaleza interior del hombre, desconocidos para su conciencia inferior, están los que tienen que ver con el despliegue de su voluntad. El Ego, repasando su pasado, sopesan-

do sus resultados, sufriendo por sus errores, decide cambiar de actitud, cambiar de actividad. Mientras su vehículo inferior sigue todavía, bajo sus antiguos impulsos, lanzándose por líneas de acción que lo hacen chocar violentamente con la ley, el Ego decide seguir un rumbo opuesto de conducta. Hasta entonces había vuelto anhelante el rostro hacia lo animal, y los placeres del mundo inferior lo habían tenido fuertemente encadenado. Ahora vuelve el rostro hacia la verdadera meta de la evolución, y decide trabajar por gozos más elevados. Ve que el mundo entero está evolucionando, y que si se opone a esa poderosa corriente, esta lo arrastra a un lado, magullándolo dolorosamente en el proceso; ve que si se pone de acuerdo con ella, la corriente lo llevará hacia adelante sobre su seno y lo depositará en el puerto deseado.

Resuelve entonces cambiar de vida, vuelve decididamente sobre sus pasos, se encara hacia el otro lado. El primer resultado del esfuerzo por orientar su naturaleza inferior hacia el nuevo rumbo es mucha angustia y perturbación. Los hábitos formados bajo el influjo de las antiguas ideas resisten tercamente los impulsos que fluyen de las nuevas, y surge un conflicto amargo. Poco a poco, la conciencia que actúa en el cerebro acepta la decisión tomada en planos superiores, y entonces «cobra conciencia del pecado» por ese mismo reconocimiento de la ley. El sentido del error se ahonda, el remordimiento roe la mente; se hacen esfuerzos espasmódicos por mejorar y, frustrados por los viejos hábitos, fracasan repetidamente, hasta que el hombre, abrumado por el dolor del pasado y la desesperación del presente, cae sumido en una tiniebla sin esperanza. Por fin, el sufrimiento, que no cesa de aumentar, arranca del Ego un grito de socorro, al que responde desde las profundidades íntimas de su propia naturaleza, desde el Dios que está dentro de él tanto como en su derredor, la Vida de su vida. Se aparta de la naturaleza inferior que lo contraría y se vuelve hacia la superior, que es su ser más íntimo; se aparta del yo separado que lo atormenta y se vuelve hacia el Yo Único que es el Corazón de todo.

Pero este cambio de frente significa que aparta el rostro de la oscuridad, que vuelve el rostro hacia la luz. La luz estuvo siempre allí, pero él le daba la espalda; ahora ve el sol, y su resplandor alegra sus ojos y colma su ser de deleite. Su corazón estaba cerrado; ahora se abre de par en par, y el océano de la vida entra en pleamar, inundándolo de alegría. Ola tras ola de vida nueva lo eleva, y la alegría del amanecer lo envuelve. Ve su pasado como

pasado, porque su voluntad está resuelta a seguir un sendero más elevado, y le importa poco el sufrimiento que el pasado pueda legarle, pues sabe que no transmitirá tan amargo legado desde su presente. Esta sensación de paz, de alegría, de libertad, es el sentimiento del que se habla como resultado del perdón de los pecados. Los obstáculos que la naturaleza inferior había levantado entre el Dios interior y el Dios exterior quedan barridos, y esa naturaleza apenas reconoce que el cambio está en sí misma y no en la Sobrealma. Así como un niño que, tras apartar la mano guía de su madre y ocultar el rostro contra la pared, puede imaginarse solo y olvidado, hasta que, volviéndose con un grito, encuentra a su alrededor los brazos protectores maternos que nunca estuvieron a más de un palmo de distancia; así también el hombre, en su terquedad, aparta los brazos protectores de la Madre divina de los mundos, solo para descubrir, cuando vuelve el rostro, que nunca ha estado fuera de su amparo, y que, vague por donde vague, ese amor protector sigue rodeándolo.

La clave de este cambio en el hombre, que produce el «perdón», se da en el versículo del *Bhagavad-Gītā* ya citado en parte: «Aunque el más pecador me adore con corazón indiviso, también él ha de ser tenido por justo, *porque se ha resuelto rectamente*.» De esa recta resolución se sigue el resultado inevitable: «Pronto se vuelve virtuoso y llega a la paz.»[321] La esencia del pecado consiste en poner la voluntad de la parte contra la voluntad del todo, lo humano contra lo Divino. Cuando esto cambia, cuando el Ego pone su voluntad separada en unión con la voluntad que obra para la evolución, entonces, en el mundo donde querer es hacer, en el mundo donde los efectos se ven presentes en las causas, el hombre es «tenido por justo»; los efectos en los planos inferiores han de seguirse inevitablemente; «pronto se vuelve virtuoso» en la acción, habiéndose vuelto ya virtuoso en la voluntad. Aquí juzgamos por las acciones, las hojas muertas del pasado; allí juzgan por las voluntades, las semillas germinantes del futuro. Por eso el Cristo dice siempre a los hombres en el mundo inferior: «No juzguéis.»[322]

Incluso después de haber seguido definitivamente la nueva dirección, y de haberse convertido en el hábito normal de la vida, sobrevienen momentos de fracaso, a los que se alude en la *Pistis Sophia*, cuando se pregunta a Jesús si un hombre puede ser readmitido a los Misterios, después de haber caído, si vuelve a arrepentirse. La respuesta de Jesús es afirmativa, pero declara que llega un momento en que la readmisión escapa al poder de cual-

quiera, salvo del Misterio supremo, que perdona siempre. «En verdad, en verdad os digo: quien reciba los misterios del primer misterio y luego se vuelva atrás y transgreda doce veces, y luego vuelva a arrepentirse doce veces, ofreciendo oración en el misterio del primer misterio, le será perdonado. Pero si transgrediere después de las doce veces, si se volviere atrás y transgrediere, no le será remitido jamás, de modo que pueda volver a su misterio, sea cual fuere. Para él no hay medio de arrepentimiento, a menos que haya recibido los misterios de aquel inefable, que tiene compasión en todo tiempo y remite los pecados por los siglos de los siglos.»[323] Estas restauraciones tras el fracaso, en las que «el pecado es remitido», las hallamos también en la vida humana, especialmente en las fases más elevadas de la evolución. A un hombre se le ofrece una oportunidad que, aprovechada, le abriría nuevas posibilidades de crecimiento. No logra aprovecharla, y cae de la posición que había alcanzado y que hacía posible la nueva oportunidad. Para él, por el momento, queda bloqueado el progreso ulterior; ha de volcar penosamente todos sus esfuerzos en volver a recorrer el terreno ya andado, y en recuperar y afianzar su pie en el lugar del que había resbalado. Solo cuando esto se haya cumplido oirá la dulce Voz que le dice que el pasado ha quedado atrás, que la debilidad se ha trocado en fuerza, y que la puerta vuelve a estar abierta para su paso. Aquí también el «perdón» no es sino la declaración, por una autoridad competente, del verdadero estado de las cosas: la apertura de la puerta para el capaz, su cierre para el incapaz. Allí donde hubo fracaso, con su sufrimiento correspondiente, esta declaración se sentiría como un «bautismo para la remisión de los pecados», que readmite al aspirante a un privilegio perdido por su propio acto; esto daría sin duda lugar a sentimientos de alegría y paz, a un alivio de la carga del dolor, a la sensación de que el estorbo del pasado había caído por fin de sus pies.

Queda una verdad que nunca debería olvidarse: que vivimos en un océano de luz, de amor, de dicha, que nos rodea en todo momento, la Vida de Dios. Así como el sol inunda la tierra con su resplandor, así ilumina a todos esa Vida, solo que ese Sol del mundo jamás se pone para ninguna de sus partes. Cerramos esta luz al paso de nuestra conciencia por nuestro egoísmo, nuestra dureza de corazón, nuestra impureza, nuestra intolerancia, pero ella brilla siempre igual sobre nosotros, bañándonos por todos lados, presionando contra los muros que nosotros mismos hemos levantado con dulce y firme insistencia. Cuando el alma derriba estos muros que la excluyen, la

luz entra a raudales, y el alma se encuentra inundada de sol, respirando el aire dichoso del cielo. «Porque el Hijo del Hombre está en el cielo», aunque él no lo sepa, y sus brisas acarician su frente si la descubre a sus alientos. Dios respeta siempre la individualidad del hombre, y no entrará en su conciencia hasta que esa conciencia se abra para darle la bienvenida; «He aquí que estoy a la puerta y llamo»[324] es la actitud de toda Inteligencia espiritual hacia el alma humana en evolución; esa espera ante la puerta abierta no se arraiga en falta de simpatía, sino en la más profunda sabiduría.

No se ha de forzar al hombre; ha de ser libre. No es un esclavo, sino un Dios en formación, y su crecimiento no puede imponerse, sino que ha de ser querido desde dentro. Solo cuando la voluntad consiente, como enseña Giordano Bruno, influirá Dios en el hombre, aunque Él esté «presente en todas partes, y dispuesto a acudir en ayuda de quien a Él se vuelva mediante el acto de la inteligencia, y que se presente sin reservas con el afecto de la voluntad».[325] «La potencia divina, que es todo en todos, ni se ofrece ni se retiene, sino según que uno mismo la asimile o la rechace.»[326] «Se recibe con rapidez, como la luz solar, sin vacilación, y se hace presente a quien a ella se vuelve y a ella se abre... se abren las ventanas, pero el sol entra en un instante; así sucede de modo semejante en este caso.»[327]

El sentido del «perdón», pues, es el sentimiento que llena de gozo el corazón cuando la voluntad se afina en armonía con lo Divino, cuando, abiertas las ventanas del alma, entra a raudales el sol del amor, de la luz y de la dicha, cuando la parte siente su unidad con el todo, y la Vida Única estremece cada vena. Esta es la noble verdad que da vitalidad incluso a la más burda presentación del «perdón de los pecados», y que a menudo la convierte, pese a su carácter intelectualmente incompleto, en inspiradora de una vida pura y espiritual. Y esta es la verdad, tal como se ve en los Misterios Menores.

CAPÍTULO XII. LOS SACRAMENTOS

En todas las religiones existen ciertos ceremoniales, o ritos, que los fieles de la religión consideran de importancia vital, y a los que se atribuye la virtud de conferir determinados beneficios a quienes toman parte en ellos. La palabra Sacramento, o algún término equivalente, se ha aplicado a estos ceremoniales, que tienen todos el mismo carácter. Poco se ha expuesto con exactitud acerca de su naturaleza y significado, pero este es otro de los temas explicados antiguamente en los Misterios Menores.

La característica peculiar de un Sacramento reside en dos propiedades suyas. En primer lugar está la ceremonia exotérica, que es una alegoría pictórica, una representación de algo mediante acciones y materiales; no una alegoría verbal, una enseñanza dada en palabras que transmite una verdad, sino una representación actuada, ciertos objetos materiales definidos empleados de un modo particular. El objeto de escoger estos materiales, y el fin perseguido en las ceremonias que acompañan a su manejo, es representar, como en un cuadro, alguna verdad que se desea imprimir en la mente de los presentes. Esa es la primera propiedad, y la más evidente, de un Sacramento, la que lo distingue de otras formas de culto y de meditación. Apela a quienes, sin esta imagería, no lograrían captar una verdad sutil, y les muestra de forma vívida y gráfica la verdad que de otro modo se les escaparía. Todo Sacramento, cuando se estudia, debe abordarse primero desde este punto de vista, el de que es una alegoría pictórica; las cosas esenciales que habrá que estudiar serán, pues: los objetos materiales que entran en la alegoría, el método con que se emplean, y el sentido que el conjunto pretende transmitir.

La segunda propiedad característica de un Sacramento pertenece a los hechos de los mundos invisibles, y la estudia la ciencia oculta. Quien oficia el Sacramento debería poseer este conocimiento, pues buena parte —aunque

no toda — del poder operativo del Sacramento depende del conocimiento del oficiante. Un Sacramento enlaza el mundo material con las regiones sutiles e invisibles con las que ese mundo se relaciona; es un vínculo entre lo visible y lo invisible. Y no es solo un vínculo entre este mundo y otros mundos, sino también un método por el cual las energías del mundo invisible se transmutan en acción en el plano físico; un método real de cambiar energías de una clase en energías de otra, tan literalmente como en la pila galvánica las energías químicas se convierten en eléctricas. La esencia de todas las energías es una sola y la misma, ya sea en los mundos visibles o en los invisibles; pero las energías difieren según los grados de materia a través de los cuales se manifiestan. Un Sacramento sirve como una especie de crisol en el que se opera una alquimia espiritual. Una energía colocada en este crisol y sometida a ciertas manipulaciones sale de él con una expresión distinta. Así, una energía de naturaleza sutil, perteneciente a una de las regiones superiores del universo, puede ponerse en relación directa con personas que viven en el mundo físico, y hacerse que las afecte tanto en el mundo físico como en su propio ámbito; el Sacramento forma el último puente entre lo invisible y lo visible, y permite que las energías se apliquen directamente a quienes cumplen las condiciones necesarias y toman parte en el Sacramento.

Los Sacramentos de la Iglesia cristiana perdieron mucho de su dignidad y del reconocimiento de su poder oculto entre quienes se separaron de la Iglesia católica romana en tiempos de la «Reforma». La separación anterior entre Oriente y Occidente, que dejó a la Iglesia ortodoxa griega por un lado y a la Iglesia romana por otro, no afectó en absoluto a la creencia en los Sacramentos. Estos permanecieron en ambas grandes comunidades como los vínculos reconocidos entre lo visible y lo invisible, y santificaron la vida del creyente desde la cuna hasta la tumba. Los Siete Sacramentos del cristianismo abarcan la vida entera, desde la bienvenida del Bautismo hasta la despedida de la Extremaunción. Fueron establecidos por Ocultistas, por hombres que conocían los mundos invisibles; y los materiales empleados, las palabras pronunciadas, los signos hechos, fueron todos elegidos y dispuestos deliberadamente con vistas a producir determinados resultados.

En tiempos de la Reforma, las Iglesias disidentes que se sacudieron el yugo de Roma no estaban dirigidas por Ocultistas, sino por hombres corrientes del mundo, unos buenos y otros malos, pero todos profundamente ignorantes de los hechos de los mundos invisibles, y conscientes solo de la

cáscara exterior del cristianismo, sus dogmas literales y su culto exotérico. La consecuencia de esto fue que los Sacramentos perdieron su lugar supremo en el culto cristiano, y en la mayoría de las comunidades protestantes quedaron reducidos a dos, el Bautismo y la Eucaristía. La naturaleza sacramental de los demás no fue negada explícitamente en las más importantes de las Iglesias disidentes, pero esos dos se apartaron de los otros cinco como de obligación universal, de los que todo miembro de la Iglesia debe participar para ser reconocido como miembro de pleno derecho.

La definición general de un Sacramento se da con bastante exactitud, salvo por las palabras superfluas «instituido por el propio Cristo», en el Catecismo de la Iglesia de Inglaterra, y aun esas palabras podrían conservarse si se diera al término «Cristo» su sentido místico. Allí se dice que un Sacramento es: «Un signo externo y visible de una gracia interior y espiritual que se nos da, instituido por el propio Cristo, como medio por el cual la recibimos, y como prenda que nos la asegura.»

En esta definición encontramos formuladas las dos características distintivas de un Sacramento ya expuestas. El «signo externo y visible» es la alegoría pictórica, y la frase «medio por el cual recibimos» la «gracia interior y espiritual» cubre la segunda propiedad. Esta última frase debería ser cuidadosamente advertida por aquellos miembros de las Iglesias protestantes que consideran los Sacramentos como meras formas externas y ceremonias exteriores. Pues afirma claramente que el Sacramento es en realidad un medio por el cual se transmite la gracia, e implica así que sin él la gracia no pasa del mismo modo del mundo espiritual al físico. Es el reconocimiento explícito del Sacramento en su segundo aspecto, como medio por el cual los poderes espirituales se ponen en actividad sobre la tierra.

Para comprender un Sacramento es necesario reconocer con claridad la existencia de un lado oculto, o escondido, de la Naturaleza; a este se le llama el lado vital de la Naturaleza, el lado de la conciencia, o más exactamente la mente *en* la Naturaleza. En la base de toda acción sacramental está la creencia de que el mundo invisible ejerce una influencia poderosa sobre el visible, y para comprender un Sacramento hemos de comprender algo de las Inteligencias invisibles que administran la Naturaleza. Hemos visto, al estudiar la doctrina de la Trinidad, que el Espíritu se manifiesta como el triple Yo, y que como Campo para su manifestación existe la Materia, el lado formal de la Naturaleza, considerada a menudo, y con razón, como la Natu-

raleza misma. Hemos de estudiar ambos aspectos, el de la vida y el de la forma, para comprender un Sacramento.

Entre la Trinidad y la humanidad se extienden numerosos grados y jerarquías de seres invisibles; los más elevados de ellos son los siete Espíritus de Dios, los siete Fuegos, o Llamas, que están ante el trono de Dios.[328] Cada uno de estos se halla a la cabeza de una vasta hueste de Inteligencias, todas las cuales comparten Su naturaleza y actúan bajo Su dirección; estas, a su vez, se hallan graduadas, y son los Tronos, las Potestades, los Principados, las Dominaciones, los Arcángeles, los Ángeles, de quienes se hace mención en los escritos de los Padres cristianos versados en los Misterios. Hay, pues, siete grandes huestes de estos Seres, que representan en su inteligencia la Mente divina en la Naturaleza. Se los encuentra en todas las regiones, y animan las energías de la Naturaleza. Desde el punto de vista del ocultismo no hay fuerza muerta ni materia muerta. Fuerza y materia son igualmente vivas y activas, y una energía, o un grupo de energías, es el velo de una Inteligencia, de una Conciencia, que tiene esa energía como su expresión exterior, y la materia en que esa energía se mueve produce una forma que esa Inteligencia guía o anima. A menos que el hombre pueda contemplar así la Naturaleza, toda la enseñanza esotérica ha de permanecer para él un libro sellado. Sin estas Vidas angélicas, estas innumerables Inteligencias invisibles, estas Conciencias que animan la fuerza y la materia[329] que constituyen la Naturaleza, la Naturaleza misma no solo permanecería ininteligible, sino que quedaría fuera de relación tanto con la Vida divina que se mueve dentro y en torno a ella, como con las vidas humanas que se desarrollan en su seno. Estos innumerables Ángeles enlazan los mundos entre sí; ellos mismos evolucionan mientras ayudan a la evolución de seres inferiores a ellos, y se arroja una luz nueva sobre la evolución cuando vemos que los hombres forman grados dentro de estas jerarquías de seres inteligentes. Estos ángeles son los «hijos de Dios» de un nacimiento anterior al nuestro, que «prorrumpieron en gritos de júbilo»[330] cuando se echaron los cimientos de la tierra en medio del coro de las Estrellas de la mañana.

Otros seres están por debajo de nosotros en la evolución —animales, plantas, minerales y vidas elementales— así como los Ángeles están por encima; y a medida que así estudiamos, se abre paso en nosotros la concepción de una vasta Rueda de la Vida, de innumerables existencias, interrelacionadas y necesarias unas a otras, ocupando el hombre, como Inteligencia

viva, como ser autoconsciente, su propio lugar en esta Rueda. La Rueda gira siempre por la Voluntad divina, y las Inteligencias vivas que la forman aprenden a cooperar con esa Voluntad; y si en la acción de esas Inteligencias se produce alguna ruptura o hueco por negligencia u oposición, entonces la Rueda se traba, gira con lentitud, y el carro de la evolución de los mundos avanza pesadamente por su camino.

Estas innumerables Vidas, por encima y por debajo del hombre, entran en contacto con la conciencia humana de maneras muy definidas, y entre esas maneras están los sonidos y los colores. Cada sonido tiene una forma en el mundo invisible, y las combinaciones de sonidos crean formas complicadas. [331] En la materia sutil de aquellos mundos, todos los sonidos van acompañados de colores, de modo que dan origen a formas multicolores, en muchos casos sumamente hermosas. Las vibraciones que se producen en el mundo visible cuando suena una nota engendran vibraciones en los mundos invisibles, cada una con su carácter específico propio, capaz de producir determinados efectos. Al comunicarse con las Inteligencias infrahumanas relacionadas con el mundo invisible inferior y con el físico, y al controlarlas y dirigir las, han de emplearse sonidos apropiados para producir los resultados deseados, del mismo modo que aquí se emplea un lenguaje compuesto de sonidos definidos. Y al comunicarse con las Inteligencias superiores, ciertos sonidos resultan útiles para crear una atmósfera armoniosa, adecuada para sus actividades, y para hacer que nuestros propios cuerpos sutiles sean receptivos a sus influencias.

Este efecto sobre los cuerpos sutiles es una parte de suma importancia en el uso oculto de los sonidos. Estos cuerpos, como el físico, están en constante movimiento vibratorio, cambiando las vibraciones con cada pensamiento o deseo. Estas vibraciones cambiantes e irregulares oponen un obstáculo a cualquier vibración nueva que venga de fuera, y, para hacer los cuerpos susceptibles a las influencias superiores, se emplean sonidos que reducen las vibraciones irregulares a un ritmo constante, semejante por su naturaleza al ritmo de la Inteligencia que se busca alcanzar. El objeto de todas las frases repetidas con frecuencia es lograr esto, como el músico hace sonar la misma nota una y otra vez hasta que todos los instrumentos quedan afinados. Los cuerpos sutiles han de afinarse a la nota del Ser que se busca, si se quiere que su influencia encuentre camino libre a través de la naturaleza del adorador, y esto se hizo siempre en la Antigüedad mediante el uso de

sonidos. Por eso la música ha formado siempre parte integrante del culto, y ciertas cadencias definidas se han conservado con esmero, transmitidas de generación en generación.

En toda religión existen sonidos de carácter peculiar, llamados «Palabras de Poder», consistentes en frases en una lengua determinada, entonadas de un modo determinado; cada religión posee un acervo de tales frases, sucesiones especiales de sonidos, ahora muy generalmente llamados «mantras», nombre que se les da en Oriente, donde la ciencia de los mantras se ha estudiado y elaborado ampliamente. No es necesario que un mantra —una sucesión de sonidos dispuestos de un modo particular para producir un resultado determinado— esté en una lengua concreta. Puede emplearse cualquier lengua con este fin, aunque unas son más adecuadas que otras, siempre que quien compone el mantra posea el conocimiento oculto necesario. Existen cientos de mantras en lengua sánscrita, compuestos por Ocultistas del pasado familiarizados con las leyes de los mundos invisibles. Estos se han transmitido de generación en generación: palabras definidas en un orden definido, entonadas de un modo definido. El efecto de esa entonación es crear vibraciones, y por tanto formas, en los mundos físico y superfísico, y según sea el conocimiento y la pureza de quien canta, así serán los mundos que su canto pueda afectar. Si su conocimiento es amplio y profundo, si su voluntad es fuerte y su corazón puro, apenas hay límite a los poderes que puede ejercer al emplear algunos de estos antiguos mantras.

Como se ha dicho, no es necesario emplear una lengua concreta. Pueden estar en sánscrito, o en cualquiera de las lenguas del mundo en que hombres de conocimiento los hayan compuesto.

Esta es la razón por la que, en la Iglesia católica romana, se emplea siempre la lengua latina en los actos de culto más importantes. No se usa aquí como lengua muerta, un idioma «no entendido por el pueblo», sino como fuerza viva en los mundos invisibles. No se emplea para ocultar el conocimiento al pueblo, sino para que se produzcan en los mundos invisibles ciertas vibraciones que no podrían producirse en las lenguas corrientes de Europa, a menos que un gran Ocultista compusiera en ellas las sucesiones de sonidos necesarias. Traducir un mantra es convertirlo de «Palabra de Poder» en una frase ordinaria; al cambiar los sonidos, se crean otras formas sonoras.

Algunas de las combinaciones de palabras latinas, unidas a la música que las acompaña en el culto cristiano, producen los efectos más señalados en los mundos supra-físicos, y cualquiera que sea mínimamente sensible percibirá los efectos peculiares causados por el canto de algunas de las frases más sagradas, especialmente en la Misa. Cualquiera que se siente en quietud y receptivo mientras el sacerdote o los coristas pronuncian algunas de estas frases podrá sentir efectos vibratorios. Y al mismo tiempo se producen efectos en los mundos superiores que afectan directamente a los cuerpos sutiles de los fieles del modo antes descrito, y que apelan también a las Inteligencias de aquellos mundos con un significado tan definido como el de las palabras que una persona dirige a otra en el plano físico, ya sea a modo de oración, o en algunos casos de mandato. Los sonidos, que producen formas activas y refulgentes, se elevan a través de los mundos, afectando a la conciencia de las Inteligencias que en ellos residen, y llevando a algunas de ellas a prestar los servicios definidos que requieren quienes toman parte en el oficio de la iglesia.

Tales mantras forman parte esencial de todo Sacramento.

La siguiente parte esencial del Sacramento, en su forma externa y visible, son ciertos gestos. Se los llama Signos, Sellos o Sigilos, tres palabras que en un Sacramento significan lo mismo. Cada signo tiene su propio significado particular, y marca la dirección impuesta a las fuerzas invisibles con las que trata el celebrante, sean estas fuerzas propias o vertidas a través de él. En cualquier caso, son necesarios para producir el resultado deseado, y constituyen una parte esencial del rito sacramental. A un signo así se le llama «Signo de Poder», del mismo modo que el mantra es una «Palabra de Poder».

Resulta interesante leer en las obras ocultas del pasado referencias a estos hechos, tan verdaderos entonces como ahora, tan verdaderos ahora como entonces. En el *Libro de los Muertos* egipcio se describe el viaje de ultratumba del Alma, y leemos cómo esta es detenida e interpelada en las diversas etapas de ese viaje. Es detenida e interpelada por los Guardianes de la Puerta de cada mundo sucesivo, y el Alma no puede atravesar la Puerta ni seguir su camino a menos que sepa dos cosas: ha de pronunciar una palabra, la Palabra de Poder; ha de hacer un signo, el Signo de Poder. Cuando se pronuncia esa Palabra, cuando se hace ese Signo, caen los cerrojos de la Puerta, y los Guardianes se apartan para dejar pasar al Alma. Un relato se-

mejante se da en el gran Evangelio místico cristiano, la *Pistis Sophia*, ya mencionada.[332] Aquí el paso a través de los mundos no es el de un Alma liberada del cuerpo por la muerte, sino el de quien lo ha abandonado voluntariamente en el curso de la Iniciación. Hay grandes Potestades, las Potestades de la Naturaleza, que le cierran el paso, y hasta que el Iniciado no da la Palabra y el Signo, no le permiten atravesar los umbrales de sus dominios. Era necesario, pues, este doble conocimiento: pronunciar la Palabra de Poder, hacer el Signo de Poder. Sin ellos el progreso quedaba bloqueado, y sin ellos un Sacramento no es Sacramento.

Además, en todos los Sacramentos se emplea, o debería emplearse, algún material físico.[333] Este es siempre un símbolo de aquello que se ha de obtener mediante el Sacramento, y apunta a la naturaleza de la «gracia interior y espiritual» que por él se recibe. Es también el medio material de transmitir la gracia, no simbólicamente, sino de hecho, y un cambio sutil en este material lo adapta a fines elevados.

Ahora bien, un objeto físico consta de las partículas sólidas, líquidas y gaseosas en que un químico lo resolvería mediante análisis, y además de éter, que interpenetra las sustancias más groseras. En este éter juegan las energías magnéticas. Está además conectado con contrapartidas de materia sutil, en las que juegan energías más sutiles que las magnéticas, pero afines a ellas en naturaleza y más poderosas.

Cuando tal objeto se magnetiza, se opera un cambio en su porción etérea: los movimientos ondulatorios se alteran y sistematizan, y se hacen seguir los movimientos ondulatorios del éter del magnetizador; así llega a compartir su naturaleza, y las partículas más densas del objeto, sobre las que actúa el éter, cambian lentamente sus ritmos de vibración. Si el magnetizador tiene además el poder de afectar a las contrapartidas más sutiles, las hace vibrar de igual modo en consonancia con las suyas propias.

Este es el secreto de las curas magnéticas: se actúa sobre las vibraciones irregulares del enfermo de manera que se acuerden con las vibraciones regulares del operador sano, tan efectivamente como un objeto que oscila de modo irregular puede hacerse oscilar de modo regular mediante golpes repetidos y acompasados. Un médico magnetizará agua y curará con ella a su paciente. Magnetizará un paño, y el paño, aplicado sobre la sede del dolor, sanará. Empleará un imán potente, o una corriente de pila galvánica, y res-

taurará la energía de un nervio. En todos los casos se pone el éter en movimiento, y por este medio se ven afectadas las partículas físicas más densas.

Un resultado semejante se produce cuando los materiales empleados en un Sacramento son objeto de la acción de la Palabra de Poder y el Signo de Poder. Se causan cambios magnéticos en el éter de la sustancia física, y las contrapartidas sutiles se ven afectadas según el conocimiento, la pureza y la devoción del celebrante que las magnetiza —o, en término religioso, las consagra—. Además, la Palabra y el Signo de Poder convocan a la celebración a los Ángeles especialmente relacionados con los materiales empleados y con la naturaleza del acto realizado, y estos prestan su poderoso auxilio, vertiendo sus propias energías magnéticas en las contrapartidas sutiles, e incluso en el éter físico, reforzando así las energías del celebrante. Nadie que sepa algo de los poderes del magnetismo puede dudar de la posibilidad de los cambios así indicados en los objetos materiales. Y si un hombre de ciencia, que quizá no tenga fe alguna en lo invisible, tiene el poder de impregnar de tal modo el agua con su propia energía vital que cure una enfermedad física, ¿por qué habría de negarse a quienes llevan una vida santa, de carácter noble, de conocimiento de lo invisible, un poder de naturaleza más elevada, aunque *semejante*? Quienes son capaces de percibir las formas superiores del magnetismo saben muy bien que los objetos consagrados varían mucho en su poder, y que la diferencia magnética se debe a las diferencias de conocimiento, pureza y espiritualidad del sacerdote que los consagra. Algunos niegan todo magnetismo vital, y rechazarían por igual el agua bendita de la religión y el agua magnetizada de la ciencia médica. Son coherentes, pero ignorantes. Pero quienes admiten la utilidad de la una y se burlan de la otra se muestran no sabios, sino prejuiciosos; no doctos, sino parciales, y demuestran que su falta de fe en la religión sesga su inteligencia, predisponiéndolos a rechazar de manos de la religión lo que aceptan de manos de la ciencia. Algo más se añadirá sobre los «objetos sagrados» en general en el Capítulo XIV.

Vemos así que la parte exterior del Sacramento reviste una importancia grandísima. Se producen cambios reales en los materiales empleados. Se les convierte en vehículos de energías superiores a las que naturalmente les pertenecen; las personas que se acercan a ellos, que los tocan, verán afectados sus propios cuerpos etéricos y sutiles por su potente magnetismo, y quedarán en una condición muy receptiva a las influencias superiores, sintoni-

zadas en concordancia con los excelsos Seres relacionados con la Palabra y el Signo empleados en la consagración; Seres pertenecientes al mundo invisible estarán presentes durante el rito sacramental, derramando sus influencias benignas y graciosas; y así todos los que participen dignamente en la ceremonia —lo bastante puros y devotos para sintonizarse con las vibraciones causadas— verán sus emociones purificadas y estimuladas, su espiritualidad avivada, y su corazón lleno de paz, al entrar en contacto tan estrecho con las realidades invisibles.

CAPÍTULO XIII. LOS SACRAMENTOS (CONTINUACIÓN)

Hemos de aplicar ahora estos principios generales a ejemplos concretos, y ver cómo explican y justifican los ritos sacramentales que se hallan en todas las religiones.

Bastará con que tomemos como ejemplos tres de los Siete Sacramentos empleados en la Iglesia Católica. Dos son reconocidos como obligatorios por todos los cristianos, aunque los protestantes extremos les niegan su carácter sacramental, dándoles solo un valor declaratorio y conmemorativo en lugar de sacramental; y sin embargo, incluso entre ellos, el corazón de la verdadera devoción gana algo de la bendición sacramental que la cabeza niega. El tercero ni siquiera es reconocido nominalmente como Sacramento por las Iglesias protestantes, aunque muestra los signos esenciales de un Sacramento, según la definición ya citada del Catecismo de la Iglesia de Inglaterra.[334] El primero es el del Bautismo; el segundo, el de la Eucaristía; el tercero, el del Matrimonio. El haber excluido al Matrimonio del rango de Sacramento ha degradado en gran medida su elevado ideal, y ha contribuido en buena parte a ese relajamiento de su vínculo que los hombres reflexivos deploran.

El Sacramento del Bautismo se halla en todas las religiones, no solo en la entrada a la vida terrena, sino más generalmente como ceremonia de purificación. La ceremonia que admite al recién nacido —o al adulto— que ingresa en una religión tiene como parte esencial del rito una aspersion de agua, y esto era tan universal en la Antigüedad como lo es ahora. El reverendo doctor Giles observa: «La idea de usar el agua como emblema de la purificación espiritual es demasiado obvia para que sorprenda la antigüedad

de este rito. El doctor Hyde, en su tratado sobre la *Religión de los antiguos persas*, xxxiv, 406, nos dice que prevalecía entre aquel pueblo. “No usan la circuncisión para sus hijos, sino solo el bautismo, o lavado, para la purificación del alma. Llevan al niño ante el sacerdote, dentro del templo, y lo colocan frente al sol y al fuego; concluida esta ceremonia, lo tienen por más sagrado que antes. Lord dice que traen el agua para este fin en corteza del árbol Hom; ese árbol es en verdad el Haoma de los magos, del que hablamos antes en otra ocasión. A veces también se hace de otro modo, sumergiéndolo en un gran recipiente de agua, según nos cuenta Tavernier. Después de este lavado, o bautismo, el sacerdote impone al niño el nombre dado por los padres.”»[335] Pocas semanas después del nacimiento de un niño hindú se celebra una ceremonia, parte de la cual consiste en asperjar al niño con agua, aspersión que entra en todo culto hindú. Williamson aporta autoridades sobre la práctica del Bautismo en Egipto, Persia, el Tíbet, Mongolia, México, el Perú, Grecia, Roma, Escandinavia y entre los druidas.[336] Algunas de las oraciones citadas son muy hermosas: «Ruego que esta agua celestial, azul y azul claro, entre en tu cuerpo y viva allí. Ruego que destruya en ti, y aparte de ti, todas las cosas malas y adversas que te fueron dadas antes del principio del mundo.» «¡Oh niño! Recibe el agua del Señor del mundo, que es nuestra vida: es para lavar y purificar; que estas gotas quiten el pecado que te fue dado antes de la creación del mundo, pues todos nosotros estamos bajo su poder.»

Tertuliano menciona el uso muy general del Bautismo entre las naciones no cristianas en un pasaje ya citado,[337] y otros Padres se refieren a él.

En la mayoría de las comunidades religiosas, una forma menor de Bautismo acompaña a todas las ceremonias religiosas: se emplea el agua como símbolo de purificación, con la idea de que ningún hombre debe entrar en el culto sin haber purificado antes su corazón y su conciencia, simbolizando el lavado exterior la lustración interior. En las Iglesias griega y romana se coloca junto a cada puerta un pequeño receptáculo para el agua bendita, y todo fiel que entra lo toca, haciéndose con ella la señal de la cruz antes de dirigirse hacia el altar. Sobre esto observa Robert Taylor: «Las pilas bautismales de nuestras iglesias protestantes, y apenas hace falta decir que más especialmente las pequeñas pilas a la entrada de nuestras capillas católicas, no son imitaciones, sino una continuación ininterrumpida y jamás rota de la misma *aqua minaria*, o *amula*, que el erudito Montfaucon, en sus *Antigüe-*

dades, muestra que eran vasos de agua bendita, colocados por los paganos a la entrada de sus templos, para asperjarse con ella al entrar en aquellos sagrados edificios.»[338]

Ya sea en el Bautismo de recepción inicial en la Iglesia, ya en estas lustraciones menores, el agua es el agente material empleado, el gran fluido purificador de la Naturaleza, y por ello el mejor símbolo para la purificación. Sobre esta agua se pronuncia un mantra, representado en el ritual inglés por la oración: «Santifica esta agua para el lavado místico del pecado», que concluye con la fórmula: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.» Esta es la Palabra de Poder, y va acompañada del Signo de Poder, la Señal de la Cruz trazada sobre la superficie del agua.

La Palabra y el Signo dan al agua, como ya se ha explicado, una propiedad que antes no tenía, y con razón se la llama «agua bendita». Los poderes tenebrosos no se le acercarán; asperjada sobre el cuerpo, produce una sensación de paz, y transmite nueva vida espiritual. Cuando se bautiza a un niño, la energía espiritual que la Palabra y el Signo han dado al agua refuerza la vida espiritual del niño, y entonces se pronuncia de nuevo la Palabra de Poder, esta vez sobre el niño, y se traza el Signo sobre su frente; en sus cuerpos sutiles se sienten las vibraciones, y la llamada a guardar la vida así santificada se propaga por el mundo invisible; pues este Signo es a la vez purificador y protector: purificador por la vida que a través de él se derrama, protector por las vibraciones que suscita en los cuerpos sutiles. Esas vibraciones forman un muro de guarda contra los ataques de las influencias hostiles en los mundos invisibles, y cada vez que se toca el agua bendita, se pronuncia la Palabra y se hace el Signo, la energía se renueva, las vibraciones se refuerzan, reconociéndose ambas como potentes en los mundos invisibles, y prestando auxilio al operador.

En la Iglesia primitiva, el Bautismo iba precedido de una preparación muy cuidadosa, pues quienes se admitían en la Iglesia eran en su mayoría convertidos de las creencias circundantes. El converso pasaba por tres etapas definidas de instrucción, permaneciendo en cada grado hasta haber dominado sus enseñanzas, y solo entonces era admitido en la Iglesia mediante el Bautismo. Únicamente después se le enseñaba el Credo, que no se ponía por escrito ni se repetía jamás en presencia de un incrédulo; servía así como señal de reconocimiento, y como prueba de la posición de aquel que era capaz de recitarlo, demostrando que era miembro bautizado de la Iglesia. Con

qué sinceridad se creía en aquellos días en la gracia conferida por el Bautismo lo demuestra la costumbre, que fue arraigando, del bautismo en el lecho de muerte. Creyendo en la realidad del Bautismo, hombres y mujeres del mundo, poco dispuestos a renunciar a sus placeres o a mantener su vida limpia de mancha, aplazaban el rito del Bautismo hasta que la mano de la Muerte pesaba ya sobre ellos, para así beneficiarse de la gracia sacramental y atravesar el umbral de la Muerte puros e inmaculados, llenos de energía espiritual. Contra ese abuso lucharon algunos de los grandes Padres de la Iglesia, y lucharon eficazmente. Hay una curiosa historia contada por uno de ellos, creo que por san Atanasio, hombre de ingenio mordaz, no reacio a valerse del humor para hacer comprender a veces a sus oyentes la necedad o perversidad de su conducta. Contó a su congregación que había tenido una visión, y que había subido hasta la puerta del cielo, donde san Pedro estaba de guardián. No tuvo este para el visitante ninguna sonrisa complacida, sino un ceño de severo disgusto. «Atanasio —le dijo—, ¿por qué me envías continuamente estos sacos vacíos, cuidadosamente sellados, y sin nada dentro?» Fue uno de esos dichos penetrantes que hallamos en la Antigüedad cristiana, cuando estas cosas eran reales para los cristianos, y no meras formas, como hoy lo son con demasiada frecuencia.

La costumbre del Bautismo de los niños fue arraigando poco a poco en la Iglesia, y de ahí que la instrucción que en los primeros tiempos precedía al Bautismo pasara a ser la preparación para la Confirmación, cuando la mente y la inteligencia ya despiertas asumen y reafirman las promesas bautismales. Se ve que la recepción del niño en la Iglesia se realiza con justicia cuando se reconoce que la vida del hombre se vive en los tres mundos, y cuando se sabe que el Espíritu y el Alma que han venido a habitar el cuerpo recién nacido no son inconscientes ni ininteligentes, sino conscientes, inteligentes y potentes en los mundos invisibles. Es justo y recto que se dé la bienvenida al «Hombre Escondido del corazón»[339] en la nueva etapa de su peregrinación, y que las influencias más provechosas se hagan sentir sobre el vehículo en que ha de morar, y que ha de moldear para su servicio. Si se abrieran los ojos de los hombres, como en tiempos antiguos se abrieron los del siervo de Eliseo, verían todavía los caballos y los carros de fuego reunidos en torno al monte donde está el profeta del Señor.[340]

Llegamos al segundo de los Sacramentos elegidos para su estudio, el del Sacrificio de la Eucaristía, símbolo del Sacrificio eterno ya explicado, el sa-

crificio cotidiano de la Iglesia Católica por todo el mundo, que representa aquel Sacrificio eterno por el cual los mundos fueron hechos y por el cual son eternamente sostenidos. Ha de ofrecerse cada día, pues su arquetipo existe perpetuamente, y los hombres, en ese acto, participan del funcionamiento de la Ley del Sacrificio, se identifican con ella, reconocen su carácter vinculante, y se asocian voluntariamente a su obrar en los mundos; en tal identificación, participar de la parte material del Sacramento es necesario para que la identificación sea completa, pero muchos de sus beneficios pueden ser compartidos, y la influencia que se irradia hacia los mundos puede acrecentarse, por fieles devotos que se asocian al acto mentalmente, aunque no físicamente.

Esta gran función del culto cristiano pierde su fuerza y su sentido cuando se la considera nada más que una simple conmemoración de un sacrificio pasado, como una alegoría pictórica sin una verdad profunda que la anime, como un partir el pan y derramar el vino sin participación en el Sacrificio eterno. Verla así es reducirla a una mera cáscara, a un cuadro muerto en lugar de una realidad viva. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión [la comunicación con, la participación en] de la sangre de Cristo?», pregunta el apóstol. «El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?»[341] Y sigue señalando que todos los que comen de un sacrificio se hacen partícipes de una naturaleza común, y se unen en un solo cuerpo, que se une a aquel Ser presente en el sacrificio, y comparte su naturaleza. Se trata aquí de un hecho del mundo invisible, y habla con la autoridad del conocimiento. Seres invisibles vierten de su esencia en los materiales empleados en todo rito sacramental, y quienes participan de esos materiales —que se asimilan en el cuerpo y entran a formar parte de sus componentes— quedan por ello unidos a aquellos cuya esencia está en ellos, y todos comparten una naturaleza común. Esto es verdad incluso cuando tomamos alimento ordinario de manos de otro: parte de su naturaleza, su magnetismo vital, se mezcla con el nuestro; cuánto más verdad será, pues, cuando el alimento ha sido solemne y deliberadamente impregnado de magnetismos superiores, que afectan tanto a los cuerpos sutiles como al físico. Si queremos comprender el sentido y el uso de la Eucaristía, hemos de percatarnos de estos hechos de los mundos invisibles, y hemos de ver en ella un vínculo entre lo terreno y lo celestial, así como un acto de culto universal, una cooperación, una asociación con la Ley del Sacrificio; de otro modo, pierde la mayor parte de su significado.

El empleo del pan y el vino como materiales de este Sacramento —al igual que el uso del agua en el Sacramento del Bautismo— es de uso muy antiguo y general. Los persas ofrecían pan y vino a Mitra, y se hacían ofrendas semejantes en el Tíbet y en Tartaria. Jeremías habla de las tortas y la libación que ofrecían a la Reina del Cielo los judíos en Egipto, al tomar parte en el culto egipcio.[342] En el Génesis leemos que Melquisedec, el Rey-Iniciado, empleó pan y vino en la bendición de Abraham.[343] En los diversos Misterios griegos se empleaban pan y vino, y Williamson menciona también su uso entre los mexicanos, los peruanos y los druidas.[344]

El pan es el símbolo general del alimento que edifica el cuerpo, y el vino, símbolo de la sangre, considerada como el fluido vital, «pues la vida de la carne en la sangre está».[345] De ahí que se diga que los miembros de una familia comparten la misma sangre, y que ser de la sangre de una persona es ser de su linaje. De ahí también las antiguas ceremonias del «pacto de sangre»: cuando se hacía a un extraño miembro de una familia o de una tribu, se transfundían a sus venas algunas gotas de sangre de un miembro de ella, o las bebía —por lo general mezcladas con agua— y desde entonces se le consideraba miembro nato de la familia o la tribu, de su misma sangre. De modo semejante, en la Eucaristía, los fieles participan del pan, que simboliza el cuerpo, la naturaleza, del Cristo, y del vino, que simboliza la sangre, la vida del Cristo, y se hacen de su linaje, uno con Él.

La Palabra de Poder es la fórmula «Este es mi Cuerpo», «Esta es mi Sangre». Es ella la que obra el cambio que consideraremos dentro de un momento, y transforma los materiales en vehículos de energías espirituales. El Signo de Poder es la mano extendida sobre el pan y el vino, y sobre ellos debería trazarse la Señal de la Cruz, aunque esto no siempre se hace entre los protestantes. Estos son los elementos externos esenciales del Sacramento de la Eucaristía.

Importa comprender el cambio que se opera en este Sacramento, pues es algo más que la magnetización antes explicada, aunque esta también se produce. Tenemos aquí un caso particular de una ley general.

Para el ocultista, una cosa visible se considera la última expresión, la física, de una verdad invisible. Todo es la expresión física de un pensamiento. Un objeto no es sino una idea exteriorizada y densificada. Todos los objetos del mundo son ideas Divinas expresadas en materia física. Siendo así, la

realidad del objeto no reside en la forma exterior, sino en la vida interior, en la idea que ha formado y moldeado la materia hasta convertirla en expresión de sí misma. En los mundos superiores, siendo la materia muy sutil y plástica, se amolda muy rápidamente a la idea, y cambia de forma a medida que cambia el pensamiento. A medida que la materia se hace más densa, más pesada, cambia de forma con menos facilidad, más lentamente, hasta que, en el mundo físico, los cambios son lentísimos a causa de la resistencia de la materia densa de que está compuesto el mundo físico. Sin embargo, dado tiempo suficiente, aun esta materia pesada cambia bajo la presión de la idea que la anima, como puede verse en el modo en que quedan grabadas en el rostro las expresiones de los pensamientos y las emociones habituales.

Esta es la verdad que subyace en lo que se llama la doctrina de la Transustanciación, tan extraordinariamente malentendida por el protestante corriente. Pero tal es el destino de las verdades ocultas cuando se presentan a los ignorantes. La «sustancia» que cambia es la idea que hace a una cosa ser lo que es; el «pan» no es mera harina y agua; la idea que gobierna la mezcla, la manipulación, de la harina y el agua, esa es la «sustancia» que lo convierte en «pan», y la harina y el agua son lo que técnicamente se llaman los «accidentes», las disposiciones de materia que dan forma a la idea. Con una idea, o sustancia, diferente, la harina y el agua tomarían una forma distinta, como en efecto ocurre cuando son asimiladas por el cuerpo. Así también los químicos han descubierto que la misma clase y el mismo número de átomos químicos pueden disponerse de diferentes maneras y convertirse así en cosas por completo distintas en sus propiedades, aunque los materiales sean idénticos; estos «compuestos isómeros» se cuentan entre los más interesantes descubrimientos de la química moderna; la disposición de átomos semejantes bajo ideas diferentes produce cuerpos diferentes.

¿Cuál es, pues, ese cambio de sustancia en los materiales empleados en la Eucaristía? La idea que constituye el objeto ha cambiado; en su condición normal, el pan y el vino son sustancias alimenticias, expresivas de las ideas divinas de los objetos nutritivos, objetos aptos para la edificación de los cuerpos. La idea nueva es la de la naturaleza y la vida del Cristo, apta para la edificación de la naturaleza y la vida espiritual del hombre. Ese es el cambio de sustancia; el objeto permanece inalterado en sus «accidentes», su materia física, pero la materia sutil relacionada con él ha cambiado bajo la presión de la idea cambiada, y este cambio le confiere propiedades nuevas.

Estas afectan a los cuerpos sutiles de los participantes, y los sintonizan con la naturaleza y la vida del Cristo. De la «dignidad» del participante depende hasta qué punto puede así sintonizarse.

El participante indigno, sometido al mismo proceso, se ve afectado por él perjudicialmente, pues su naturaleza, al resistir la presión, resulta magullada y desgarrada por las fuerzas a las que es incapaz de responder, del mismo modo que un objeto puede hacerse pedazos por vibraciones que es incapaz de reproducir.

El partícipe digno, entonces, se hace uno con el Sacrificio, con el Cristo, y así se hace también uno con la Vida divina, que es el Padre del Cristo, y queda unido a ella. Dado que el acto de Sacrificio, por el lado de la forma, consiste en renunciar a la vida que separa de los demás para hacerla parte de la Vida común, en ofrecer el canal separado para que sea canal de la Vida única, por esa entrega el sacrificador se hace uno con Dios. Es la entrega de sí mismo, de lo inferior, para ser parte de lo superior; la cesión del cuerpo, como instrumento de la voluntad separada, para ser instrumento de la Voluntad divina; la presentación de los «cuerpos de los hombres como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios».[346] Así se ha enseñado con verdad en la Iglesia que quienes toman parte debidamente en la Eucaristía disfrutan de una participación en la vida crística derramada para los hombres. Transmutar lo inferior en lo superior es el objeto de este Sacramento, como de todos. El cambio de la fuerza inferior mediante su unión con la más elevada es lo que buscan quienes participan en él; y quienes conocen la verdad interior, y perciben el hecho de la vida superior, pueden, en cualquier religión, por medio de sus sacramentos, entrar en contacto más pleno y más completo con la Vida divina que sostiene los mundos, si aportan al rito la naturaleza receptiva, el acto de fe, el corazón abierto, necesarios para que se realicen las posibilidades del Sacramento.

El Sacramento del Matrimonio muestra las marcas de un Sacramento con tanta claridad y precisión como el Bautismo y la Eucaristía. Están presentes tanto el signo exterior como la gracia interior. El material es el Anillo, el círculo que es símbolo de lo eterno. La Palabra de Poder es la antigua fórmula: «En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» El Signo de Poder es la unión de las manos, que simboliza la unión de las vidas. Estos constituyen los elementos externos esenciales del Sacramento.

La gracia interior es la unión de mente con mente, de corazón con corazón, que hace posible la realización de la unidad de espíritu, sin la cual el Matrimonio no es Matrimonio, sino una mera conjunción temporal de cuerpos. La entrega y la recepción del anillo, la pronunciación de la fórmula, la unión de las manos, forman la alegoría pictórica; si la gracia interior no se recibe, si los contrayentes no se abren a ella por su deseo de unir la totalidad de su naturaleza, el Sacramento pierde para ellos sus propiedades benéficas, y se convierte en mera forma.

Pero el Matrimonio tiene un sentido aún más profundo; las religiones han proclamado unánimemente que es la imagen en la tierra de la unión entre lo terreno y lo celestial, la unión entre Dios y el hombre. Y aun así no se agota su significado, pues es también la imagen de la relación entre el Espíritu y la Materia, entre la Trinidad y el Universo. Tan profundo, tan de largo alcance, es el sentido de la unión del hombre y la mujer en el Matrimonio.

En esto, el hombre representa al Espíritu, la Trinidad de Vida, y la mujer representa a la Materia, la Trinidad de la sustancia formativa. Uno da la vida, la otra la recibe y la nutre. Se complementan mutuamente, dos mitades inseparables de un todo, ninguna de las cuales existe aparte de la otra. Así como el Espíritu implica a la Materia y la Materia al Espíritu, así el esposo implica a la esposa y la esposa al esposo. Así como la Existencia abstracta se manifiesta en dos aspectos, como una dualidad de Espíritu y Materia, ninguno independiente del otro, sino entrando cada uno en manifestación junto con el otro, así se manifiesta la humanidad en dos aspectos: esposo y esposa, sin que ninguno pueda existir aparte, apareciendo ambos juntos. No son dos, sino uno, una unidad de doble rostro. Dios y el Universo se representan en el Matrimonio; así de estrechamente ligados están el esposo y la esposa.

Se ha dicho más arriba que el Matrimonio es también imagen de la unión entre Dios y el hombre, entre los Espíritus universal e individualizado. Este simbolismo se emplea en todas las grandes escrituras del mundo: hindúes, hebreas, cristianas. Y se ha ampliado tomando el Espíritu individualizado como una Nación o una Iglesia, un conjunto de tales Espíritus fundidos en una unidad. Así declaró Isaías a Israel: «Tu Hacedor es tu Esposo; el Señor de los ejércitos es su nombre... Como el esposo se goza con la esposa, así se gozará contigo tu Dios.»[347] Así escribió san Pablo que el misterio del Matrimonio representaba a Cristo y a la Iglesia.[348]

Si pensamos en el Espíritu y la Materia como latentes, no manifestados, no vemos producción alguna; manifestados juntos, hay evolución. Así, cuando las dos mitades de la humanidad no se manifiestan como esposo y esposa, no hay producción de vida nueva. Además, deberían unirse para que en cada una haya un crecimiento de vida, una evolución más rápida, un progreso más veloz, gracias a la mitad que cada uno puede dar al otro, supliendo cada cual lo que al otro le falta. Los dos deberían fundirse en uno, manifestando así las posibilidades espirituales del hombre. Y muestran también al Hombre perfecto, en cuya naturaleza el Espíritu y la Materia están ambos plenamente desarrollados y perfectamente equilibrados, el Hombre divino que une en su propia persona al esposo y a la esposa, los elementos masculino y femenino de la naturaleza, así como «Dios y el Hombre son un solo Cristo».[349]

Quienes estudien así el Sacramento del Matrimonio comprenderán por qué las religiones han considerado siempre el Matrimonio como indisoluble, y han juzgado preferible que unas pocas parejas mal avenidas sufran durante unos años a que el ideal del verdadero Matrimonio se rebaje permanentemente para todos. Una nación ha de elegir si adopta como ideal nacional un vínculo espiritual o un vínculo terreno en el Matrimonio, buscando en él una unidad espiritual, o considerándolo meramente una unión física. Lo primero es la idea religiosa del Matrimonio como Sacramento; lo segundo, la idea materialista de él como contrato ordinario y rescindible. El estudio de los Misterios Menores ha de ver siempre en él un rito sacramental.

CAPÍTULO XIV. LA REVELACIÓN

Todas las religiones que conocemos son depositarias de Libros Sagrados, y apelan a esos libros para dirimir las cuestiones controvertidas. Contienen siempre las enseñanzas dadas por el fundador de la religión, o por maestros posteriores considerados poseedores de un conocimiento sobrehumano. Aun cuando una religión da origen a muchas sectas discordantes, cada secta se aferrará al Canon Sagrado, y dará a su letra la interpretación que mejor se ajuste a sus propias doctrinas particulares. Por muy separados que estén en sus creencias el católico romano extremo y el protestante extremo, ambos apelan a la misma *Biblia*. Por muy distantes que estén el vedantino filósofo y el vallabhacharya más iletrado, ambos consideran supremos los mismos *Vedas*. Por muy encarnizadamente opuestos que estén entre sí los chiíes y los sunitas, ambos tienen por sagrado el mismo *Corán*. Podrán surgir controversias y disputas acerca del sentido de los textos, pero el Libro mismo, en todos los casos, es contemplado con suma reverencia. Y con razón; pues todos esos libros contienen fragmentos de la Revelación, seleccionados por Uno de los Grandes que la guardan en depósito; ese fragmento se plasma en lo que aquí abajo llamamos una Revelación, o una Escritura, y alguna parte del mundo se regocija en él como en un tesoro de inmenso valor. El fragmento se elige según las necesidades de la época, la capacidad del pueblo al que se destina, el carácter de la raza a la que se pretende instruir. Suele darse en una forma peculiar, en la que la historia externa, o el relato, o el canto, o el salmo, o la profecía, parecen al lector superficial o ignorante ser todo el libro; pero en ellos yacen ocultos sentidos más profundos, unas veces en números, otras en palabras construidas sobre un plan oculto —una cifra, en realidad—, otras en símbolos reconocibles por los instruidos, otras en alegorías escritas a modo de historias, y de otras muchas maneras. Estos Libros tienen, en efecto, algo de carácter sacramental, una forma externa y

una vida interna, un símbolo externo y una verdad interna. Solo pueden explicar el sentido oculto quienes han sido formados por los instruidos en él; de ahí la sentencia de san Pedro de que «ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada»[350]. Las elaboradas explicaciones de los textos de la Biblia, de las que abundan los volúmenes de la literatura patrística, parecen a la mente moderna y prosaica fantasiosas y rebuscadas. El juego con los números, con las letras, las interpretaciones aparentemente fantásticas de pasajes que, a primera vista, son sencillas afirmaciones históricas de carácter simple, exasperan al lector moderno, que exige que los hechos se le presenten con claridad y coherencia, y sobre todo, requiere sentir bajo sus pies un terreno firme. Se niega en redondo a seguir al místico de pie ligero por lo que a él le parecen ciénagas movedizas, en una alocada persecución de fuegos fatuos danzarines que aparecen y desaparecen con un capricho desconcertante e irracional. Y sin embargo, los hombres que escribieron esos exasperantes tratados eran hombres de intelecto brillante y juicio sereno, los maestros de obra de la Iglesia. Y para quienes saben leerlos rectamente, siguen llenos de indicios y sugerencias, y señalan más de un sendero recóndito que conduce a la meta del conocimiento, y que de otro modo podría pasarse por alto.

Ya hemos visto que Orígenes, uno de los hombres más sensatos, y versado en el conocimiento oculto, enseña que las Escrituras son triples, y que constan de Cuerpo, Alma y Espíritu[351]. Dice que el Cuerpo de las Escrituras está formado por las palabras externas de las historias y los relatos, y no vacila en afirmar que estas no son literalmente verdaderas, sino solo relatos para instrucción de los ignorantes. Llega incluso a observar que en esos relatos se hacen afirmaciones manifiestamente falsas, a fin de que las flagrantes contradicciones que asoman a la superficie muevan a la gente a indagar el verdadero sentido de esas relaciones imposibles. Dice que, mientras los hombres son ignorantes, el Cuerpo les basta; transmite enseñanza, da instrucción, y ellos no ven las contradicciones e imposibilidades que encierran las afirmaciones literales, y por ello no se ven perturbados por ellas. A medida que la mente crece, que el intelecto se desarrolla, esas contradicciones e imposibilidades llaman la atención y desconciertan al que estudia; entonces se ve movido a buscar un sentido más profundo, y empieza a hallar el Alma de las Escrituras. Esa Alma es la recompensa del buscador inteligente, que así escapa de las ataduras de la letra que mata[352]. El Espíritu de las Escrituras solo puede ser visto por el hombre espiritualmente ilumi-

nado; solo aquellos en quienes el Espíritu está desarrollado pueden comprender el sentido espiritual: «lo que es de Dios, nadie lo conoce, sino el Espíritu de Dios... lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo»[353].

La razón de este método de Revelación no es difícil de hallar; es la única forma en que una misma enseñanza puede ponerse al alcance de mentes que se hallan en distintos grados de evolución, y así formar no solo a aquellos a quienes se da de inmediato, sino también a quienes, más adelante en el tiempo, hayan progresado más allá de aquellos a quienes la Revelación fue dada primero. El hombre es progresivo; el sentido externo dado hace mucho tiempo a hombres poco evolucionados ha de ser necesariamente muy limitado, y de no haber algo más hondo y más pleno oculto en su interior, el valor de la Escritura perecería al cabo de unos pocos milenios. En cambio, mediante este método de sentidos sucesivos se le otorga un valor perenne, y los hombres evolucionados pueden hallar en ella tesoros ocultos, hasta el día en que, poseyendo el todo, ya no necesiten la parte.

Las Biblias del mundo son, pues, fragmentos —fragmentos de Revelación—, y por ello se las llama con razón Revelación.

El sentido siguiente, más profundo, de la palabra designa la masa de enseñanza que la gran Hermandad de Maestros espirituales guarda en depósito para los hombres; esa enseñanza está plasmada en libros, escritos en símbolos, y en ellos se contiene una exposición de las leyes cósmicas, de los principios en que se funda el kosmos, de los métodos por los que evoluciona, de todos los seres que lo componen, de su pasado, su presente, su futuro; esto es la Revelación. Este es el tesoro sin precio que los Guardianes de la humanidad tienen a su cargo, y del cual seleccionan, de cuando en cuando, fragmentos para formar las Biblias del mundo.

En tercer lugar, la Revelación, la más alta, la más plena, la mejor, es el desvelarse de la Deidad en el kosmos, la revelación de atributo tras atributo, de poder tras poder, de belleza tras belleza, en todas las formas diversas que en su totalidad componen el universo. Él muestra su esplendor en el sol, su infinitud en los campos del espacio salpicados de estrellas, su fuerza en las montañas, su pureza en las cumbres cubiertas de nieve y en el aire translúcido, su energía en las olas del océano que se encrespan, su belleza en el torrente que se despeña por la montaña, en el lago liso y claro, en el bosque

fresco y profundo y en la llanura bañada de sol, su intrepidez en el héroe, su paciencia en el santo, su ternura en el amor materno, su cuidado protector en el padre y en el rey, su sabiduría en el filósofo, su conocimiento en el hombre de ciencia, su poder sanador en el médico, su justicia en el juez, su riqueza en el mercader, su poder de enseñanza en el sacerdote, su laboriosidad en el artesano. Nos susurra en la brisa, nos sonríe en la luz del sol, nos reprende en la enfermedad, nos estimula, ora por el éxito, ora por el fracaso. En todas partes y en todas las cosas nos da atisbos de sí mismo para atraernos a amarlo, y se oculta para que aprendamos a sostenernos por nosotros mismos. Conocerlo en todas partes es la verdadera Sabiduría; amarlo en todas partes es el verdadero Deseo; servirlo en todas partes es la verdadera Acción. Este desvelarse de Dios es la Revelación más alta; todas las demás son subsidiarias y parciales.

El hombre inspirado es aquel a quien ha llegado algo de esta Revelación por la acción directa del Espíritu universal sobre el Espíritu separado que es su vástago, y que ha sentido el influjo iluminador del Espíritu sobre el Espíritu. Ningún hombre conoce la verdad de modo que no pueda perderla jamás, ningún hombre conoce la verdad de modo que no pueda jamás dudar de ella, hasta que la Revelación le ha llegado como si estuviera solo sobre la tierra, hasta que lo Divino de fuera ha hablado a lo Divino de dentro, en el templo del corazón humano, y el hombre conoce entonces por sí mismo y no por otro.

En un grado menor, un hombre está inspirado cuando alguien mayor que él estimula en su interior potencias que hasta entonces permanecían normalmente inactivas, o incluso se posesiona de él, sirviéndose temporalmente de su cuerpo como vehículo. Ese hombre iluminado, en el momento de su inspiración, puede decir lo que está más allá de su conocimiento, y proferir verdades hasta entonces insospechadas. A veces las verdades se derraman así a través de un canal humano para ayuda del mundo, y Alguien mayor que el que habla envía su vida al vehículo humano, y ellas brotan impetuosas de labios humanos; entonces un gran maestro habla con más grandeza aún de la que él mismo sabe, tras haberle tocado los labios con fuego el Ángel del Señor[354]. Tales son los Profetas de la raza, que en ciertos periodos han hablado con una convicción arrolladora, con clara penetración, con cabal comprensión de las necesidades espirituales del hombre. Entonces las palabras viven con vida inmortal, y quien las pronuncia es en verdad un

mensajero de Dios. El hombre que así ha conocido no puede ya jamás perder del todo el recuerdo de ese conocimiento, y lleva en su corazón una certeza que nunca puede desaparecer del todo. La luz puede desvanecerse y la oscuridad descender sobre él; el resplandor del cielo puede apagarse y las nubes pueden rodearlo; la amenaza, la pregunta, el desafío pueden asaltarlo; pero en su corazón anida el Secreto de la Paz: él sabe, o sabe que ha sabido.

Ese recuerdo de la verdadera inspiración, esa realidad de la vida oculta, ha sido expresado en bellas y verdaderas palabras por Frederick Myers, en su conocido poema *S. Paul*. El apóstol habla de su propia experiencia, y trata de dar expresión articulada a lo que recuerda; se lo representa incapaz de reproducir cabalmente su conocimiento, aunque sabe y su certeza no vacila:

Así también yo, sediento de su inspiración, yo, que he hablado con Él, de nuevo olvido; sí, muchos días, con sollozos y con anhelo, ofrezco a Dios una paciencia y un dolor.

Entonces, en medio de la queja de mi confesión, entonces, a través de la angustia y la pasión de mi oración, salta de pronto la conmoción de su posesión, me estremece y me toca, y el Señor está allí.

Mirad: si alguna pluma escribiera en vuestra viga Mene y Mene entre pliegues de llama, ¿pensáis que memoria alguna, después, podría retrazar por entero el dístico tal como vino?

Mirad: si algún trueno extraño e inteligible cantara a la tierra el secreto de un astro, apenas lograríais captar, de terror y de asombro, jirones de la historia que tan lejos resonó.

Apenas capto yo las palabras de su revelación, apenas lo oigo, oscuramente comprendo. Solo el poder que resuena dentro de mí vive en mis labios, y hace señas a mi mano.

Quien ha sentido el Espíritu del Altísimo no puede confundirlo, ni dudar de Él, ni negarlo; sí, a una voz, oh mundo, aunque tú lo niegues, ponte tú de ese lado, que de este estoy yo.

Antes dudará el mundo, cuando su restauración se derrame en la lluvia y brote de la tierra, que aquel en quien la gran concepción se agita en el alma para animarse en Dios.

No; aunque entonces lo derribaras de su gloria, ciego y atormentado, enloquecido y solo, aun en la cruz mantendría su relato, sí, y en el Infierno susurraría: «He conocido».

Quienes en algún sentido han comprendido que Dios los rodea, está en ellos y en todas las cosas, podrán entender cómo un lugar o un objeto puede llegar a ser «sagrado» mediante una ligera objetivación de esta Presencia universal y perenne, de modo que quienes normalmente no sienten su omnipresencia lleguen a percibirlo. Esto se logra generalmente por obra de algún hombre muy adelantado, en quien la Divinidad interior está ampliamente desplegada, y cuyos cuerpos sutiles son, por ello, sensibles a las vibraciones más sutiles de la conciencia. A través de tal hombre, o por obra de tal hombre, pueden derramarse energías espirituales, que se unirán a su puro magnetismo vital. Puede entonces derramarlas sobre cualquier objeto, y el éter de este y sus cuerpos de materia más sutil se sintonizarán con sus vibraciones, como ya se explicó, y además, la Divinidad que hay en él podrá manifestarse con mayor facilidad. Ese objeto queda «magnetizado», y, si esto se hace con fuerza, el objeto mismo se convertirá en un centro magnético, capaz a su vez de magnetizar a quienes se le acerquen. Así, un cuerpo electrizado por una máquina eléctrica afectará a otros cuerpos cercanos a los que se coloque.

Un objeto así hecho «sagrado» es un auxiliar muy útil para la oración y la meditación. Los cuerpos sutiles del devoto se sintonizan con sus altas vibraciones, y este se encuentra sosegado, calmado, apaciguado, sin esfuerzo alguno de su parte. Se ve llevado a un estado en el que la oración y la meditación resultan fáciles y fecundas, en vez de difíciles y estériles, y un ejercicio penoso se vuelve insensiblemente placentero. Si el objeto es una representación de alguna Persona sagrada —un Crucifijo, una Virgen con el Niño, un Ángel, un Santo—, hay una ganancia aún mayor. El Ser representado, si su magnetismo ha sido volcado en la imagen mediante la Palabra y el Signo de Poder apropiados, puede reforzar ese magnetismo con un gasto muy pequeño de energía espiritual, y así puede influir en el devoto, o incluso mostrarse a través de la imagen, cuando de otro modo no lo habría hecho. Pues en el mundo espiritual se observa la economía de las fuerzas, y se gastará una pequeña cantidad de energía allí donde se retendría una mayor.

Una aplicación de estas mismas leyes ocultas puede hacerse para explicar el uso de todos los objetos consagrados —reliquias, amuletos, etc. Son to-

dos ellos objetos magnetizados, más o menos poderosos, o inútiles, según el conocimiento, la pureza y la espiritualidad de la persona que los magnetiza.

Los lugares pueden hacerse sagrados de manera semejante, por la vida en ellos de los santos, cuyo magnetismo puro, al irradiar de ellos, sintoniza todo el ambiente con vibraciones dadoras de paz. A veces, hombres santos, o Seres de los mundos superiores, magnetizarán directamente cierto lugar, como en el caso mencionado en el Cuarto Evangelio, donde un Ángel descendía en cierta estación y tocaba el agua, dándole cualidades curativas[355]. En tales lugares, hasta los hombres descuidados y mundanos sentirán a veces el influjo bendito, y se verán temporalmente ablandados e inclinados hacia cosas más altas. La vida divina que hay en cada hombre trata siempre de someter la forma, y de moldearla hasta convertirla en expresión de sí misma; y es fácil ver cómo esa Vida se verá ayudada por el hecho de que la forma se ponga en vibraciones afines a las de un Ser más evolucionado, reforzándose así sus propios esfuerzos con un poder más fuerte. El reconocimiento externo de este efecto es una sensación de sosiego, calma y paz; la mente pierde su inquietud, el corazón su ansiedad. Cualquiera que se observe a sí mismo hallará que algunos lugares son más propicios a la calma, a la meditación, al pensamiento religioso, a la adoración, que otros. En una habitación, en un edificio, donde ha habido mucho pensamiento mundano, mucha conversación frívola, el mero ajeteo de la vida corriente, es mucho más difícil aquietar la mente y concentrar el pensamiento que en un lugar donde el pensamiento religioso se ha mantenido año tras año, siglo tras siglo; allí la mente se serena y se sosiega insensiblemente, y lo que en el primer caso habría exigido un esfuerzo considerable se realiza sin esfuerzo en el segundo.

Esta es la razón de ser de los lugares de peregrinación, de los retiros temporales al aislamiento; el hombre se vuelve hacia dentro para buscar al Dios que lleva en sí, y se ve ayudado por la atmósfera creada por miles de otros que, antes que él, han buscado lo mismo en el mismo lugar. Pues en tal lugar no está solo la magnetización producida por un único santo, o por la visita de algún gran Ser del mundo invisible; cada persona que visita el lugar con el corazón lleno de reverencia y devoción, y se sintoniza con sus vibraciones, refuerza esas vibraciones con su propia vida, y deja el lugar mejor de lo que estaba cuando llegó a él. La energía magnética se dispersa lentamente, y un objeto o lugar sagrado se va desmagnetizando gradualmente si

se lo abandona o se lo deja de frecuentar. Se magnetiza más cuanto más se usa o se frecuenta. Pero la presencia del burlador ignorante daña esos objetos y lugares, al suscitar vibraciones antagónicas que debilitan las que ya existen allí. Así como una onda sonora puede encontrarse con otra que la extingue, resultando el silencio, así también las vibraciones del pensamiento burlón debilitan o extinguen las vibraciones del pensamiento reverente y amoroso. El efecto producido variará, desde luego, según la fuerza relativa de las vibraciones, pero el efecto perjudicial no puede dejar de producirse, pues las leyes de la vibración son las mismas en los mundos superiores que en el físico, y las vibraciones del pensamiento son la expresión de energías reales.

Ahora resultará evidente la razón y el efecto de la consagración de iglesias, capillas, cementerios. El acto de consagración no es la mera reserva pública de un lugar para un fin determinado; es la magnetización del lugar en beneficio de todos los que lo frecuenten. Pues el mundo visible y el invisible están interrelacionados, entretejidos el uno con el otro, y sirven mejor al mundo visible aquellos que saben manejar las energías del invisible.

EPÍLOGO

Hemos llegado al final de un pequeño libro sobre un gran tema, y solo hemos levantado una esquina del Velo que oculta a la Virgen de la Verdad Eterna de los ojos descuidados de los hombres. Solo se ha visto el borde de su vestidura, pesado de oro, ricamente adornado de perlas. Y sin embargo, incluso este, al ondear lentamente, exhala fragancias celestiales —el sándalo y el áttar de rosas de mundos más hermosos que el nuestro. ¿Cuál sería la gloria inimaginable si se levantara el Velo, y viéramos el esplendor del Rostro de la divina Madre, y en sus brazos al Niño que es la Verdad misma? Ante ese Niño los Serafines se velan siempre el rostro; ¿quién, pues, de nacimiento mortal, puede mirarlo y vivir?

Sin embargo, puesto que en el hombre mora su propio Yo, ¿quién ha de prohibirle traspasar el Velo, y ver «a cara descubierta la gloria del Señor»? De la Cueva al Cielo más alto; tal fue el camino del Verbo hecho carne, conocido como el Camino de la Cruz. Quienes comparten la humanidad comparten también la Divinidad, y pueden pisar donde Él ha pisado. «Lo que Tú eres, eso soy yo».

PAZ A TODOS LOS SERES.

NOTAS

[1] S. Marcos xvi, 15.

[2] S. Mateo vii, 6.

[3] Clarke's Ante-Nicene Christian Library, vol. IV. Clemente de Alejandría. *Stromata*, lib. I, cap. xii.

[4] 1 Cor. iii, 16.

[5] *Ibíd.*, ii, 14, 16.

[6] S. Juan, i, 9.

[7] Salmos, xlii, 1.

[8] 1 Cor. xv, 28.

[9] Ante-Nicene Library, vol. XII. Clemente de Alejandría. *Stromata*, lib. V, cap. xi.

[10] Véase el artículo «Mysteries», *Encyc. Britannica*, novena edición.

[11] Pselo, citado en *Iamblichus on the Mysteries*. T. Taylor, p. 343, nota de la p. 23, segunda edición.

[12] *Iamblichus*, como *supra*, p. 301.

[13] *Ibíd.*, p. 72.

[14] El artículo «Mysticism» de la *Encyclopaedia Britannica* dice lo siguiente sobre la enseñanza de Plotino (204-206 d. C.): «El Uno [el Dios Supremo del que se ha hablado antes] está por encima del *nous* y de las “ideas”; trasciende por completo la existencia y no es cognoscible por la razón. Permaneciendo en reposo, irradia, por así decirlo, desde su propia ple-

nitud, una imagen de sí mismo, que se llama *nous* y que constituye el sistema de ideas del mundo inteligible. El alma es, a su vez, la imagen o producto del *nous*, y el alma, por su movimiento, engendra la materia corpórea. El alma mira así hacia dos direcciones: hacia el *nous*, del que procede, y hacia la vida material, que es su propio producto. El empeño ético consiste en el repudio de lo sensible; la existencia material es en sí misma un extrañamiento de Dios... Para alcanzar la meta última, el pensamiento mismo debe quedar atrás; pues el pensamiento es una forma de movimiento, y el deseo del alma es el reposo inmóvil que pertenece al Uno. La unión con la divinidad trascendente no es tanto conocimiento o visión como éxtasis, coalescencia, *contacto*». El neoplatonismo es así «ante todo un sistema de racionalismo completo; se supone, en otras palabras, que la razón es capaz de trazar el mapa de todo el sistema de las cosas. Pero, en la medida en que se afirma un Dios más allá de la razón, el misticismo se convierte en cierto sentido en el complemento necesario del pretendido racionalismo omníabarcante. El sistema culmina en un acto místico».

[15] *Iamblichus*, como *supra*, p. 73.

[16] *Ibíd.*, pp. 55-56.

[17] *Ibíd.*, pp. 118-119.

[18] *Ibíd.*, pp. 118-119.

[19] *Ibíd.*, pp. 95, 100.

[20] *Ibíd.*, p. 101.

[21] *Ibíd.*, p. 330.

[22] G. R. S. Mead. *Plotinus*, p. 42.

[23] *Iamblichus*, p. 364, nota de la p. 134.

[24] G. R. S. Mead. *Orpheus*, pp. 285-286.

[25] *Iamblichus*, p. 364, nota de la p. 134.

[26] *Iamblichus*, p. 285 y ss.

[27] G. R. S. Mead. *Orpheus*, p. 59.

[28] *Ibíd.*, p. 30.

[29] *Ibíd.*, pp. 263, 271.

- [30] G. R. S. Mead. *Plotinus*, p. 20.
- [31] *Shvetashvataropanishat*, vi, 22.
- [32] *Kathopanishat*, iii, 14.
- [33] 1 Cor. xiii, 1.
- [34] *Kathopanishat*, vi, 17.
- [35] *Mundakopanishat*, II, ii, 9.
- [36] *Ibíd.*, III, i, 3.
- [37] 1 Sam. xix, 20.
- [38] 2 Re. ii, 2, 5.
- [39] En el epígrafe «School».
- [40] Dr. Wynn Westcott. *Sepher Yetzirah*, p. 9.
- [41] S. Marcos iv, 10-11, 33-34. Véase también S. Mateo xiii, 11, 34, 36, y S. Lucas viii, 10.
- [42] S. Juan xvi, 12.
- [43] Hech. i, 3.
- [44] *Loc. cit.* Trad. de G. R. S. Mead. I, i, 1.
- [45] S. Mateo vii, 6.
- [46] Sobre la mujer griega: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros».— S. Marcos vii, 27.
- [47] S. Lucas xiii, 23-24.
- [48] S. Mateo vii, 13-14.
- [49] *Kathopanishat*, II, iv, 10-11.
- [50] *Brihadaranyakopanishat*, IV, iv, 7.
- [51] Ap. vii, 9.
- [52] *Bhagavad Gītā*, vii, 3.
- [53] *Supra*, p. 26.

[54] Ha de recordarse que los judíos creían que todas las almas imperfectas volvían a vivir de nuevo en la tierra.

[55] S. Mateo xix, 16-26.

[56] S. Juan xvii, 3.

[57] Heb. ix, 23.

[58] S. Juan iii, 3, 5.

[59] S. Mateo iii, 11.

[60] *Ibíd.*, xviii, 3.

[61] S. Juan iii, 10.

[62] S. Mateo v, 48.

[63] *Supra*, p. 24.

[64] Nótese cómo esto concuerda con la promesa de Jesús en S. Juan xvi, 12-14: «Aún tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar. Pero cuando venga él, el Espíritu de verdad, os guiará a toda verdad... os hará saber las cosas que habrán de venir... tomará de lo mío, y os lo hará saber».

[65] Otro nombre técnico de los Misterios.

[66] Ef. iii, 3-4, 9.

[67] Col. i, 23, 25-28. Pero san Clemente, en su *Stromata*, traduce «every man» como «el hombre entero». Véase el lib. V, cap. x.

[68] Col. iv, 3.

[69] Ante-Nicene Library, vol. XII. Clemente de Alejandría. *Stromata*, lib. V, cap. x. En las citas de Clemente se hallarán algunos dichos adicionales de los Apóstoles, que muestran el sentido que tenían en la mente de quienes sucedieron a los apóstoles y vivían en el mismo ambiente de pensamiento.

[70] 1 Tim. iii, 9, 16.

[71] 1 Tim. i, 18.

[72] *Ibíd.*, iv, 14.

[73] *Ibíd.*, vi, 13.

[74] *Ibíd.*, 20.

[75] 2 Tim. i, 13-14.

[76] *Ibíd.*, ii, 2.

[77] Flp. iii, 8, 10-12, 14-15.

[78] Ap. i, 18. «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Amén».

[79] 2 Cor. v, 16.

[80] Gál. iii, 27.

[81] Gál. iv, 19.

[82] 1 Cor. iv, 15.

[83] 1 S. Pe. iii, 4.

[84] Ef. iv, 13.

[85] Col. i, 24.

[86] 2 Cor. iv, 10.

[87] Gál. ii, 20.

[88] 2 Tim. iv, 6, 8.

[89] Ap. iii, 12.

[90] Gál. iv, 22-31.

[91] 1 Cor. x, 1-4.

[92] Ef. v, 23-32.

[93] Vol. I. *The Martyrdom of Ignatius*, cap. iii. Las traducciones empleadas son las de la Ante-Nicene Library de Clarke, un compendio utilísimo de la antigüedad cristiana. El número de volumen que figura en primer lugar en las referencias es el número de volumen de esa colección.

[94] *Ibíd.* *The Epistle of Polycarp*, cap. xii.

[95] *Ibíd.* *The Epistle of Barnabas*, cap. i.

[96] *Ibíd.*, cap. x.

[97] *Ibíd. The Martyrdom of Ignatius*, cap. i.

[98] *Ibíd. Epistle of Ignatius to the Ephesians*, cap. iii.

[99] *Ibíd.*, cap. xii.

[100] *Ibíd., to the Trallians*, cap. v.

[101] *Ibíd., to the Philadelphians*, cap. ix.

[102] Vol. IV. Clemente de Alejandría, *Stromata*, lib. I, cap. i.

[103] Vol. IV. *Stromata*, lib. I, cap. xxviii.

[104] Al parecer, ya en aquellos tiempos había quienes se oponían a que se enseñara en secreto verdad alguna.

[105] *Ibíd.*, lib. I, cap. i.

[106] *Ibíd.*, lib. V, cap. iv.

[107] *Ibíd.*, caps. v-viii.

[108] *Ibíd.*, cap. ix.

[109] *Ibíd.*, lib. V, cap. x.

[110] *Loc. cit.*, xv, 29.

[111] *Ibíd.*, xvi, 25-26; la versión citada difiere en las palabras, pero no en el sentido, de la Versión Autorizada inglesa.

[112] *Stromata*, lib. V, cap. x.

[113] *Ibíd.*, lib. VI, cap. vii.

[114] *Ibíd.*, lib. VII, cap. xiv.

[115] *Ibíd.*, lib. VI, cap. xv.

[116] *Ibíd.*, lib. VI, x.

[117] *Ibíd.*, lib. VI, vii.

[118] *Ibíd.*, lib. I, cap. vi.

[119] *Ibíd.*, cap. ix.

[120] *Ibíd.*, lib. VI, cap. x.

- [121] *Ibíd.*, lib. I, cap. xiii.
- [122] Vol. XII. *Stromata*, lib. V, cap. iv.
- [123] *Ibíd.*, lib. VI, cap. xv.
- [124] El libro I de *Against Celsus* se halla en el vol. X de la Ante-Nicene Library. Los demás libros están en el vol. XXIII.
- [125] Vol. X. *Origen against Celsus*, lib. I, cap. vii.
- [126] *Ibíd.*
- [127] Éx. xxv, 40; xxvi, 30, y compárese con Heb. viii, 5, y ix, 25.
- [128] *Origen against Celsus*, lib. IV, cap. xvi.
- [129] *Ibíd.*, lib. III, cap. lix.
- [130] *Ibíd.*, cap. lxi.
- [131] *Ibíd.*, cap. lxii.
- [132] *Ibíd.*, cap. lx.
- [133] Vol. XXIII. *Origen against Celsus*, lib. V, cap. xxv.
- [134] *Ibíd.*, cap. xxviii.
- [135] *Ibíd.*, cap. xxix.
- [136] *Ibíd.*, cap. xxxi.
- [137] *Ibíd.*, cap. xxxii.
- [138] *Ibíd.*, cap. xlv.
- [139] *Ibíd.*, cap. xlvi.
- [140] *Ibíd.*, caps. xlvii-liv.
- [141] *Ibíd.*, cap. lxxiv.
- [142] *Ibíd.*, lib. IV, cap. xxxix.
- [143] Vol. X. *Origen against Celsus*, lib. I, cap. xvii, entre otros.
- [144] *Ibíd.*, cap. xlii.
- [145] Vol. X. *De Principiis*, prefacio, p. 8.

[146] *Ibíd.*, cap. i.

[147] S. Juan xiv, 18-20.

[148] *Loc. cit.*, cap. i, secc. III, p. 55.

[149] *Ibíd.*, cap. I, secc. III, pp. 55-56.

[150] *Ibíd.*, pp. 54-55.

[151] «Parece haber sido» es una expresión un tanto débil, después de lo que dicen Clemente y Orígenes, de lo cual se ofrecen algunas muestras en el texto.

[152] *Ibíd.*, p. 62.

[153] Artículo «Mysticism».—*Encyc. Britan.*

[154] Artículo «Mysticism». *Encyclopaedia Britannica*.

[155] *Orpheus*, pp. 53-54.

[156] Debe reconocerse aquí la deuda con el artículo «Mysticism» de la *Encyc. Brit.*, aunque dicha publicación no es en modo alguno responsable de las opiniones expresadas.

[157] *The Mysteries of Magic*. Trad. de A. E. Waite, pp. 58 y 60.

[158] 2 S. Pe. i, 5.

[159] Gál. iv, 19.

[160] 2 Cor. v, 16.

[161] S. Juan i, 14.

[162] S. Juan i, 32.

[163] S. Mateo iii, 17.

[164] *Ibíd.*, iv, 17.

[165] 1 Tim. iii, 16.

[166] S. Juan x, 34-36.

[167] S. Juan xiv, 18-19.

[168] Valentino. Trad. de G. R. S. Mead. *Pistis Sophia*, lib. i, I.

[169] *Supra*, p. 72.

[170] *Ibíd.*, 60.

[171] *Ibíd.*, lib. ii, 218.

[172] *Ibíd.*, 230.

[173] *Ibíd.*, 357.

[174] *Ibíd.*, 377.

[175] Vol. II. Justino Mártir. *First Apology*, caps. liv, lxii y lxvi.

[176] Vol. II. Justino Mártir. *Second Apology*, cap. xiii.

[177] Vol. VII. Tertuliano, *On Baptism*, cap. v.

[178] El estudioso puede leer el relato que hace Platón de la «Caverna» y sus habitantes, recordando que Platón era un Iniciado. *Republic*, lib. vii.

[179] Eliphas Lévi, *The Mysteries of Magic*, p. 48.

[180] Bonwick. *Egyptian Belief*, p. 157. Citado en *The Great Law* de Williamson, p. 26.

[181] La festividad «Natalis Solis Invicti», el cumpleaños del Sol Invicto.

[182] Williamson. *The Great Law*, pp. 40-42. Quienes deseen estudiar esta cuestión desde la Religión Comparada no pueden hacer nada mejor que leer *The Great Law*, cuyo autor es un hombre profundamente religioso y cristiano.

[183] *Ibíd.*, pp. 36-37.

[184] *The Great Law*, p. 116.

[185] *Ibíd.*, p. 58.

[186] *Ibíd.*, p. 56.

[187] *Ibíd.*, pp. 120-123.

[188] Véase sobre esto el comienzo del Evangelio de Juan, i, 1-5. El nombre Logos, atribuido al Dios manifestado que da forma a la materia —«todas las cosas fueron hechas por Él»—, es platónico y procede, por tanto, directamente de los Misterios; siglos antes de Platón, Vak, la Voz, derivada de la misma fuente, era usada entre los hindúes.

[189] Véase *supra*, p. 124.

[190] Véase *supra*, pp. 93-94.

[191] Véase *supra*, p. 85.

[192] 2 Cor. iv, 18.

[193] 2 Cor. v, 7.

[194] Heb. v, 14.

[195] S. Lucas xv, 16.

[196] *Ibíd.*, xiv, 26.

[197] S. Mateo v, 28.

[198] Heb. xi, 27.

[199] S. Mateo v, 45.

[200] S. Lucas ix, 49-50.

[201] S. Mateo xvii, 20.

[202] 2 Cor. vi, 8-10.

[203] Col. iii, 1.

[204] S. Mateo v, 8, y S. Juan xvii, 21.

[205] Gén. i, 2.

[206] S. Juan i, 3.

[207] *The Christian Creed*, p. 29. Es este un librito valiosísimo y fascinante sobre el sentido místico de los credos.

[208] *Ibíd.*, p. 42.

[209] Un nombre del Espíritu Santo.

[210] *Ibíd.*, p. 43.

[211] *Supra*, p. 124.

[212] S. Mateo xviii, 3.

[213] 2 S. Pe. iii, 15-16.

- [214] A. Besant. *Essay on the Atonement*.
- [215] *Ibíd.*
- [216] *Brihadaranyakopanishat*, I, i, 1.
- [217] *Bhagavad Gītā*, iii, 10.
- [218] *Brihadaranyakopanishat*, I, ii, 7.
- [219] *Mundakopanishat*, II, ii, 10.
- [220] Haug. *Essays on the Parsis*, pp. 12-14.
- [221] Ap. xiii, 8.
- [222] W. Williamson. *The Great Law*, p. 406.
- [223] A. Besant. *Nineteenth Century*, junio de 1895, «The Atonement».
- [224] Heb. i, 5.
- [225] *Ibíd.*, 2.
- [226] C. W. Leadbeater. *The Christian Creed*, pp. 54-56.
- [227] *Ibíd.*, pp. 56-57.
- [228] S. Mateo xxv, 21, 23, 31-45.
- [229] Is. liii, 11.
- [230] S. Mateo xvi, 25.
- [231] S. Juan xii, 25.
- [232] Heb. vii, 16.
- [233] *Light on the Path*, cap. 8.
- [234] Heb. vii, 25.
- [235] Heb. v, 8-9.
- [236] 1 Tim. iii, 16.
- [237] Annie Besant. *Theosophical Review*, diciembre de 1898, pp. 344-345.
- [238] C. W. Leadbeater. *The Christian Creed*, pp. 61-62.

[239] 1 Cor. xv, 44.

[240] 1 Tes. v, 23.

[241] Véase el capítulo IX, «La Trinidad».

[242] Véase *supra*, pp. 84, 99-100.

[243] 2 Cor. xii, 2, 4.

[244] S. Mateo v, 48.

[245] S. Juan xvii, 22-23.

[246] 2 Cor. v, 1.

[247] 1 Cor. xv, 28.

[248] Este error de traducción fue muy natural, pues la traducción se hizo en el siglo XVII, y toda idea de la preexistencia del alma y de su evolución había desaparecido ya hacía tiempo de la cristiandad, salvo en las enseñanzas de algunas sectas consideradas heréticas y perseguidas por la Iglesia Católica Romana.

[249] S. Juan iii, 13.

[250] Heb. v, 9.

[251] Ap. i, 18.

[252] H. P. Blavatsky. *The Voice of the Silence*, p. 90, 5.^a edición.

[253] S. Juan xvii, 5.

[254] 1 Cor. xv, 20.

[255] *Chhandogyopanishat*, VI, ii, 1.

[256] Dt. vi, 4.

[257] 1 Cor. viii, 6.

[258] Un error: En, o Ain, Soph no es uno de la Trinidad, sino la Existencia Única, manifestada en los Tres; ni Kadmón, o Adam Kadmón, es una Sefirá, sino la totalidad de ellas.

[259] Citado en *The Great Law* de Williamson, pp. 201-202.

[260] H. H. Milman. *The History of Christianity*, 1867, pp. 70-72.

- [261] *Asiatic Researches*, i, 285.
- [262] S. Sharpe. *Egyptian Mythology and Egyptian Christology*, p. 14.
- [263] Véase *The Great Law* de Williamson, p. 196.
- [264] *Loc. cit.*, pp. 208-209.
- [265] S. Juan i, 3.
- [266] Jer. li, 15.
- [267] Véase *supra*, pp. 179-180.
- [268] Credo Atanasiano.
- [269] Ap. iv, 8.
- [270] S. Lucas i, 38.
- [271] *Ibíd.*, 35.
- [272] Libro de la Sabiduría, viii, 1.
- [273] Vol. IV. Ante-Nicene Library. San Clemente de Alejandría. *Stromata*, lib. V, cap. ii.
- [274] Véase *supra*, p. 262.
- [275] Véase *supra*, p. 207.
- [276] Gén. i, 1.
- [277] Job xxxviii, 4; Zac. xii, 1; etc.
- [278] Gén. i, 2.
- [279] Gén. i, 2.
- [280] Véase *supra*, p. 262.
- [281] Véase *supra*, p. 262.
- [282] S. Juan i, 3.
- [283] *Bhagavad Gītā*, ix, 4.
- [284] 1 Cor. xv, 27-28.
- [285] S. Juan xiv, 6. Véase también el sentido ulterior de este texto en la p. 272.

[286] Heb. xii, 9.

[287] Núm. xvi, 22.

[288] Gén. i, 26.

[289] S. Mateo v, 48.

[290] S. Juan xvii, 5.

[291] S. Juan v, 26.

[292] S. Mateo i, 22.

[293] Heb. ii, 18.

[294] Buena parte de este capítulo ha aparecido ya en una obra anterior de la autora, titulada *Some Problems of Life*.

[295] Sant. i, 17.

[296] Gén. xxviii, 12-13.

[297] Véase el capítulo XII.

[298] Heb. i, 14.

[299] S. Mateo x, 29.

[300] Hech. xvii, 28.

[301] T. H. Huxley. *Essays on some Controverted Questions*, p. 36.

[302] S. Lucas xxii, 41, 43.

[303] S. Juan i, 11.

[304] Ap. iii, 20.

[305] H. P. Blavatsky. *Key to Theosophy*, p. 10.

[306] Is. xxxiii, 17.

[307] *On the Mysteries*, secc. v, cap. 26.

[308] Sal. xl, 7-8, versión del *Book of Common Prayer*.

[309] S. Lucas v, 18-26.

[310] *Ibíd.*, vii, 47.

[311] G. R. S. Mead, traducción de. *Loc. cit.*, lib. ii, caps. 260-261.

[312] *Ibíd.*, caps. 299-300.

[313] S. Mateo xii, 36.

[314] *Ibíd.*, ix, 2.

[315] *Loc. cit.*, iii, 9.

[316] *Ibíd.*, vi, 43.

[317] *Ibíd.*, ix, 30.

[318] Véase *supra*, cap. VIII.

[319] Esta es la causa de la dulzura y la paciencia que a menudo se observan en los enfermos de naturaleza muy pura. Han aprendido la lección del sufrimiento y no generan nuevo karma malo por impaciencia ante el resultado de un karma malo pasado, que entonces se va agotando.

[320] S. Lucas vii, 48, 50.

[321] *Loc. cit.*, ix, 31.

[322] S. Mateo vii, 1.

[323] *Loc. cit.*, lib. ii, cap. 305.

[324] Ap. iii, 20.

[325] G. Bruno, trad. de L. Williams. *The Heroic Enthusiasts*, vol. i, p. 133.

[326] *Ibíd.*, vol. ii, pp. 27-28.

[327] *Ibíd.*, pp. 102-103.

[328] Ap. iv, 5.

[329] La frase «fuerza y materia» se emplea por ser tan conocida en la ciencia. Pero la fuerza es una de las propiedades de la materia, la que se ha mencionado como Movimiento. Véase *supra*, p. 264.

[330] Job xxxviii, 7.

[331] Sobre las formas creadas por las notas musicales, véase cualquier libro científico sobre el Sonido, y también el libro ilustrado de la señora

Watts-Hughes sobre *Voice Figures*.

[332] Véase *supra*, p. 138 y p. 302.

[333] En el Sacramento de la Penitencia las cenizas suelen omitirse hoy, salvo en ocasiones especiales, pero no por ello dejan de formar parte del rito.

[334] Véase *supra*, p. 329.

[335] *Christian Records*, p. 129.

[336] *The Great Law*, pp. 161-166.

[337] Véase *supra*, p. 151.

[338] *Diegesis*, p. 219.

[339] 1 Pe. iii, 4.

[340] 2 Re. vi, 17.

[341] 1 Cor. x, 16.

[342] Jer. xlv.

[343] Gén. xiv, 18-19.

[344] *The Great Law*, pp. 177-181, 185.

[345] Lev. xvii, 11.

[346] Rom. xii, 1.

[347] Is. liv, 5; lxii, 5.

[348] Ef. v, 23-32.

[349] Credo Atanasiano.

[350] 2 Pe. i, 20.

[351] Véase *supra*, p. 102.

[352] 2 Cor. iii, 6.

[353] 1 Cor. ii, 11, 13.

[354] Is. vi, 6-7.

[355] S. Juan v, 4.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB